A. CÁNOVAS DEL CASTILLO

OBRAS

ESTUDIOS

DEL

REINADO DE FELIPE IV

TOMO II

ANTECEDENTES Y RELACIÓN CRÍTICA
DE LA BATALLA DE ROCROY, CON EL PRINCIPIO
Y FIN QUE TUVO LA SUPERIORIDAD MILITAR
DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1888

RECUERDO DE AMISTAD

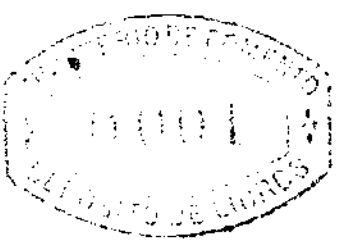
CONSAGRADO Á LA MEMORIA

del

CAPITÁN GENERAL D. LEOPOLDO O'DONNELL

DUQUE DE TETUÁN

INSIGNE MANTENEDOR DE LA GLORIA DE NUESTRAS ARMAS
EN TIERRA EXTRANJERA



ANTECEDENTES Y RELACIÓN CRÍTICA

DE LA

BATALLA DE ROCROY

CON EL PRINCIPIO Y FIN QUE TUVO LA SUPERIORIDAD MILITAR DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA.

I

Rara vez dejan de inquirir con esmero los historiadores las circunstancias de los hechos, y las calidades de los hombres que dan gloria á las naciones, esperando, sin duda, que esta conmemoración de la virtud pasada aproveche á las gentes que viven y á las venideras. No es, con todo, el estudio de los hechos y de los hombres afortunados el que mayor utilidad trae á las naciones, ni el más digno de los cuidados de la historia. Mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, lo mismo á una Nación que á un individuo.

Natural es, sin embargo, que huya un tanto el hombre de los recuerdos penosos ó tristes, y más de aquellos que con razón ó sin ella hieren su orgullo. Por eso nuestra Nación, que tantos historiadores tuvo en el siglo XVI, ni por el mérito ni por el número superados en parte alguna, sin haber suceso particular, campaña ó conquista que no quedase bien relatada, y con frecuencia más de una vez, cerró el templo de la historia desde principios del siguiente siglo en adelante, dejando como en entredicho á sus puertas los últimos reinados de la dinastía austriaca. Tocante á las relaciones coetáneas de campañas y sucesos particulares, hubo causa especial, en otro estudio referida; pero ¿cómo explicar de distinto modo que aquí lo explico, el que estén á estas horas por escribir las vidas y los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II? Ni la especie de sumario de Gil González Dávila respecto al primero, ni los cortos anales de Céspedes de Meneses acerca del segundo, que sólo abrazan sus primeros años, merecen reputarse excepciones de la regla, tanto y más que por la brevedad, por la escasez de condiciones críticas. El hecho es que ningún español ha dado hasta el presente á luz verdaderas historias de aquellos días de más ó menos vi-

sible decadencia, habiendo llegado entre nosotros el apartamiento de los asuntos tristes á extremo tal, que no se halla tan largo período de tiempo sin narradores en ninguna otra nación ó siglo. Debe de esto proceder que tan corta enseñanza saquemos de nuestros propios anales, porque no solemos saber de ellos sino lo que basta á estimular la vanagloria, pareciéndonos á los engreídos hidalgos que dedican á la contemplación de sus pergaminos inútiles las horas que gastarían mejor en inquirir y remediar las causas del aminoramiento de sus rentas, agenciando, además, otras con que atender á las crecientes necesidades de los tiempos. Algo importante se ha publicado recientemente respecto á nuestra dominación en Italia, y también un concienzudo trabajo especial que sobremanera ilustra uno de los tres postreros reinados de la dinastía austriaca; pero lo más está todavía por hacer, y en pocas cosas podrá hallar mejor empleo el discreto amor á la patria.

Hasta el orgullo bien entendido ganaría con estudiar más á fondo nuestros errores y desastres. Cada nación logra, al fin y al cabo, lo que merece, que para eso son perpetuas, y pueden reparar las obras del acaso en mayor ó menor transcurso de tiem

po, muy al revés que los individuos, á los cuales suele atajarles la muerte antes de tomar desquite de la mala fortuna. Los desastres irreparables se merecen tanto como los triunfos constantes y seguros, y ciertamente que mereció España cuantos tuvo de los primeros, desde el primer tercio del siglo XVII hacia adelante. Pero aunque sean censurables en su conjunto los gobiernos y los súbditos de entonces, por algo merecen respeto muchos, y es por el valor y constancia con que, ya que no impidieron, supieron dilatar por largos años la decadencia efectiva y visible de su patria en el mundo, pagando con sangre generosa, así las faltas políticas de su edad, como las que se cometieron en los días de sus abuelos y padres.

La relación de una batalla famosa ofrecióme ocasión hace veinte y más años para tratar de nuestra supremacía y nuestra decadencia militar, con sus orígenes y causas; y puesto á ello, extendí mi estudio por no pocas páginas, procurando dar exacta idea sobre todo del antiguo infante español, fundamento de nuestras victorias: de aquel soldado que en los labios de Bossuet dió un día motivo á algunas de las más hermosas frases de la oratoria sagrada, y que en época reciente ha servido de ejemplo á un filósofo, también

francés, para el intento de probar la ineficacia del valor militar, por sí sólo, ó sea de la fuerza, en la final dirección de los destinos humanos. ¿Dónde están (preguntaba el difunto Cousin, que es á quien ahora aludo) aquellas veteranas compañías españolas *(vieilles bandes)* que por tanto tiempo detuvieron con su firmeza heroica el curso inevitable de la historia moderna? «*Elles sont mortes à Rocroy*», se contestaba, y no sin aparente razón. Porque si nuestros tercios viejos no acabaron, como luego ha de demostrarse, en Rocroy, tuvo allí término la superioridad del infante, en que se cifraba la de nuestras armas, quedando manifiesta la total decadencia del poderío español, que sólo sus hazañas mantenía en pie, aunque estuviera desde mucho antes carcomido por dentro.

He reconocido, entiéndase bien, que, con efecto, acabó en Rocroy la superioridad de la milicia española, no que allí tuviese fin el mérito de nuestros tercios; porque, según patentizará lo que al presente estudio se añade hoy, *les vieilles bandes* de que M. de Cousin hablaba, ó sean nuestros tercios de Flandes, jamás desmerecieron, mientras tal nombre ostentaron, de sus antecesores. Una razón tengo que no tuve, cuando por

vez primera escribí acerca de nuestra infantería en general, y especialmente de la de Rocroy, para tratar con cierta detención este punto, rectificando algunas de mis apreciaciones de entonces. La dicha razón es que en el primero de los estudios que esta publicación comprende, he expuesto con pena, pero con exactitud, para que pueda, si se quiere, servir de lección, lo que eran los soldados bisoños en la Península al tiempo de la guerra de Portugal. El ánimo contristado por las poco honrosas derrotas de Elvas, Extremoz, Villaviciosa y Castel-Rodrigo, puede aquí recibir consuelo íntimo, y aun alto aliento, recordando cómo por aquellos años mismos sabían pelear los veteranos soldados españoles, no ya sólo en Rocroy, sino en Lens y las Dunas de Dunquerque, repitiendo, aunque ya siempre sin fortuna, las recientes hazañas de Nördlingen y Honnecourt [1]. De estas batallas también, y aun de otras acaecidas en vida de Felipe IV, trataré ahora, por tanto, y con mayor conocimiento que hubiera podido en otros

[1] Llamo esta batalla de Honnecourt y no de Châtelet, como otros, porque se dió, con efecto, junto á la aldea y abadía de aquel nombre, y así la llama también el escritor militar Dávila Orejón, que se halló en ella, y de quien se hablará luego largamente.

días, á fin de que el mal y el bien, la infelicidad y la desgracia alternen, y de consuno comparezcan á la vista de aquellos españoles, que todavía abriguen amor en el alma á la milicia verdadera y á la verdadera gloria. Por mi parte, he dicho ya, y repito, que si la memoria de las pasadas grandezas vale para confortar los ánimos desalentados y levantar los pensamientos á esferas más encumbradas que nuestro patriotismo divisa actualmente, los reveses y los infortunios históricos pueden servir para más, que es para enseñar á evitarlos. Lo uno y lo otro quiso lograr el autor en su trabajo primitivo, y ambas cosas pretende igualmente al publicarlo hoy, refundido, corregido y por extremo acrecentado.

II

Pocos tipos presenta la historia tan curiosos y dignos de atención como el infante español de los tercios viejos, que casi siempre triunfó durante un siglo, y cuando al siguiente tuvo ya alternativas de triunfos y derrotas, supo sucumbir con admiración de sus propios vencedores. Durante un período

de ciento y tantos años, conservó este soldado de á pie un carácter común, muy bien delineado por escritores que no le conocían de oídas, sino tal cual Antonio de Guevara recomendaba que los buenos conociesen de cosas militares, es á saber, por haber puesto mano en ellas. «No hay ninguno más pobre en la mesma pobreza», decía, por ejemplo, como quien lo sabía tanto, uno de tales soldados, de inmortal nombre en las letras: «porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare con sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de la inclemencia del cielo estando en la campaña rasa con sólo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío, contra toda naturaleza»[1]. Esta pintura, no menos que donosa, exacta los días antes de la de Lepanto, era igualmente cierta la víspera de la de Pavía y aun de cualquiera de las batallas del tiempo de Felipe IV, ya felices, ya infelices, que he de referir más adelante.

Zarparon ya nuestros soldados de la playa

[1] Cervantes: *El Ingenioso Hidalgo*, tomo II, cap. XXXVII.

de Málaga sin pagas para emprender con el Gran Capitán la conquista de Nápoles; y por falta de ellas estuvieron á punto de acabar allí con la vida del primero de los Generales que elevó la guerra á ciencia y arte en la Edad Moderna. Dispuestos luego para la conquista de Navarra, bajo el mando del segundo duque de Alba, sorprendieron á aquel buen caballero muchos de ellos con los gritos sediciosos de *¡motín! ¡motín!* (en España oídos por primera vez) [1], á causa igualmente de faltarles pagas. Harto sabidos son, por otra parte, los disgustos y estragos que ocasionó con frecuencia semejante penuria en Flandes, á pesar de que, según expuso D. Bernardino de Mendoza, «la costumbre de los nuestros era diferente de la de los de otras naciones, que pedían las pagas antes de pelear y al tiempo de venir á las manos con los enemigos, porque los nuestros sólo reclamaban lo que se les debía después de haber combatido». Con esto y todo, advirtió ya aquel gran soldado y político, tanto como hombre de letras, que valía más ceder ó perder algunas provincias, que guerrear sin suficientes medios, lo cual impedía llevar á buen término ninguna campaña, aunque se hiciesen sobrehuma-

[1] Luis Correa: *Conquista del reino de Navarra*: Toledo, 1513.

nas proezas. Pero esto era predicar por de pronto en desierto á la España entera, todavía embriagada, aunque pobre, en su pasión de dominar, hasta allí dichosa.

Al terminar el reinado de Felipe II, y en el mayor auge de la potencia española propiamente dicha, porque la del tiempo de Carlos V no podemos del todo atribuírnosla con razón, bien que más y mejor que nadie ayudásemos á adquirirla y conservarla; después de incorporado Portugal, y vencido el turco, que había hasta allí disputado la superioridad al mundo cristiano; cuando aún no habían sido deshechos nuestros infantes sobre campo alguno de batalla, poquísimo se distinguían los que comenzaban á servir de los primeros que fueron á Nápoles, si hemos de creer á Marcos de Isaba, en su libro intitulado *Cuerpo enfermo de la Milicia española.* Porque, según cuenta, iban á esta ó la otra parte de Italia, donde á la larga solían formarse los mejores, «con un arcabuz mal hecho y una media viga por caja, roto el punto, serpentina, y el frasco hecho pedazos, y el que llevaba la pica, tuerta y sin hierros, corta y á veces rota; otras veces desarmados, que quien los viera no juzgaría que iban á ser soldados y servir á tan gran Señor y tan gran Rey, sino á labrar y culti-

var las haciendas y posesiones de aquellos á quien estos soldados han de defender y guardar [1]». Con razón llamaban, pues, *bisogni*, de *bisogno*, necesidad, los italianos á aquellos tales soldados, de donde nuestra propia lengua admitió que á todo recluta ó novicio se diese tal nombre.

Este perpetuo mal de la escasez venía del constante mal estado de nuestra Hacienda nacional, ó si se quiere regia, que más que nadie experimentaban y padecían, naturalmente, los soldados nuevos y viejos al ir á campaña. Y el mal mismo tenía por primero y fundamental origen, no importa repetirlo, aunque lo tenga en otros casos expuesto, la enorme desproporción que hubo siempre entre nuestros recursos y las múltiples y vastas empresas en que nos fuimos empeñando. Quien estudie y ahonde bien la situación de nuestra Hacienda desde que se iniciaron las expediciones y guerras exteriores en adelante, cada vez atesorará, sin duda, mayores pruebas que patenticen esta inconcusa verdad. Cualesquiera que fuesen los desaciertos de nuestra administración pública, también en Francia, en Alemania y en todas partes imperfectísima por aquel tiempo, la

[1] *Cuerpo enfermo de la Milicia española*, cap. XXI: Madrid. Por Guillermo Druy: 1594.

verdad es que la excepcional penuria que padecimos no podía tener seguro remedio sino cambiando en conjunto de política y abandonando voluntariamente una posición, por accidentes varios alcanzada á deshora, que tarde ó temprano habíamos sin remedio de perder. No pretendo que fuese este medio de aplicación fácil en ningún país, y menos en uno de tan ordinario orgullo como España: digo sólo que era el único que, empleado siquiera en lo preciso y á tiempo, hubiera evitado los más de nuestros apuros y desengaños posteriores. Ni la singular situación que nuestra Península ocupa en este extremo de Europa, de una parte, ni de otra la naturaleza esquiva de lo más de nuestra tierra, fuera de eso devastada por ocho siglos de guerra intestina, como fué la que sostuvimos con los moros españoles, y por aquellas inundaciones de bárbaros que, no en ejércitos, sino en razas enteras, sucesivamente vinieron de África, podían conferirle á la Monarquía de los Reyes Católicos el primer puesto del mundo, dado el orden natural de las cosas. Mucho disminuyó la dificultad de nuestros gobiernos sucesivos para sustentar empresas costosas el descubrimiento de América, después de pasado algún tiempo, porque, aunque nunca bastasen las flotas

para mantener holgado el tesoro regio, ello es, al cabo, que sin el oro y la plata que de allí vino, hubiera decaído, desde el punto y hora en que Carlos V abdicó, nuestra preponderancia. Los tributos de Castilla, aunque totalmente se la desollase [1] ó arruinase, para poco, poquísimo podían valer en necesidades tamañas. Y aquellos mismos recursos de América, aunque en sí llegaran á ser cuantiosos, fueron siempre por demás inseguros á causa del mar y la distancia, y á la larga, pór la interposición frecuente de nuestros enemigos, no bastando de todas suertes para atender á los desmesurados gastos de guerra que por todas partes hacíamos. En el entretanto, y dada la parvedad con que á las necesidades del común gobierno contribuían, tanta multitud de Estados ó provincias como, aparte de Castilla, poseíamos, más bien eran causa de flaqueza que de poder. Para tamaña extensión de dominios, helo dicho distintas veces, los matrimonios hicieron una parte, y otra las armas; pero claramente aparece, en suma, que nuestras conquistas de Sicilia y Nápoles, nuestro imperio en el Milanesado, en Alemania, en Flandes, fueron á modo de aventuras gloriosas y no más. El empeño tenaz con que

[1] Palabra literal del conde-duque de Olivares.

procuramos luego retener todo lo adquirido, sin excepción, si de suyo fué noble, y dado el duro temple del carácter nacional, inevitable, no por eso dejó de ser impolítico y funesto. Hay cualidades que pueden honrar á los individuos y perder las naciones, cualidades que para los individuos mismos son de ordinario fatales, aunque respetables, y, si se quiere, loables en ocasiones. De éstas han mostrado no pocas en todo el curso de su historia los gobernantes españoles, y singularmente en el período de que se trata.

III

Seducidos, á todo esto, por los exagerados encomios de los geógrafos antiguos, que solían sólo conocer de España algunas cortas porciones, cual hoy favorecidas y excepcionales, siempre han concedido los críticos extranjeros mucho mayor estima en España á la tierra que á la raza que la puebla, cuando lo contrario fuera más justo, en mi concepto. De nada sirvió para destruir esta opinión equivocada, desde la época del Renacimiento sobre todo, el testimonio de aquellos extranjeros que vieron por sí mis-

mos las cosas. Desde 1465 á 1467, y mucho antes, por tanto, que comenzase á intervenir constantemente España en los negocios generales del mundo, recorrió con gran séquito la Península, así como muchas provincias de Inglaterra y Francia, el barón León de Rozmithal, noble de Bohemia, sobre cuyas peregrinaciones queda una relación curiosísima, primero traducida al latín, y poco hace al castellano. Con ella corre junta otra de un cierto Gabriel Tetzel, patricio de Nuremberg que acompañó á Rozmithal en su viaje. Pues no hay más que recorrer ligeramente las páginas del interesante volumen que ambas relaciones componen, para comprender cuánta diferencia hubiese ya entre la riqueza visible de las otras naciones, visitadas por dichos viajeros, y la de la Península española. Desde que aquellos honrados observadores entraron en Castilla hasta Segovia, y de aquí á Portugal por Salamanca, apenas dejaron de señalar campos incultos, *salviam et rosmarinum producentes;* y donde *nulla alia arbor crescit, quam buxus,* dicen unas veces, ó *nullas alias arbores quam juniperos et sabinas,* escriben otras: romerales, malezas, monte bajo cuando más, por todas partes, excepto en las vecindades de la sierra de Guadarrama, donde se alzaban,

cual ahora, hermosos bosques de pinos [1]. De Medina del Campo en adelante, por un espacio muy largo, «*nulla prata vel sylvas vidimus; ad ignis usum fimum pecorum accipiunt*»; decían literalmente los viajeros, lo propio que han podido hasta nuestro siglo observar cuantos por los mencionados sitios transitaban. Vueltos á entrar en España por Mérida, de nuevo hallaron delante un desierto, vestido de hierbas aromosas, los cán-

[1] *Itineris a Leone de Rozmithal, nobili Bohemo, annis 1465-1467, per Germaniam, Angliam, Franciam, Hispaniam, Portugalliam atque Italiam confecti. Commentarii coaevi duo*: Stuttgart, 1844. El barón León de Rozmithal de Blatna era cuñado del rey de Bohemia; salió de Praga el 26 de Noviembre de 1465, y su acompañamiento no bajaba de cuarenta personas, con cincuenta y dos caballos. Las dos relaciones de su viaje que poseemos, son obra de personas de su acompañamiento. Fué autor de la una, un cierto Schaschek, que, según advierte con razón el Sr. Fabié, traductor de ambas, debía formar parte de la servidumbre del barón de Blatna, y aun tal vez fuera uno de sus secretarios, como opinó el Sr. Gayangos, porque siempre habla con gran respeto, y hasta con humildad, de Rozmithal, á quien llama constantemente «el Señor». El original de esta relación se ha perdido; pero se conserva su traducción latina hecha por el canónigo de Olmutz Estanislao Paulowiski, é impresa en 1577. La otra relación, escrita en alto alemán medio, pertenece al Gabriel Tetzel, patricio de Nuremberg, que también acompañó á Rozmithal en su viaje. Una y otra se publicaron el año 1844 en el tomo VII de la colección de «Literatura nacional» que dirige la Sociedad Literaria de Stuttgart, y ambas han sido, como he dicho, traducidas y publicadas en España por el infatigable académico D. Antonio Fabié.

didos y sin duda verídicos viajeros. De allí á Zaragoza, por Madrid y Guadalajara, sólo admiraron algunos bosques entre Medellín y Madrigalejo; viñas y olivos en Talavera, ó los alrededores pantanosos de Zaragoza; frutas abundantes hacia Calatayud y la Almunia, por las tierras que el Jalón fertilizaba, como hoy en día. Viñas y huertas distinguían también ya los campos de Lérida de los grandes desiertos aragoneses. En Barcelona encontraron por fin los viajeros al pueblo catalán, que reputaron más díscolo y cruel que ninguna gente bárbara que hubiesen conocido; pero plantando, con esto y todo, sus labradores, por las cercanías de la altiva y comerciante ciudad, copiosos bosques de palmeras, y contestando á los que se sorprendían de verles cultivar frutos que, para gozados, necesitaban cien años, que tenían obligación de dejar á sus descendientes tantos bienes como de la laboriosidad de sus predecesores recibieran. No debieron de ser amablemente tratados de parte de algún catalán los viajeros, según se explicaban; pero, en conclusión, se ve que aquéllos eran ya los más industriosos de los españoles como ahora, y que todo aparecía, en fin, muy poco diverso de lo que después ha sido en tan lejana época.

No describen mejor situación que los viajeros de la época de Enrique IV, ni alguna que otra sucinta relación que queda, de los peregrinos á Santiago, ni cierta narración, recientemente traducida á nuestra lengua, de un viaje del tiempo de los Reyes Católicos, tan celebrados por su buen gobierno [1], ni las crónicas que refieren las varias entradas y salidas en España de Felipe el Hermoso y Carlos I, no ha mucho dadas á luz bajo la dirección de Gachard [2]. Según sus acompañantes é historiadores, por todas partes encontraron aquellos jóvenes Monarcas, viniendo de las costas septentrionales, donde arribaron, hasta el centro de Castilla, míseros habitantes y lugares míseros ó aldeas, donde lo más necesario faltaba, alzándose sobre todo esto una aristocracia y un alto clero potentes, pero más ostentosos y de-

[1] *Viaje de Nicolás de Popielovo por España y Portugal.* Traducción del alemán de fines del siglo XV, por Félix Rozànski.—Colección de Javier: Liske: Madrid, 1878.

[2] *Collection des voyages des Souverains des Pays-Bas*, publiée par M. Gachard. Tome 1er.—*Relation du premier voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1501*, par Antoine de Lalaing S. de Montigny.—*Relation du deuxième voyage de Philippe le Beau, en 1506*, par un anonyme. Tome II.—*Itinéraire de Charles-Quint, de 1506 á 1531.*—*Journal des voyages de Charles-Quint, de 1514 á 1551*, par Jean de Vandenesse: Bruxelles, 1874-76.

rrochadores todavía, con algunas pocas poblaciones activas y prósperas, como Valladolid, Burgos y Medina del Campo. Fueron, como se sabe, dichos Reyes los primeros de nuestra dinastía austriaca, y aquellas, en el fondo, regocijadas relaciones de sus paseos triunfales, prueban que no hallaron á España más rica ni más poblada que la dejó, después de todo, el último al morir. Lo propio el célebre historiador Guicciardini [1], cuando en misión vino á España, que los venecianos Bernardo Navagero, Vincenzo Quirino, Federico Badoero y otros, vieron en igual estado que los flamencos á la Península durante la primera mitad del siglo XVI, que corresponde á los gloriosos años del Emperador. Aquí y allá templos y monasterios grandiosos, castillos soberbios y alguna que otra casa noble, magníficas fiestas tal cual vez; pero tanta ostentación en la Prelacía y los Ricos-hombres, como pobreza pregonaban, en substancia, los campos y sus habitadores.

Inclináhanse estos nuevos observadores, cual todos ya, ó casi todos, á que en aquel pobre estado tenía más parte el hombre que la naturaleza del suelo, y la razón queda

[1] Francesco Guicciardini. Opere inedite: *La Legazione di Spagna* (1512-1513): Firenze, 1864. Tomo VI.

expuesta, pero en los hechos andaban conformes. No dejaba de tener Guicciardini alguna razón cuando, al señalar las causas de aquella *gran pobreza*, añadía que los naturales de España no se dedicaban al comercio, considerándolo vergonzoso, por tener *todos* en la cabeza ciertos humos de hidalgos; pero ¿era verdad que se dedicasen por eso todos á las armas, según pretendía? Si el común orgullo les daba mayor valor que á otros en las filas, conforme se advertirá después, el corto número que hubo siempre en nuestros ejércitos, cosa bien notada por otros Embajadores, patentiza la exageración con que se expresó Guicciardini en este punto. Con más exactitud observó que trabajaban sólo nuestros artífices cuando la necesidad les impelía, descansando mientras la ganancia les duraba; así como que tampoco se afanaban los campesinos, sin ser forzados, por lo cual labraban menos terrenos de lo que podían, y labraban mal, por lo común. De esto han motejado siempre propios y extraños á nuestros trabajadores, y aun hoy solemos motejarlos, cuando va para cuatro siglos que formuló Guicciardini su observación. Pero semejante censura debía ser entonces, cuanto es ahora, exageradísima, porque la generalidad de nuestros cam-

pesinos trabaja más quizá que muchos, y la mayoría misma de nuestros menestrales está bien distante de extremar al punto dicho la pereza. Y, por otra parte, ¿no son españoles también los que poseen y cultivan los admirables campos de Valencia y Murcia, ó los que crean y conservan la frondosidad de Galicia? No es oportunidad de insistir en que la desigualdad de la tierra y del clima es la mayor que entre Castilla, por ejemplo, y Francia existe; pero, sin negar que por índole sean menos industriosos que otros los castellanos ó aragoneses, aquella es en el fondo mi convicción. De todas suertes, lo que importa aquí consignar es que, por testimonio conforme de todos cuantos la vieron, la España de principios del siglo XVI y la que dejó Carlos II se parecían muchísimo.

El ya citado embajador Quirino calculó en solos doscientos cincuenta mil el número de los vecinos que habitaban todas las ciudades, villas y aldeas de la corona de Castilla, los cuales vivían miserablemente, *per essere gran povertà fra essi* [1]. Corriendo ya el año de 1557, y al alborear el reinado de Felipe II, escribió, con más conocimiento de causa que

[1] *Relazioni degli Ambasciatori veneti al Senato, raccolte, annotate, e publicate da Eugenio Alberi, a spese di una Società*: Firenze, 1839. Tomo I.

Guicciardini, otro Embajador veneciano, Federico Badoero, que, «generalmente hablando, esta provincia ó tierra de España *era árida, porque á las veces no llovia en ella en un año entero, y no se podia introducir el arado dos dedos debajo de tierra*» [1]. Faltaban, pues, según este diplomático, en la Península las cosas necesarias á la vida, por su natural escasez, «aunque, además, porque á pesar de ella se exportaba bastante harina á las Indias». De industria ó artificios, decía, cual otros muchos, «que no pensaba que hubiese país que poseyese menos». Oyó también ya jactarse á los súbditos del vencedor de San Quintín, de que «la pobreza, los montes y la esterilidad eran otras tantas fortalezas del Reino, porque los ejércitos pequeños no podían adelantarse por el país, y los grandes, si se adelantaban, perecían de hambre». Dentro de la Península calculaba Badoero que, aun llamando á todo el mundo á las armas, no podrían juntarse á la sazón más de cuarenta mil hombres de á pie, partiendo de que el mayor ejército que en tiempo de Carlos V se había arrimado á Perpiñán por la frontera, no pasaba de treinta mil infantes y cinco mil caballos; «*gente assai povera*», ó mal equipada, bien que

[1] Idem. Serie 1.ª, volumen III.

con mayor aptitud natural que otra ninguna para la guerra. Todos los españoles que en 1557 militaban fuera de la Península, repartidos por tan diversos ejércitos ó guarniciones, los computaba el propio Badoero en unos veinte mil, no juzgando posible aumentarlos en una mitad más sin gran fatiga. ¿Era este bastante número para suponer, como Guicciardini supuso, que los españoles, en general, tomaban por oficio la guerra? Tomáronlo siempre menos que debieran. Y, en conclusión: tal cual resulta del conjunto de las precedentes citas, quizá prolijas, era indudablemente la España de los días de nuestra mayor grandeza, madre natural, por tanto, del soldado viejo de Cervantes, como del bisoño de Marcos de Isaba.

Naturalmente no había mejorado esta situación del país cuando, reinando Felipe IV, sobrevinieron nuestras guerras interiores y nuestros exteriores desastres; pero tampoco hay datos para afirmar que hubiese empeorado, por lo menos de un modo notable. En substancia, los viajeros de aquel tiempo, comenzando por *Van Aarsens de Sommerdyck*, el más benévolo de todos, confirmaron las noticias de los del siglo XV y XVI, tocante al estado general de la Península, de su agricultura, de su industria, de su población y

de sus recursos militares. Diríase leyéndolos que, á pesar de las lamentaciones de nuestros economistas y arbitristas sobre el decaimiento de la riqueza y la población durante los reinados de Felipe III y Felipe IV, en realidad no habían cambiado lo más mínimo las cosas. Ni siquiera en viajero alguno, italiano ó francés, de los que corresponden al reinado de Carlos II, hay pinturas más tristes de la situación interior de España que las hicieron los cronistas de Felipe el Hermoso y Carlos V, con propender naturalmente al panegírico más bien que á la censura, sobre cuanto pertenecía y engrandecía á sus amos. Medina del Campo, es cierto, había decaído, y sirva de ejemplo; pero Madrid, Valladolid y Sevilla eran mucho mayores ciudades por aquellos tiempos que lo habían sido anteriormente [1]. Parece imposible que se haya

[1] *Mémoires curieux envoyez de Madrid*: Paris, 1670. Van Aarsens de Sommerdyk.—*Voyage d'Espagne, curieux, historique et politique*: Colonia, 1667.—*Mémoires de la Cour d'Espagne*, par Madame D** (Madame d'Aulnoy): Lyon, 1693.—Domenico Laffi: *Viaggio in Ponente a San Giacomo de Galitia*: Bolonia, 1681.—Marquis de Villars: *Mémoires de la Cour d'Espagne sous le règne de Charles II*: Londres, 1861.—P. Gian Lorenzo Buonafede Vanti: *Viaggio occidentale a San Giacomo di Galizia*: Bolonia, 1729;—y *Voyage en Espagne d'un Ambassadeur Marocain* (1690-1691), traduit de l'arabe par H. Sauvaire: Angers, 1884.

tardado tanto en dar á cada cual lo suyo, atribuyendo á la tierra, en nuestra situación, lo que de la tierra era, como lo que era del hombre al hombre. Al comienzo de este siglo estaba en la confusión más completa este punto, y aun continuó estándolo después que D. Antonio Capmany publicó la primera de sus cuestiones críticas, destinada á indagar si la industria, la agricultura y la población de España de los pasados habían llevado ó no ventaja á la de sus tiempos. Gracias á aquella verídica y curiosa obrilla, debióse dudar ya de la ponderada riqueza de España al advenimiento de la Casa de Austria; pero pocos hasta aquí han dudado. Fué fortuna que acertara á partir de mejores datos que la generalidad el escritor inglés Henry Thomas Buckle en el cotejo que hizo entre su patria y España en el capítulo XV de la *Historia de la civilización de Inglaterra;* estudio de bastante más fundamento por esa razón, que tocante á nuestros asuntos suelen ser los de los extranjeros. Pero, de todos modos, cuando el autor del presente estudio expuso por vez primera las anteriores consideraciones, pasó por paradójico y pesimista en su patria generalmente.

La diferencia entre España y las demás naciones, no era, ni podía ser, tan grande en

aquellos siglos como ahora, es claro, porque sobre la ventaja natural que han llevado siempre á los nuestros el suelo y clima de Francia ó el de Inglaterra, por ejemplo, llévannos hoy ambas naciones la de mucho tiempo de trabajo, prosperidad y progreso, por acá malgastado en revoluciones inútiles y desastrosas guerras interiores. Mas desde entonces era á la simple vista apreciable y de mucha monta la diferencia, bien que fuese calurosamente negada por los españoles. En los días de Felipe III y Felipe IV, el ingenioso áutor de la *Antipatía entre los franceses y los españoles*, Carlos García, si es ese su verdadero nombre, escribió estas frases que indican que la verdad era por fuera más conocida que por acá se sospechaba [1]: «todo el mundo sabe que España *es mucho más estéril que Francia por la gran sequedad de su suelo y la falta de lluvias*, sin embargo de lo cual no se hallará un solo español que tal confiese». Lo negásemos ó no, cuando cualquier escritor francés llegaba á venir, no sólo llevaba á su país exactas, sino exageradas impresiones de nuestra pobreza, según acaba de exponer en un curioso estudio el erudito Morel Fatio. De nada nos

[1] *Antipatia de Francesi e Spagnuoli, dal Dottor D. Carlo García*: S. l., 1686.

servía, por tanto, aquella vanidad excusable, tratándose de deslumbrar á aquellos que tenían interés en conocer la verdad, como, por ejemplo, lo tenían los Ministros de naciones rivales [1]. Á las veces, y era natural, desconocían también nuestras ventajas más notorias los extranjeros, porque el propio Carlos García afirma que no se encontraba en su tiempo francés que reconociese que, á lo menos, los buenos caballos, las buenas espadas y los vinos buenos les iban de la Península. Pero, en general, preciso es confesarlo, los viajeros de entonces eran bastante exactos, y más desde luego que la generalidad de los modernos, por lo común menos escrupulosos hacia los santos mandamientos, ó más cultivadores que de lo verdadero, de lo pintoresco y raro. Un estudio especial de lo que escribieron sobre España los de todas naciones que con motivos distintos la visitaron desde el siglo XV al XVIII, sería importantísimo para dejar fuera de toda duda que nuestro territorio no se hizo pobre por culpa de nuestra supremacía militar y del mal gobierno de la Casa de

1 Ya Sully en sus *Memorias* se hizo cargo de que España tenía fuerzas propias muy desproporcionadas á sus pretensiones. Véase sobre este punto especial también el curioso libro de A. Morel Fatio, *Études sur l'Espagne*: Chartres, 1888.

Austria, sino que lo era cuando ella vino. Tampoco aconteció eso, como otros piensan, por causa del descubrimiento y población de América, porque ya lo era asimismo cuando de Palos partieron las carabelas de Colón. Las Cortes concedieron siempre tan mezquinos subsidios, aunque para Castilla sola resultasen pesada carga, que á un país, por su naturaleza rico, no lo habrían arruinado seguramente. ¡Harto más han sacado los dominadores extranjeros durante muchos siglos de los siempre florecientes campos de Italia! Ni nuestra despoblación pudo tampoco nacer de las guerras, porque era axioma de nuestros enemigos que no se podían ver ocho mil españoles juntos en parte ninguna, y ya se sabe que nunca pasaron de veinte mil entre todos. Para mantener los vastos dominios de Europa bastaban muy pocos tercios ó regimientos, uno en Nápoles, otro en Lombardía, y tres, ó cuando más seis, en Flandes. Si la América se nos llevaba alguna gente emigrada, devolvíanos en cambio valiosos productos, y, sobre todo, metales preciosos que, según queda expuesto, aliviaban extremadamente las cargas del Tesoro regio, haciendo posible siquiera la sustentación de tan grande Estado largo tiempo. Pero incontestablemente me he extendido en

esta materia demasiado. Otra ocasión y otro espacio se necesita para recoger todos los hechos y ampliar las consideraciones que inspiran. Hoy me limito á preguntar, por último, lo que sigue: Dada la situación general que, si no con la extensión y pormenores suficientes, con toda verdad he trazado, ¿cabría explicar hoy, sin la individual fortaleza de los españoles, y en especial de sus soldados de infantería por entonces, que las pobres y pequeñas naciones unidas en la Península por los Reyes Católicos predominaran siglo y medio sobre tantas otras más ricas y pobladas, y en todo más fuertes que ella?

IV

Más y más interesante hace todavía lo que acabo de exponer, el estudio de aquel pobre pero temible soldado, de quien nuestras novelas antiguas están, por cierto, llenas. Apenas hay una, sea picaresca, sea *lastimosa* ó seria, en que el principal personaje no comience ó no acabe por sentar plaza de tal para Italia ó Flandes. Hidalgo pobre, por lo común, villano de nobles pensamientos muchas veces, por dondequiera aparece este soldado singular, lo propio en tiempo de Felipe II que en el de Felipe IV, reemplazando

con su personal valor cuanto faltaba á sus Reyes de buena política, á su tierra de recursos, á su patria, en conclusión, de calidades nativas para ser lo que quiso, y con efecto fué, contra los decretos de la naturaleza. Cada uno de los dichos soldados tenía que picar en héroe para que tan corto número como solía haber fuera de España, bastase á conquistar las Américas y las islas del Asia, mientras guarnecía tamaños territorios en Europa, y ponía por obra las innumerables empresas acometidas desde Fernando V hasta Felipe IV. Por cierto que reinando este Monarca, explicó muy sagazmente su primer Ministro Olivares, en la Memoria que al encargarse de los negocios redactó, la fundamental condición de que se derivaba la superioridad del infante español sobre los de todas las naciones [1]. Lo que para aquel

[1] Papeles que ha dado á S. M. el Conde-Duque, gran Canciller, sobre diferentes materias de gobierno de España.—Biblioteca Nacional, E. 184.— Por lo oportunas que aquí resultan las dichas palabras del Conde-Duque, se reproducen, aunque estén ya impresas en el primer volumen: «El pueblo de aquellos reinos (se refiere al de Portugal) *es más parecido en la sujeción y rendimiento á la nobleza* á todos los otros reinos forasteros de V. M., que no á los de Castilla; *razón, sin duda, en que se funda la ventaja que hace á todos los otros reinos y naciones la infantería de España, donde se ve con la fidelidad á sus Reyes, mayor que la de otros ningunos vasallos, el brío y libertad del*

Ministro se la daba era su dignidad individual, su profundo orgullo nativo, que, á cualquiera hombre de este país, aunque fuera menestral ó villano, le hacia mirar sin miedo, y casi como de igual á igual, á los magnates. Medianas, y quizá menos que medianas calidades éstas para el soldado posterior, más excelente cuanto más parecía una máquina, lo que es para aquellos combates de pica á pica, ó con arcabuz de cerca, resultaban preciosas y hasta incomparables. Gran señor Olivares, y Guzmán de veras, que no por soldadesco mote, como se solía su apellido usar; poseyendo las más altas dignidades del Estado; vanidoso tanto y más que soberbio por índole, nada le estorbó de esto para simpatizar, según se ve, con el carácter del soldado antiguo español, sobre todo del infante, que era el que mejor lo representaba. Y con una clase popular por el estilo, y unos aristócratas que podían pensar como Olivares, compréndese bien aquella especie de democracia de la vieja España, fundada en los humos de nobleza de todos, que hoy, contemplada en sus reliquias, si por ventura aparece sin mezcla de mal

más triste villano de Castilla con cualquiera señor ó noble». Este era ciertamente el humo de *hidalgos* que *todos* los españoles traian en la cabeza, de que habló Guicciardini.

aprendidas lecciones extrañas, maravilla á los buenos observadores transpirenaicos. El hijo más legítimo de esa democracia era, dicho se está, nuestro soldado de á pie de los siglos XVI y XVII, por virtud de su individual sentimiento del honor, más propio que ningún otro para la guerra de entonces, siempre mantenida por pequeños ejércitos, donde cabía notar las hazañas de cualquiera y no era difícil que entre sí se conocieran todos los combatientes. No por aquel individualismo altivo dejaban de ser tales hombres capaces de disciplina, y disciplina inflexible; mas no rutinaria ni mecánica, sino de aquella que arranca del corazón. La miseria con que lucharon en Flandes, hizo allí, sobre todo, sus motines famosos; pero eran motines á lo mejor convertidos en rasgos de abnegación sublime, como cuando salvaron á sus compañeros asediados en el castillo de Amberes, ó cuando, acudiendo al llamamiento angustioso de la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, se estrellaron en las Dunas de Newport. Una vez que á costa de esfuerzos inauditos logró el Conde-Duque asegurarles algo mejor las pagas en tiempo de la gran guerra con Francia, ya no se volvió á hablar de motines por allá, y eso que nunca dejaron de padecer escaseces. Aquellos sol-

dados ofrecían, por fin, un conjunto de condiciones siempre raras, entre las cuales se echaban de menos otras más comunes, pero que precisamente son las que ante todo se requieren en los innumerables soldados por fuerza de los ejércitos modernos.

Antes de proseguir adelante, débese ya advertir que con el nombre de soldado no aparece el hombre de guerra entre nosotros, ni á caballo ni á pie, hasta que bajo los *Reyes Católicos* comenzó á haber continuos cuerpos militares en acción, ó sea ejército permanente. Dió á esto causa la nueva necesidad de guarnecer provincias lejanas, haciéndose, en cambio, casi inútiles, por la paz interior, las milicias de los Concejos, las mesnadas de los Ricos hombres, el servicio feudal de los Nobles y todo el resto de la organización militar de la Edad Media. Las diferencias esenciales de aquel nuevo hombre de guerra con el antecedente, y el de nuestros días, por completo se comprenderán con poco más de lo ya expuesto. Era el de infantería, sobre todo, un hombre que voluntariamente sentaba plaza, llevado por el deseo juvenil de correr aventuras, por el aliciente de mejorar su fortuna y condición, y acaso también por huir de las asechanzas de la justicia, ó de la venganza de algún padre ó

pariente, malamente ofendido en las mujeres de su casa. Desde que este tal sentaba plaza, teníase por hombre de pro, despreciando de verdad todo oficio mecánico; y aunque con gusto guardara obediencia severísima, ponía mano á la espada, no bien le parecía que tocaba el castigo á la honra. No sin razón, cuando un General ó Maestre de Campo se veía maltratado por la fortuna, iba á recobrar ó depurar su honor en las filas de aquella infantería, *sirviendo con una pica;* no en vano encerraban sus primeras hileras gran número de capitanes y oficiales reformados, ó de reemplazo, multitud de hidalgos de vida airada, ó cortos haberes, que se buscaban la vida en oficio tan honrado, y hasta muchos señores *de hábito*, es decir, caballeros de las orgullosas Órdenes militares[1]. Las filas de esta infantería convertíanse por tal modo en una verdadera escuela y un asilo seguro de la honra individual: ¿cómo había de ser sobrado sufrido en ellas, lo mismo bajo Felipe IV que bajo Carlos V, el soldado raso, si por acaso trataban de quitársela?

[1] Pueden consultarse para testificar esta verdad, entre muchas otras, las obras siguientes: Pierre de Bourdeilles, Seigneur de Branthôme: *Oeuvres complètes*: Paris, 1858, tomo I; y D. Francisco Ventura de La Sala y Abarca: *Después de Dios la primera obligación*: Nápoles, 1681.

No habiendo, por otra parte, limitado tiempo de enganche, y dándole bien ó mal de comer el Rey en todo tiempo, según advertían los tratadistas militares[1], al revés de lo que pasaba con los mercenarios alemanes, que se enganchaban para una campaña, licenciándoseles buenamente después; sabiendo, por último, el soldado viejo que no podía ser despedido del servicio sin causa legítima, el menor infante se consideraba, tanto como cualquiera oficial de ahora, propietario de su arcabuz ó su pica, y en el ejercicio formal de una profesión ó carrera.

Para echar del servicio á cualquiera de ellos se necesitaba que fuese jugador, pendenciero, hombre, en suma, de muy malas costumbres: para pasarle *por las picas*, no se necesitaba, en cambio, más, sino que, hallándose en campo seis contra ciento, tomase uno de los seis la fuga, abandonando en el riesgo á sus camaradas. No eran las costumbres de la guerra en el siglo XVI para que, por excepción, pudieran picarse de muy humanos; pero pruebas hay de que, si en la codicia de los sacos, como los de Roma ó Amberes, igualaban á los peores, no era así en lo que toca á derramar sangre de ven-

[1] Martín de Eguiluz: *Milicia. Discurso y Regla militar*: Amberes, 1595.

cidos, cosa en que particularmente se señalaban los alemanes. Por algo el Almirante de Francia, Coligny, cuando vió los muros de San Quintín coronados por el ejército de Felipe II, buscó á los infantes españoles, según cuenta en sus *Memorias* él mismo, para entregarse á ellos, y no á los ingleses ó alemanes, contando con librar así la vida [1]. Lloraban, por lo demás, de dolor los Maestres de Campo al tener que reformar ó disolver cualquiera de aquellas feroces familias militares, como cuando D. Sancho Martínez de Leyva castigó un tercio en Flandes, diciéndole á su alférez: «Ea, batid la bandera, y plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del tercio viejo [2]». Lloraban también los encanecidos soldados á sus capitanes, cual si fueran padres, cuando á su frente caían, como al Condestable de Borbón le lloraron al pie del muro transtiberino de Roma. Y eso que no les era absolutamente indispensable tener capitanes señalados por el Rey; porque en cualquiera necesidad cada cuál sabía serlo ó buscárselo. Mucho más

[1] *La vie de Messire Gaspar de Colligny admiral de France, à laquelle sont adiontés ses Mémoires sur ce qui se passé an siège de St. Quentin en l'an 1557*: París, 1656, pág. 136.

[2] *Disertación sobre la antigüedad de los Regimientos*, por D. Juan Antonio Samaniego: Madrid, 1738.

se pudiera decir; pero basta, si también no sobra lo dicho en esto para mi propósito.

V

Desde la primera expedición de Gonzalo de Córdoba á Italia, pocos días dejó de sonar ya el nombre de los soldados españoles por Europa. Aquellos, por ejemplo, que dejó algún tiempo ociosos la conquista de Nápoles, se echaron á pelear por su cuenta, en favor de diversos Príncipes, y hasta del mismo rey de Francia. Durante las guerras de éste con Julio II y los venecianos, dos mil soldados españoles mantuvieron gran parte del Milanesado á la devoción del primero; y en la batalla perdida por el ejército eclesiástico, cerca de Ferrara, contra el del Monarca francés, trescientos españoles de los que por otro lado servían al Papa, se salieron del campo en buen orden, poniendo entre sus filas la artillería á salvo, sin que lograse desbaratarlos la caballería francesa. Vueltos después al servicio de su Rey natural cuando le hicieron falta, y adiestrados ya en el manejo de las picas, y el arte de escuadronar, con que los suizos, y los alemanes que antes que nadie los imitaron, comenzaban á hacer inútil el valor, hasta en-

tonces irresistible, de los caballeros armados de punta en blanco, mantuvieron su superioridad nuestros infantes, gracias al esfuerzo individual que tan aptos los hacía para aquel género de armas. No parece que en el ejército del Gran Capitán, criado en las tradiciones de la guerra de Granada, tuviese aún la infantería suficiente organización, ni la ventaja, por tanto, que alcanzó más tarde. Los hombres de armas, parecidos á los coraceros actuales, y nuestros incomparables caballos ligeros, montados *á la jineta* y asimismo criados en la guerra de Granada, representaron el primer papel en los más de los combates parciales á que la guerra de Nápoles dió lugar. La Edad Media Militar preponderaba aún, y el propio Gonzalo de Córdoba, que en punto á talento estratégico se adelantó á su época tanto, peleó todavía por su persona, con espada y rodela, como cualquier paladín, en el Garellano, ni más ni menos que en la guerra de Granada. Cuenta á propósito de esto Machiavello, que los infantes asturianos y gallegos con que Don Fernando de Andrada se juntó en Barleta al Gran Capitán, combatieron allí con rodela y espada á campo abierto, llevando aun así ventaja á la caballería francesa. Pero debo deshacer un error en que incurrí, siguiendo

á Guicciardini y Machiavello, y al traductor castellano de este último, en el pretendido libro original, intitulado *De Re Militari*. Consistió el error en afirmar, cuando por vez primera publiqué este estudio, que todavía en la batalla de Ravena, aunque introducidos ya los escuadrones de largas picas á la *suiza*, de que fué en España maestro Gonzalo de Ayora, contaron hileras de rodeleros nuestros cuerpos de infantería [1]. Supuesto que lo cometí, ocasión es esta de rectificarlo. Todo el mundo sabe que la infantería española triunfó de tal modo en Ravena de la de Francia, que habría ésta quedado aniquilada, á no sobrevenir su caballería vencedora, la cual no logró impedir, con todo, que, abandonados del resto del ejército coligado, ya que no podían triunfar, se retirasen en buen orden los españoles. Mas por lo que hace al modo de combatir, lo que allí pasó fué que la infantería española, y la alemana ó gas-

[1] Nicolo Machiavelli: *Y sette libri dell' Arte della Guerra*: Florencia, 1550, pág. 37; y Francesco Guicciardini: *La historia d'Italia*: Venecia, 1623, folio 304. El *Arte de la guerra*, de Machiavello, fué con aquel título traducido al castellano, ó más bien plagiado, puesto que le cambió el supuesto autor los nombres á los personajes del diálogo, dando la obra como original. Cuando di esta noticia por primera vez, sorprendió mucho á los bibliógrafos, que estimaban sobremanera el dicho *Tratado de Re Militari*, teniéndolo por original.

cona, se juntaran pica á pica con tal furia, que no quedaba espacio para manejarlas. Entonces dos Coroneles españoles, compañeros de un Zamudio que mató al Coronel ó Jefe alemán en singular combate, apellidados Artieda y Arriaga, tomaron cada cual por su extremo una pica, y metiéndose con ella tendida por debajo de las de la primera hilera contraria, levantáronlas en alto, de suerte que su gente pudo tirar de las espadas, embrazar rodelas y acometer cuerpo á cuerpo. Hiciéronlo con tan inaudito furor, que de ocho mil alemanes apenas dejaron vivos en el primer encuentro mil quinientos. No en balde llenó de asombro á Italia aquella hazaña. Por lo demás, su célebre retirada, sin ser rota por la caballería francesa, hízola ya formada en escuadrón de picas nuestra infantería [1].

[1] Lo que se cuenta aquí ahora de la batalla está literalmente tomado de la *Relación de los sucesos de las armas de España en Italia en los años de 1511 y 1512 con la jornada de Ravena*, impresa en la *Colección de documentos inéditos*, tomo LXXIX, pág. 233. Empeñada á uso caballeresco, como que medió formal reto, y se dejó pasar tranquilamente el río á los franceses que sitiaban á Ravena, para medirse con ellos á campo abierto, se dió contra las instrucciones de D. Fernando el Católico, que no tenía la confianza que en Gonzalo de Córdoba en los Generales que allí mandaron, según resulta de una carta que existe en la librería del autor. Lo más curioso es que, para

De temple tal eran los soldados con que se constituyeron luego los primeros *tercios*, en tres trozos repartidos realmente; pero el uno armado de picas, el otro de mosquetes, y de arcabuces el otro [1]. Con idéntico valor per-

volver á enviar á Italia al Gran Capitán, exigió aquel Monarca que se le pagase entre todos los aliados el sueldo que había de ganar, lo cual indica, ó que el Gran Capitán trabajaba muy caro para la época, ó que sobre todo cuanto se piensa era el Rey económico. En la carta á que me refiero, dirigida á su Embajador en Roma y fechada en Burgos á 7 de Mayo de 1512, dice D. Fernando: «Y porque es razón que los de la Liga demos al Gran Capitán salario para su persona y plato, por el dicho cargo de Capitán General de la Liga, diréis al Papa que me paresce que le devemos dar Su Santidad y yo y venecianos, treinta mil ducados cada año, para su plato, como he dicho; que los diez mil pague el Papa, y los diez mil yo, y los diez mil venecianos, y trabajad que assí se assiente por scriptura entre las partes, porque el dicho salario sea cierto durante el dicho cargo».

[1] Según el conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas*, tomo III, página 136, la creación de los *tercios* en nuestra infantería tuvo lugar en 1534. Varias son las opiniones acerca del origen de este nombre. La mía es que se llamaban así por las tres armas distintas que usaban. Sancho de Londoño, soldado ilustre, en un informe que dirigió al duque de Alba sobre *la forma de reducir la disciplina á mejor y antiguo estado*, dice, sin embargo, lo siguiente: «Los tercios, aunque fueron instituidos á imitación de las legiones romanas, en pocas cosas se pueden comparar á ellas, que el número es la mitad, y aunque antiguamente eran tres mil soldados, *por lo cual se llamaban tercios* y no legiones, ya se dicen así, aunque no tengan más de mil hombres». El conde de Clonard sigue en esto la opinión de Londoño, que juzgo yo equivocada,

sonal que los de Ravena, el natural orgullo de sus hechos propios, y la desnudez y falta de pagas de siempre, llegaron años después, en el de 1525, nuestros infantes al Parque de Pavía, bajo el mando del valeroso marqués de Pescara, juntamente con las demás fuerzas alemanas é italianas de Carlos V. Debióse, sin disputa, á ellos la victoria, ofreciendo además allí, con el empleo acertado de las armas de fuego y del orden abierto, una lección que parece imposible que no se aprovechase más en los ejércitos de la época, y que llegase día en que hasta los nuestros la olvidasen. Doscientos arcabuceros del capitán Quesada salieron, cual

porque *tercio* nunca ha sido sinónimo de *tres* en castellano. Por lo demás, ignórase hasta aquí el número de los primeros tercios de nación española. Una nota publicada por el conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas*, da á conocer que desde 1566 hasta 1597 creó Felipe II veintitrés, pero de éstos se disolvió alguno por castigo, se levantaron otros para la campaña de Portugal, que después de terminada debieron licenciarse, y algunos más se reformarían ó disolverían por distintas causas, porque de las relaciones de las guerras no resulta que jamás hubiese á un tiempo en aquel reinado semejante número de cuerpos de infantería española. De otra nota de la propia obra de Clonard resulta que á la muerte de Felipe III había siete tercios en Flandes. Sin embargo, á pesar de los dos que luego fueron de Italia con el Cardenal-Infante, no constan más que seis al tiempo en que D. Francisco de Melo se encargó del mando de aquel ejército.

nadie ignora, del escuadrón general de nuestra infantería por disposición de Pescara, y, en pelotones ó grupos, acometieron á campo raso al grueso de la caballería enemiga, matando ó dispersando con su fuego individual y certero á los acerados caballeros del rey Francisco. Esto fué lo que permitió á la caballería pesada del virrey de Nápoles, Carlos de Lanoy, arrollar, con mucha inferioridad de número, á sus contrarios, que la traían maltrecha. Luciéronse grandemente también nuestros arcabuceros sobre el Elba, penetrando en el agua hasta los hombros para alejar con su fuego al ejército protestante de la orilla opuesta. Diez de ellos, entre los cuales se contaban el insigne Cristóbal de Mondragón, luego Coronel y Maestre de Campo en Flandes, el poeta Rey de Artieda, y el famoso Alonso de Céspedes, aquella especie de Sansón de quien corre historia particular impresa, prepararon además la total derrota de los enemigos en Mulhberg por la caballería, que Carlos V mandó en persona [1]. Nadando, con la espada en la boca, apoderáronse de todas las barcas amarradas á la opuesta orilla de aquel gran río, para que se pudiese formar un puente,

[1] D. Luis de Ávila y Zúñiga: *Comentarios de la guerra de Alemania:* Amberes, 1550.

despreciando los tiros del ejército protestante; todo, al decir de un historiador alemán y anticatólico, jamás igualado por romanos ó griegos. Y, ahora penetrando los primeros por la muralla del burgo en Roma; ahora forzando antes que otros ningunos la brecha de San Quintín, ó cayendo inmutables en la de Ostia; ahora cruzando un ancho brazo de mar á pie, perseguidos por la marea creciente, como osaron en el asalto de *Zuyderzée;* ya combatiendo bajo la dirección de sus legítimos jefes, ya bajo el mando de sus *Electos* ó cabezas de motín, cual se vió en la sangrienta recuperación de Amberes y en la jornada fatal de las Dunas de Newport; los infantes españoles se dieron á conocer por conclusión, como un género de milicia ó gente de guerra excepcional, de que ni antes ni después ofrece la historia ejemplo [1]. Bien puede decirse hoy sin vano alarde, supuesto que nuestros enemigos mismos lo reconocieron por aquellos tiempos. El célebre jurista é historiador Puffendorf, refiriendo la batalla de

[1] D. Martín de los Heros describió esto como nadie, en presencia de los lugares, en su *Bosquejo de un viaje histórico é instructivo de un español en Flandes:* Madrid, 1835.—D. Bernardino de Mendoza: *Comentarios de las guerras de Flandes:* Madrid, 1592,—y todos los historiadores antiguos de Flandes, tratan también de aquella singular hazaña extensamente.

Mulhberg, como Schiller, el gran poeta, contando la de Nördlingen, y Bossuet al recordar la de Rocroy, son en todo caso autoridades bastantes para abonar este juicio, entre otras innumerables que cabría citar.

Pero una cosa conviene advertir ya para evitar errores ó ilusiones: soldados como los que heredó y poseyó aún Felipe IV en Alemania ó Flandes, no volverán á verse en España ni en parte alguna. Porque no es posible que entre muchos centenares de miles de hombres se encuentre la individual energía que atesoraban los pocos millares que para nutrirse necesitaban nuestros tercios viejos. La sola creación de las grandes masas militares que puso en movimiento Luis XIV, aprovechando los recursos de la Francia, tan superiores á los nuestros y á los de cualquiera otra nación, y echando indiferentemonte mano de propios ó extraños, hubiera por sí sola bastado para que nuestra escasa infantería dejase de desempeñar el preponderante papel que hasta allí desempeñó. Ni cabe comparar nuestros tercios viejos, por más que se reclutasen del modo sabido, con los regimientos de voluntarios, nacionales ó extranjeros, que hemos conocido todos, y aún existen en alguna nación. Fáltales, y les faltará á los meros mercena-

rios siempre, aunque lleguen á ser muy veteranos, el caballeresco espíritu, los sentimientos de honra, de fidelidad al Rey, de orgullo de raza, hasta de religión, que los gritos de «¡España! ¡España!», ó «¡Santiago, y cierra España!», suscitaban y mantenían en nuestros infantes viejos. Insisto en lo de viejos ó veteranos, porque, con todas las demás condiciones reunidas, y faltando esa sola, nuestros tercios nuevos de la Península, ni de muy lejos imitaron después los hechos de los de Italia, Alemania ó Flandes.

No era entonces, por de contado, la guerra, total lucha de una Nación con otra, como lo es al presente. Sábese hoy que por necesidad ha de vencer á la larga entre dos contendientes, aquella que cuente con más extensión, con más riqueza, con más poder propio, en suma, si no es ya que sea inferiorísima una á otra en espíritu y organización militar. Inevitable consecuencia ha sido esto del sucesivo acrecentamiento de los ejércitos que, comenzado en Europa por Luis XIV, lleva á los campos de batalla de nuestros días cuantos hombres útiles cabe poner en armas. El valor individual, la habilidad y fortuna misma de los capitanes, ceden de esta suerte temprano ó tarde, como ha

acontecido en la guerra en los Estados Unidos, sostenida por los del Sur contra los del Norte, y se vió al cabo en la lucha de Napoleón I con la coalición europea, á la mayor población, fertilidad, industria y fuerza material en junto del adversario. Sólo entre naciones de igual potencia puede ya prevalecer la mayor disciplina y el mayor conocimiento y arte en la guerra. Nada de esto acontecía en el siglo XVI, ó la primera mitad del XVII, que fué cuando disfrutó España su superioridad militar, y por eso pudo adquirirla, y, durante largo plazo, conservarla. Ni era aquí ó fuera de aquí, á la sazón, cualquiera hombre soldado; éranlo sólo los que el instinto y las pasiones de la guerra nativamente llamaban á las armas. Los pueblos, por su parte, más acostumbrados á cambiar de señores que hoy, mezclábanse rara vez en las contiendas de los ejércitos; y así era cómo éstos, en tan corto número, podían ganar y conservar vastos Estados á sus Príncipes. Por eso bastó en la Edad Media un puñado de almogávares para someter por siglos el reino de Sicilia á la Casa de Aragón, y salvar á Constantinopla ó conquistar á Atenas. Por eso no tuvo que sacar de Málaga sino cuatro mil peones ó infantes y seiscientos caballos, entre jinetes y hombres de ar-

mas, Gonzalo de Córdoba, para dar comienzo y cima á aquella serie de hazañas que por dos centurias nos hizo dueños de Nápoles [1]. Por eso, en fin, se pudo notar que, ni en Italia ni en Flandes, llegaran á verse juntos más de ocho mill españoles, aun constituyendo el fundamento de los ejércitos, sin que eso nos impidiera sustentar guerras largas y obtener famosos triunfos. Las aventuras militares eran por tal razón tan fáciles en aquellos siglos, cuanto son ineficaces y hasta imposibles hoy en día.

Á haber cesado antes tal estado de cosas, antes también habría acabado la supremacía militar de España en Europa y el especial influjo de nuestra infantería en la historia. Pero soldados como los que describo, nunca se han hecho, repito, por quintas ó levas forzosas; ni por millones, cual hoy se piden, se encontraran jamás. El curso natural de los sucesos habría, por consiguiente, destruido la eficacia de aquella escogida y exigua infantería, aunque triunfara en Rocroy D. Francisco de Melo. Tan irresistible es, con efecto, la marcha de los tiempos: tan poca influencia suelen tener los elementos particulares y aislados sobre el definitivo

[1] *Suma de la conquista del reino de Nápoles*: Alcalá de Henares, 1570.

éxito de las contiendas en que la humanidad interviene, ó aquella parte de la humanidad, al menos, que, puesta á la cabeza de la civilización, dirige el movimiento progresivo de la historia. En esto último, más que en la superioridad absoluta de la filosofía sobre la fuerza, tuvo Cousin razón. Pronto dieron del todo al traste con el paladín forzudo las armas de fuego, que pueden manejar los débiles y los valientes, por decirlo así, de segunda clase; y han ido acabando asimismo con los pequeños ejércitos, compuestos de gente atraída á las armas por un verdadero aunque triste amor á la guerra, los ejércitos cada día más numerosos, reclutados por ministerio de la ley, en los cuales la disciplina, y la propia masa, igualmente hacen útiles á todos los hombres, formándose con medianos soldados Potencias militares poderosísimas. ¿Qué habían de hacer los *tercios viejos* de por sí, cuando era ya preciso que toda Europa se coligase para contener la marcha triunfante de las tropas extranjeras y nacionales pagadas por Luis XIV, gran Rey además, y servido por Generales que no tuvieron superiores, ni aun iguales, en mucho tiempo? ¿Ni cómo habían de mantener aquellos soldados nuestra supremacía militar, aunque resucitasen ahora?

No es exagerado amor de patria, en tanto, que más bien tachan al autor algunos de tratarla con dureza; pero, mientras que aquellas mudanzas, para España infelices, no se realizaron, nuestras relaciones militares, más que cosas de historia, parecen episodios épicos. Brilla en ellas el infante español cual reliquia de los siglos heroicos, y muchos son los que, cuando menos, recuerdan á los caballeros de la Edad Media. Todavía se encontraban, á la verdad, paladines y caballeros en otras naciones durante el siglo XVI, porque no estaban del todo extinguidos los sentimientos de la Edad Media, en particular por los días de Fernando el Católico, Carlos V y Francisco I. Pero imparcialmente lo digo: en ninguna otra parte se ve que el hombre del pueblo, el que por necesidad sentaba plaza de soldado raso, profesara así y practicara los principios caballerescos del anterior período histórico; principios á todo esto privativos de las clases altas, y que nunca descendieron al vulgo en las demás naciones. No se ha conocido, no, hombre de á pie, infante, con igual honor que el mejor caballero, sino el antiguo español.

VI

Si por ventura estaba iniciada alguna decadencia en esta singular infantería á fines del siglo XVI, y cuando á comenzar iba el siguiente, como Marcos de Isaba afirmó en el *Cuerpo enfermo de la Milicia española*, tratando en especial de los tercios de Nápoles y Lombardía, por entonces no se tradujo en hechos, ni mucho tiempo después. Perdimos, es verdad, no muchos años más tarde, reinando ya Felipe III, una primera batalla campal, la de las Dunas de Newport; pero sin el menor menoscabo de la reputación de nuestros infantes. Sea ésta, de todos modos, la primera que, á título de antecedente, describa con alguna puntualidad en el presente estudio. Á las órdenes del archiduque Alberto, soberano á la sazón de los Países-Bajos, juntamente con su mujer la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, moviéronse en dicha ocasión nuestros tercios para rechazar al ejército de Mauricio de Nassau, que había desembarcado en aquella playa. Eran los enemigos más numerosos, por de pronto, hallándose organizados en regimientos ingleses, suizos, franceses,

alemanes y holandeses, lo cual constituía más bien un ejército protestante, que de la última Nación. Situólo su caudillo sobre las Dunas ó colinas de arena de la playa, apoyado por un flanco en los cañones de su escuadra que barrían buena parte del frente, y fortificando además y artillando toda su línea, cosas en que era maestro. Tenía, por otro lado, á su favor el sol y el viento, el cual levantaba en la playa nubes de arena menuda, que cegaban á las columnas de ataque. Llegaron los tercios españoles delante de las Dunas referidas después de una marcha muy forzada, y sin reparar en nada, ni descansar, ni esperar refuerzos, que debían recibir en plazo breve, pronunciáronse por embestir al enemigo inmediatamente. Tres eran, y todos viejos: el de D. Gaspar Zapena, el de D. Luis del Villar y el de D. Jerónimo Monroy, acompañándolos ochocientos amotinados, que como solían fueron los más ardientes por rescatar su falta, acudiendo presurosos desde Diest, donde estaban, no bien recibieron un mensaje de la Infanta, pidiéndoles que en parecido trance no la desampararan. Fiado en el valor probado de su gente, dejóse arrastrar por ella el Archiduque á la desigual batalla, lanzando sobre las Dunas los tercios

españoles, que embistieron tan ciegamente, como si les fuese igual la muerte ó la victoria. Mas fué todo inútil. Sus repetidos avances sobre el movible y fatigoso suelo estrelláronse en el conjunto de insuperables dificultades que impedían su triunfo, flaqueó la caballería á lo mejor, y, á pesar de los esfuerzos del Archiduque, metido con su pica en la mano entre los españoles, se perdió la batalla (1600) [1]. Los historiadores extranjeros, incluso el inglés Watson, tan poco benévolo, hicieron entonces, ó han hecho justicia después, al valor de nuestros infantes en aquel día aciago.

No mucho después se ajustó la tregua (1609) con Holanda, descansando por allí unos cuantos años las armas; pero espirada al empezar el reinado de Felipe IV, y rotas al punto las hostilidades, vengó bien sobre los aliados de aquella Nación el desastre de las Dunas D. Gonzalo de Córdoba, hijo del duque de Sesa. Mandaba aquel General nuestro ejército del Palatinado del Rhin, operando igualmente en los Países Bajos cuando hacía falta. Los antecedentes del suceso son en verdad extraños; pero constan en una carta

[1] Véase el excelente libro de Antonio Carnero: *Historia de las guerras civiles que ha habido en los Estados de Flandes desde 1559 á 1609*: Bruselas, 1625, pág. 473.

al Rey del famoso marqués de Bedmar, que á la sazón residía en Flandes, y era como Asesor ó Consejero de la infanta Clara Eugenia, después de su prematura viudez. El conde de Mansfeld y Cristian de Brunswik, obispo de Alberstad, andaban guerreando tiempo hacía por Alemania contra los católicos, habiendo causado recientemente grandes daños desde Colonia á Strasburgo, por la orilla derecha del Rhin [1]. Ahuyentados al fin de aquel territorio por las fuerzas del Emperador y la *Liga Católica*, secundadas por las de España, arrimáronse á la frontera de Francia, donde al principio fueron tan mal recibidos, que el Embajador de aquella Potencia en Bruselas pidió en nombre de su Gobierno, á la Infanta, que ayudase con sus tropas á los franceses para atacarlos y deshacerlos. Con gusto oyó la proposición la Infanta, tanto más que, por carta particular, se lo recomendó la propia reina de Francia [2]. Pero, cuando se disponía el General español á operar de acuerdo con el duque de Nevers, gobernador de Champagne, contra los pro-

[1] *La Defaite Générale de l'Armée du Comte de Mansfeld et de l'Éveque d'Alberstad par l'Armée d'Espagne* : París, 1622.

[2] Carta de Bedmar al rey D. Felipe IV de 8 de Septiembre de 1622, y anónima Relación contemporánea que irán por apéndice.

testantes, de repente avisaron los franceses «que Mansfeld estaba recibido al servicio del rey de Francia, y que por ello no tendría D. Gonzalo para qué ofenderle». Fué ésta una de las continuas ocasiones en que mostró por entonces la Nación vecina la inconsistencia de sus amistades con España, porque, de allí á poco, y después de refrescar y hasta aumentar su ejército dentro del territorio francés, tranquila, aunque rápidamente, se enderezó Mansfeld por la Châpelle á los Países Bajos, penetrando en ellos, con protección evidente de aquella Potencia, por la provincia de Hainaut. Salióle D. Gonzalo al encuentro, y tropezó con él y su ejército á la entrada de Brabante, cinco leguas de Bruselas, junto al lugar llamado Fleurus, en rasa campaña. Sumaba el ejército enemigo sobre seis ó siete mil infantes y seis mil caballos, con quinientos que se le juntaron en Francia, y el español tendría unos dos mil caballos y ocho mil infantes. Ya á aquella hora andaban de nuevo reunidos Mansfeld y el obispo de Alberstad, por algún tiempo separados, siendo el objeto de sus comunes operaciones incorporarse, después de devastar cuanto pudiesen el país, al ejército holandés, lo cual naturalmente aguijoneó contra ellos el celo de la Infanta y el del

General español. El 27 de Agosto á media noche supo este último que estaban vecinos los enemigos, y, saltando del lecho, á aquella hora misma marchó en su busca; el 28 al caer la tarde los encontró, y á las cuatro de la mañana del día siguiente (29 de Agosto de 1622) dió la señal de acometerlos. La noche había sido tempestuosa, y los nuestros, menos en número, estaban más fatigados también. Peleando á lo más uno contra tres, fué rechazada la caballería de España otras tantas veces al comenzar la batalla. No empeció esto para que la infantería española recibiese con tal esfuerzo la carga de los numerosos caballos enemigos, que, por su parte, los puso en derrota. Hubo, sin embargo, algún desorden por nuestro costado derecho, porque el maestre de campo D. Francisco de Ibarra, lejos de esperar á pie firme con su tercio á los caballos enemigos, se adelantó precipitadamente, y con temerario valor, á su encuentro. Nuestra artillería, bien dirigida por su jefe Otaiza, remedió el mal, alejando á la caballería, que se juzgaba ya vencedora, y los infantes enemigos quedaron solos. Entonces llegó escuadronada nuestra gente á las picas con ellos, y fué tan recio el encuentro, que cayeron muertos ó heridos los más de los capitanes españoles; pero no por

eso cejaron los soldados; antes bien, animados con la presencia de su General, rompieron finalmente á la infantería enemiga. Ni fué este solo el servicio de los españoles, sino que, emboscadas sus mangas de arcabuceros entre unos setos, desordenaron con su fuego la caballería del de Alberstad, que furiosamente volvía á la carga, dando lugar á que se rehiciese la nuestra y rompiese muchas compañías contrarias. Lo propio D. Francisco de Ibarra, que peleó con gran valor hasta que mortalmente cayó herido de un mosquetazo, que D. Felipe de Silva, general de nuestra caballería, y D. Baltasar de Santander, teniente de maestre de campo general, cumplieron por demás con sus obligaciones. Don Gonzalo de Córdoba no desdijo, por supuesto, de su nombre. Los enemigos emprendieron al fin la retirada en desorden con el obispo de Alberstad, gravemente herido, y abandonando en el campo diez y nueve *cornetas* ó estandartes de caballería, algunas banderas, bagajes y la sola pieza de artillería que traían. Halláronse, además, hasta mil doscientos cadáveres enemigos, contándose en ellos un conde Rhingrave y un hermano del duque de Sajonia Weimar con muchos prisioneros. La pérdida total de los nuestros fué de cuatrocientos muertos,

entre ellos trece ó catorce capitanes, y, naturalmente, hubo también muchos heridos de ambas partes. La batalla duró cinco horas y media, y fué el pelear con tal ira, que en el escuadrón de la infantería española, que, acosado en algunos momentos por todas partes, hizo cosas inauditas, no quedaron en pie á lo último más oficiales que el maestre de campo D. Jerónimo Boquín y un capitán llamado Castell. Mucho se lucieron asimismo en la batalla nuestros walones viejos y los borgoñones, mas no tanto los italianos. El peso principal recayó, por de contado, sobre los españoles. D. Felipe de Silva, con la caballería, siguió el alcance, y cerca de Ham, en la frontera de Lieja, degolló su vanguardia á los más de los fugitivos [1]. Tal era el modo con que nuestra gente peleaba cuando comenzó el reinado de Felipe IV, época mili-

[1] D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, en su *Historia de Don Felipe IV, rey de las Españas*: Barcelona, 1634, folio 104, trae muchos pormenores de esta batalla, aunque su relato es muy confuso, y los demás están tomados de la ya citada carta de Bedmar á Felipe IV, de la Relación inédita y contemporánea de la batalla, que también se publicará por Apéndice, y de la curiosa Relación, referida ya también, que se intitula *La Defaite Générale de l'Armée du Comte de Mansfeld et de l'Evesque d'Alberstad par l'armée d'Espagne*, aunque esta última contiene algunas inexactitudes, como escrita en los momentos mismos que sucedieron á la derrota.

tar que con particularidad intento esclarecer. Libróse la victoriosa batalla de que acabo de hacer memoria, veintiún años antes de la de Rocroy.

Por los años de guerra efectiva que con título de paz sostuvimos por los estribos de los Alpes, durante todo el primer tercio del siglo XVII; guerra primeramente provocada por el mariscal de Lesdiguière, gobernador del Delfinado, que sin cesar nos hostilizaba, aunque acusasen de ello los franceses á nuestro conde de Fuentes, glorioso vencedor de Doullens, que gobernaba el Milanesado; continuada en la Valtelina á causa de atribuirse el derecho nuestros vecinos de tener cuando les conviniera libre paso por aquellas gargantas de los Alpes; encendida, en fin, contra el duque de Saboya, nuestro aliado á la sazón, con motivos muy semejantes; fueron frecuentes los encuentros donde el valor de nuestra infantería se puso de nuevo á prueba. Aunque en estas postreras circunstancias observasen algunos cierta flojedad en los reclutas ó bisoños recién llegados de España, todavía alabaron por extremo los franceses el valor con que quinientos de los nuestros defendieron un reducto hasta morir, en la que apellidaron ellos batalla de Veillane, año de 1630, bajo

el mando de D. Martín de Aragón [1], encargado de proteger al duque de Saboya. No dieron menores muestras de ánimo, cuando fué menester, los soldados españoles que de Lombardía llevó al Palatinado el duque de Feria. Compúsose, como de costumbre, aquel pequeño ejército de gente de varias naciones, españoles, italianos y alemanes, empleándosele principalmente en guarniciones fatigosas que lo diezmaron, sin serios combates. Pero faltando el duque de Feria á deshora, D. Felipe de Silva, que quedó mandando las reliquias de aquellas tropas, tuvo que luchar á orillas del Rhin con Gustavo Adolfo en persona. Había vacilado algo este Monarca antes de hostilizar á los soldados del rey de España, por no hallarse con él en guerra, y temeroso también de que nuestras flotas acometieran los puertos del Báltico, ó del Mar del Norte, sobre alguno de los cuales se nos suponían pretensiones; pero al fin triunfó su belicoso espíritu, resolviéndose al paso del Rhin, que con gran valor le disputó la caballería de España, compuesta allí de italianos principalmente. Poco después defendieron los infantes españoles, del propio Gustavo Adolfo, con su habitual

[1] *Les Batailles mémorables des François*, tomo II: Amsterdam, 1696.

constancia, el castillo de Oppenheim, donde todos los quinientos que le ocupaban fueron degollados por esperar, sin rendirse á partido, el extremo asalto. Dijose por entonces de ellos «que no solamente sabían combatir con sus enemigos, sino con los elementos y las privaciones» [1]; porque éstas, con efecto, fueron su mayor obstáculo en Alemania. Ni deja de ser curioso que durante esta guerra con los suecos, así ellos como sus aliados, llamasen por antonomasia españoles á todos sus enemigos, y española también la táctica con que combatían, detalle que prueba el prestigio que nuestra escuela militar alcanzaba. Maguncia, indefendible á la sazón, fué al fin evacuada por D. Felipe de Silva con todos los honores de la guerra; pero en Frankenthal resistieron ya entonces los españoles por todo un año. Ocurrió lo antedicho en el mes último de 1632, y hasta el 5 de Septiembre de 1634 no se encontraron más frente á frente españoles y suecos; pero esta vez fué el encuentro decisivo.

Ligeramente he recordado, según se ha visto, las más célebres batallas anteriores al

[1] Véase *Il Soldato Suezzese*, tradotto dal francese: Venecia, 1684, pag. 210. En Francia se publicó aquel mismo año otra edición de esta obra, la más segura de todas las contemporáneas sobre las campañas de Gustavo Adolfo.

siglo XVII, porque para poco podían sus pormenores servir, tratándose aquí, sobre todo, de explicar bien la de Rocroy. La de las Dunas la referí con algún detenimiento, ya por haber tenido lugar en época vecina á Felipe IV, y por ser también la primera campal en que nuestros tercios quedaron arrollados. Mayor atención me han merecido la de Fleurus y los posteriores combates, por tratarse de sucesos del tiempo de este Monarca, y muy próximamente enlazados, en consecuencia, con la gran batalla de Nördlingen. La de este nombre no hay más remedio que estimarla ya entre los antecedentes inmediatos de la de Rocroy, porque hasta muchos de los jefes, capitanes y soldados combatieron en entrambas ocasiones. Por eso, y por la importancia excepcional de aquel hecho en la historia, no me limitaré á una narración somera, sino que procuraré hacer de ella suficiente memoria, y nueva en gran parte, aprovechando los interesantes documentos inéditos ó desconocidos que poseo.

Habían muerto ya Gustavo Adolfo y Wallenstein, los dos mayores capitanes de la guerra de los *Treinta años*. Fernando, rey de Hungría, tercero después entre los Emperadores de Alemania, casado con nuestra in-

fanta Doña María, y, por consiguiente, cuñado de Felipe IV, había tomado el mando del ejército imperial contra los suecos y sus aliados protestantes, unido al de la *Liga católica* que principalmente regía el duque de Lorena. En el interin, dispuso nuestro Monarca que su menor hermano D. Fernando, á quien había asegurado antes el rico arzobispado de Toledo, haciéndole nombrar por el Papa titular de aquella Primada Silla y Cardenal, pasase al gobierno de los Países Bajos, vacante desde el fallecimiento de la infanta Doña Isabel Clara Eugenia. De Barcelona, donde asistió al término de las agitadas Cortes, por entonces reunidas, en representación del Monarca ausente, fué el Infante á Italia, y comenzó allí á preparar su viaje por Alemania á los Países Bajos. Una correspondencia bastante extensa de los dos hermanos, existente en los Archivos Reales de Bélgica, de muchas de cuyas cartas obtuve copia autografiada por mediación de mi buen amigo el difunto M. Gachard, da á conocer copiosos detalles sobre la corta carrera del dicho Infante, de quien hasta hoy apenas constaban más que las particularidades de aquel viaje, que refirió por D. Diego de Aedo [1].

[1] D. Diego de Aedo y Gallart: *Viaje del Infante Cardenal D. Fernando de Austria, desde 1632 á 1634.*—Amberes, 1635.

Resúlta de ella que antes que llegase á los Países Bajos pidió y obtuvo Felipe IV dos nuevos Breves del Papa, el uno para que desde luego tuviese su hermano voto en conclave, y el otro para que dispusiera de las pensiones del Arzobispado. Puesto con esto y todo al frente de un ejército que debía juntarse con los nuestros de Alemania y Flandes, salió de Milán al terminar el mes de Julio de 1634, y penetrando en el Tirol, se dirigió por Füssen y el valle alto del Lech á juntarse con el rey de Hungría delante de Nördlingen. Las tropas que de Italia sacó el Infante con las que recogió en Alemania, resto de las que habían mandado el duque de Feria y D. Felipe de Silva, podrían sumar de doce á catorce mil hombres, calculándolos sólo en cinco mil infantes y siete mil caballos Aedo [1]. De esta suerte llegó á sumar el ejército católico hasta treinta y siete mil soldados de todas armas, y por de pronto era superior al contrario, no ascendiendo á treinta mil el número de los suecos y alemanes que mandaban Gustavo de Horn y Bernardo de Weimar, discípulos de Gustavo Adolfo, y famosos ya entrambos en la guerra de los Treinta años. Resueltos los nuestros á tomar la plaza de Nördlingen y los enemigos á so-

[1] Obra citada.

correrla, fué, pues, inexcusable la batalla que voy á contar.

VII

Hay al Mediodía de Nördlingen [1] una cadena de colinas extendida de Oeste á Este, cuyas cimas principales llevan por nombre el Landle, el Tannenberg, el Hesselberg y el Albuch, predominantes unas sobre otras, y formando entre todas un semicírculo, abierto por el Noroeste. La superior de las alturas mira hacia Donavert. Sobre aquellas posiciones apoyaba su izquierda la mayor parte del ejército combinado de España y del Emperador, manteniendo un trozo de este último el asedio de la débil plaza de Nördlingen, y estrechándola de día en día con ataques continuos. Los protestantes, después de grandes dudas entre sus Generales y el famoso Canciller sueco, Oxenstierna, sobre si socorrerían ó no la plaza, adelantáronse por fin á ocupar otra serie de colinas, inti-

[1] Como he dicho, cuento con bastantes documentos inéditos que dan noticia de la batalla y todas sus circunstancias, la mayor parte de los cuales se darán por Apéndice. Sobre ellos principalmente fundo mi narración; pero procurando concertarlos entre sí, y ponerlos también de acuerdo hasta donde es posible con las relaciones extranjeras. Mi objeto es dar idea exacta de todo lo esencial, y agrupar los pormenores más interesantes.

tulada de Arnsberg, al sur de las anteriores, y de ellas separadas por un valle donde corre un riachuelo nombrado Rezembach. El descuido de los croatas del rey de Hungría permitió que Bernardo de Weimar llegase el 5 de Septiembre de 1634 por la tarde hasta el dicho Arnsberg, sin ser visto, y rodeando luego por unos bosques, coronó las colinas llamadas Landle y Tannenberg. Facilitóle aquella operación primera el haber interpretado mal los nuestros su movimiento, juzgando, por la noticia de que sus bagajes desfilaban hacia el Danubio, que, después de alentar con una demostración á los defensores de Nördlingen, pensaba retirarse. Pero, lejos de imaginar tal cosa, siguió Weimar avanzando hacia el Heselberg, altura cubierta de grande arboleda. Entonces ya el marqués de Leganés, D. Diego Mexía de Guzmán, que hacía de Maestre de Campo General ó Jefe de Estado Mayor con el Cardenal-Infante, y el general Galas, que desempeñaba igual oficio con el rey de Hungría, conociendo las verdaderas intenciones del enemigo, tomaron rápidamente sus disposiciones de batalla.

Ordenó Leganés al sargento mayor Francisco de Escobar, que con doscientos mosqueteros del tercio del conde de Fuenclara

ocupase la arboleda de Hesselberg, «y lo defendiese hasta morir», guarneciendo por detrás con otras fuerzas la colina. En el entretanto, tres mil caballos imperiales, al mando de su general Piccolomini, que se adelantaron á detener á la gente enemiga, retrocedieron en confusión, no sin dejar bastantes prisioneros, á pesar del apoyo que nuestros emboscados mosqueteros les prestaron. Enardecido Weimar con esto, atacó el bosque fieramente, no obstante haber sobrevenido la noche; pero allí hizo alto su buena fortuna, porque no pudo tomarlo á causa de la resistencia tenaz de los doscientos mosqueteros españoles de Escobar, reforzados luego con otros tantos italianos y borgoñones. En este punto las cosas, se presentó en el campo de batalla Gustavo de Horn, persistiendo en su opinión antecedente de no empeñarla del todo, antes que llegasen los refuerzos considerables que esperaban; mas dícese que Weimar exclamó con confianza arrogante: «Nuestra gente wurtemberguesa vale más que esos cinco mil españoles rendidos de cansancio: la fortuna nos sonríe; valor, y ganaremos honra y gloria[1]».

[1] E. Charveriat: *Histoire de la guerre de trente ans (1618-1648)*. París, 1878. Charveriat sigue en todo á los historiadores protestantes. Véase el tomo II, pág. 290.

Horn se dejó convencer. Llegada en esto la infantería sueca, que por traer consigo los cañones retardó su marcha, aunque bien entrada ya la noche, resolvió Weimar embestir el bosque otra vez. La noche era de luna, pero la obscuridad del bosque profundísima, tan sólo interrumpida por los fogonazos incesantes de los mosquetes y arcabuces de Escobar. Lograron los suecos plantar nueve cañones en tres baterías, que cruzaban sus fuegos, no sin que, mientras las establecían, hiciese una salida el Sargento Mayor, en que mató doscientos hombres de los que trabajaban para establecerlas. Cinco horas duraba allí el combate; eran las diez de la noche; faltaban picos y palas para atrincherarse, y Escobar pidió á Piccolomini, que había ido á reconocer la situación, siquiera cien piqueros para defenderse de las columnas de ataque que se preparaban, pólvora, balas y cuerda, de que escaseaban sus tiradores. Mas, no bien hubo vuelto aquel General la espalda, penetraron por cuatro distintos puntos en el bosque tres mil suecos, y se hicieron por fin dueños de él, con muerte de muchos de sus defensores y prisión de su Jefe. Lleno siempre Weimar de despreciativa furia, porque, interrogado el Sargento Mayor, le dijo el número y valor de nuestra gente, volvió airado

las espaldas, tratándole bárbaramente, aunque, estimando después su valor, le convidase á cenar. En el entretanto, los nuestros hicieron algunas tentativas antes de amanecer, para recobrar aquel bosque; mas no lo lograron.

De la cadena de collados que he descrito, una vez ocupados sucesivamente el Landle, el Tanneberg y el Hesselberg, donde por la resistencia de Escobar y los suyos sólo pudo comenzar á establecer Weimar artillería á media noche, no había ya en poder de los católicos sino el llamado el Albuch. Quedó, pues, dispuesto el ejército protestante para el siguiente día, de modo que Weimar, sobre las posiciones que había ganado, ocupaba la izquierda, y Horn la derecha en el valle de Rezembash. Enfrente de los protestantes defendía el rey de Hungría la derecha y el centro del ejército combinado, tocando la izquierda al del Cardenal-Infante, apoyado en el Albuch, que, siendo la más alta de las colinas de la cadena, las señoreaba; única, por otro lado, que, según se ha visto, conservasen los católicos. Aquella era, pues, la llave de la posición. Teníala ya ocupada Leganés, desde antes que anocheciese, por el tercio alemán de Salm, y luego por el de Würmser,

ambos al servicio de España, encargando también al P. Camassa, jesuíta, que hacía de Ingeniero General, que la fortificara. Tropezóse con un terreno duro y pedregoso, donde era imposible abrir trincheras, según dice nuestra relación oficial de la batalla, aunque los alemanes pretenden que se llegaron á construir tres medias lunas, abiertas al Norte y cerradas al Mediodía, por donde estaban los suecos, con un muro de tres pies de alto [1]: la tal obra, de que también hace memoria otra versión nuestra, sería en todo caso insignificante. Pasóse la noche en silencio, únicamente quebrantado por una salida de la guarnición de Nördlingen, con facilidad rechazada. Pero ni el Cardenal Infante, ni Leganés, ni el marqués de los Balbases, ni el conde Juan Cervellón, ó Zervellone, que eran los principales caudillos de nuestro ejército, quedaron durante la obscuridad inactivos. Además de los dos tercios alemanes, estaban á la mira de la posición del Albuch el tercio italiano de D. Gaspar de Toralto, y la caballería de la propia Nación de Gambacorta, toda gente ex-

[1] Distintas veces consigno cuanto dice Charveriat, que ha extractado á los historiadores protestantes, si de todo punto no se opone á lo que auténticamente consta por nuestros propios documentos.

perimentada; pero, comprendiendo que de su conservación dependía el triunfo, resolvió extremar Leganés los medios de defensa. Ordenó, por tanto, que marchase á ocupar aquella colina el tercio de infantería española de D. Martín de Idiáquez, relevando al de Würmser, de cuya solidez se desconfiaba, porque, aunque los paisanos alemanes tenían mayor facilidad que otros ningunos para organizarse militarmente, sus regimientos recién reclutados nunca se podían comparar con los veteranos, en especial con los españoles. Würmser contestó al teniente de maestre de campo general D. Pedro Villamor, el mismo de Rocroy, que á nombre del Infante le llevó la orden, «que iba para treinta años que por su persona servía al rey de España, y la honra por tales servicios ganada no era cosa de que con dejarse sacar de allí la perdiese». Insistiendo con él, sin embargo, para que no comprometiese el puesto, rindióse por último á que obedeciera por disciplina el tercio, pero quedándose á pelear él con una pica, según se acostumbraba en casos de honor. Por respeto al de aquel valiente veterano, concertaron al fin el Cardenal-Infante y Leganés con Idiáquez que se quedase éste allí tan sólo para sostener en caso de necesidad á los alema-

nes, y unos y otros satisfechos, permanecieron á un tiempo sobre la colina, pero detrás los españoles. Apoyado siempre sobre ella, extendió en el ínterin el ejército español su infantería en primera línea y su caballería en segunda, con una parte de la imperial como reserva. Así esperó, hasta que al amanecer del 6 de Septiembre se empeñó la batalla.

Comenzóla Gustavo de Horn, que, como sabemos, mandaba la derecha protestante, arrojándose sobre el Albuch impetuosamente, desde unas arboledas de antemano ocupadas, al frente de la veterana infantería sueca, y llevando por vanguardia su caballería, la cual, adelantándose contra la posición con imprudencia, sufrió un descalabro, ante las picas hasta allí firmes de los regimientos de Würmser y Salm. No desalentó esto un punto á la infantería sueca; antes, reparando con presteza la confusión momentánea que en sus filas introdujo la caballería al volver, marchó con su acostumbrada resolución contra los dos regimientos alemanes. Tal como había Leganés previsto, no pudieron resistir éstos el tremendo choque, y se desbandaron, no sin que el viejo Würmser dejase allí la vida, y su compañero Salm cayese herido. Aquel era el instante esperado por D. Martín

de Idiáquez y su tercio para echarse adelante, ocupando la primera línea que se les disputara. Poco tardaron en encontrarse así nuestros infantes con los suecos y medir las picas, trabándose una de las más desesperadas luchas que recuerde la historia; pero los nuestros recobraron palmo á palmo la cumbre perdida por los alemanes, y se establecieron en ella triunfalmente. Horn, que vió á los suyos retirarse en mal orden, se apresuró á enviar refuerzos, y poco á poco fué empeñando toda su infantería en aquel lugar; mas de nuestra parte acudieron al sostén igualmente los tercios italianos de Panigerola y Guasco con buena parte de la mosquetería y arcabucería españolas. Juntamente con esto, Piccolomini y Gambacorta, á la cabeza de la caballería imperial y española, dieron repetidas y felices cargas sobre las vertientes del Albuch contra las columnas suecas y el resto del cuerpo de ejército de Horn, que apoyaba el ataque de la altura. Quince veces, en el entretanto, se arrojaron las dichas columnas suecas, sostenidas por su artillería, sobre el tercio de D. Martín de Idiáquez, y quince veces fueron vencidas.

Como á cosa de las ocho de la mañana, cargó también Weimar por la izquierda contraria, con cuatro ó cinco mil caballos, sin

infantería, al ejército del rey de Hungría, pareciendo que más trataba de entretenerle en aquel flanco, para que no cayese sobre el comprometido cuerpo de Horn, que trabar formal pelea. Sabía bien que todo era inútil mientras no se echase á los españoles del Albuch, desde donde con su artillería y sus fuegos de arcabuz y mosquete señoreaban el campo. Por eso, al propio tiempo que amagaba de aquel lado, envió á Horn refuerzos constantes, que bien le hacían falta. Después de cada ataque infructuoso reorganizábase el cuerpo de éste al amparo de los árboles vecinos, y preparaba otro asalto. Al tiempo de la carga de Weimar precisamente, y persiguiendo á los suecos tras uno de sus ataques frustrados, penetró ya nuestra infantería por el bosque, en que se apoyaba Horn, apoderándose de cinco cañones de corto calibre que lo defendían; pero aquel consiguió recobrarlos. Hacia las diez avanzaron mayores masas nuestras de infantería de *naciones*, ó sea alemana, para envolver el bosque, entrando también de refresco en acción un regimiento de infantes imperiales; pero Horn no cedió el campo en lo más mínimo, y hasta dos horas después no comenzó á aflojar su gente.

Pero llegó al fin el momento oportuno para

hacer por nuestra parte el supremo esfuerzo. Mandó el marqués de Leganés entonces que avanzase el Maestre de Campo, conde de Fuenclara, con cuatrocientos arcabuceros y mosqueteros de su tercio, fuerza ó escuadrón volante, mantenido hasta allí en reserva, sobre el flanco del bosque; al tercio de D. Martín de Idiáquez le ordenó que, abandonando su inflexible línea, embistiese de frente; y á la caballería imperial y española le encomendó que volviese á cargar decididamente. Á aquella hora, que sería como la una, no pudo el enemigo sufrir más, y ante el acertado ataque dispuesto por Leganés, se declaró en total derrota, deshaciéndose sus regimientos, en forma que, aunque muy sabiamente organizase Horn la retirada, como se pretende, de ningún modo habría logrado ejecutarla en orden. Por otra parte, en el punto mismo que pudo emprenderla, cargaron enérgicamente la caballería imperial y la de la Liga católica que regían el duque de Lorena y Juan de Wert por la derecha, á la de Weimar, poniéndola en completa fuga, con lo cual la infantería de aquel cuerpo quedó abandonada, evacuando con precipitación también el Hesselberg, que tanta sangre le había costado la noche antes. No ofreció desde aquel momento el campo sino

una inmensa escena de matanza: seis mil muertos quedaron sobre él, y otros tantos prisioneros, con los generales Horn, Kratz, otros dos, y catorce coroneles. Tomáronse, además, cincuenta y cuatro cañones, cuatro mil carros, trescientas banderas y estandartes, de los cuales envió el Infante al rey Don Felipe cuarenta, «que su gente», como Aedo dice, «había ganado á puñadas y á peso de sangre, no hallado en el suelo». Cayó también en poder de los vencedores todo el tren y bagaje, y no se hubiera en la dispersión salvado un solo hombre, á no ser por los bosques de que estaba salpicado el país, y porque los croatas, entretenidos, como acostumbraban, en saquear los bagajes, no siguieron la persecución activamente. Entre los fugitivos pasó el soberbio Bernardo de Weimar por el sitio donde el sargento mayor Escobar estaba prisionero, y, al reconocerle, tuvo la avilantez de tirarle un pistoletazo; mas no acertándole, mandó á voces que lo matasen, lo cual no tuvieron ya aliento para ejecutar sus soldados. Tal fué aquella batalla, que obligó á Richelieu á desembozar sus miras y declarar inmediatamente la guerra á España y al Emperador, tomando por pretexto la sorpresa de Tréveris, pero en realidad para impedir que

terminase la guerra, que luego se llamó de los *Treinta años*, por el triunfo del Imperio y España sobre sus enemigos protestantes.

Nuestro joven infante D. Fernando se portó con un valor que recordaba el de su gran bisabuelo Carlos V, corriendo bastante peligro personalmente. El marqués de Leganés, que en las sucesivas campañas tuvo varia fortuna, obró allí en todo como un General consumado. La infantería española de los tercios de Idiáquez y Fuenclara, lo propio en sus inquebrantables hileras de piqueros que en sus mangas ó destacamentos de arcabuceros, mantuvo su reputación á la mayor altura que hubiese estado; á tanta como en el siglo anterior, después de su conducta en Ravena y Pavía. Los mismos eran de siempre aquellos soldados: ni un punto de decadencia se notó en ellos, tan adelantado ya el reinado de Felipe IV. Los veteranos italianos súbditos de nuestro Rey, que allí pelearon, así como sus caudillos Cervellón, Gambacorta y otros, condujéronse valerosamente también, sobre todo la caballería napolitana. Verdad es que los napolitanos mostraron siempre bajo nuestras banderas que no eran dignos de la mala reputación de soldados, que tuvieron más tarde, cuando su país se constituyó en Potencia independiente. Otro General italiano

que servía al Emperador, Piccolomini, adelantó aquel día mucho su creciente reputación. El rey de Hungría, Emperador después, su Jefe de Estado Mayor el general Galas, el duque de Lorena, Juan de Wert y todos, en fin, cumplieron asimismo altamente con sus respectivos deberes. Si en medio de todo esto reclamo para los españoles la mayor gloria de aquel día, hágolo porque fué voz unánime en Alemania y en Europa entera. «Nada», dice, hablando de nuestros infantes, el autor de la relación del suceso publicada en Madrid; «nada bastó á moverlos de su puesto ni á divertir tanto valor: jamás se vió, no es razón mía, sino de pláticos soldados, igual tesón.» Á esto añade una relación italiana de otro testigo de la batalla, que desde que Horn observó la resistencia de la colina, exclamó: «no creo que pueda ser esa la gente misma que la defendía primero», aludiendo á los alemanes [1]. Aquellos escritores fueron amigos de España; pero no lo era por cierto el gran poeta Schiller, y nadie ha ponderado tanto como él la conducta del tercio de Idiáquez, en su *Historia de la guerra de los Treinta años*. Fe-

[1] Está dicha relación, indudablemente de un testigo y actor, en carácter de letra de la época, en la librería del autor, y se publica por apéndice.

lipe IV felicitó, como era natural, á su hermano de todo corazón, y al propio tiempo que directamente otorgaba una pensión de mil ducados á D. Martín de Idiáquez, facultó á aquél para que concediese otras á los que más se distinguieron.

VIII

En el entretanto, no hay duda que adquirió aquel día derecho el Infante á que se deliberase gravemente, como se deliberó, sobre si había de conservar, para su entrada en Bruselas, los vestidos de Cardenal, ó usar un traje más de soldado, habiendo demostrado que lo era, y teniendo que seguirlo demostrando de allí adelante. Pero todavía adquirió mayor derecho á que se le tratase en lo sucesivo de un modo conforme á lo que representaba, porque, á decir verdad, el Rey su hermano, el Conde-Duque y los magnates que estuvieron á su lado de oficio, así en Cataluña como en Italia, le habían hasta allí tenido en calidad de pupilo más bien que de persona encargada de gobernar Estados y mandar ejércitos. Por cierto que el infante D. Fernando se mostró desde el principio muy mal sufrido con aquellos impropios tratamientos, en lo cual demostró que era digno

de los cargos difíciles á que se le había destinado. Aprendiólo el Conde-Duque á su costa, supuesto que, á pesar de las íntimas relaciones que con él tuvo, recibió al fin del Infante, como otra vez he dicho, reprensión tan áspera, que quedó bien castigado. Tan sólo se resignaba á recibir con respeto humilde el joven General las órdenes é instrucciones bien severas, cuando eran puramente oficiales, del Rey su hermano. Fuera de esto, la correspondencia íntima demuestra, no obstante, suma cordialidad y confianza entre los dos.

Mas, en el ínterin, si la gran victoria de Nördlingen precipitó á Richelieu á declararnos la guerra solemnemente, tampoco se pensó en otra cosa en Flandes desde que con sus vencedoras tropas llegó allí el Cardenal-Infante. Según dice una importante relación inédita escrita en 1635 por D. Antonio de Saavedra, que servía en aquel ejército, «todos los caudillos españoles pusieron la mira entonces en el deseo, tanto tiempo conocido en S. M. y el Conde-Duque, de tener con algún buen suceso ocasión de rompimiento con Francia, y que ésta fuese á la clara de su parte, que á lo cubierto muchos años antes nos la había dado, fomentando y socorriendo con dineros y ejércitos formales á los ene-

migos de la Casa de Austria». Por lo que en otro estudio se ha visto, no era cierto aquel deseo, aunque las palabras lo aparentasen; pero mirándolo como indudable, los de por allá no se anduvieron con remilgos para sorprender á Tréveris, ni para prender á su Elector, que fué lo que tomó Richelieu por pretexto de la guerra.

Comenzó ésta ya con mala fortuna. Rotas apenas las hostilidades, el príncipe Tomás de Saboya, destinado á observar, únicamente con nueve mil hombres, la inopinada invasión de los mariscales de Brezé y de Châtillon, que traían mucho más que doble número de tropas [1], dejóse por ellos sorprender á tres leguas de Namur, sobre un lugar llamado Avein, y quedó vencido, «sacrificándose más por la reputación que por la victoria con obstinado valor», según las palabras de D. Antonio de Saavedra [2], el tercio español de D. Alonso Ladrón de Guevara, y otro italiano. Tan ligero anduvo el de Saboya, que aunque con tiempo le avisaron la

[1] En la *Relación de la Campaña de 1635 por el capitán Don Diego de Luna y Mora*, impresa en la *Colección de Documentos Inéditos*, tomo LXXV, se dice que sumaban los franceses hasta treinta mil infantes y cinco mil caballos.

[2] La *Relación* inédita de Saavedra existe en la librería del autor.

superioridad enorme y la vecindad de los enemigos, mandó marchar sobre ellos, no dando crédito al número, un escuadrón volante de todas naciones, bajo el mando de D. Antonio de la Rua, sargento mayor del tercio de Ladrón de Guevara. Con esta poca gente se empeñó el combate, y bien pronto nuestra caballería, que advirtió la imposibilidad de vencer, se puso en fuga, no obstante los esfuerzos del conde de Bucquoy, su General. Entonces la infantería, abandonada, se metió en unos setos, y dieron desde allí los dos mencionados tercios hasta cinco cargas al enemigo con la pica y la espada, vendiendo caras las vidas, ya que no podían triunfar. Los tercios de *naciones,* walones y alemanes, como estaban á la retaguardia, se retiraron á tiempo, sin dar ni recibir daño [1]. Hiciéronse, entretanto, matar, de los dos tercios que resistieron hasta lo último á todo el ejército francés, mil y doscientos hombres, entre ellos la mitad del número total de sus capitanes. Sólo españoles sucumbieron nueve vivos y seis reformados. El príncipe Tomás estuvo con el tercio español hasta que, viéndolo todo perdido, le persuadieron á retirarse. Portóse allí con valor inaudito

[1] La narración de esta batalla está tomada principalmente de la citada del capitán Luna y de la de Saavedra.

el andaluz D. José de Saavedra, señor de la villa de Rivas y hermano del conde de Castellar, que en defensa de su puesto recibió hasta trece heridas, tratándole después cruelmente los franceses, en cuyas manos quedó prisionero, como otros muchos. Otro de ellos fué el maestre de campo general D. Manuel Pimentel, conde de la Feira, que tampoco quiso rendirse hasta que malamente herido cayó en tierra.

De allí adelante tuvieron un aspecto más lisonjero las cosas. Habiéndole escrito Felipe IV á su hermano, con fecha 13 de Junio de 1636 [1], que «hiciese diversión por Francia antes que aquellos naturales nos ganasen por la mano»; la invadió lucidamente, en efecto, el Infante, con sus tropas y algunas del Emperador, por Julio del propio año, tomando á La Châpelle y á Corbie, y poniendo en París gran miedo. No dió lugar aquella expedición brillante, aunque en consecuencias estéril, á ninguna batalla campal. La más feliz por nuestra parte bajo el gobierno del Infante fué, por tanto, la de Calóo contra los holandeses. Obtúvose, como de ordinario, el triunfo por el esfuerzo de los ter-

[1] Encuéntrase la carta á que aquí se alude en la correspondencia de Felipe IV con su hermano, de que ya se ha hablado y se hablará luego.

cios españoles de Fuenclara y Velada-especialmente. Nótese que en esta jornada ejerció ya el mando superior, como Jefe más antiguo, el famoso conde Paulo Bernard de Fontaine, lorenés, que fué por tanto tiempo creído conde de Fuentes, y aun el propio Fuentes de la batalla de Doulens, suponiéndose además que á su dirección se debiera la resistencia de nuestra infantería en Rocroy. Acompañó en Caloó Fontaine al tercio español del conde de Fuenclara, D. Enrique de Alagón, Maestre de Campo de mucha valía; mas á este último, al italiano Don Andrea Cantelmo, y al marqués de Lede, natural de los Países Bajos, atribuyen las relaciones contemporáneas toda la gloria del suceso. Después de un combate terrible, y á costa de mucha sangre española, fué en Caloó destruido un cuerpo holandés de más de seis mil hombres que amenazó á Bruselas, escapando poquísimos; como que sólo los prisioneros llegaron á dos mil quinientos, con treinta cañones, cincuenta banderas y tres estandartes [1]. Tras esto, continuó la guerra

[1] Hay sobre todos estos sucesos particulares una larga relación, que forma un folleto en folio, intitulado «Efectos de las Armas españolas del Rey Católico nuestro Señor en Flandes», etc.: Madrid, 1638. De esta relación está copiado cuanto dice sobre la batalla de Caloó el libro intitulado *Sitio de Fuente-*

de sitios, que caracterizó principalmente nuestras campañas de los Países Bajos, y en que más que ningún otro se distinguió Ambrosio Spínola. No tan lleno de accidentes y trabajos, como el de Breda, cuando la atacó y rindió aquel gran General, fué el que puso á la propia plaza el príncipe de Orange, Federico Enrique de Nassau, corriendo el año de 1634, con un ejército compuesto de franceses, ingleses, escoceses, walones y flamencos, como solían constituir los suyos los holandeses [1]. Pero, por desgracia, no obstante los esfuerzos del marqués de Aytona durante la interinidad, y luego los del propio infante D. Fernando, nuestros enemigos recobraron aquella plaza al fin. Esto, y la pérdida del importantísimo fuerte del Shenck, ganado con singular fortuna poco antes, hicieron que, aun después de la victoria de Caloó, no saliésemos gananciosos del rompimiento de la tregua. Por de contado que ya desde el tiempo de la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, corriendo el año de 1632, se intentó por nuestra parte renovarla. El In-

rrabia y suceso de 1638, etc., que el venerable D. Juan de Palafox publicó por orden del Rey en 1639, y se ha reimpreso cuatro veces, la última en 1793.

[1] *L'ordre du Siège de la Ville de Breda contre les forces espagnoles:* Paris, 1634.

fante-Cardenal la deseó y negoció también desde su llegada; pero no la quisieron de buena fe los holandeses, viéndose tan poderosamente secundados por Francia, hasta que admitió por un lado España su soberanía é independencia, cosa de que sólo muchos años después consintió tratar Felipe IV, y por otro les dieron cuidado los progresos de aquella Nación sobre sus propias fronteras. Mucho los tacharon de ingratos luego los franceses, porque sin sus auxilios constantes, dudosa, con efecto, habría sido la independencia de aquellas provincias; pero si en plena paz con España les habían parecido á ellos lícitos semejantes auxilios, ¿por qué no tener por tal que Holanda atendiera, como atendió Francia al auxiliarlos, primero que á ninguna ley moral á sus notorios intereses?

En el interin, nada prueba que el malogrado Infante tuviera la culpa; pero el caso es que, aunque parecía imposible hacer más que el Conde-Duque hizo para proporcionar dinero y hombres, las dobles campañas de aquél contra franceses y holandeses produjeron frutos escasos, y hubo, al revés, sensibles pérdidas por ambas fronteras. De todos modos, hubiera sido difícil defender bien contra entrambos enemigos el territorio belga; pero además de que, no obstante los

esfuerzos de Olivares, faltaban recursos suficientes, todavía carecíamos en mayor grado que de ellos de Generales de quien fiar. Notóse más esto después de muerto Don Francisco de Moncada, marqués de Aytona, en su apostura militar inmortalizado por el pincel de Vandyk y el grabado de Morghen. Quizá la última vez que aquel historiador y moralista empleó su hermoso estilo, fué para predecir, en una carta que al fallecer dejó escrita, las traiciones del príncipe Tomás de Saboya, el vencido de Avein, que venía á ser como Lugarteniente del Infante en las cosas de guerra. No andaba éste tampoco muy confiado, embarazándole para todo las dudas, no sólo respecto de aquél, sino tocante asimismo al conde Juan de Nassau, otro de los caudillos principales, dudas sobre uno ú otro muy bien justificadas. Y en medio de tan incómodos auxiliares, apenas tenía ya el Infante ningún español de quien poder esperar aciertos de mando, sobre todo una vez malogrado también el duque de Lerma, discreto y buen soldado. Llegó momento en que ni siquiera tuvo otro compatriota de buen consejo que le ayudase sino el marqués de Castañeda, D. Sancho de Monroy. Por eso, sin duda, el hombre de confianza de España en Flandes era, á la sazón, el Presidente

Pedro Roose, á quien no se cansaba de recomendar como consejero y guía el Conde-Duque, juzgando tal su talento, que, sin ser soldado, podía hacerle entender, mejor que á muchos de profesión, los asuntos militares. Honraba á Roose esta opinión; pero no al *Estado Mayor General,* como se dice ahora.

Holanda subía, en tanto, al mayor auge de su prosperidad, y Francia gozaba de los beneficios de la inteligente y enérgica administración de Richelieu, mucho más grande quizá por esto que por su diplomacia maquiavélica. Con aquella administración hábil y la natural riqueza del territorio francés, verdaderamente privilegiado en todos tiempos, pronto se remedió el poco satisfactorio estado que hacia 1626 y 1627, pocos años antes que Luis XIII nos declarase la guerra, debía de ofrecer aquel país, por lo que aparece de las actas de la *Asamblea de Notables*, Prelados, Magistrados y Gentiles hombres, celebrada durante aquella época en París [1]. Vese, por los discursos que dirigió Richelieu á aquella Asamblea, cuyo concurso pedía indudablemente con tanto ahinco para ir preparando la guerra con España,

[1] *L'Assamblée des Notables tenue à Paris les années 1626 et 1627, et les résolutions prises sur pleusieurs questions et propositions d'État très importantes,* etc., etc. : París, 1652.

más bien que para ninguna otra cosa, que lo primero de todo, en su concepto, era descargar de inútiles gastos á Francia, recobrar rentas, mejorar ingresos, crearle, en fin, una Hacienda floreciente. Sólo con el conocimiento de esta cardinal regla política llevó ventaja suma aquel Ministro, como les había llevado su predecesor Sully á todos los gobernantes españoles de aquellos siglos. Logró Richelieu, con el apoyo más ó menos forzado de la mencionada Asamblea, no sólo concentrar y fortificar en las leyes la potestad Real para sus posteriores empresas, sino poner al Tesoro francés en estado de adquirir una marina de guerra que totalmente faltaba á la vecina Nación, y crear buenos regimientos de infantería, que tampoco había ella tenido hasta allí, sin perjuicio de las milicias, ampliamente organizadas, por la manera que quiso y no pudo Felipe II organizarlas en España. De otras de las medidas, no siempre loables, ni mucho menos, que, aprovechando Richelieu el período de paz exterior en que Francia se encontraba, llevó á ejecución para unificar las fuerzas del Estado, no hay por qué discurrir en este estudio especial. Baste recordar, que para que subyugase de todo punto al partido protestante, le ayudó con su flota España en el

sitio y rendición de la Rochela. Tocante á la conducta que sugirió á Luis XIII y siguió implacablemente contra todo género de opositores, hállase en las Memorias de su tiempo cuanto hay que saber[1]. Lo único que, aunque con tristeza, conviene añadir sobre esto, es que, por nuestra parte, nada se pudo hacer en tanto para vigorizar el poder; pero continuaron plantcándose, en cambio, las cuestiones administrativas y económicas como siempre, es decir, errada ó mezquinamente. Harto queda dicho ya acerca de esto, y lo demás no es ocasión tampoco de exponerlo ahora, bastando con saber que en nuestra pobreza nativa estaba el fundamento del mal, y su desarrollo extremado, en nuestro inmenso desorden tocante á la administración de la Hacienda. Embajador veneciano hay

[1] Basta recorrer entre tales escritos el que se intitula *Extrait des noms de ceux qui ont été éloignez, emprisonnez et suppliciez vivant de feu du le Cardinal de Richelieu, par sa propre volonté et puissance*, etc. Aparece este documento adjunto al *Journal de Monsieur le Cardinal* (1649, sin lugar de impresión), escrito por persona que le era favorable. Siguen, sólo entre los perseguidos ó proscriptos, hasta setenta y tres nombres, entre los cuales están los de los primeros magnates de Francia, comenzando por el hermano del Rey. Hay que añadir á esto diez grandes damas, entre las cuales se contaba la madre del Rey también, y en poco estuvo que no se contase su propia mujer. Por último, figuran en lista hasta doce personas de gran importancia ajusticiadas.

que afirma que Olivares hizo grandes y hasta felices esfuerzos porque la Hacienda española se mejorase; pero, no lo logró en verdad, fuese la razón cual fuese. En el entretanto, no conviene pasar en silencio una cierta Real orden, remitida por Felipe IV al Infante, durante sus primeras campañas, para que sirva de indicio de los apuros á que el Tesoro español debía de haber llegado en los propios momentos de estallar la gran lucha con Francia, probando en gran manera, además, los puntos de vista estrechos bajo los cuales se contemplaba en Madrid la necesidad de reducir gastos, y en especial los de guerra. «Os encargo», decía en el citado documento el Rey, «que reduzcáis vuestra persona y familia en las campañas á sólo vestidos de paño y á comer carnero y vaca y alguna gallina y perdiz y ningunos guisados, mostrando enojaros con quien no lo hiciese así, para que á vuestro ejemplo se consiga cosa tan conveniente; y para lucimiento militar bastan las plumas y lo dorado, sin que se consuma en telas y bordados, lo que obliga á robar á los pobres por no decaer de ello [1].» Datos de este linaje, aunque al parecer tri-

[1] *Archives du Royaume de Belgique*. Correspondencia de Felipe IV con el Cardenal-Infante. — Carta de 29 de Octubre de 1634.

viales, por inducción fácil descubren todo un orden de cosas. ¿Había exagerado algo en la primera parte de este estudio al señalar los obstáculos económicos con que emprendíamos y continuábamos nuestras guerras? Mas la justicia me obliga á reconocer en el caso presente, ya que sobre otras materias he excusado, cuando no defendido, á Felipe IV, que éste exigía demasiada sobriedad á un Príncipe empeñado en el trabajo penosísimo de defender la actual Bélgica contra la Francia y la Holanda á un tiempo. Para eso, mucho más natural y justo habría sido que se dejase él propio de gastar en lienzos, papeles y luminarias, cantidades que bastaban para consentir abundante mesa á su hermano. Acaso inspiró la Real orden el Conde-Duque, que tan mal solía ver aquellos festejos, relativamente costosos, porque, no pudiendo obligar al Rey á ser más económico, posible es que se consolara con descargar el rigor sobre su hermano, por manera íntima unas veces, como de su correspondencia resulta, y otras, según acaba de verse, en forma oficial. Y para decir la verdad pura, no arruinaron, por cierto, al Estado aquellas *cosas grandes* y maravillosas, á creer á sus autores, que describen las relaciones de festejos de la época; pues, profundizando un

poco, se advierte que todo era relumbrón de una parte, y de otra, ponderación lírica ó dramática. Pero, cuando se llegaba á limitar la mesa al Cardenal-Infante, cualquier lujo y derroche, corto ó desmesurado, estaba de más. Lo único que un habitante de Madrid, al menos, no debiera censurar nunca, es el gasto, muy moderado, al decir de Olivares, que para que la Corte permaneciese en Madrid más tiempo, excusando jornadas, se hizo por iniciativa suya en las estériles colinas donde hoy está *el Retiro*. Pocos Gobiernos han prestado un servicio más útil, ni antes ni después, á los naturales de España, que en tanto número lo han gozado siempre y lo gozan hoy, como esa plantación realmente maravillosa, para los escasísimos medios de toda especie que hubo á mano y para plazo tan breve como se tardó en ponerla mejor que quizá está ahora. Mas, de todas suertes, ni aun lo que costaran los tales jardines era justo quitárselo de la boca al Cardenal-Infante. Porque fueran más ó menos fructuosas sus empresas militares, con sólo haber puesto, como puso, de su parte cuanto pudo, y su valiente conducta en Nördlingen, sin duda es aquel Infante de los que mejor memoria merecen entre los españoles de su época. Lloróle además Flandes, como

lloró á la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, por la constante bondad y nobleza de su carácter.

IX

Por cierto, que muy poco antes que él muriese en la flor de la edad, de calenturas malignas, enfermedad que igualmente acortó la vida de Aytona y Lerma, se envió á Flandes al conde de Assumar, D. Francisco de Mello, teniendo, á no dudar, en cuenta la falta de capacidades de todo género con que, según hemos visto, se contaba. Comenzamos, por tanto, á tener que tratar ya con detenimiento del General infortunado que libró la batalla de Rocroy. No parece ocioso advertir que su apellido lo han escrito siempre Melo los españoles, por causa de la pronunciación especial que se da á la doble *ll* en nuestro idioma, la cual no corresponde, como en Portugal, al sonido de una sola de las dos. Notorio es que, hasta que el autor de este trabajo fijó su atención en un hombre que tamaña intervención tuvo en nuestras cosas, nada se sabía absolutamente de él, ni fuera ni dentro de España. Sonaba su nombre como el de un General desconocido que, sin saber por qué, había mandado el ejército español en aque-

lla batalla célebre. Tuve yo para mí, el primero, que se debían escudriñar los antecedentes de persona semejante, y en la primera edición de mi estudio sobre aquel suceso, logré reunir ya noticias, si no completas, suficientes para que el mando de aquel personaje no resultase inexplicable. Con el título de *Un soldado de España*, dió poco después á luz D. Alfredo Weil, de nación francés, pero tan español por sus sentimientos como quien más, unos artículos, en que, á propósito del conde Paul Bernard de Fontaine y de su participación en la batalla, dió nuevas noticias de Melo, más necesarias ya que para su carrera, para conocer su origen y familia. Cuanto acerca de él escribió el inteligente y malogrado Weil en los referidos artículos, que imprimió la *Revista de España*, lo reproduce y acrecienta su póstumo folleto, intitulado: *Le Comte Paul de Fontaine, son tombeau, sa fondation encore aujour d'hui à Bruges, ses campagnes;* obra que, recientemente impresa en Bar-le-Duc, completará mis propias noticias sobre el personaje en cuestión. No sería oportuno exponer su biografía, si no fuera precisamente en el presente estudio donde primero se le dió á conocer. De origen portugués, llamábase con razón D. Francisco de Mello de Braganza, por-

que era hijo de D. Constantino de Braganza-Portugal Mello, rama, en efecto, de aquella ilustre Casa. Sábese, además, que tuvo grande intimidad en ella desde que, siendo pobre hidalgo sin fortuna, se introdujo en la amistad y confidencia del duque D. Teodosio, padre del que como Rey se llamó Juan IV. Hallóse en Madrid al tiempo de la coronación de Felipe IV [1], y por entonces fué nombrado Gentil hombre del Rey. No perdonaban los portugueses descontentos á ninguno de sus compatriotas que sinceramente se apegase al Gobierno español, y tal fué quizá el mayor motivo que hubo para que aborreciesen tanto á Diego Suárez en Madrid, y en Lisboa á Miguel de Vasconcellos, por más que ni uno ni otro de aquellos Ministros mereciesen alabanzas por sus acciones. De los peor vistos fué bien pronto D. Francisco de Melo, aunque el historiador, á quien conocemos más por este apellido que por el de Manuel, que llevaba en primer término, consigne en sus *Ephanaphoras* que hasta la proximidad de la revolución mantuvo aquél su intimidad con los de Braganza, hasta ser agente de sus negocios en la corte. Lo cierto es que muchos portugueses acabaron por acusarle de que, habiéndose ganado la confianza del Conde-

[1] Avisos de Pellicer: *Semanario erudito.*

Duque, la empleaba sólo en consejos dañosos á su patria, que era lo mismo que en particular decían de Suárez, secretario del Consejo de Portugal, incitándole, añadían, á imponer allí nuevos arbitrios y contribuciones. Hasta le tacharon de indisponer al rey Felipe y al primer Ministro con la Casa de Braganza, vendiendo los secretos de ésta, como quien era ó había sido su confidente [1]. Callar semejantes murmuraciones sería tan mal hecho como creerlas sin pruebas, y más cuando durante su vida entera demostró él, con hechos mucho más nobles, que quería ser español y vasallo de Felipe IV, más bien que de sus parientes los de Braganza. No habrían dejado éstos, después de todo, de conservar ó volver á admitir á su servicio un personaje tal, si lo hubiera preferido. Mas, para decirlo de una vez, Melo estuvo al cabo no menos aborrecido en Portugal que estimado en la corte de España. En el entretanto, fué nombrado embajador en Saboya, corriendo el año de 1632; y después de residir en Milán muchos meses, mientras se arreglaban ciertas desavenencias de etiqueta sobrevenidas entre aquella corte y la nuestra, pasó al siguiente año á Génova, para co-

[1] Gio-Bat. Birago: *Historia de la desunione del reino de Portogallo de la corona de Castiglia*: Amsterdam, 1647.

menzar su ministerio, como mediador de un tratado que se había de ajustar entre aquel Duque y el Gobierno de la República.

Allí probó Melo que le sobraba astucia para lograr sus fines. El tratado, con la firma del de Saboya, estaba ya en Génova; pero los Ministros de la República exigían que se le añadiesen dos palabras importantes. Negáronse, más por orgullo que con razones, á semejante adición, los Embajadores del Duque, lo cual obligaba á devolver á éste los pliegos. Aquella disputa no tenía trazas de terminar bien, cuando Melo, que asistía á las conferencias, dió un golpe como sin pensarlo en el tintero, y derribándole sobre el protocolo, lo inutilizó. Fué, pues, preciso enviar á Turín por otro; pero antes de que viniese, ya estaba allá Melo, y acertó á conseguir que se incluyesen las palabras reclamadas en los pliegos nuevos [1]. Parece que el propio año de 1635 fué encargado de la embajada de España cerca del emperador de Alemania; y por allí tenía que andar cuando, en Real orden de 7 de Diciembre del propio año, le ordenó el Rey al Infante que, así sobre la

[1] Galeazzo Gualdo Priorato: *Historia delle guerre di Ferdinando II e Ferdinando III, Imperatori, e del Re Filippo IV di Spagna, contra Gostavo Adolfo, Re di Suetia, e Luigi XIII, Re di Francia*: Venecia, 1646.

tregua que inútilmente se negociaba con los holandeses á la sazón, como *en todas las acciones militares,* tomase el parecer del conde de Oñate y de D. Francisco de Melo, que, *por su capacidad y entendimiento, le dirían lo que debía hacerse* [1]. Indica bien esta frase hasta qué punto llegaba ya el crédito de Melo, pues se le equiparaba con el de Oñate, que era grandísimo. D. Alfredo Weil pretende que en Septiembre de 1635 se hallaba en Madrid asistiendo al Consejo en que se acordó la expedición contra las islas de Santa Margarita y San Honorato, en Provenza; y bien puede ser, afirmándolo escritor de tanta conciencia. Mas fíjese bien la atención sobre los lugares varios en que durante el dicho año aparece el nombre de Melo: tanto movimiento, con lo largo de los viajes de entonces, parece imposible. Lo seguro es que en 1636 obtuvo ya el título de conde de Assumar por sus servicios [2], y que tornando á Italia desempeñó con acierto diversas comisiones diplomáticas en Módena, para atraer aquel potentado á la alianza de España, en Turín, en Florencia y Luca, para impedir que hiciesen causa común con

[1] *Archives du Royaume de Belgique.* Correspondencia citada de Felipe IV con el Cardenal-Infante.

[2] *Memorial Histórico Español,* tomo XIII.

nuestros enemigos estos Estados. Pero malcontento con tal oficio á secas, aunque tan á gusto le fuese en él, quiso Melo ensayarse también en el de las armas.

Ha indicado ya en otra parte el autor de este estudio que, no obstante que lo estimase y protegiese mucho el Conde-Duque, no le tenía por soldado, según escribió de su mano en cierta consulta. No fué de tal opinión, en verdad, el escritor militar Gualdo Priorato, su contemporáneo, que en uno de sus libros le calificó de caballero de grandísima estima en las armas como en las letras. Fué este conde Gualdo Priorato, de nación italiano, y ahora poco conocido, un historiador no elegante, pero bastante verídico, y juez competentísimo tocante á hombres y cosas de guerra, porque, como soldado aventurero, sirvió sucesivamente á las órdenes de Mauricio de Nassau, de Mansfeld, de Wallenstein, y por último de Horn y Weimar, todos buenos Generales. Habiendo pasado su vida peleando contra los españoles, en nada que nos toque de cerca ó de lejos puede tachársele de parcial. Mas, de todas suertes, algo hubo de notar la perspicacia de Olivares en Melo para negarle las cualidades de soldado que le reconocía Gualdo Priorato, sin embargo de que valor, y por su-

puesto ingenio, le sobraban. Con eso y todo, no se opuso Olivares á que durante la primavera de 1635 apareciese ya Melo en la sangrienta batalla de Tornavento, donde hizo sus primeras armas, cumpliendo, por supuesto, como esforzado. Por sus trazas se sorprendió luego felizmente la plaza de Valdetoro, desempeñando en Milán el gobierno político, mientras el marqués de Leganés gobernaba el ejército en campaña. Vuelto á su anterior oficio, y yendo á Alemania de Embajador, estuvo en Colonia, en Bruselas, en Viena, negociando siempre, y siempre con fortuna, hasta 1638, año en que el embajador veneciano Giustiman le conoció de privado ó confidente del Conde-Duque en Madrid, y redactando muy á gusto de éste los documentos de que se encargaba. Mas su afición á las armas persistía, y después de algún tiempo de residencia en la Corte, obtuvo mando activo de tropas en Lombardía: «juzgando que quien había probado tan bien en las Embajadas, haría lo mismo en la guerra». Con cierto retintín advirtió esto un padre jesuíta al poner en conocimiento de otro la noticia [1]. Por de contado, que cuando bastaba, y aun se necesitaba tanto, ser Príncipe ó Gran Señor para gober-

[1] *Memorial Histórico Español*, tomo XIV.

nar ejércitos, no debía de sorprender, cual sorprendería ahora, que se pasase de Embajador á General. Quizá lo que se extrañaba era que á Melo se le declarase hombre de guerra de profesión, cualidad que con obcecación rara se tenía por distinta de las que hacían falta para ponerse á la cabeza de un ejército, porque el hecho fué que, no teniendo aún categoría militar determinada, se le dió entonces la de Maestre de Campo General, con la cual se embarcó para Italia y salió á campaña. Téngase en cuenta que el Maestre de Campo General, según nuestros tratadistas militares de la época, debía ser la verdadera capacidad militar de los ejércitos. Nada había hecho Melo sino recibir desaires en aquel cargo, según por la Corte se decía, y ser una especie de asesor ó interventor de Leganés, ya como Gobernador del castillo de Milán, ya en las operaciones de campaña, cuando, no sin murmuraciones, al ver que se olvidaban otros y con exceso se pagaban sus servicios, fué Melo nombrado virrey de Sicilia [1]. Obró con gran celo allí en la fortificación de las costas, y expidió unas ordenanzas suntuarias, que tuvo que revocar por la oposición que hallaron en el arzobispo Doria y los artesanos perjudicados; cosa que

[1] *Memorial Histórico Español*, tomo XV, pág. 103.

dió á conocer en su carácter alguna falta de entereza [1]. Nombrado en seguida y casi á un tiempo para mandar las armas de Milán y las de Alsacia, con el cargo adjunto de Embajador cerca de la Dieta de Ratisbona, tomó el camino de esta última ciudad, hallándose á su llegada con un difícil negocio, que dió más que hablar que hasta entonces de su persona.

Había estallado, en el ínterin, la sublevación de Portugal. Desde su estancia en Madrid en 1638, ó sea desde las alteraciones de Évora, debió de sospecharla Melo, que esto al menos dió á entender su apartamiento súbito de la intimidad de los Braganzas, y aun es más que probable que, como temieron los conspiradores, participase sus recelos al Conde-Duque. Una de las primeras disposiciones del Rey nuevo fué, cual era natural, confiscarle los bienes al desapegado deudo, desterrándole perpetuamente de su país. Mientras hacían esto con él sus compatriotas, colmábale cada día Felipe IV de distinciones. Comparada una conducta con otra, no parece extraño que con tanto celo ejecutase las apremiantes órdenes que recibió de aquel Monarca y su Ministro para obtener la prisión de D. Duarte, hermano del duque de

[1] Torremuzza: *Fasti di Sicilia*: Mesina, 1820.

Braganza, que voluntariamente servía en los ejércitos del Emperador, en vez de entrar en los de España; no corto indicio, por cierto, de la rebeldía latente de aquella familia. Pero, de otra parte, no le faltó razón á Brandano [1] para pensar que, por lo mismo que se preciaba Melo de pertenecer á una de las ramas de la familia de Braganza, necesitaba más que nadie acreditar su vehemente lealtad á España, ya que tantos favores la debía, y estaba resuelto á morir en su servicio. Lo cierto es que condujo aquella negociación habilísimamente, cual solía, consintiendo al fin el Emperador en que D. Duarte fuese preso en Ratisbona, con no poco escándalo de los Príncipes alemanes, que consideraban violado en ello el suelo patrio, y general reprobación del pueblo, que, con fundamento, se compadecía de aquella víctima de la *razón de Estado*. Largamente hablaron de los malos tratamientos que, según pretendían, padeció D. Duarte, los escritores portugueses de la época [2]; y en cierto memorial latino

[1] Alessandro Brandano: *Historia delle guerre di Portogallo, succedute per l'occasione de la separazione di quel Regno della corona cattolica:* Venezia, 1689.

[2] Sobre los pormenores de esta prisión de D. Duarte hay publicados varios libros, y entre ellos dos en castellano, que se titulan: *Perfidia de Alemania y de Castilla en la prisión, entrega, acusación y proceso del Sermo. Infante de Portugal D. Duarte:*

presentado á la Dieta de Ratisbona, en queja, por el enviado portugués Francisco de Sousa, no vaciló en señalar éste por principales autores de aquella crueldad á algunos que, según él, *a domo Brigantina panem et honorem obtinuerant*. Clara alusión era eso á Melo, y recuerdo amarguísimo, si no es que con injusticia exagerase la pasión de partido los beneficios que como á pariente pobre los Braganzas le hubiesen dispensado. Tales servicios, mejores ó peores, pero incontestables, abonaban, en suma, al hombre enviado como consejero del Infante á Bruselas, y á quien, muerto éste, confirió Felipe IV el gobierno de las provincias más combatidas y del mejor ejército que España tuviese á la sazón. No menos que los de Maestre de Campo General en Lombardía, Castellano de Milán, Virrey de Sicilia y Capitán General del ejército de Alsacia, eran los mandos militares en que se había ensayado ya, desempeñándolos todos con celo y valor; pero cualidades de General en Jefe no se le conocían. Nombróscle probablemente, porque no se

Lisboa, 1632, y *Exclamaciones políticas, jurídicas y morales al Sumo Pontífice, Reyes, Príncipes, Repúblicas amigas y confederadas con el rey D. Juan IV de Portugal, en la injusta prisión y retención del Sermo. Infante D. Duarte, su hermano*: Lisboa, 1645.

encontró á mano otro más apto, pues que la opinión de Olivares, según sabemos, no le era favorable cuanto á soldado. Hay, por supuesto, que observar, que su nombramiento de Gobernador de los Países Bajos sólo tuvo el carácter de interino, mientras se escogía un Príncipe de la Familia que, según costumbre, reemplazase al infante D. Fernando, y que, por virtud de aquel cargo, mandó después el ejército. Mas, en conclusión, para consejero de un Príncipe, ayudándole en la administración económica y los negocios diplomáticos, ningún hombre más capaz servía tal vez á Felipe IV; y si faltaba motivo para que como General inspirase igual confianza, poco donde escoger tenía España en aquella época.

Conviene advertir, á propósito de esto, tan manifiesto ya en el período de gobierno del Infante, que las causas de que escaseasen Generales nativos de España, desde los tiempos del duque de Alba, del marqués de Santa Cruz y del gran conde de Fuentes, no quedaron bien expuestas en las primeras ediciones del presente estudio. Examinada más de cerca la cuestión, resulta que se debió aquello á dos causas principalmente. Consistía la primera, en que, alejada del territorio peninsular la guerra, perdieron, des-

de Carlos V en adelante, los Monarcas la antigua costumbre de asistir á ella, lo cual apartó de ella también á los Grandes y los Nobles que tenían obligación legal de seguirles. La segunda, consistía en que las ideas reinantes en España inclinaban á colocar en el mando superior de los ejércitos, ya que no asistía en persona el Rey, á Príncipes ó Grandes, aunque ninguna idea tuviesen de la guerra, los cuales, á modo de Lugartenientes, representaban la autoridad soberana, poniéndoles muy por debajo los guerreros de profesión. Pero, si ha de decirse la verdad entera, tampoco en tiempo de los Reyes Católicos, de Carlos V ó de Felipe II abundaron los españoles capaces de mandar ejércitos, por falta de afición de muchos á las campañas lejanas, y por desaplicación de todos á los estudios militares, como no pocos de nuestros tratadistas en la materia lamentaron. El hecho es que Gonzalo de Córdoba y Pedro Navarro, Antonio de Leyva, el duque de Alba, fueron por excepción Generales nacidos en España, sin que acertase á remediarlo Carlos V, el más belicoso de nuestros Monarcas y el más activo y resuelto soldado de su tiempo. Los marqueses de Pescara y del Vasto, Carlos de Lanoy, Borbón, el príncipe de Orange y otros ex-

tranjeros, fueron ya los hombres de más confianza del Emperador, con la sola excepción del duque de Alba y de Antonio de Leyva, para mandar ejércitos. Cuando principiaron luego las guerras de Flandes, poseímos, en verdad, Maestres de Campo ó Coroneles, los primeros del mundo en su oficio, pero poquísimos Generales de veras también, fuera del comendador Requesens y el conde de Fuentes, sin contar, es claro, á los dos gloriosos Príncipes de nuestra Real Casa, D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio. Esta penuria de Generales nacionales de día en día continuó creciendo. No sin razón se quejaba Álamos Barrientos, en un memorial á Felipe III, del hecho patente de que durante el reinado anterior se hubiese acabado «con las grandes cabezas de Estado, guerra y paz, en que antes habían abundado estos reinos [1]»; cosa de que igualmente se lamentó, como en otra parte he expuesto, el conde de Luna, tratando de las alteraciones de Aragón. Pero, á decir verdad, lo que habían abundado en los días de Enrique IV, por ejemplo, eran las grandes *cabezas de motín*, que no las cabezas para mandar ejércitos, nunca, después de todo, sobradas en parte alguna. De

[1] Manuscrito inédito existente en la Biblioteca Nacional.

los lamentos, más prácticos y fundados, que acerca del propio punto nos dejó Marcos de Isaba, tratóse en otro estudio con detenimiento, y aquél fué, que no Barrientos ni Luna, quien puso el dedo en la llaga, como se suele decir. La forma en que se nutrían nuestros tercios, muy á propósito, según se ha visto, para producir incomparables soldados, Capitanes, Sargentos Mayores y hasta Maestres de Campo, no era por su propia naturaleza la más propia para llevar á los ejércitos hombres de inteligencia superior y vasto saber, como para mandar en Jefe hacía ya falta á la sazón. Si al par que los hidalgos pobres ó pendencieros ó la ínfima gente, de que las clases de tropa se componían, hubieran acudido á servir en gran número los hijos de las grandes Casas, como quería Isaba, contáranse con otra frecuencia en las filas hombres como Coloma ó Moncada, porque, cual siempre, era la cultura más fácil en las altas clases del Estado que en las que por modo de vivir tomaban la guerra. Pero Isaba y otros de nuestros tratadistas militares lo dicen muy claro: veíase á la Nobleza francesa, alemana, y muy especialmente á la italiana, estudiar el arte de la guerra por principios, educándose á sí propios no pocos de sus miembros para Generales, y eso no

se conocía en España. De aquí que los Grandes de mejores condiciones, como el marqués de los Vélez, á quien reputaba el Conde-Duque por el más cumplido caballero de España, hiciesen la figura triste que aquél hizo como General en Cataluña. Los Reyes no tuvieron en esta general desaplicación más culpa que la de no dar por su parte el ejemplo. Felipe III fué el único de quien conste por un hecho, que modernamente ha esclarecido D. Pedro de Madrazo [1], expuesto antes ya en el viaje á España del italiano Laffi [2], que procuró que su heredero, que tantas cosas loables supo, aprendiese también el arte de la guerra, poniendo á su disposición un precioso simulacro de ejército y plaza fuerte, obra de cierto malaventurado italiano, que por bastante tiempo adornó una estancia del Alcázar Real. Desgraciadamente, no bastó el tal simulacro á los nietos de Felipe II para crear ya soberanos de índole militar, como hubieran sido menester, en ambas ramas de la Casa de Austria.

Mas hay que advertir, en justicia, que una

[1] *Alberto Struzzi y su ejército.—Historia trágica de un juguete del Príncipe D. Felipe,* por D. Pedro de Madrazo.—*Almanaque de la Ilustración*: Madrid, 1884, pág. 58.

[2] Domenico Laffi: *Viaggio in Ponente a San Giacomo di Galitia e Finisterræ*: Bolonia, 1681, pág. 318.

de las cosas porque no gustaban de ir los Grandes á lejanas guerras, era por la ruina que les ocasionaba eso en su caudal. Para los virreynatos de América, de sobra se encontraban magnates, y para los de Europa mucho más, porque tales empleos les aseguraban entradas con que, no sólo mantenían la fortuna propia, sino que la reparaban ó acrecentaban; pero en los ejércitos, donde todo el mundo andaba mal pagado, ellos, que tan exagerado boato dondequiera solían gastar, hallábanse al poco tiempo empeñados. La casa de Grande que hacía cualquiera jornada á su costa, de aquellas que no se podían excusar, como Embajadas extraordinarias ó acompañamientos de Personas Reales, para mucho tiempo quedaba pobre, porque, aunque poseyese extensos Estados, no podían ser realmente ricos los señores ó propietarios donde en pobreza tan general vivían sus colonos ó vasallos. Por todo esto junto, el caso es que la clase alta no servía voluntariamente sino rara vez, y no producía, por tanto, *cabezas* para mandar ejércitos, cosa de que, con más amargura que Barrientos y que Isaba, se quejó todavía el Conde-Duque en muchas ocasiones. Hacia el tiempo de que estoy ahora hablando no poseíamos más General probado de alta al-

curnia que el marqués de Leganés, hombre de más valer, sin duda, que le ha concedido hasta aquí la historia, y que, en sentir del referido Conde-Duque, «tenía cuanta bondad cabía en la tierra, pero se atacaba mucho á estar siempre grueso»; con lo cual quería sin duda decir que era calmoso en demasía [1]. Ni el conde de Fuensaldaña, ni el marqués de Mortara, ni el segundo D. Juan de Austria, ni el marqués de Caracena, buenos, pero meros soldados, habían siquiera aparecido todavía como Jefes de ejércitos. Italianos ó portugueses eran, pues, los que de ordinario mandaban los nuestros: testigos Torrecusa y Cantelmo, D. Felipe de Silva, ó el mismo D. Francisco de Melo; y, cuando éstos no, teníanlos extraños aventureros á su cargo, como Isembourg, Beck y Fontaine, que tanto figuraron en las campañas de que empiezo á tratar. Lo único que persistimos en poseer fué admirables Maestres de Campo ó Coroneles propios, ya en Italia, ya en Flandes. De ellos y de la veterana oficialidad debía en mucha parte depender que, así el espíritu de aquellos tercios como su instrucción y disciplina, se conservasen. Mas como la alta Nobleza era para

[1] Correspondencia con el Cardenal-Infante: carta del 15 de Marzo de 1693.

todo preferida por los días de Felipe IV, y en mucho mayor grado que durante los de Carlos V y Felipe II, á ella solían pertenecer también ya, según se ha visto, los Maestres de Campo, de lo cual ofrecía buen ejemplo el ejército encomendado á Melo. Preciso es añadir que aquellos caballeros mozos no eran ciertamente indignos de ser comparados con los veteranos que el duque de Alba y Farnesio tuvieron á sus órdenes. Tampoco faltaron nunca al frente de los tercios hidalgos navarros y vascongados, herederos de la gloria de los de Ravena, como D. Martín de Idiáquez. Generales en Jefe eran, en suma, los que nos hacían gran falta. Aquel de quien sospechó el Conde-Duque mayores condiciones de tal, que fué el duque de Alburquerque, demostró todas las aptitudes militares, menos esa, porque nadie le superó como Maestre de Campo de un tercio, nadie como General de caballería en Cataluña, nadie siquiera como Almirante y soldado de mar en los combates y operaciones navales, que quizá más que nada contribuyeron á la fácil recuperación de Barcelona. Nunca, á lo menos, llegó á demostrar que le cupiese en la cabeza la dirección de una batalla. De todas suertes, este duque de Alburquerque, el marqués de Velada y el conde de Fuensal-

daña, que ganó después algún crédito, eran los solos españoles que, al tomar Melo la dirección del ejército, alternasen en los altos puestos militares de Flandes, con Beck, Fontaine, Isembourg, Bucquoy, Cantelmo, Guasco, D. Álvaro de Melo y otros, todos nacidos fuera de nuestro territorio actual. Y ni unos ni otros se habían ensayado mucho tampoco en el mando supremo.

Podía servir de consuelo, que la infantería española, de que dichos Generales disponían, era aún tal y tan buena, que bastaba á desmentir la pesimista predicción de Marcos de Isaba respecto á la latente decadencia de nuestra milicia en su tiempo. Había sin duda en ella bastante gente de la que, viniendo de Italia á Flandes con el Cardenal-Infante, reparó en Nördlingen (1634) la flaqueza de nuestra infantería alemana, poniendo en fuga á los veteranos de Gustavo Adolfo, aun después de muerto éste, reputados invencibles. Allí debían de andar también los pocos soldados que quedaron del tercio español que mantuvo en la jornada de Avein el campo de batalla hasta caer muertos la mitad de sus individuos. Con mayor razón tenían aún que contarse en aquellas filas los vencedores de Caloó y los que acompañaron al infante y carde-

nal D. Fernando, General *intrépido* y *constantísimo*, como le llamó su contemporáneo Gualdo Priorato, cuando por la provincia de Picardía entró en Francia durante el año de 1636. Desde aquella fecha, hasta que en 9 de Noviembre de 1640 acabó sus días el Infante, sostuvo aquel ejército, con su intrepidez ordinaria, y sobre todo la infantería española, por testimonio del propio Gualdo Priorato y otros historiadores enemigos, una serie de desiguales campañas contra franceses y holandeses, que, siempre con fuerzas superiores, acometían aquellas provincias apartadas. Caído el Conde-Duque, que tanto cuidó del reclutamiento de aquellos tercios, y agravados por tanto extremo los apuros de la Península, no tardó mucho ya el ser tan difícil enviarles refuerzos, que poner un solo recluta allí, ó sea *una pica en Flandes*, quedó en nuestra lengua por refrán, que significaba una casi imposibilidad vencida. Mas por los años de que voy á tratar inmediatamente, todavía estaban los tercios completos, y, á la sombra de ellos, siempre era posible organizar buenos ejércitos. Al morir dejó el Cardenal-Infante cercada la plaza de Ayre, que perdimos poco antes, tomando precisamente en aquel asedio las calenturas que le mataron;

y D. Francisco de Melo, una de las seis personas por él encargadas del Gobierno interino, se presentó allí, aun antes de recibir su nombramiento del Rey, teniendo la fortuna de asistir por Septiembre de 1641 á las capitulaciones de la guarnición. Pocos meses eran pasados, cuando Melo, que ya había dado muestras en Milán y Sicilia de habilidad rara para juntar dinero y recursos de toda especie, ganándose la voluntad de los pueblos que gobernaba, tenía logrado reponer y reforzar su ejército, que, á causa de la enfermedad del Infante y de los grandes sufrimientos experimentados en el sitio de Ayre, estaba muy disminuido de soldados de naciones, ó extranjeros. Hallóse, pues, con medios de salir á nueva campaña por los primeros días de Abril de 1642, al frente de veinte mil infantes y de ocho á diez mil caballos, grande ejército para aquella época; y, dadas sus nuevas aficiones, no había de desperdiciar la ocasión de ejercer con lucimiento el cargo de General en Jefe. Parecióle, al contrario, juzgando por lo que hizo, que era llegado el momento de recoger los nuevos laureles que ambicionaba.

X

Satisfaciendo su deseo ardiente de aprovechar el tiempo, fué la plaza de Lens la primera que acometió, y se le rindió bien pronto; la Bassée tuvo á poco igual suerte, después de un sitio bastante empeñado y sangriento; y tal cual se prometía, comenzó á subir su reputación por manera, que corrió ya en Madrid que había acertado á suplir en aquellas provincias, no sólo cuanto faltaba, sino cuanto podían desear los votos de los españoles. Pero lo que coronó su fama fué la victoria de Honnecourt, ganada el 26 de Mayo de 1642, y á la verdad gloriosa. Por ella se habló entre la gente hasta de hacerle duque de Braganza, en lugar del que en Portugal estaba reconocido como Rey, teniendo en cuenta sin duda el deudo que con aquella egregia familia le unía, aunque después se conoció que la intención del Rey y del Conde-Duque no era que subsistiesen los títulos honoríficos de los rebeldes. Toda aquella repentina boga popular fué merecida, porque D. Francisco de Melo dió en Honnecourt claras muestras de que, faltára-

le lo que le faltase para soldado de oficio, nada tenía de hombre vulgar.

Era, como se sabe, aquella la primera vez que dirigía una batalla campal; y todos sus pasos, antes y después de ella, fueron muy acertados. Sabiendo que el ejército francés estaba dividido en dos partes, al mando una del conde de Harcourt, y otra á las órdenes del de Guiche, marchó rápidamente, á pesar de un temporal de agua nunca visto, desde las mismas líneas de la Bassée, y sin dar punto de descanso á las tropas, hasta interponerse entre los cuerpos enemigos. Tres horas después de conocer el de Guiche este movimiento, se halló ya con los nuestros al frente. Estaba su campo situado cerca de la aldea y abadía de Honnecourt, poco lejos de Châtelet, con la espalda al río Escalda, y un puente que lo mantenía en comunicación con la orilla opuesta. El número del ejército francés ascendía á siete mil infantes, con tres mil caballos y diez cañones, cubriendo el campo en que se hallaba reunido un muro formal de tierra con dos bastiones de frente, y otro común al frente y la derecha, la cual estaba defendida por dos más. Desde el punto en que esta parte del campo terminaba hasta el río, corría un bosque espeso, que hubo de con-

siderar suficiente á cubrirla el General enemigo. Por el flanco izquierdo quebrábase el terreno á poca distancia del campo, y en el intervalo, que no era muy ancho, mirábase colocada mucha parte de la caballería francesa, con el bagaje detrás [1]. El ejército de Melo contaba, por su lado, con cinco tercios españoles, los de D. Alonso de Ávila, duque de Alburquerque, conde de Villalva, D. Antonio Velandia y D. Jorge de Castelví. Reténganse bien los nombres: todos, menos el primero, fueron sacrificados en Rocroy. El barón de Beck, hombre que de postillón había subido á General por su valor y su intuitiva inteligencia militar, hacía de Maestre de Campo General, ó sea, cual es sabido, de Jefe de Estado Mayor. Fiado Melo, como su parte oficial de la jornada dice, en la calidad de las tropas, é impulsado por su impaciencia personal, no titubeó en asaltar á los franceses dentro de sus fortificaciones. La caballería la inclinó á su derecha sobre el flanco izquierdo enemigo, mientras que varios tercios españoles con otros italianos avanzaban resueltamente hacia el ángulo que las fortificaciones formaban entre nues-

[1] Puede el autor describir el teatro de la batalla con toda exactitud, porque posee de él un plano francés original, y de la época, admirablemente delineado y dibujado.

tro frente y nuestra derecha. Pero antes de ordenar el asalto, dispuso Melo, probablemente aconsejado por su Maestre de Campo General, Beck, que se encaminara este mismo con buena parte del ejército á ocupar á toda costa el bosque que por nuestra extrema izquierda enlazaba dichas fortificaciones con el río Escalda y la aldea y abadía de Honnecourt, á fin de envolver al enemigo por flanco y espalda.

Á las tres de la tarde comenzó por fin la batalla, arrojándose á asaltar el frente de las fortificaciones, á la vista de Melo, los tercios de D. Alonso de Ávila y del duque de Alburquerque, el cual, aunque rechazado dos veces, coronó al fin el muro, arrancándose antes la armadura y con solo la espada. Gracias á su valor especialmente, pasaron uno y otro tercio por encima, formándose en batalla, del otro lado. Muy cerca de allí, pero por la derecha, dispuso, en tanto, el marqués de Velada, general de nuestra caballería, que cargase á la contraria su teniente general, D. Juan de Vivero, apoyado por mil tiradores españoles, á las órdenes del teniente de maestre de campo general, D. Baltasar Mercader. Llegaron á saltar á caballo, en la impetuosidad de la carrera, algunos de nuestros caballeros mozos el

muro, que por su izquierda defendía el campo francés, mucho menos extenso á causa de estar principalmente confiada aquella parte á la custodia de la caballería francesa. Pero mientras pugnaban así los nuestros por envolver todo aquel flanco, no estuvo la dicha caballería ociosa; antes bien, arrancando con ímpetu, desordenó á la nuestra, prolongando por allí mucho el combate, en que tuvieron que exponer grandemente sus personas D. Gaspar Bonifaz, de quien habrá bastante que hablar aún, D. Juan de Borja y el propio marqués de Velada, que hasta entonces había protegido el ataque de frente de los tercios de Ávila y Alburquerque. Mas á todo esto, el cuerpo de Beck, á quien acompañaba Carlos Guasco, gran soldado italiano, que estuvo á la cabeza de un tercio de su nación en Nördlingen; cuerpo formado con los tercios españoles de Villalva y Velandia, el de Castelví, por la mayor parte compuesto de gente de nuestro país, aunque se titulase borgoñón, dos italianos, dos walones, los hombres de armas, ó coraceros, que mandaba D. Carlos Padilla, ajusticiado en Madrid más tarde por traidor, y otros regimientos de á caballo, había ido adelantándose en dirección del río hasta topar con el bosque que por allá cubría el campo

francés. Peleóse encarnizadamente en aquellos lugares, porque mandó en persona á sus tropas Guiche, á causa de tener plantado en la abadía de Honnecourt, que estaba muy cerca, su cuartel general. Los dos tercios italianos llegaron á ceder, y también la caballería que los apoyaba; mas, como de costumbre los tercios españoles de Velandia y Villal, va, y éste sobre todo, no sólo restablecieron el combate, sino que arrollaron del todo al enemigo, ocupando el bosque. La aldea y la abadía hubieron de ser inmediatamente tomadas también, no obstante la desesperada resistencia de Guiche, y el campo quedó, en resumen, forzado por su extrema derecha y su espalda, lo cual hizo ceder á los franceses, que aún defendían algo el frente. Alburquerque y Ávila avanzaron, pues, sin resistencia grave, completando la victoria; pero todavía por la izquierda luchaba contra nuestra derecha la caballería francesa sin desmayo. Adelantóse, por último, contra ella D. Baltasar Mercader con sus mil mosqueteros y arcabuceros españoles, sostenidos por nuestra propia caballería, y el enemigo no pudo resistir el nuevo choque, huyendo en derrota. Se tomaron diez cañones, de grueso calibre el mayor número, y algunos con la leyenda de Richelieu, que los había mandado fun-

dir: *Ratio ultima Regum.* Ganóse la bandera de la compañía del Delfín de Francia, y *la cornette blanche*, que era el estandarte del primer regimiento de caballería de Francia, ante el cual se abatían los demás, y que nunca se había perdido, al decir de los franceses, con otras muchas banderas y estandartes, entre otros el del General vencido. Hiciéronse tres mil prisioneros; halláronse mil doscientos hombres muertos en el campo, y dos mil nada menos se ahogaron en el río, porque, tomado el bosque que con él lindaba, no les fué posible aprovechar el puente. El conde de Guiche, que se hizo por algunos momentos fuerte en una casa con unos cuantos oficiales y soldados, viendo ocupado el bosque y el puente por los tercios españoles, que envolvieron su izquierda y su espalda, logró fugarse á caballo en medio de la confusión, sospechándose que con ayuda de algún soldado de nuestro ejército, porque en otro caso hubiera también caído prisionero. Quedaron igualmente en nuestro poder quinientas carretas de bagaje y provisiones, muchísimos caballos, gran cantidad de dinero, y hasta los papeles de Guiche. Tamaña victoria no costó más que cuatrocientos hombres al ejército de España.

Motivo ofrecía el suceso, elevado por la

fama á las nubes, y enaltecido además por los subsiguientes favores regios, para llenar de vanidad á cualquiera hombre de alma vulgar; pero hizo Melo en aquel caso la más difícil prueba que de sí propio cabe hacer, que es llevar con sosiego la desmesurada fortuna. Ni fué mera apariencia, porque al dar al Rey cuenta de su victoria, le escribió estas singulares palabras: «Pruebe V. M. cuanto quiera mi voluntad, pero no más mi fortuna, habiendo quedado con tal conocimiento de lo poco que valgo, en las horas que duró la batalla, que deseo por todo extremo, y sobre todo, dejar estas victoriosas armas á otro General, que pueda coger el fruto de lo que hemos sembrado». Palabras honradas y dignas de serle tenidas muy en cuenta de aquí adelante. Porque no parece, no, este lenguaje el de la falsa modestia. Para mí era el de un hombre que había buscado con afán la gloria, y la había encontrado fácilmente; pero que, al tocarla, se halló con bastante elevación de ánimo para comprender lo que para merecerla le faltaba. Melo tenía talento, imposible dudarlo; tenía sagacidad y destreza; tenía gran valor personal, como en la propia batalla de Honnecourt se probó largamente; pues, según la relación publicada de un soldado, «asis-

tió allí en los mayores riesgos». ¿Qué era, por tanto, lo que tan noblemente reconoció que le faltaba durante las horas de la batalla? Faltábale, en mi concepto, la educación lenta y el hábito temprano de la guerra; faltábale la serenidad de espíritu indispensable en los contrastes varios de una batalla, mientras del todo no se inclina al lado propio la victoria; faltábale la costumbre de ver y dominar el espectáculo sangriento, que no es lo mismo que exponer sin temor la persona; faltábale el conocimiento técnico y práctico de las armas diversas, y su acertado empleo sobre el campo: lo que no se aprende, en fin, sino rarísima vez, en los gabinetes, ni en los salones donde había él ya consumido lo mejor de su vida; lo que á la edad del vencedor de Honnecourt quizá no ha aprendido de veras ningún caudillo jamás. Tal vez otro tanto, en suma, que pocos años hace le faltó al tercer Napoleón: hombre de talento incontestable, de grande y demostrada instrucción militar, de sereno y hasta extremado valor, que no acertó, sin embargo, á ser General, por su desgracia y la de Francia.

La corte de España, poco acostumbrada ya á semejantes prosperidades, recibió naturalmente las nuevas de la victoria con júbilo indecible. No se contentó con escribirle

de su puño y letra el Rey á Melo, *que esperaba por su mano el remedio de todo,* sino que la Reina le dirigió asimismo una sentida carta de gracias, con posdata de su letra, dándole ya el título de Marqués de Tordelaguna, que se le acababa de conceder, sin que lo supiese él aún, y encomendándole que extendiese el testimonio de su gratitud á todo el ejército. Quiso también el Rey que la primera carta que en su vida escribiese el príncipe D. Baltasar, su hijo, fuera para felicitar á Melo. «Habéisme puesto en deseo», le decía el Príncipe, «de ser vuestro soldado, viendo que sabéis ganar para mí insignias como la corneta blanca del rey Cristianísimo, y el estandarte del Delfín, mi primo, que me habéis enviado. El Rey, mi Señor, mi padre, me mandó que luego hiciese á Dios ofrenda de ellas, reconociendo de su mano esta victoria, y yo las he mandado poner en las iglesias de Santiago de Galicia y Nuestra Señora de Atocha en Madrid[1]». En todo esto no hay que decir que gozaría tanto, y no escasearía

[1] La relación de esta batalla está tomada de la carta de Melo, impresa en el *Memorial histórico*, de los papeles de Alburquerque, publicados por Rodríguez Villa, y de la nota sobre esta batalla del duque de Aumale, en su *Historia des Princes de Condé*, tomo IV. Pero no hubiera acertado yo á describirla con alguna exactitud sin el examen atento del plano original de la ba-

más el agradecimiento que la Real Familia, el Conde-Duque, aunque para sus adentros se arrepintiera quizá de no haber tenido á Melo desde luego por buen soldado. Al propio tiempo que las antedichas cartas, le escribió otra el Rey sobre la ida, resuelta algún tiempo antes, y próxima ya al parecer, del archiduque Leopoldo á los Países-Bajos para encargarse de aquel gobierno, agradeciéndole la resignación con que llevaba el término de su interinidad, y determinando que quedase de superior á todos en la Casa archiducal, y que entre el sueldo de ella y el de su cargo militar, continuara disfrutando idénticas ventajas pecuniarias. Concedióle de paso la Grandeza, para sí y su hijo mayor, y rentas en aquellos Estados de Flandes, mientras se le podían otorgar en Portugal, dándole facultad, por último, para que eligiese en aquel reino ó Castilla el título de Conde ó Marqués que quisiera, con tal que no fuese de los que llevaban los rebeldes portugueses. Por cierto que no me explico esta elección de título que en 21 de Junio se le dejaba, cuando ya el 30 del mismo

talla que poseo, el cual me hace, por cierto, creer que hay algún error en la nota á que me refiero del ilustrado Duque. Los varios documentos inéditos citados después, existen en el Archivo de Simancas, y de ellos tengo copia.

mes le llamaban con el nuevo de Marqués de Tordelaguna la Reina y D. Baltasar. Sea lo que quiera, ni la dicha carta, ni las anteriores, podían ser más honoríficas. ¡Y todo esto acontecía un año casi justo antes de Rocroy! Pero ¿no es verdad que el haber conocido en tanto de sí mismo lo que conoció D. Francisco de Melo, y decírselo con tamaña franqueza á su Rey, no eran cosas propias de ningún ánimo mezquinamente ambicioso? Inexcusable es contestar que sí, tributándole la debida justicia, por lo mismo que restan que decir de él cosas que le favorecen menos.

Terminada la campaña, volvió D. Francisco de Melo á Bruselas, después de siete meses consecutivos de operaciones, en medio de los aplausos del país, que había defendido y conservado libre de enemigos detestados; porque es de advertir que en el territorio de la actual Bélgica no eran de otra suerte mirados los holandeses, por ser protestantes, y, acaso por vecinos, los franceses. Inútil había sido que en 1632 llamasen los Estados de Holanda á la unión y concordia las demás provincias de los Países-Bajos, sujetas aún á España, ofreciéndolas respetar y mantener «todos sus privilegios, franquicias y derechos, así como el público

ejercicio de la religión católica»[1]. La gran mayoría del país que profesaba esta religión calurosamente, contemplaba ya con tan malos ojos á sus antiguos compatriotas como pudieran los españoles mismos. La propia ruptura de la tregua había sido en gran parte aconsejada por personas de importancia de aquel país, aunque todos la deseasen más tarde, cuando vieron el poder francés unido al de los holandeses. Fuese lo que fuese de lo pasado, había allí ya, en conclusión, una Holanda y una Bélgica irreconciliables, y al sólo amparo de España vivía esta última. Muy satisfecho, pues, con el espíritu que en el país reinaba, dedicóse Melo á poner primero en orden los negocios administrativos, muy atrasados por su larga ausencia, asistiendo frecuentemente en persona á las juntas de gobierno, y volvió después á tratar de la guerra. Antes de mucho obtuvo, sin grande esfuerzo, de los Estados de Flandes, Brabante, Hainaut, Namur y los demás obedientes, extraordinarios subsidios de dinero y otras grandes asistencias, con lo cual pudo restaurar el ejército y preparar los elementos que para la nueva campaña necesitaba. Prestóle

[1] *Le Manifeste de Messieurs les États des provinces unies de Holande, au reste des villes catholiques qui sont subiettes au Roi d'Espagne:* Paris, 1632.

para todo eficacísima ayuda, como solía, el Consejo llamado de *Finanzas*, en Bruselas, llegando algunos de sus miembros, naturales del país, hasta á tomar prestado sobre sus propios bienes para servir al rey de España. Todo esto proporcionó suficiente dinero á Melo para hacer reclutas de infantería por medio de los Maestres de Campo y Coroneles de los tercios ó regimientos de *naciones*, que ya se sabe que eran los de walones y alemanes, y al propio tiempo expidió patentes á sujetos nobles del país para levantar compañías de caballos. Igualmente invirtió gruesas sumas en la remonta general del arma, sin olvidar las reparaciones y provisión necesarias en las plazas fuertes de las fronteras amenazadas. Por último: no bastando, como de costumbre, los recursos ordinarios y extraordinarios del país, y recibiendo poco á la sazón de España, fué Melo mismo á Amberes á negociar y ajustar con los hombres de negocios de aquella plaza un empréstito, logrando que, sobre su palabra y crédito, de muy buena voluntad le dieran ciertos portugueses ricos que allí había, hasta trescientos mil escudos, ofreciéndole todavía más si lo necesitaba. Desde Amberes se dirigió ya Melo hacia Brujas, para inspeccionar las plazas marítimas de Ostende,

Newport y Dunquerque, encaminándose á Lila, por último, para disponer el plan de campaña.

Movía á Melo, para prepararse con tanto tiempo y salir muy temprano al campo, el crítico estado en que estaba viendo á la Monarquía. Ya al dar parte de la batalla de Honnecourt comunicó al Rey su resolución de salir de la parsimonia antigua de nuestras armas, y fiar más que se había hasta allí usado á la fortuna. «Viéndome cercado de tantos enemigos», á poco más ó menos decía, «y con la resolución íntima y secreta de que he dado cuenta á V. M., de pelear con algunos de ellos, por no perderlo todo, esforzando á la razón militar los aprietos de Cataluña, para que el lance se jugase contra Francia, acometí aquella empresa y acometeré otras tales». De la relación de Vincart, de que hablaré luego, y en que constan muchos de los precedentes pormenores, indúcese que esta atrevida conducta gustó en la Corte entonces, sin duda por la situación apretadísima de las cosas. Determinóse Melo, pues, á entrar por Francia en la campaña de 1643, con el fin de atraer sobre sí todas las fuerzas y ejércitos enemigos en parte donde más cómodamente que en otra alguna podía, á su juicio, resistírseles y luchar de poder á po-

der. No de otra suerte cabía tampoco evitar, en opinión de Melo, que nuestro Estado de Borgoña fuese invadido por un ejército francés, y que otro de refuerzo penetrase por los Pirineos en la rebelada Cataluña. Con tan leales y patrióticos propósitos, después de preparado y bien pensado todo, escogió para invadir el territorio francés la parte en que está situada Rocroy, sitiando aquella plaza, que, sobre ofrecer facilidades para llegar hasta ella y hallarse mal guarnecida, presentaba la ventaja de que, colocado nuestro campo delante de la Meuse ó Mosa, por medio de las naves del río se aseguraba cualquiera cantidad de recursos que hiciese falta. Tal fué el origen de la desgraciada batalla, de que he de empezar á tratar ya bien pronto.

XI

No ha sido, bien se ha visto, mi intento narrar por completo la historia de la Milicia española en ningún período histórico, ni siquiera todos los hechos de nuestros tercios en Flandes durante los accidentes varios de la casi continua guerra que por más de un siglo sostuvieron. Menos todavía he pretendido inquirir aquí, dicho está de sobra, la

totalidad de las causas políticas y económicas que tantas veces hicieron inútiles las victorias. Expuesto queda en las presentes páginas lo más substancial tocante á esto último, y para el primer intento, preciso sería escribir muchos volúmenes. Este trabajo, que comenzó por un artículo, no aspira hoy más que á ser un opúsculo. Por eso han quedado por contar varias batallas é innumerables encuentros, y tantos y tantos sitios ó socorros célebres, tratándose sólo de los casos culminantes que bastan para formar idea justa de lo que los dichos tercios fueron en Flandes. Á veces he omitido tan importantes batallas como las de San Quintín, Gravelingues ó Doullens, en Francia ó Flandes, y la de Tornavento y otras en Italia, porque dieron poco nuevo que decir de nuestros infantes, y eso que, hablando de la de Doullens, ha hecho notar un historiador novísimo que su fuego entre los sembrados parecía un infierno. De todos modos, es claro que la naturaleza restringida de este estudio, aun dentro de la materia en especial tratada, impide examinar á fondo no pocos puntos: las causas, por ejemplo, de que no se obtuvieran resultados ningunos de la para aquel tiempo, de cortos ejércitos, grandísima victoria de Honnecourt. En

cambio, no podré menos de examinar, por excepción, bajo todos sus aspectos, sin descuidar detalle ninguno interesante, la batalla de Rocroy, y esto á causa de que constituye ella siempre el asunto cardinal de este estudio.

Hasta que por primera vez se publicó mi relación de aquel suceso, los libros españoles habían guardado sobre sus accidentes y su importancia casi absoluto silencio, limitándose, por lo común, á traducir las versiones extranjeras. Consta por los *Avisos* de Pellicer, impresos en el *Semanario erudito*, y por las *Cartas* de Jesuítas que publicó D. Pascual Gayangos en el *Memorial Histórico*, que no llegaron á conocimiento de la generalidad de los españoles coetáneos sino incompletas, confusas ó vagas noticias de dicha batalla, descubriéndose á la legua el empeño de reducir á pocas proporciones la pérdida. Por eso mismo tiene extremo interés un manuscrito de que voy á hablar, y de que por azar poseo la copia única que del original esté sacada directamente. Titúlase el documento que en sus folios encierra: *Relación de los sucesos de las armas de S. M. Católica el Rey D. Felipe IV N. S., gobernadas por el Excmo. Sr. D. Francisco de Melo, Marqués de Tordelaguna, Conde de Assumar,*

del Consejo de Estado de S. M., Gobernador, Lugarteniente y Capitán General de los Estados de Flandes y de Borgoña, en la campaña del año 1643: dirigida á S. M. por Juan Antonio Vincart, Secretario de los avisos secretos de guerra. Hice el hallazgo del original en la librería del convento de Capuchinos del Pardo, de donde ha desaparecido por los días de la revolución de 1868; y era un manuscrito de letra hermosísima, el mismo, por todas las señas, que remitió el autor á Felipe IV, dado que, según su dedicatoria, cada año cumplía con el encargo de enviarle relación puntual de los sucesos que en los Países-Bajos acaecían. Varias son las relaciones de este propio Vincart que después que encontré yo la referente á Rocroy se han ido dando á luz, por diversos lugares halladas. Aparte de esta última, á que he de referirme tanto en adelante, y que también hice yo imprimir, años ha, en la *Colección de documentos inéditos*, detenidamente cotejada con el ejemplar, casi idéntico, de que hablaré luego, se han dado á la estampa en la propia *Colección* las de las campañas de 1636, 1642, 1645 y 1650 [1]; mientras que el coronel Henrard publicaba en Bélgica las correspondientes á

[1] *Colección de documentos inéditos*, tomos LIX, LXVII y LXXV.

1644 y 1646 [1]. Del propósito de tales relaciones, de las personas á quienes se dirigían y el sujeto que las escribe, de su contexto y hasta de su forma misma, indúcese con evidencia que se trata de documentos oficiales, mucho más detallados, y harto más verídicos, que los partes dados á sus Gobiernos por los Generales á la raíz de los triunfos ó derrotas. Si el valor de la relación de la campaña de 1643, como de las demás, es mucho militarmente considerado, casi tanto importan ella y todas para conocer el curso general de los negocios en Flandes por aquellos tiempos. Como se llegase á reunir la serie completa, tendríamos una historia estimabilísima de dichos países y sus guerras durante un largo período de que ninguna poseemos, habiendo tantas y tan excelentes del siglo XVI, alguna de las cuales prosigue hasta la espiración de la tregua. Hállase Vincart á cien leguas por lo que toca á estilo y arte de un Mendoza ó de un Coloma; pero no estuvo menos enterado de las cosas que escribió, que ellos lo estaban de las que escribieron.

Lo que no sé explicarme del todo bien es el motivo por el cual una relación casi idén-

[1] *Collection de Mémoires relatifs à l'histoire de Belgique*: Bruselas, 1869.

tica á la que dirigió Vincart á Felipe IV, que es la que hice yo cotejar con la del Pardo, pasó á poder de su hermana la Reina Regente de Francia, contra la cual manteníamos la guerra; y el hecho es, sin embargo, indudable. Otro documento, igual en el fondo al que me ocupa, existe en la *Biblioteca Nacional* de París, dirigido en nombre de un señor G. Cardinael á la Reina misma, cuyas tropas vencieron en Rocroy; y de este último poseía copia, que puso á mi disposición, mi amigo inolvidable el general Fernández de San Román. Nadie, en verdad, ignora que por el despego inconcebible con que la miró su marido al principio, y durante sobrado tiempo, por la poca ternura que siempre le inspiró en el fondo, á causa de ser española, según parece, y por el pésimo trato que, como toda la Familia Real de Francia, recibió de Richelieu, tardó nuestra Doña Ana de Austria mucho en olvidarse de los suyos y de su país, permaneciendo más española que francesa hasta que cayó la Regencia en sus manos. Incontestable es también que durante aquel período de tiempo deseó mucho Doña Ana que cayese el Cardenal-Duque del favor de su marido, y que hizo cuanto pudo por lograrlo, aunque por medios triviales; y que sobre esto inició inteligen-

cias con Madrid y Bruselas, dirigiendo sus avisos ó advertencias al Cardenal-Infante y al Conde-Duque. Todo fué, sin embargo, encaminado contra Richelieu, que no contra su patria adoptiva, y siguiendo los ejemplos de la Reina madre, su suegra, y de su propio cuñado. Entre los documentos referentes á los singulares tratos de paz que por los años de 1637 á 1639 siguió en Madrid el barón de Pujol, de que he sacado copia en los Archivos Nacionales de París, hay uno en que manifestó éste á la persona por medio de la cual se entendía con Richelieu, que de su parte había mostrado al Conde-Duque «el billete de la inteligencia descubierta entre el marqués de Mirabel y la Reina Cristianísima»; inteligencia, por de contado, anterior á la declaración de guerra, y sin duda provocada por la aspereza con que, no solo la Reina, sino aquel Embajador también, eran tratados, á causa de la nimia y constante suspicacia del ambicioso Cardenal [1], que dondequiera imagi-

[1] Verdaderamente, hay pocas cosas más miserables que las reyertas del gran Cardenal con la esposa de su Rey, aunque, por otra parte, no faltasen al lado de ésta en todos lados murmuraciones más bien que conjuraciones contra su despotismo intolerante. Véase el titulado *Journal de Monsieur le Cardinal*, citado antes, donde se habla de un cierto López, al parecer español, más confidente de Richelieu que de la Reina.

naba conjuraciones contra su ministerio. Á aquella tardía queja personal contestó Olivares, entre otras cosas, «que aseguraba con juramento que en España nunca se había procurado ni entendido semejante inteligencia, ni pudiera parecer bien á S. M. Católica que ningún Ministro ni vasallo suyo pusiera á la Reina su hermana en ocasión de disgustos, y, aunque se pudiera esperar mucho, con esteriesgo» [1]. Por semejante declaración, que en tan solemnes términos no se habría hecho pudiéndose probar un día ú otro lo contrario, se ve bien que las comunicaciones de Ana de Austria á la Corte de su hermano, ó no llegaron á su destino, ó fueron rechazadas en su principio, sin dárseles en España ninguna importancia. Pero, sea como quiera, los historiadores franceses, que han escudriñado profundamente todo esto, están conformes en que jamás ha habido una Reina más francesa desde que se encargó del gobierno durante la minoridad de Luis XIV [2]. ¿Qué gé-

[1] Archivos Nacionales de París, K. 1,419, número 25, 19 de Octubre de 1637.

[2] Jamás se han cumplido por todos conceptos menos las adivinaciones ó augurios de un poeta que los del Cavalier Marino, tan célebre en Italia, el cual publicó en París en 1616 una colección de Epitalamios, encabezada por el que dedicó al matrimonio de la infanta Doña Ana con Luis XIII. Júzguese por los

nero de inteligencia ó de interés representaba pues, de parte de Ana de Austria el corresponderse con un agente tan íntimo de su hermano como Vincart, y justamente en los instantes más duros de la guerra? Porque el *Cardinael* era Vincart sin duda alguna; y esto supuesto, ¿qué es lo que se debe pensar? ¿Sería aún bastante española de corazón, aunque sin faltar á sus propios deberes, aquella señora, para interesarse en nuestros asuntos y querer saber á ciencia cierta lo que nos ocurría? ¿Mantendría alguna inteligencia con el Rey su hermano, de modo que tuviera éste dadas órdenes para que se le comunicasen las propias relaciones que él iba recibiendo sobre los sucesos? ¿Por ventura haría traición Vincart á España, comunicando á la Regente de Francia las noticias que estaba encargado de recoger,

siguientes versos bien singulares para escritos bajo el patrocinio del mariscal de Ancre, y para correr por la corte francesa. Habla de nuestra Infanta, y dice:

« Cangiasi al suo venire
In feste le guerre, anzi in più dolci
Di notturne battaglie assalti e pugne....
E se tra scherzi e giochi
Pur combatter si dee, pongansi in uso
Sol quell' armi, e quell' ire.
Che far nascer la gente, e non morire. »

Duro sarcasmo resulta el recuerdo de estos versos cuando va á empezar la tragedia sangrienta de Rocroy, precedida y seguida de otras tantas por más de un continuado cuarto de siglo.

ordenar y transmitir únicamente á nuestro Monarca? Nada de esto me atrevo á afirmar. Lo cierto es que á Felipe IV, según sus propias palabras, le escribía por oficio, y á Ana de Austria *por ser hermana de su Rey*, cual si á la par no fuera su enemiga. Al primero se dirige naturalmente con su verdadero nombre; á la segunda con un seudónimo. Curioso misterio, en conclusión, muy arduo de explicar.

Mucho más que profundizar esa materia importa ya recordar aquí que, por confesión propia, al decidirse á la invasión de Francia que podía dar lugar, como dió, á una batalla decisiva, había roto Melo, lo mismo que la Corte de España, que no se lo prohibió, con las tradiciones antiguas. Por lo común, nuestros Generales en jefe, incluso el Cardenal-Infante, evitaban tan arriesgados y peligrosos lances, teniendo en consideración la falta de medios con que veían á España para reparar bien cualquier desastre. Porque no sin razón obraban así, con injusticia se les motejaba á veces de flemáticos. El propio Conde-Duque, que fué de los que los acusaron más de eso cuando con urgencia necesitaba sucesos felices, le escribió al Cardenal-Infante un día estas prudentes palabras: «No se hable más de

batallas; y con franceses, lo mejor es dejarlos desfogar». Debió esto contribuir en gran manera á que el vencedor de Nördlingen no las provocara ni las admitiera sino en último caso. No sólo, no, en los días de Felipe IV, sino desde los de su abuelo, así el Consejo de Estado de Madrid, como los locales de Bruselas y Milán, ó los consejos de guerra en campaña, solían tener en cuenta igualmente, para excusar batallas, que la pérdida de una sola podía quizá traer la ruina de la Monarquía; es decir, la de aquel imposible coloso de que era cabeza España, teniendo un pie en Italia y otro en Flandes, dominando en el Mediterráneo, influyendo decisivamente en Alemania, é interviniendo más ó menos por todas partes. Pero de 1640 á 1643, para todos era notorio que habían llegado al peligro extremo las cosas; porque, en realidad, no la España de recursos escasos que dejaron los *Reyes Católicos*, y que, gastada por un siglo y tercio más de continuas guerras, regía Felipe IV; no los Ministros y los Generales de segundo orden, al fin, que estaban, á la sazón, encargados de los Consejos y ejércitos españoles; sino el más rico y grande en sí mismo de los Estados, el más descansado y floreciente, el más hábil y valerosamente

gobernado, habría antes sucumbido, y en grado mayor, á los embates que nuestro país padeció por los citados años. El Gobierno de Felipe IV tenía que defender las provincias de Italia de los franceses, que tan fácilmente desembocaban en ellas por los Alpes, y aun de aquellos Príncipes soberanos, *desperdicios de nuestra grandeza,* como los apellidó el primero de nuestros satíricos, hambrientos ya de mayor independencia; tenía que sustentar desde muy lejos lo que nuestra Casa Real llamaba Estados patrimoniales de Borgoña y Flandes contra la Francia colindante, y una ya, pacificada y próspera, al tiempo mismo que contra la Holanda, en el apogeo de su fortuna; tenía, por fin, que guardar el Rhin de los protestantes, que contener por los mares á turcos y á africanos, que pelear hasta en las regiones más remotas, y por dondequiera, contra enemigos implacables. En esta situación, única quizá en la historia, y para entregar de pies y manos atada á España, suscitáronse de repente las internas sublevaciones de Cataluña y Portugal, que de par en par abrieron las puertas de la Península á sus mayores adversarios. No mintió Matías de Novoa cuando, á propósito de los últimos tiempos de Olivares, dijo: «apeósenos entonces indignamente del con-

cepto altísimo en que estábamos, aun en el sentir de los más apasionados escritores forasteros». Pero, ¿es igualmente cierto que sólo á Olivares se debiera, como aquel acérrimo enemigo suyo pretendía, «que se ausentase bajo su ministerio la felicidad y faltase la seguridad de la Monarquía?» ¿Es verdad tampoco que originaran semejante ruina sus favorecidos, como lo era Melo? Este mismo quiso indudablemente hacer un gran servicio, todavía mayor que el de la victoria de Honnecourt, á su Rey y á España. Inicuo fuera culparle por su decisión valerosa y patriótica: basta que censuremos los graves errores militares que cometió, á no dudar, en la jornada.

Todo el mundo sabe que después que publiqué yo la primera edición de este trabajo, ha dado á luz el duque de Aumale, no menos insigne escritor que General entendido y valiente, una *Historia de los Príncipes de Condé durante los siglos XVI y XVII,* en la cual, por distinta manera que yo, ha expuesto la intervención del conde de Fontaine en la batalla de Rocroy, y algunos otros sucesos. Algo he dicho ya sobre esta divergencia de opiniones para justificar las mías propias, así en la obra intitulada *El Solitario y su tiempo,* como en un discurso del Ateneo

de Madrid. Los señores Rodríguez Villa y Fernández Duro también han impugnado ciertas apreciaciones del egregio historiador, especialmente por lo que toca á la conducta del duque de Alburquerque en la batalla. Con tales motivos, todos hemos buscado documentos nuevos, y los que yo he encontrado por mi parte, fuerza será reconocer que confirman la exactitud con que estaban los puntos controvertidos expuestos en mi primitiva narración. Nadie debe extrañar, por tanto, que la reproduzca en el fondo á continuación, conservando algo del texto mismo publicado en la *Revista de España*, en mis *Estudios literarios*, y en otras partes, señaladamente en la *Revue Britanique*, que apenas impreso lo tradujo. Rectifícase y se aclara, no obstante, la dicha obra con los nuevos é interesantes datos que he examinado después, y ciertas particularidades recogidas, así en la historia del duque de Aumale, como en los trabajos especiales de los Sres. Rodríguez Villa y Fernández Duro. Pero, aunque no logre la satisfacción de prestar mi asentimiento á todos los juicios del Príncipe, que dondequiera trata con excepcional competencia las cuestiones militares, no por eso dejaré de ilustrar mi propio trabajo, haciéndome extensamente cargo de su

Historia de los Príncipes de Condé, que de todas suertes contribuye mucho á esclarecer y fijar los hechos. Pudieran obligarme á semejante consideración los justísimos respetos debidos al noble historiador, y hasta su singular cortesía conmigo; pero nada de eso se necesita, porque basta y sobra su propia obra en conjunto para merecer atento examen. Si hubiera sido conocido en España, su cuarto volumen, cuando, por ejemplo, impugnó el Sr. Rodríguez Villa el capítulo suelto que publicó *La Revue des Deux Mondes*, sin notas ni apéndices, de seguro no habría sido la obra objeto de ciertos juicios. Por lo demás, en lugar oportuno se tratará aquí nuevamente, como es natural, de la especial cuestión del conde de Fontaine, teniendo presente siempre, no sólo lo expuesto por el duque de Aumale, sino también los apreciables comentarios que sobre sus opiniones hizo el citado D. Alfredo Weil. Y hora es ya de dar principio á referir los comienzos de la campaña que dió ocasión á la batalla.

La manera con que Melo organizó nuevamente sus fuerzas, fué la siguiente, que no sólo tomo de Vincart, sino también de una carta de aquel mismo General al Rey, dándole cuenta de cuanto ocurrió; documento importantísimo y hasta este instante desco-

nocido, que alumbra muchos puntos obscuros ó dudosos. Aunque todo él irá por Apéndice, mucho importa á la claridad del relato lo que se pone á continuación. «El ejército principal», dice la carta, «lo mandaba yo, con el conde de Fontaine, maestre de campo general, y el duque de Alburquerque; y porque D. Andrea Cantelmo, general de la artillería, mandaba las armas de la parte de Holanda y se prevenía para pasar á Italia, había encargado la artillería, con título de General, por seis meses, á D. Álvaro de Mello, mi hermano, en la forma que al conde de Fuensaldaña, cuando el de Fontaine era General de la artillería y gobernaba la parte de Holanda. Si bien suelen aquí los Generales dar patentes de seis meses, con que sirven los Maestres de Campo Generales, el General de la caballería y el de la artillería, propietarios, con patente de V. M., no les obedecen, y así es menester patente de V. M.; *y yo llevé al conde de Fontaine por poder mandar al duque de Alburquerque, siendo una de las causas de nuestra desdicha, y los mismos franceses lo refieren, diciendo que D. Francisco no podía sólo con el ejército*». Por donde se ve ya que Melo llevó en calidad de Maestre de Campo General á Fontaine con disgusto, y sólo porque su anti-

güedad de empleo le hacía el único de los sujetos de que podía disponer, que con seguridad obedeciesen los Generales ó Jefes de las armas auxiliares [1]. Acababa, en efecto, de ser nombrado el duque de Alburquerque General de la caballería de Flandes, poco después de haberlo sido de la de Milán, puesto inmediatamente inferior. Era á la sazón el Grande de este título D. Francisco de la Cueva, caballero joven y de valor, que se escapó de Madrid para asistir de voluntario con su pica al hombro en Fuenterrabía. Habiéndose ofrecido á continuar sirviendo al Rey donde quisiera, pasó luego de soldado á Flandes, sin sueldo ni puesto, y como el menor camarada [2], hasta que se le dió el mando de un tercio, que vistió á su costa. Con él contribuyó poderosamente, según se vió, á la victoria de Honnecourt, siendo muy admirada la bizarría con que, para saltar más desembarazado, se arrancó las armas defensivas al tercer asalto del muro, exponiendo el pecho descubierto á las picas enemigas. Era ya cuando ascendió á su primer Generalato el más antiguo Maestre de Campo de Flandes, á causa de haberse mu-

[1] Véase la carta entera de Melo.

[2] Véase lo que sobre esto dice Dávila Orejón, á quien más particularmente se citará luego.

dado mucho el personal por entonces, poniendo en lugar de los viejos jefes de tercio caballeros jóvenes y osados; bonísimos para pelear, que era su principal oficio, teniendo, por supuesto, á sus órdenes para la parte técnica Sargentos Mayores y Capitanes muy veteranos. Así llegó Alburquerque á su segundo y mayor Generalato, el de la caballería de Flandes, según acreditó oficialmente después, no siendo cierta la sospecha insidiosa que corrió por Madrid de que le favoreciese Melo por quererlo casar con una de sus tres hijas. En conclusión: era Alburquerque, aunque no muy experto aún en las cosas de la guerra, dignísimo de su nombre, el más constantemente glorioso quizá, en la carrera de las armas, de cuantos hoy llevan nuestros Grandes; y él de por sí mismo era en su tiempo el más soldado, por índole, de todos los nobles castellanos.

Señaladas tres plazas de armas al ejército para su concentración, mandó la del Artois el referido Duque con el tercio de que fué Maestre de Campo, dado en su lugar á D. Baltasar Mercader, y los de D. Alonso de Ávila, D. Antonio de Velandia, el conde de Villalva, el conde de Garcíes y D. Jorge Castellví, todos españoles; hasta el último, que llevaba el nombre de borgoñón, como se ha

dicho. Acompañaban allí á los españoles los tercios italianos del marqués Visconti, Don Alonso Strozzi y D. Juan Liponti, los de walones del príncipe de Ligne, General de los hombres de armas, y de los Maestres de Campo alemanes Ribancourt y de Granges. La plaza de armas, ó división del Hainaut, á las órdenes del conde de Bucquoy, se componía de cuatro regimientos de infantería extranjera y ochenta y dos compañías de caballos. El llamado ejército de Alsacia, que el conde de Isembourg regía, se reunió entre la *Sambre* y la *Mouse*, formándolo cinco regimientos de infantería, seis de caballería, uno de croatas y algunas compañías libres ó francas. Y á todo esto, casi al tiempo mismo salió de Bruselas el cadáver del malogrado Cardenal-Infante con dirección al Escorial, que D. Francisco de Melo partió á mandar el ejército que con gloria tanta capitaneara el difunto en Nördlingen.

Situado desde el 10 de Mayo Isembourg por orden de Melo entre Mariembourg y Philippeville, fingió prepararse á pasar el Sambra en otra dirección, y marchando rápidamente, durante toda la noche del 11 al 12, sorprendió á los habitantes de Rocroy al despuntar el día, por tal manera, que los que habían salido á sus labores de campo

y al divisar á nuestras tropas tornaban hacia la ciudad, encontraron bloqueadas ya las puertas. Al mismo tiempo el barón de Beck marchaba á ocupar con cinco mil hombres á Chateau-Renaud, población situada sobre la *Mouse*, á fin de dominar completamente la navegación del río para asegurar, como se ha dicho, las provisiones. Melo, en el ínterin, esperó impacientemente en Lila á que se aplacase la gran crudeza del tiempo, pasó luego á la Bassée, que dejó bien proveída, y juntándose en Carvin con su maestre de campo general Fontaine, marchó á Douay, llevando tras de sí la división de Alburquerque, y luego á Valenciennes, donde se le incorporó la de Bucquoy. Una vez sabida la imprevista toma de puestos y el bloqueo de Rocroy, ordenó Melo al conde de Fuensaldaña, D. Luis Pérez de Vivero, que quedase con algunas fuerzas á cubrir el país de Artois, pasó inmediatamente el Sambra, y penetrando por el territorio francés hasta la Chapelle, se alojó sólo una noche en aquel lugar, siguiendo á Rocroy. No más que cuatro días después que Isembourg llegó allí; en seguida se establecieron los cuarteles, y quedó formalizado el asedio de la plaza, que estaba, como hoy en día, defendida por cinco bastiones, profundo foso,

camino cubierto y algunas medias lunas.

Fueron los primeros errores que se cometieron, el de pensar, por los avisos de Francia, y por la disposición de las tropas contrarias, que sería imposible intentar el socorro en muchos días, así como el de creer que tres ó cuatro bastarían para rendirla. De ellos provino que no se hicieran obras de defensa en el campo, limitándose á trazar el frente de banderas, que había de servir, si llegaba el caso, de línea de batalla. Embistióse, con efecto, la plaza con tal resolución, que, á poderse mantener algunas horas más el asedio, los propios franceses confiesan que se hubiera rendido. Pero fué tal, en el ínterin, la inesperada diligencia del joven Luis de Borbón, duque de Anghien [1], que, habiendo salido de su cuartel general de Amiens al saber el asedio de Rocroy, tres días después de comenzado estaba ya á la vista con el socorro, juntando precipitadamente por el camino las tropas aquí y allá dispuestas para formar ejércitos diversos, y las guarniciones de las fortalezas. Poco después del mediodía del 18 de Mayo avisaron, por tanto, los croa-

[1] Así le llaman los documentos oficiales franceses de la época, y así el duque de Aumale. Paréceme, pues, que está de sobra justificado que escriba así este nombre, y no *Enghien*

tas, que ambos ejércitos empleaban como tropa ligera, que algunos gruesos de caballería francesa se dejaban ver del otro lado de un bosque, á corta distancia de nuestras posiciones. Al punto envió orden Melo al barón de Beck para que viniese á incorporársele desde Chateau-Renaud, despachándole uno y otro correo á fin de que apresurase el paso, y dispuso la concentración general del ejército, dejando sólo algunos regimientos en observación de la plaza, con el objeto de impedir que entrase el socorro. Este era el único propósito que, al decir de Vincart, sospechaban nuestros Generales, no queriendo creer que estuviese el enemigo en disposición de venir á campal batalla. Fuera de los errores antecitados, no hay hasta aquí que decir sino que el duque de Aumale encarece por extremo, así la concepción estratégica de la campaña, como la precisión, el secreto y la rapidez con que en ella había obrado D. Francisco de Melo.

Pero adelantóse el impetuoso Anghien á todos los cálculos con la rapidez de sus propias operaciones; y los acontecimientos se precipitaron de tal manera, que ni siquiera pudo ya Melo reunir un consejo de guerra completo para deliberar sobre lo que convenía hacer. Afirma Vincart esto como cosa

constante, por más que se murmurase en Madrid luego que Melo no había querido seguir el parecer de nadie, desoyendo señaladamente las sabias observaciones de Fontaine en el consejo supuesto; todo lo cual se lee en una de las cartas del *Memorial histórico*. Lo probable es que fuesen sorprendidos todos por la presteza con que el enemigo obró, y para persuadirse, basta fijar las fechas. El día 12 de Mayo fué Rocroy bloqueada; el 15 comenzó el sitio en regla, coronando el 16 los asediantes el camino cubierto y estableciendo una batería de tres piezas; durante la noche del 16 al 17, un destaçamento del ejército de socorro se introdujo ya en la plaza, ocupando momentáneamente una media luna de los sitiadores; y el 18, poco después de medio día, divisaron ya nuestros croatas las tropas francesas. Aquella tarde misma estuvo, en fin, para darse la batalla, la cual, empeñada al amanecer, quedó concluída hacia las diez de la mañana del día siguiente. La dicha sorpresa, y la precipitación consiguiente, podrían por sí solas explicar no pocas de las faltas sucesivas que cometieron los nuestros en la jornada. Desde Amiens había venido el Príncipe á Guise, que creyó primero amenazada; de Guise á Rumigni y Bossu, dejando los grandes bos-

ques de los Ardennes á su izquierda, y aproximando su derecha á la Mouse, que pasa á corta distancia de Rocroy, hasta dar frente á nuestro campo: todo sin tomar aliento. Desde sus primeros pasos en la carrera de las armas demostró, pues, que era otro hombre que su padre, el infeliz caudillo de Fuenterrabía.

Está situada Rocroy en el centro de una llanura, y los radios de aquel alcanzan sobre seis kilómetros de largo. La llanura estaba, al tiempo de la batalla, rodeada de bosques tan espesos, y tan pantanosa, que no se podía en ella entrar sino pasando por largos é incómodos desfiladeros. Sólo de la parte de la provincia de Champagne se hallaba un mediano paso; porque el bosque no tenía por allá más de un cuarto de legua de ancho, y el desfiladero mismo, entre el bosque y los pantanos, aunque á la entrada estrecho, comenzaba luego á ensancharse hacia la plaza. Mas cerca de ésta era donde, levantándose el terreno, quedaba en seco, y ofrecía una llanura bastante espaciosa para contener los dos ejércitos. No explica Vincart, ni se explicaron bien entonces los franceses, por qué no defendió Melo el paso de los desfiladeros, dejando tranquilamente entrar á los enemigos por la llanura. Lo cierto es que el afortunado duque de An-

ghien penetró sin oposición en ella con una gran parte de su caballería, caminando hasta situarse en cierta pequeña eminencia, á medio tiro de cañón del ejército de España. Apenas había tenido lugar Melo sino para adelantarse á reconocer al enemigo con Fontaine, Isembourg, Alburquerque y su hermano D. Álvaro, explorando un tanto el terreno intermedio, cuando, sin preceder escaramuzas ó combates de guerrillas, vió al grueso del ejército enemigo puesto en batalla. Había éste ido desplegando, conforme salía del desfiladero, una línea, por la derecha apoyada en el bosque, y por la izquierda en un gran pantano, haciendo alto en el terreno más elevado y seco. Hasta las seis de la tarde no acabó de entrar así en batalla todo el ejército francés [1]; pero ya desde las cinco la artillería española, hábilmente colocada por D. Álvaro de Melo, hacia los puntos salientes ó ángulos que el terreno ofrecía al frente de nuestro propio ejército, comenzó á tronar sobre los franceses, causándoles en sólo aquellas horas, según se dijo, más de trescientos hombres de pérdida.

Ya que nuestro Capitán General, ó General en Jefe, no logró exactas noticias del ene-

[1] *Histoire de Louis de Bourbon, Prince de Condé* · Cologne, 1645.

migo á tiempo, dejándose un tanto sorprender por él, que pudo ser muy bien la causa de permitirle entrar en el llano sin resistencia; lo que es desde que le tuvo enfrente, procedió por su parte también con actividad suma. Entre una y cinco de la tarde no sólo levantó la artillería apostada contra los muros, para hostilizar, como hostilizó pronto con ella al enemigo, sino que reconcentró en buen orden sus fuerzas, repartidas por el circuito de la plaza, menos las que reputaba indispensables para impedir el socorro. Mas no es seguro que no tuviese ya contra sí Melo los mayores enemigos con que un General puede entrar en batalla, que son el exceso de confianza en el propio ejército, y el menosprecio indiscreto del que tiene enfrente. Lo primero estaría, hasta cierto punto, justificado por las precedentes hazañas de los veteranos de todas naciones que mandaba, y sobre todo de los tercios viejos españoles. Lo segundo pudiera algo excusarse también, siendo cierto, como el duque de Aumale escribe, que el ejército francés, cuando el de Anghien se puso á su cabeza, «carecía de ardor y de confianza, dejando ver la apostura resignada y triste que da el hábito de la derrota». De todas suertes atribuyóse por algunos autores contemporáneos, y tampoco es inverosímil

que tuvieran razón, á aquellos sentimientos exagerados de Melo, y al consiguiente deseo de que no se le escapara una victoria de las manos, el haber dejado á los franceses penetrar en el llano; cosa que el texto de Vincart me inclina á mí, cual se ha visto, á atribuir más bien á la sorpresa. Por lo menos, la confianza en su ejército le debió consolar de tal sorpresa fácilmente, porque lo que no ofrece duda es que todavía pudo haber aguardado á los franceses al abrigo de un pantano que quedaba entre ellos y la ciudad, hasta que Beck se le hubiese reunido. De esto se dedujo contra él un cargo más adelante, aunque se defendiese con decir que en aquella posición no habría podido estorbar el socorro de la plaza. No pocas veces se reducían á eso, en verdad, las empresas de los ejércitos por entonces, dejando á los sitiadores burlados y en no poco desconcepto á los que los mandaban; pero tratándose de una plaza tan débil, ¿cómo dudar que habría tenido en breve plazo que rendirse, una vez ganada la batalla? No; no parece dudoso que tenía Melo sobrada confianza en vencer para oir consejos con exceso prudentes, puesto caso que se le dieran. Pensaba, además, como Vincart dice, «que el valor de un General de un Monarca de Es-

paña no debía demostrar tener miedo con meterse detrás de estos ó los otros reparos, sino salir á campaña rasa, aguardar allí á su enemigo, y continuar un sitio comenzado». Y aun fuera de todo lo dicho, involuntariamente influir debía en su corazón para no temer nada el contemplar con sus propios ojos que los soldados que estaban delante venían á ser aquellos mismos que dentro de sus robustas fortificaciones batió en Honnecourt; aquellos que había rechazado de sus líneas y fácilmente rendido en la Bassée; aquellos que, dentro de Rocroy, resistían ya mal los primeros ataques de su infantería.

La muerte, en fin, del rey Luis XIII, que acababa de saber, y la confusión en que, no sin verosimilitud, suponía á los franceses con tal motivo, hubo también de contribuir bastante á estimular en él excesivas esperanzas de triunfo. Y si es positivo, como los historiadores franceses aseguran, que el joven duque de Anghien se empeñó en la empresa no obstante haberle llamado á París su propio padre, por hallarse agonizante el Rey; á pesar también de las órdenes que de su Gobierno tenía para no arriesgarse; contra la opinión, por último, del veterano mariscal de L'Hôpital, que era su Lugarteniente y maestro, engañándole y compro-

tiéndole contra su voluntad en aquella aparente aventura, no cabe decir que los cálculos de Melo careciesen de base. Lo mismo que él, parece indudable que opinaban los franceses más experimentados. La confianza juvenil y el impaciente deseo de gloria del Príncipe, que tomó sobre sí la responsabilidad entera del suceso, impensadamente servidos por la fortuna, cambiaron allí el curso natural de las cosas, quitando de todo punto la razón al desventurado Capitán General de nuestra milicia en Flandes. Pero ni aquel arranque dichoso del caudillo francés, ni otros posteriores por el estilo, fueron, en tanto, admirados de todos. Sin ir más lejos, el nuevo Gobierno francés, ó sea el de la regente Ana de Austria con su ministro Mazarino, que debió al triunfo de Rocroy tan favorables auspicios, declaró en un documento público, siete años más tarde, que «en todas sus campañas arriesgaba aquel Príncipe un combate general, atento sólo á que, si salía triunfante, ganaba más reputación y podía exigir recompensas mayores; y si vencido, la situación apurada de las cosas le haría más indispensable, y, por lo mismo, más estimado aún que antes [1]». No es imposible que

[1] *Lettres du Roy sur la detention des Princes de Condé et de Conty, et Duc de Longueville:* Paris, 1650, pág. 11.

fuera esto exacto los años adelante, porque, en efecto, la ambición del gran Condé igualó á su valor; pero el día de Rocroy debía de sentir todavía más nobles y desinteresados impulsos.

XII

Por su oficio de Maestre de Campo General tocábale á Fontaine formar al ejército español en batalla, una vez decidida, y Melo, según dice Vincart expresamente, se fió de él en todo por lo que hace á este punto. Debió así obrar, de una parte, porque el puntillo militar de la época no consentía, sin agravio, que cualquiera ejecutase funciones ajenas, como no fuera en casos muy especiales; y de otra, sin duda, porque el descontento con que llevó á Fontaine no podía proceder de que lo juzgase inepto, sino del mal estado de salud con que sustentaba sus sesenta y siete años, tras una trabajosa vida de soldado. Mucho tiempo hacía que entre los nuestros pasaba Fontaine por capaz para mandar ejércitos; pero mal podía desempeñar bien las funciones de Jefe de Estado Mayor General, á lo cual es sabido que equivalía su cargo, un hombre que, según se vió en la batalla, ni siquiera podía montar á caballo. Sea como

quiera, limitóse á recomendarle Melo que dispusiera las tropas lo más ventajosamente posible, y que á toda costa se impidiera el socorro de la plaza. Ignórase el número cierto de nuestros soldados, que solían ser siempre bastantes menos de los que en las compañías se pagaban [1]; pero los franceses pasaban de veintitrés mil, y los nuestros presentes no podían llegar á tantos, faltando del ejército las fuerzas de Beck y las que por otro lado quedaron con Fuensaldaña. Mucha no sería la diferencia numérica de todos modos, constituyendo en ambos lados la tercera parte la caballería. Colocó á ésta Fontaine en las alas, según la ordinaria táctica de la época, y á toda la infantería en medio, adoptando un orden de batalla en la apariencia idéntico al de los franceses. No pocas dudas caben sobre la formación especial de la infantería; pero ninguna respecto á que la que supone el plano publicado por el duque de Aumale, es equivocada. De sobra tuvo razón aquel experto General para quejarse de la confusión de términos de la época, que te-

[1] Sobre los soldados que tenían plaza en nuestros tercios y no prestaban servicio, puede consultarse la obra de La Sala y Abarca, titulada *Después de Dios la primera obligación*, en donde llama *Santelmos* á todos estos soldados que comían y no servían.

mía ya que le hiciese, como le hizo, cometer en esto algún error. Figura el mencionado plano que los tercios españoles ocupaban el centro, y que á los extremos de la primera línea estaban situados, por la derecha los italianos, y por la izquierda los borgoñones. No era esa, ni podía ser, la formación de una línea española, que se desplegaba, según el propio orden de marcha, tomando la *vanguardia* la derecha, la *batalla* el centro, y la izquierda la *retaguardia*. No fueron pocas las disputas que sobre esto hubo entre españoles é italianos, porque la vanguardia y la retaguardia, que, según las circunstancias, podían cambiar de nombre y de acción, eran los puestos de preferencia, y una y otra pretendían los españoles. Lo que Vincart, que debía bien saberlo, cuenta, es que Fontaine colocó «cinco *batallones de españoles á la vanguardia* (que era el puesto que les tocaba indudablemente) con dos piezas de artillería entre cada *batallón*; otros tres *batallones*, uno de italianos y uno de borgoñeses, *á la batalla*; cinco de walones *á la retaguardia*, y cinco de alemanes para la reserva». Claro es, pues, que los españoles estaban á la cabeza de línea ó vanguardia, y que los italianos y borgoñones formaban por su izquierda la *batalla*. La *retaguardia*, que

siempre seguía á la *batalla*, se situó esta vez, según dicha versión, no á la extrema izquierda de la primera línea, sino en segunda, dejando en tercera otra parte como reserva. Pero aquí empiezan las dudas, que, cual he indicado, son graves. Por de pronto, hay que observar que Vincart habla de *batallones* en la infantería contra el tecnicismo, hasta entonces constante, de que con exactitud se hizo cargo luego el *Diccionario de Autoridades*, ó sea el primero de la Academia Española, con arreglo al cual sólo constituía *batallones* la caballería, así como *escuadrones* la infantería. En lo que la Academia no tuvo razón fué en reputar moderno este cambio de acepciones; pues, como se ve, usaba Vincart la palabra *batallón*, tratándose de infantería, desde antes de mediar el siglo precedente. Ni escuadrón, ni batallón eran sinónimos de tercio, por supuesto; antes bien un tercio mismo podía formarse en trozos distintos que llevasen aquellos nombres, ó encontrarse ya bajo cualquiera de ellos varios tercios reunidos, formando cuerpo. Ahora bien: cuando Vincart habla de los cinco batallones españoles de la vanguardia, ¿quiere decir que estuviesen precisamente incluídos en ellos todos nuestros tercios? Cinco eran, con efecto, los que allí

asistían: el de D. Baltasar Mercader, antes de Alburquerque; el del conde de Villalva, el del conde de Garcíes, el de D. Antonio de Velandia y el de D. Jorge Castelví; pero no se puede afirmar que cada cual constituyese un solo *batallón*. Los italianos y borgoñones, con cuatro ó cinco tercios, no formaban entre aquéllos y éstos más que dos batallones, uno por Nación. Pudieron, en cambio, servir los cinco tercios españoles para más de cinco *batallones* ó columnas diferentes. Dos motivos tengo para sospecharlo. El primero, que Gualdo Priorato[1], que no podía confundir las cosas, por ser tan competente soldado como se sabe, indica que «aquel día estaban descontentos los tercios italianos por haber tomado para sí los españoles la *vanguardia* y la *retaguardia*», ó sea también el *extremo izquierdo de la batalla*, y de toda la primera línea, ya que había quedado en segunda la *retaguardia* del orden de marcha. Tras

[1] Conte Galeazzo Gualdo Priorato: *Dell' Historia*: Parte terza, nella quale si contengono tutte le cose universalmente occorse del anno 1640, fino l' anno 1646. Venecia, 1648. Las palabras textuales de este autor sobre el caso son las siguientes: «Non essendosi salvati altri che tré reggimenti italiani disgustati, perche in quella occasione gli spagnoli volessero essi soli *ambi li corni della vanguarda*, ponendo questi come soldati vili nella battaglia».

de aquel motivo tengo el de que, enumerando Vincart las tropas que componían la *batalla,* habla, con efecto, de *tres batallones* más, fuera del italiano y el borgoñón. ¿De dónde habían salido estos tres *batallones?* ¿No parece que debieron formarse de los cinco tercios españoles también, ya que Vincart no dice expresamente á qué Nación pertenecían? Paréceme probable; mas no puedo afirmarlo. Para referir Gualdo Priorato el disgusto, tan verosímil dados los precedentes, que experimentaron los italianos con el motivo dicho, debió de comunicárselo alguno de éstos, cosa bien fácil, siendo natural de Italia, é infatigable recopilador de hechos de guerra. En mentir sobre este incidente, que explicaba de un modo injurioso la conducta posterior de los italianos, no parece que tuviera interés ninguno aquel historiador. No carece, pues, mi sospecha de fundamento. Mas, sea lo que quiera de cuanto precede, en la disposición misma que le dió aquella tarde Fontaine, se mantuvo el grueso de nuestro ejército, como el del enemigo, hasta obscurecer, aunque, creyendo que ya iba éste á avanzar sobre nuestro frente, por dos veces estuvo á punto Melo de dar la señal de la batalla.

Durante la mencionada tarde hubo, sin

embargo, un encuentro algo reñido sobre socorrer ó no la plaza, que era á lo que el mariscal de L'Hôpital quería limitar la operación. Según las órdenes de Melo, estaba colocado, para impedirlo, un trozo de caballería delante de la puerta de la ciudad, guardando además las líneas alguna poca infantería, todo al mando del coronel Suárez. Bien pronto los franceses, al abrigo de una gran arboleda vecina de la plaza, se adelantaron á forzar el paso. Atacado Suárez por muy superiores fuerzas, fué momentáneamente desalojado del puesto que defendía; pero acudiendo á apoyarle el Sargento Mayor de batalla, Don Jacinto de Vera, con caballería de Alsacia, se retiraron, por el momento, los franceses. Parece que el duque de Anghien no aprobó aquella intentona de L'Hôpital, por parte de éste iniciada con la mira indudable de hacer innecesaria la batalla, y que le envió formal orden de abandonar su empeño; mas, con eso y todo, amagaron aún los franceses el socorro otras dos veces durante la noche, obligando á quedarse allí una buena parte de la dicha caballería de Alsacia. Pensaba á todo esto el historiador contemporáneo del joven Condé, y, á lo que se dijo, creía el propio Príncipe, que si nuestro General en Jefe hubiera dado la señal de la batalla, como estuvo para ha-

cerlo, aquella tarde misma, ó bien cuando se estaba desplegando la línea francesa, ó bien cuando intentó L'Hôpital el socorro, habría alcanzado España una segura y fácil victoria. Lo cierto es que el duque de Aumale conviene en los terribles momentos de ansiedad que pasó Anghien durante aquellos instantes. Pero Melo aguardaba á Beck, y cualquiera que fuese el exceso de su confianza, hubiera frisado ya en locura el no dilatar la batalla hasta que llegase, mientras el enemigo no la provocara. De este racional propósito debió, no obstante, haberle sacado cualquier falta del enemigo que conviniera aprovechar rápidamente; pero si ésta existió, pasó sin duda inadvertida para él y para todos nuestros Generales, porque nadie parece que le aconsejó empeñar la acción sin Beck. Estúvose, pues, tranquilamente observando Melo al enemigo, si bien dispuesto á dar la señal de avanzar en cuanto notase el menor movimiento por la línea contraria.

Cerró en esto la noche del 18 al 19 de Mayo. El ejército español durmió sobre el campo en su frente de batalla, y otro tanto hizo el francés. Los que emplearon muy diversamente aquella noche fueron los dos Generales en Jefe. El duque de Anghien, que no contaba sino veintidós años de edad, im-

previsor, confiado en su naciente estrella, tomando aun á juego las peligrosas pruebas de la fortuna, preténdese que durmió profundamente toda la noche, bien que sin duda velarían por él sus veteranos tenientes. Don Francisco de Melo, aunque tan seguro por su lado de la superioridad de los elementos con que contaba, como hombre maduro al fin, algo receloso siempre de la suerte, pasó á caballo toda la noche, recorriendo las líneas, animando á oficiales y soldados, atendiendo al menor ruido que se sentía en el campo contrario, separado como un tiro de mosquete, según Vincart, aunque el duque de Aumale dice que bastante más. No dejaba de interrumpir de vez en cuando el alto silencio de aquella noche memorable el estampido de los cañonazos que á bulto disparaban los franceses, sin otro fin que impedir el descanso, si bien cuenta Vincart que «llegaban á matarnos muchos soldados». Por lo demás, sólo ocurrió de notable durante las horas de obscuridad total, que un caballero francés que en nuestras filas servía, se pasó, favorecido por las tinieblas, al campo de sus compatriotas, llevándoles la interesante noticia de que Melo esperaba á Beck á las primeras horas de la mañana próxima. Era preciso, pues, si quería aprovechar Anghien la desgraciada

división de nuestras fuerzas, que no perdiese momento [1].

Comenzó á despuntar al fin el día 19 de Mayo de 1643, que tan fatal debía ser para nuestros tercios viejos. Antes de separarse la noche del día, como Vincart escribe, advirtió Melo que había retirado el enemigo de la parte de la ciudad todas las fuerzas con que durante la noche amagó el socorro, renunciando á intentarlo manifiestamente, por lo cual dió al conde de Isembourg orden de ir á recoger incontinenti los trozos de caballería y los infantes que, al mando del sargento mayor de batalla D. Jacinto de Vera, quedaron allí la tarde antes. Mientras llenaba su cometido Isembourg por nuestra parte, acercóse por la suya el mariscal de campo Gassion, que era el hombre de íntima confianza del General en Jefe francés, á reconocer las posiciones en que hallaban á los nuestros las primeras luces de la aurora. Soldado voluntario de Gustavo Adolfo, habíale seguido este Gassion hasta su muerte en Lutzen, mandando un regimiento alemán, que había él mismo reclutado, y con el cual se distinguió sobremanera en la *Guerra de los treinta años*, siendo, por tan larga

[1] *Histoire de Louis de Bourbon, Prince de Condé*, citada ya: Cologne, 1645.

experiencia y su audacia nativa, uno de los mejores, si no el mejor de los jefes del ejército francés. Los consejos y las decisiones propias y espontáneas de aquel probado caudillo, de seguro le sirvieron á Anghien tanto como su propia actividad y su resolución para ganar la batalla. Viendo partir á Isembourg, y comprendiendo su objeto, corrió á participárselo Gassion á Anghien, que estaba ya á caballo, aconsejándole que no demorase un instante el dar la señal de la batalla, no sólo para anticiparse á la llegada de Beck, que, según tenía *espiado,* había ya emprendido su movimiento, desde una distancia que el duque de Aumale gradúa en treinta y dos kilómetros, sino para aprovechar la separación en que estaban las tropas colocadas sobre Rocroy del resto del ejército de España. Aquella segregación debía tener, con efecto, bastante desguarnecida al amanecer nuestra ala derecha. Poco se hizo de rogar Anghien, que no deseaba otra cosa, y no bien pasadas las tres de la mañana, dió orden de avanzar á sus dos alas. Entonces Don Francisco de Melo, que había acabado ya de arengar á todos los jefes y soldados, exhortándoles «á querer vivir y morir por su Rey», se retiró á su puesto de ordenanza, *colocándose en sitio desde donde poder ver*

y disponer por todas partes, y mandó dar igualmente su señal de batalla. Así lo cuenta Vincart; pero como de oficio dijo Melo luego *que él combatió y venció con el ala derecha*, claro está que no pudo permanecer en punto fijo sino momentáneamente.

Ocupaba en aquel momento los frentes de ambos ejércitos como cosa de media legua francesa, y aunque el contrario se extendía más que el nuestro, según el duque de Aumale, tenía este último también *una frente muy grande*, al decir de Vincart. Parece que esto deba significar que no situó Fontaine dicho día en orden tan cerrado las tropas como se solía entre nosotros, y criticaban ya mucho los extranjeros. Poco más ó poco menos de una legua estaba, en tanto, nuestro frente de batalla separado del recinto de Rocroy. Por de pronto, el centro de los franceses, al mando de su general Espenan, permaneció, como la reserva que gobernaba el barón de Sirot, á la defensiva, siendo las dos alas francesas las encargadas de emprender la batalla. Tomó el duque de Anghien en persona, sin pensar en puesto fijo, el mando de la derecha, llevando á Gassion por segundo, y el mariscal L'Hôpital, secundado por el general La Fertè-Senecterre, se encargó de dirigir la izquierda. Traían ya estas alas

francesas interpoladas con sus regimientos de caballería compañías de mosqueteros y piqueros que los apoyasen, quedando en tanto el grueso de la infantería sobre el centro, formada en tres líneas, como la nuestra, cada una de las cuales era más numerosa y fuerte que la que estaba por delante; pero con la circunstancia de que la tercera, ó reserva, contaba también con infantería y caballería. Al embestir con sus alas las nuestras, traía el ejército francés tan conjuntamente mezclada la caballería con la infantería, según Vincart, que entre cada batallón ó trozo de esta arma había un escuadrón de aquélla, por manera tal, que las cabezas de los caballos no pasaban de la línea de los hombres de á pie. Durante toda la batalla, á cada paso vuelve Vincart á referirse á esta formación de los franceses, atribuyéndole las primeras ventajas que nos llevaron. No señala el duque de Aumale en su plano de la batalla semejante mezcla de infantería y caballería, sino en la reserva; pero por todo lo que pasó y por lo expreso del texto de Vincart, confirmado por Gualdo Priorato, hay que tenerla por cierta, siendo además el hecho de importancia sobrada para que se suponga en los que les facilitaron sus noticias que no lo observasen bien. Hácelo más

indubitable todavía que, al dar cuenta el famoso Juan de Wirth (Vert en nuestros textos) de la nueva batalla de Nördlingen, sostenida por los imperiales contra el propio Anghien, algunos años después, dice aquel literalmente «que cada cual de sus escuadrones había encontrado enfrente dos ó tres franceses, *mezcla de infantería y caballería* [1]». No hay duda, por tanto, de que aquella era táctica preferida de combatir, y con razón, por el vencedor de Rocroy. Para concertar, dado esto, el plano del Duque con los hechos, hay que suponer que la infantería del centro francés destacó, después de su primera formación, algunos cuerpos de infantería á sostener la embestida de su caballería. Cuál fuese entretanto el orden adoptado por Fontaine, queda ya expuesto; pero resta advertir que, reunidos todos los infantes en el centro, debía éste resultar mucho más fuerte que el del enemigo, desde el punto y hora, sobre todo, en que este último destacó infantería para apoyar á su caballería. En cambio, ni por un instante dejó de cubrir exclusivamente la caballería nuestras alas. El duque de Alburquerque estaba con la de Flandes al frente de nuestra izquierda,

[1] El propio duque de Aumale copia esta carta de Wirth en sus *Pièces et Documents*.

opuesta á Condé y Gassion, mientras que el conde de Isembourg, con la de Alsacia, tan pronto como pudo llegar al campo de batalla, tomó contra el mariscal de L'Hôpital la especial dirección de nuestra ala derecha. Pero, ¿en qué momento se puso personalmente á la cabeza de esta misma el general en jefe Melo? Sobre esto hablaremos después. No es tampoco ocasión de discutir aún las desventajas con que de aquella suerte comenzamos á pelear, porque mejor que nada las dará á conocer la subsiguiente relación de los hechos. Nótese sólo otra vez el buen cuidado que Vincart puso en consignar que fué Fontaine el que, como Maestre de Campo General, dispuso el plan entero. Importa recordarlo, porque Gualdo Priorato declara terminantemente que nuestro ejército se formó aquel día, «como si la disciplina de Flandes no hubiese conocido nunca el modo de regir un ejército, y el conde de Fontana (ó Fontaine) no hubiera aprendido en cincuenta años de experiencia militar á tomar posición en un campo de batalla». Este cargo de hombre tan competente es de por sí ya grave.

Nada, por lo común, más difícil que averiguar, sin embargo, el autor de cualquier consejo ó disposición que en la práctica oca-

sionа funestos efectos. Á Gualdo Priorato le contaron, por ejemplo, que Fontaine fué de opinión de no retirarse de la plaza tanto, y estar á toda costa á la defensiva hasta que llegase Beck, atribuyendo exclusivamente á Melo la resolución de salir al encuentro, y no dilatar el combate si el enemigo lo provocaba; lo cual parece verosímil. Añade, que de resultas de esto formó ya el ejército con tristes presentimientos Fontaine. Mas, al juzgar definitivamente el plan de la batalla, afirma que el duque de Alburquerque aconsejó que se cambiase la disposición del ejército, y que, por más que hizo, halló inflexible á Fontaine, apoyado por Melo, en mantener la que dió de sí tan mal fruto. Sea lo que quiera, no tardó éste en recogerse, y muy colmado. Lo que parece ofrecer menos duda es la aserción de Vincart de que, si Melo no celebró antes de la batalla un verdadero consejo de guerra, fué porque quería tomar *su resolución sobre el parecer de Beck;* cosa natural, habiéndole servido en Honnecourt tan bien. Confirma esto indirectamente Vincart al decir que los franceses apresuraron la batalla, no sólo por evitar que las tropas de Beck asistiesen á ella, sino su persona, *que era de alguna importancia.* La presencia de aquel General hízole, pues,

gran falta á Melo, bajo todos conceptos. Y por de contado que la acre censura de Gualdo Priorato sobre la formación, ordenada por Fontaine, debe referirse al abandono en que dejó á la caballería de nuestras dos alas, reconcentrando en un solo espacio la infantería, porque los franceses reconocen que sólo un destacamento de mosquetería quedó emboscado entre unas hayas, fuera de la masa general de la infantería, para proteger nuestro flanco izquierdo. Y de poco sirvió aquello mismo, en todo caso, porque debió ésta de ser la poca infantería nuestra sorprendida y destrozada al despuntar el día por los franceses, si hemos de creer al duque de Aumale. La disciplina española de Flandes, como Gualdo-Priorato decía bien, no autorizaba semejante abandono. Uno de los mayores maestros de ella, Fra Lelio Brancaccio, en su libro intitulado *Y Carichi Militari* (Amberes, 1610), publicó, para esclarecimiento de su doctrina, el plan de un ejército en batalla, donde, efectivamente, aparecen los escuadrones de infantería en el centro, y en las alas la caballería; mas todo batallón de ésta se halla apoyado en sus dos flancos por largas mangas de arcabucería ó mosquetería. La mera inspección del citado plano lo enseña, haciendo también ver que, aunque

con tanto acierto la emplease Anghien, no había él inventado aquella disposición táctica. Lo singular es que pareciesen estar olvidados de ella Fontaine, y, en honor de la verdad, el propio Juan de Wirth, cuando la notó y, al parecer, le sorprendió algo en la segunda batalla de Nördlingen.

Sonaron por fin los clarines de nuestra caballería por las alas, tocaron á ataque en el centro los tambores, y mientras por acá se tiroteaban nuestros arcabuceros y los enemigos sin grande empeño, púsose por allá Alburquerque á la cabeza de sus escuadrones con sus tenientes generales D. Juan de Vivero y D. Pedro de Villamor, y diciéndoles: «Agora es tiempo de hacer como quien somos», cerró con la derecha francesa, donde estaba Anghien, mas que en primera línea conducía Gassion. La carga de Alburquerque fué tan impetuosa, que rompió el primer grueso de caballería francesa que ya sobre él venía, deshizo en un instante dos regimientos, uno suizo y otro francés de infantería que con su fuego y sus picas la sostenían, y por en medio de los dispersos escuadrones y de los soldados despavoridos que pedían cuartel, llegó hasta la artillería, situada á retaguardia de la línea deshecha, tomando posesión de los cañones contrarios. Tal es la

relación de Vincart, diferente, como se verá luego, de la del duque de Aumale, pero en la cual se confirma de todas suertes que, no sólo traía aquella ala infantería interpolada, sino que aún podía ser apoyada por la artillería.

En el ínterin, el mariscal de L'Hôpital había hecho cargar á la derecha española. Sábese ya que, si no toda, porque, visto lo que sucedió, no pudo ser, una buena parte de la caballería de Alsacia, que allí debía hallarse con Isembourg, muy cerca del momento de comenzar la batalla estaba aún sobre Rocroy, distante una legua. Gassion, ya se ha dicho, ponderó mucho las ventajas de aprovechar lo descubierta que así quedaba aquella ala nuestra, y precisamente por aprovechar ocasión tan propicia precipitó Anghien la señal de la batalla. ¿Cómo, á pesar de tales circunstancias, pudo acontecer que en la primera acometida quedase derrotado el mariscal de L'Hôpital? Los franceses cuentan que mandó cargar desde muy lejos, de manera que llegaron ya fríos y descompuestos sus escuadrones á dar en los nuestros, los cuales por su lado esperaron á pie firme hasta el momento oportuno, y lanzándose á tiempo sobre ellos, los desordenaron fácilmente, haciendo prisionero á La Fertè-

Seneterre, que los mandaba, con cinco heridas de espada y pistola. Pero esto prueba, de todos modos, que el grueso de la caballería de Alsacia no se había separado de aquel ala, porque sólo así se pudo pelear con tanta fortuna antes que llegase Isembourg, que tardaría algún tiempo en camino tan largo. Es, por otra parte, imposible que pasase nuestro ejército la noche con su flanco derecho abandonado totalmente, como habría que suponer aceptando otra versión. Lo que sí parece probable es que Melo asistiese allí desde el principio, dejando su puesto de ordenanza, por no haber llegado Isembourg todavía cuando inició el enemigo su primera carga. Sólo así se explica que dijera Melo textualmente: «El cuerpo derecho donde yo asistía venció». Derrotado por Melo La Fertè, embistió aquel ala de nuevo L'Hôpital en persona; y entonces debía ya de haber llegado Isembourg con la mayor parte al menos de las fuerzas segregadas. Consta que éste lanzó vigorosamente á su vez sobre el enemigo la gente que traía, apoyada por la que acababa de pelear, acompañando él mismo cada columna ó grueso al combate, y empeñando el primero en la renovada pelea á los hombres de armas del conde de Busquoy. Dicho General había sido despedido,

á lo que parece, el día antes á su gobierno de Mons por una disputa que tuvo con Alburquerque, en la que le dió Melo á este último la razón; é Isembourg se propuso asegurar por aquel modo la fidelidad de unas tropas malcontentas. Tampoco pudo resistir L'Hôpital este segundo choque, y herido malamente él mismo, se retiró del campo, dejando deshechos y dispersos, no sólo sus regimientos de caballería, sino uno de infantería que la apoyaba, y en nuestro poder también los cañones franceses de aquel lado, con muerte de La Barre, que los dirigía. Respecto á lo que pasó por este ala, está, pues, en substancia de acuerdo Vincart con el duque de Aumale.

El ejército de España se juzgó ya vencedor en aquel momento de la batalla, al decir de Vincart, comenzando los soldados á echar los sombreros al aire, y á tener sus jefes por indudable la victoria. Pero no puede dejarse ya á un lado que, tratando de lo que aconteció inmediatamente después de su propio triunfo por la derecha, Melo escribió al Rey que, en el interin, «el conde de Fontaine, que andaba en una silla, no pudo mandar *el resto del ejército*». Luego, al irse él á combatir en aquel ala, había dejado exclusivamente entregada la dirección del ejército

á Fontaine, no obstante que éste se hallase en situación tan poco á propósito para desempeñar bien sus difíciles y activas funciones. Desprenderíase de aquí el mayor de los cargos posible para el General en Jefe, si la forzada ausencia de Isembourg no le hubiese impuesto la obligación urgentísima de sustituirle personalmente. Por supuesto, que esta malhadada ausencia de Isembourg tuvo, como se recordará, por causa el haber tomado tan á pechos Melo impedir que fuera socorrida Rocroy. Cuanto al momento en que llegó Isembourg al campo de batalla, dejando á Melo libre para obrar como quisiera, debió de ser, por lo que Vincart dice, el mismo en que afirma que, rota la primera línea francesa, ocupó también por su parte Alburquerque los cañones enemigos.

Pero mientras Melo é Isembourg triunfaban por un flanco del todo, avanzó sobre Alburquerque y sus tropas la segunda línea enemiga, guiada por el propio duque de Anghien, asimismo compuesta, según Vincart advierte, de un batallón ó trozo de infantería en medio, con dos escuadrones ó gruesos de caballería á los costados. Al amparo de esta segunda línea, cuya caballería se lanzó á la carga, mientras el fuego de su infantería refrenaba el movimiento ofensivo de los nues-

tros, rehiciéronse los primeros regimientos deshechos, y juntos todos, y entusiasmados naturalmente por la presencia y el ejemplo de Anghien, volvieron sobre los escuadrones de Alburquerque. Parece que el bosque en que se apoyaban, así la derecha francesa como la izquierda española, donde debieron de estar emboscados los mosqueteros de nuestro ejército, batidos al amanecer, no era tan espeso que no pudiera atravesarlo la caballería francesa para cargar de flanco y por sorpresa nuestra izquierda. La antigua historia del gran Condé afirma que éste dividió sus fuerzas en dos trozos, dirigiéndose con uno á atacar de frente á Alburquerque, mientras que Gassion, marchando por entre el bosque, le sorprendía del otro lado. La versión del duque de Aumale difiere, cual ya se ha indicado, hasta ser totalmente distinta de la de Vincart, respecto al ataque dirigido contra nuestra izquierda por Anghien y Gassion. Para él, sorprendida desde el primer momento, de flanco, la caballería de Alburquerque, quedó derrotada ésta en seguida, sin que estuviese un solo instante victoriosa. Entre tan opuestas versiones no cabe conciliación; pero cúmpleme observar que de la relación del duque de Aumale aparece que, con efecto, durante el combate de aque-

llas dos alas, el regimiento francés de Picardía, el mejor de los contrarios, apoyó enérgicamente á la suya, lo cual confirma la disposición táctica descrita por Vincart. Y sea de lo demás lo que se quiera, es lo cierto que, vivamente cargada por los escuadrones enemigos, acribillada por las balas de su infantería, y viendo que ninguna ayuda la prestaban nuestros tercios, como á la letra dice Vincart, desorganizóse la caballería de Alburquerque al fin, abriendo paso á Anghien, que definitivamente rompió por aquel flanco la línea española. Vanos fueron los esfuerzos del Duque y de sus tenientes Don Juan de Vivero y D. Pedro Villamor, buenos y antiguos soldados ambos, así como de los más de los Capitanes. Aquella caballería, no sólo combatió con desventaja contra las dos armas juntas del enemigo, sino que, según el mismo Vincart, que tamaño hincapié hizo en este especial motivo, demostró, además, durante la acción que estaba menos bien constituida que la francesa, que existía ya organizada en regimientos, y contaba con doble número de oficiales por cada compañía de soldados. Más extensamente, y con el apoyo de mayor autoridad, habrá que volver á tratar esta cuestión de aquí á poco. No quiero decir yo, en tanto, cuáles fuesen los que,

en medio de todo, peleasen mejor en aquella caballería de Flandes, que fué la primera derrotada, prefiriendo copiar á un historiador francés contemporáneo que escribió su obra en idioma latino [1]. « *Italici* (dice) *Germani, Belgae, primum fusi: in Hispanis equitibus aliquid moraе fuit.*» Hubo allí, sin embargo, buenos ejemplos de todas las naciones, y en particular D. Juan de Borja, el de Honnecourt; D. Gaspar de Bonifaz, capitán de guardias del General en Jefe, y Maestre de Campo después en la batalla de las Dunas de Dunquerque; D. César Toralto, y otros oficiales italianos de caballería, los ofrecieron desde el principio muy señalados.

Mientras lo que se acaba de relatar sucedía por la izquierda, siguieron por algún tiempo vencedores Melo é Isembourg por la derecha, hasta el punto de lanzarse ya inadvertida y confusamente allí los nuestros al saqueo y despojo de los vencidos. La batalla, viéndola desde aquel punto, parecia efectivamente ganada, porque en el centro no podía resistir Espenan el fuego superior de nuestra intacta artillería y de nuestra arcabucería y mosquetería, y á voces pedía socorro, iniciando, en tanto, su retirada. Pero,

[1] Joanne Labardeus: *De rebus gallicis historiarum libri decem ab anno 1643 ad annum 1652.* Paris, 1671.

por fortuna de Francia, mandaba la numerosa y bien organizada reserva francesa, con su carácter de Maestre de Campo de caballería, el barón de Sirot, Claudio de Letouf, hombre de gran experiencia y valor, el cual, no bien observó la derrota de L'Hôpital, se adelantó con sus tropas de ambas armas á contener las de Isembourg. En el punto de emprender su movimiento pasó el Mariscal de batalla de la Vallière por cerca de él mandando tocar á retirada, porque «no había recurso», decía, «estando perdida la batalla» [1]. Sirot desobedeció tal orden, y, no solo se mantuvo firme, sino que marchó resueltamente á sostener á los suyos. Clara y exactísimamente describe el duque de Aumale, sea cualquiera la diversidad de versiones sobre los antecedentes detalles, el cuadro que en aquel punto ofrecía la batalla. «Entre las cinco y las seis de la mañana», dice, «nuestra izquierda estaba deshecha, tomada nuestra artillería, nuestro centro en retirada». El solo peligro de los españoles estaba, pues, por su izquierda; pero aun allí todo hubiera podido remediarse, sin una falta de dirección únicamente explicable por el aislamiento y la inutilidad de Fontaine para acudir con prontitud al cumplimiento de su deber. Intac-

[1] *Histoire de Louis de Bourbon*, ya citada, libro I, pág. 37.

ta continuaba sobre el centro en sus tres líneas toda la infantería de nuestro ejército, y delante de ella la temible mosquetería y arcabucería de los tercios españoles. Todavía Alburquerque y sus tenientes generales Don Juan de Vivero y D. Pedro de Villamor, con una porción de valerosos Capitanes, entre los cuales se contaban el citado D. Juan de Borja, D. Antonio de Butrón, D. Antonio de Ulloa y D. Antonio de Rojas, españoles; Don Juan de Mascarenha, portugués, y los italianos D. César Toralto y D. Virgilio Orsini, con frecuencia lograban, aunque á costa de esfuerzos desesperados, reorganizar por acá y por allá gruesos de caballería, que oponían de nuevo á los del duque de Anghien. Melo é Isembourg, si con la debida prontitud recogían sus compañías de caballos, tan prematuramente entregadas á disfrutar del triunfo, y cargaban en orden, podían aún destrozar la reserva de Sirot é impedir á las vencidas tropas de L'Hôpital que se reorganizasen. Mas de nada de esto se sacó el provecho que convenía.

Quien, por el contrario, recogió instantáneamente su caballería vencedora, fué el duque de Anghien, adelantándose á envolver nuestro ejército por la derecha sin la menor demora. Hubiera sido indispensable, mien-

tras había tal cual grueso de la caballería de Alburquerque íntegro y se reorganizaban otros, acudir con rapidez á proteger aquel ala con un despliegue de mosqueteros y arcabuceros, como el de Pavía, ó como el que ejecutó en Honnecourt D. Baltasar de Mercader, logrando que al abrigo de ellos se repusiese el ala vencida, de la propia suerte que en aquellas otras ocasiones se repusieron las desordenadas compañías de caballos de Carlos de Lanoy ó del marqués de Velada. ¿Y por qué los mosqueteros y arcabuceros de Rocroy no intentaron siquiera, como sabemos por Vincart, semejante movimiento? Pues que de una sola orden, la de que se adelantasen en dirección de la derecha enemiga, dependía quizá la suerte de la batalla, ¿por qué no se dió? Si la infantería de nuestro centro, más numerosa allí por fuerza que la contraria, y que no había hasta entonces servido sino para molestar el centro francés con sus fuegos, hubiera cargado decididamente, como temían Espenan y la Vallière, hasta juntar las picas, apoyando, además, con sus fuegos á la caballería desordenada en la izquierda, y consolidando el triunfo de la derecha, bien cabía esperar aún la derrota de los franceses. Al decir del Capellán de Melo, que quedó prisionero, y pretende

que se lo oyó al propio duque de Anghien, tal era la opinión de éste después de su victoria. Para explicar la falta de aquellas necesarias operaciones de la infantería, y el que no las dispusiese nadie, hay, pues, que atenerse á la versión de Melo, que en su ya citada carta ó parte al Rey dice, como se recordará, que, mientras él vencía por la derecha, «el conde de Fontaine, que andaba en una silla, no pudo mandar lo restante del ejército», añadiendo seguidamente que «murió luego, y quedando sin Cabo, ya se ve el suceso [1]». ó, lo que es igual, que el grueso del ejército sin jefe no podía menos de ser derrotado. Este testimonio auténtico, que por su base destruye cualquiera otra suposición ó hipótesis, confirma las palabras de Vincart, puestas en duda, demostrando su completa veracidad. «La infantería», escribió por su lado éste, «no se había adelantado por no estar allí el Maestre de Campo General, conde de Fontana, para mandarla avanzar, con que habían hecho abertura los enemigos en la caballería, y pasaban á atacar la infantería en su puesto; y que el dicho conde de Fontana estaba muerto *á la primera carga.*» Como se ve, los textos de Melo y Vincart están completamente de

[1] Véase el Apéndice.

acuerdo en lo esencial, que es saber por qué, derrotada nuestra ala izquierda, nadie la auxilió desde el centro, ni los tiradores españoles, ni siquiera la infantería alemana, que se destinó á *reserva;* aunque disparatada, reserva era ya una infantería únicamente armada de picas, y sola, para marchar contra la caballería triunfante. En cuanto al momento de la muerte de Fontaine, con bastante exactitud cabe ya calcularlo.

Porque entre la derrota de nuestra izquierda, la funesta inercia de nuestra infantería y la carga sobre ésta del impetuoso Anghien, poco, muy poco tiempo pudo pasar. No gozó, pues, sino algunos instantes Fontaine para resolverse á algo desde la consabida silla en que por el campo andaba. Cuando la caballería de Anghien rompió la carga á la conveniente distancia, pudo muy bien encontrarse Fontaine entre las mas de la infantería inmóvil y el rápido avance de los caballos, ó pensando aún lo que había de hacer, ó dando ya acaso ciertas instrucciones, y morir en tal situación *luego*, según dijo en su carta oficial Melo, que es lo mismo que en la *primera carga*, como escribió Vincart, ó á los primeros tiros, conforme algún otro. El hecho averiguado es que nuestra primera línea rechazó victoriosamente aquella pri-

mitiva carga del duque de Anghien, apareciendo después de ella muertos, según Vincart, «el Maestre de Campo General, conde de Fontaine, y los Maestres de Campo el conde de Villalva y D. Antonio de Velandia, con muchos Capitanes y gente particular; pero quedando los dichos batallones españoles firmes como una muralla, sin que los pudiesen romper ó descomponer un paso». Repetida la carga de la caballería francesa inmediatamente por nuestro flanco izquierdo, ni la tercera ni la segunda línea fueron tan felices como la primera, según se verá después. Mas lo que ahora urge decir es que, mientras por allí acontecía lo referido, nuestra vencedora derecha, sorprendida en desorden, á causa de haberse entregado tan prematuramente al pillaje, por la poderosa reserva que el barón de Sirot mandaba, al amparo de la cual se rehicieron también antes de mucho los fugitivos regimientos de L'Hôpital, fué deshecha á su vez, no obstante los inauditos esfuerzos de Isembourg. Así cambió en brevísimo tiempo el favorable aspecto de las cosas que con las palabras mismas del duque de Aumale se describió antes. Queda ahora por saber, cómo y por qué, en opinión del General en Jefe Melo, no se pudieron por sí mismas rehacer las alas derro-

tadas, ni volver ordenadamente al combate, y de eso con sus propias palabras voy á dar cuenta. Ahora veremos más autorizadamente analizadas que por Vincart, las cualidades y condiciones de nuestra caballería, en comparación con la francesa. Perdida ya como estaba la batalla de nuestra parte, creo que no parecerá fuera de lugar la digresión que sigue. Tiempo hay de volver al centro y á la infantería, para referir su suerte en general, y sobre todo el inútil aunque heroico episodio del sacrificio de nuestros tercios.

Duro, durísimo, y sin tener en nada la expuesta razón táctica, que en tanta medida explica su derrota, se mostró Melo con la caballería de aquel ejército en común, quizá más airado contra ella por lo mismo que gustó á su frente un momento de triunfo. «Habemos llegado», le decía al Rey en la carta citada, sin olvidar, por de contado, su propia justificación, «al último desengaño de que nuestra caballería no quiere pelear, y si no hay alguna forma nueva de ponerla, es menester perder las provincias, porque los franceses vienen, y si no les esperamos á la frente, toman los puestos á la plaza que quieren, y se la llevan. Si no nos rendimos, es fuerza pelear, y que les cueste sangre, y á nosotros también, porque, en cediendo, no hay que es-

perar; ni yo sabré servir á V. M., como deseo, con la resolución de entregar sus provincias á sus mayores enemigos. Ahora nos han vencido; pero es cierto que les habemos muerto mucha más gente de la que murió de nuestra parte, y que aún mirarán lo que hacen. *La infantería está tan resentida de la caballería, que temiera alguna desgracia si juntase ahora este mismo ejército.* Es menester que veamos alguna novedad con que les parezca que se mejorará mejor la caballería. *Los franceses tienen regimientos*, y en las otras compañías un Cabo que mande cierto número dellas, á que llaman Maestre de Campo de la caballería. En Alemania hay regimientos, y aquí unos *Comisarios Generales* para *mandar trozos y tropas;* pero *por seis meses solamente,* con que los Capitanes no los obedecen. Las compañías son de veinticinco á treinta caballos, y de cuarenta muchas. Cada uno de los Capitanes no sabe cómo ni dónde juntarse, y en esta batalla, *siempre que rompimos algún trozo de caballería francesa, al mismo punto se rehacía, y, en desordenándose algún trozo nuestro, no había forma de juntarle.* Yo por mi persona *(no conviniendo que el General ande en la caballería, sino esté en lugar fijo para mandar),* viéndome ya perdido, iba procurando

juntar tropas de caballería, y volver la cara al enemigo, y poniéndome delante, y llevándolas á atacar, se me deshacían á las espaldas. Todos me ofrecían embestir, y, con efecto, no sucedió en algunos. Y así soy de parecer que á cada uno de estos Comisarios Generales se encargue un trozo de diez compañías de caballos, creciéndoles el sueldo que tienen de Capitanes. *En efecto: nos habemos visto mezclados con los franceses muchas horas, y es cierto que no hay razón para cederles, ni son mejores que nosotros; tienen mejor orden, más oficiales, y han peleado, por este respecto, y por la disciplina y unión en la caballería, mejor que nosotros.* Ahora nadie lo puede ignorar, y después de las causas superiores (debe querer decir divinas), *la orden en su caballería les ha dado la victoria;* y, ó quedaremos arriesgados á perder la jornada, ó dejaremos perder las provincias, si no peleamos, siempre que esto no tenga alguna enmienda. En todo ordenará V. M. lo que fuese servido y *á quien tuviese de mandar estas armas;* porque, por decir la verdad, aquí teníamos la guerra por entretenimiento, y la profesión es muy de veras, y da y quita los Imperios.» Ni una palabra, como se ve, dice Melo sobre la mala disposición del ejército en general,

ni la desventaja táctica con que peleó nuestra caballería, y la razón parece clara. Aunque todo esto lo hubiese ordenado Fontaine, habíalo él aprobado plenamente, y de todo ello era responsable en último término como General en Jefe. El documento de que tratamos es importantísimo, pero tiene demasiado de justificación propia para ser imparcial. Manifiestamente no era verdad, y sirva de ejemplo, que sólo la organización superior de la caballería les diese á los franceses la victoria; pero en que la nuestra estaba peor organizada, y era, por tanto, de inferior calidad, tenía Melo razón. Sus últimas palabras muestran, además, lo que éste temía, y á la larga sucedió, aunque no se le mostrase al pronto ningún desagrado; es á saber: que el Rey mudaría, como mudó, todos los *Cabos* ó Generales de Flandes, más ó menos responsables, según su grado, de aquella gran desgracia. Por todo eso mezclaba Melo, con las noticias de lo pasado, los consejos para lo por venir, y además las explicaciones de su propia conducta.

Importa también dejar establecido, con presencia de la carta de Melo, que él propio reconoció que su puesto no era el de la caballería del ala ó cuerno derecho, como se decía entonces, á cuyo frente cargó, sino un

puesto fijo; y, de continuar ocupándolo, no hubiera sucedido, en verdad, lo que antes había dicho, de que, muerto Fontaine *luego*, quedase el ejército *sin Cabo*, ó sea sin Jefe, de lo cual, suponía él mismo, que dependió la derrota. Mas, ¿por qué se fué *á vencer* por la derecha, según él dice, y abandonó, conociendo que era error tan grande, su puesto fijo? No hizo esto, como parece que en algunas frases pretendió, después de verse perdido, ni *por hacer de Maestre de Campo General*, muerto Fontaine, como á Vincart le contaron, sino desde el principio, y esto ya no se explica sino como lo dejo yo explicado; á saber: por el alejamiento excesivo y la consiguiente tardanza de Isembourg en llegar, que le obligaría á iniciar en persona el combate por aquel lado. Llegado Isembourg, y triunfante aquel ala, pudo ser tal vez cuando, libre Melo, intentase tomar puesto fijo; pero para entonces debía de estar ya deshecha la caballería de Alburquerque en el cuerno izquierdo, y allí acudiría naturalmente, encontrándose en la desastrosa escena que refiere, y que á toda la caballería trascendió al cabo. Por lo demás, en cuanto á las circunstancias de aquel confuso y en gran parte individual combate, lo que cuenta Melo está conforme con

lo que de sí propio refirió Alburquerque: «No hubo grueso nuestro que yo no lo llevase á la carga (le decía en un Memorial al Rey [1]), ni peligro que yo no buscase para mejorar el estado de la batalla: prisionero estuve dos veces, y me libré con la espada; ningún día me ha debido tanto el servicio de V. M., y ninguno me ha debido menos mi vida; pero ni el perderla, ni el perderse la ocasión, dependió de mí, *ni de medios humanos*». Aunque en esto último errase, después de lo que sobre la conducta del Duque han publicado los Sres. Rodríguez-Villa y Fernández Duro, no cabe insistir sobre la acusación, de buena fe acogida por el duque de Aumale, según la cual, huyó aquel caudillo de la batalla al primer desorden de su caballería. Con exceso han probado aquellos escritores que se portó allí, como siempre, valentísimamente, de igual modo que obró Melo por su persona. De lo que se acusó con mayor fundamento á Alburquerque en Flandes y Holanda, y en España misma, fué de no haber manejado bien la caballería, porque era la primera vez que á su cabeza peleaba. Tal censura la reputó merecida un hombre tan grave, inteligente

[1] Encontrado por el Sr. Rodríguez-Villa en el archivo de la casa de Alburquerque, hoy de Alcañices.

y experimentado como el entonces conde de Oñate, que en el Consejo de Estado señaló *la poca experiencia* de aquel General, entre las causas de la pérdida de la batalla. Por el voto del duque de Nájera, en la misma consulta del Consejo, se ve, no obstante, que Melo alabó, en una carta de que el expediente carece, la conducta de Alburquerque, al propio tiempo que la de los demás Generales, por el valor con que pelearon todos como soldados. Otra cosa resulta de la referida consulta del Consejo, que importa consignar, y es que en Rocroy no hubo compañía ninguna de caballos que se compusiera únicamente de españoles, siendo, por lo visto, algunos soldados sueltos entre muchos extranjeros, con Capitanes de nuestra Nación, los que llevaban el título de caballería de España. Aun así, fueron, por lo que escribió Labarde, los que se portaron mejor. De todas suertes, el mayor número de aquellos Consejeros se mostró contrario á que se alterase la antigua organización de nuestra caballería, por espíritu de rutina tal vez [1], porque no cabe duda que

[1] Está el importante expediente de que se trata en Simancas, y dice en la cubierta: « *De oficio, 1643.*—El Consejo de Estado que se tuvo en presencia de V. M., en que concurrieron el conde de Monterrey, el conde de Oñate, el Arzobispo Inquisidor general, marqués de Santa Cruz, conde de Chinchón,

su modo de ser, tal y como lo describe Melo, era detestable, y bastante á producir por sí solo su relativa flojedad en Rocroy y en otras partes. Con efecto: ¿qué hombre de guerra puede pensar que con compañías sueltas de veinticinco ó treinta caballos, reunidas bajo el mando de uno cualquiera de sus Capitanes, cada seis meses renovado para que todos resultasen iguales, era posible contrastar verdaderos regimientos, como ya eran los franceses? Si, en medio de esto, también mereció la caballería de aquella Nación algunas veces el descrédito que el duque de Aumale supone, á otras causas habrá que atribuirlo, mas no á la inferioridad de su organización, visiblemente superior á la de la nuestra. Cedió, es verdad, la caballería francesa en ocasiones, como, por ejemplo, en Honnecourt; mas no sin la intervención de los arcabuceros de Mercader, que, por lo demás, estuvo ya allí la nuestra en derrota. Sin duda mejoraría Anghien la caballería que mandaba, con sólo animarla de su propio y ardien-

marqués de Mirabel, conde de Castrillo, duque de Villahermosa, marqués de Castrofuerte, duque de Maqueda, marqués de Castañeda, en 17 de Junio, sobre ocho cartas que se han recibido de D. Francisco de Melo, que tocan al suceso del sitio de Rocroy y otros puntos.» De estas ocho, una tan sólo poseo, aunque seguramente la principal, que es la citada tantas veces.

te espíritu; pero desde antes encerraba en sí condiciones para sobreponerse á la nuestra, fuese flamenca, fuese alemana.

Nada de esto empece, por cierto, para que se insista en que el no haber contado Fontaine para la batalla con activas y poderosas mangas ó destacamentos de arcabuceros que protegiesen á nuestra caballería, como siempre lo estuvo la francesa, por fuerza debió contribuir á facilitar su derrota, y á que no pudiera rehacerla el despechado valor del General en Jefe y de sus caudillos particulares. La anticipada ocupación de una arboleda por nuestra izquierda para proteger á la caballería de Alburquerque, no bastaba, y en todo se hizo caso con medios insuficientes, dejándose además sorprender el destacamento que allí había de un modo extraño. Ignórase á qué Nación pertenecía la infantería del supuesto destacamento, pero no debieron de ser arcabuceros de los que ocuparon y defendieron con el sargento mayor Escobar el bosque de Nördlingen, ni de los guarecidos en los setos de Fleurus y de Avein. Otro grandísimo error de Fontaine fué, por de contado, la ineficaz organización de su reserva, cuando por de más se sabía ya en España, según demuestra el libro de Dávila Orejón, que tanto se citará luego, que

muchas batallas ya perdidas se ganaban á la postre, como en especial enseñaban las guerras de Alemania, gracias á la buena disposición de aquella indispensable parte de todo ejército bien ordenado en batalla. Mas ya es tiempo de que narremos lo que falta de la de Rocroy.

XIII

Hase expuesto que el primer choque de la caballería de Anghien lo recibieron los tercios españoles, rechazando al enemigo, con gran pérdida; mas, en verdad, no está claro si fué en aquel primero, ú otro, cuando, además de D. Antonio de Velandia, cayó mortalmente herido en sus filas Don Bernardino de Ayala, conde de Villalva, de cuyo singular heroísmo al morir hizo especial mención Melo, según se ve en la antedicha consulta del Consejo de Estado. Gran justador y toreador era este Ayala; desterrado de Madrid y cuarenta leguas en contorno por su airada vida, antes de ir á servir en Flandes; Maestre de Campo luego, donde se distinguió sobre todos en Honnecourt, peleando con «bien particular resolución», según dijo en una de sus cartas Melo, en los ataques de Rocroy y en cuan

tos hechos se ofrecieron; el más brillante oficial, donde tantos hubo, de la infantería española. Pero antes de proseguir exponiendo la conducta particular de nuestros viejos tercios, después del desamparo en que los dejó la caballería de ambas alas, hay que volver respecto á todo un poco atrás. Queda dicho que ni la segunda ni la tercera línea de nuestro centro fueron tan felices como la primera. Con efecto: dejando á ésta, que por de pronto parecía imposible de romper hacia la mano izquierda, cargó en persona Anghien á la infantería walona y alemana, que formaban la segunda y tercera línea de nuestro ejército, y penetrando por su flanco y espalda, las deshizo completamente. Fué aquella una de las veces en que D. Francisco de Melo, que ninguna disposición tomó tampoco respecto á su infantería, no obstante estar ya haciendo de Maestre de Campo General, trató de reunir alguna caballería, con el fin de socorrer á alemanes y walones; pero tan en vano cual siempre, según declaró en su carta al Rey. Corriendo á brida abatida hacia un escuadrón que pensaba ser de los suyos, para hacerle volver cara, hubiera sido desde entonces preso por los franceses, que eran los que iba él siguiendo, á no estorbarlo D. Francisco Duque de Estra-

da, capitán de una de las compañías de su guardia, que advirtió el yerro. Aún le quedó tiempo para pasar por el frente de los alemanes y arengarlos; pero muy poco antes ya que, protegido por su infantería volante, probablemente la de los llamados *enfans perdus*, los cargase y deshiciese Anghien. Pelearon, por lo que Vincart dice, aquellos regimientos antes de desordenarse, con tal valor, que casi todos sus Coroneles y Capitanes cayeron muertos, y los que no mal heridos, señalándose entre todos el capitán Andrés de Altuna, español de nacimiento, que por largo rato combatió á solas entre los muertos, hasta que rindió también la vida con cinco heridas mortales. Pero la infantería alemana y walona, que sólo llevaba picas, como se expuso antes, con arreglo á las *Ordenanzas militares de 1632*, no acertó al fin y al cabo á resistir las furiosas cargas de la caballería francesa, por carecer quizá de suficiente instrucción en el arte de escuadronar, ó por cogerles mal formados y organizados, ya que encarece Vincart tanto su valor individual. Ello es, en suma, que toda la infantería de *naciones* cedió, antes de mucho, conforme queda narrado, y que después de puestos sus regimientos en fuga, se arrojó Anghien con creciente ímpetu, y cada vez

más confiado, sobre nuestra primera línea, sin duda por el flanco izquierdo. Componían tal vez los *batallones* ó columnas españolas, allí colocadas también, según Gualdo Priorato, compañías del tercio de Velandia, porque, según cuenta el duque de Aumale, fué éste quien apoyó con sus soldados á los italianos hasta perder la vida; y sólo cuando desertaron los últimos del campo de batalla, se replegaron aquellos trozos de españoles sin Jefe sobre el grueso de sus compatriotas, ó sea sobre la vanguardia de la primera línea. Todo esto, por de contado, en el caso de que la formación al principio supuesta sea exacta, cual yo creo. De todos modos, tres veces pasó Melo también casi solo por delante de nuestra primera línea, y principalmente de los tercios italianos, cuando iba recorriendo el campo con el afán constante de reorganizar caballería. En una se vió tan acosado por cierto escuadrón enemigo, que tuvo que refugiarse en las filas del tercio italiano del caballero Visconti, diciendo á voces: «Tiren á éstos, que son los enemigos». Tal era la confusión que reinaba. El buen Visconti respondió: «Nosotros queremos aquí morir todos por el servicio del Rey nuestro Señor y V. E.». Y, efectivamente, rechazaron sus soldados entonces al escuadrón

enemigo con las picas, mientras Melo salía por otro lado de sus filas para seguir recorriendo el campo. Pero en esto un cuerpo francés de infantería atacó por aquella parte misma á los italianos, y el General en Jefe español se halló en medio de la descarga recíproca que unos y otros se hicieron, cayendo cabe él muerto su gentil hombre D. Pedro Pozas ó Porras, y siendo herido y derribado del caballo su secretario de Estado D. Jerónimo de Almeida.

Mientras italianos y españoles combatían todavía unidos, prosiguió sus aventuras Melo, sin más provecho. Ya todos los *camaradas*, como á la sazón se decía (ó sea caballeros voluntarios que cerca de su persona asistían, según las *Ordenanzas* del tiempo), los Generales consagrados á seguirle por todos lados, y sus propios familiares, habían ido desapareciendo unos tras otros, á punto, que no restaba más que un solo caballerizo en su compañía. Prendieron los enemigos, al ir á cumplir una de sus órdenes, á D. Baltasar Mercader, que, dejando su tercio á cargo del sargento mayor Peralta, hacía las veces de Teniente de Maestre de Campo General; desmontaron al comunicar otra al de igual clase D. Antonio de Quevedo; el conde Carlos Reux, que

partió á llevar un aviso, fué también desmontado y preso; al barón de Saventhen, llevando otro, le mataron de un cañonazo el caballo, y un cuerpo de caballería le pasó por encima al trote, quedando, aunque vivo, prisionero. Hasta el capellán mayor, D. Carlos de Landriano, que quiso ir á confesar al malogrado conde de Villalva, momentos antes que espirase, recibió cinco balazos, por haberse hallado, al llegar, entre el fuego del tercio y unos escuadrones de caballería que lo cargaban. Piénsese lo que se piense de sus inútiles esfuerzos, justo es reconocer que no exageró Melo su conducta personal al Rey, porque ni un punto se acobardó entre tantos fatales accidentes. Y no hay duda que mientras vió firmes á los tercios españoles é italianos, abrigó la esperanza de que podrían causar ellos aún tales pérdidas al enemigo, que le contuvieran, dando su resistencia lugar á que llegase Beck con su división de refresco. Pero en esto, los infantes italianos, mal dispuestos ya, á lo que Gualdo Priorato dice, por causa del desaire que en la formación experimentaron, y viendo muerto al valiente Visconti, que los alentaba, se aprovecharon de la general confusión de la batalla y de la feroz resistencia de sus vecinos españoles, que atraía á ellos todo

el grueso de los enemigos, para salvarse. No lejos estaba el bosque que limitaba el terreno á la izquierda, y hacia él emprendieron sin disposición de nadie su retirada, altas las banderas y en bastante buen orden, sin poder ser deshechos por la caballería francesa. Prueba esto último que no abandonaron su puesto por cobardía, sino, en efecto, por el supuesto agravio, ó por poca disposición á imitar otra vez el sacrificio de los españoles, como lo imitaron en Avein, cuando vieron que era imposible evitar el desastre. Los soldados de algunas de sus compañías, más pundonorosos que los demás, y los del tercio de borgoñones, que todavía persistieron, fueron completamente destrozados.

¿Qué hacía Beck en tanto? Melo miraría sin cesar seguramente, y con más angustiosa esperanza cada instante, hacia el lado por donde debía venir. Habiéndole avisado con repetición desde la tarde antes, pudo contar con que aquel General marchase de noche, y llegase al amanecer al campo de batalla. ¿Temió moverse á obscuras en terreno sembrado de bosques y tan cerca de un enemigo osado? ¿Había imaginado, conociendo las respectivas fuerzas, que bastaba con que llegase en las primeras horas de la mañana? En

todo esto pensaría Melo; mas ello es que, en el ínterin, no aparecían aquellas tropas. Llegó, por tanto, el momento en que solo ya los tercios españoles mantuviesen inquebrantablemente sus posiciones. Los únicos que, fuera de ellos, andaban ya en armas, eran Melo y los caudillos de la caballería, los cuales por dondequiera iban todavía juntando pelotones de gente, que, no bien formados, deshacía el número superior de los enemigos, y haciendo entrar en combate las pocas compañías de caballos que por cualquier motivo no habían tomado hasta allí parte en la acción.

En aquellos innumerables combates parciales, que ninguna influencia ejercieron ni podían ejercer en la suerte de la batalla, hubo millares de heroicos aunque inútiles hechos, por nuestra parte, que no se deben olvidar. Fué en ellos mortalmente herido el valiente Capitán de caballería D. Virgilio Orsini, y en el mismo encuentro le mataron el caballo al esforzado D. César de Toralto, hiriéndole al propio tiempo de gravedad. El marqués de Bentivoglio, D. Francisco Morón y D. Antonio Barraquín, fueron también heridos; y á las dos compañías que D. Juan de Borja mandaba le faltaron, en sólo un lance de aquellos, cuarenta caballos.

Toparon los postreros pelotones de caballería, que se aprestaban á abandonar el campo, con el duque de Alburquerque y sus tenientes D. Juan de Vivero y D. Pedro Villamor, que persistían en recoger gente para cargar de nuevo; pero á lo que Vincart dice, confirmando de todo punto la carta oficial de Melo y el Memorial de Alburquerque, no eran sino «Capitanes y Oficiales sin soldados». Con sólo aquellos hizo al punto el Duque que un cierto capitán Carrillo cargase á los franceses; pero fué, naturalmente, rechazado y herido. Alburquerque, sin envainar la espada, corrió luego á recoger á toda brida cuatro compañías, únicas que permanecían de reserva, al mando del barón de André, y al frente de ellas y de todos los Generales, Capitanes y Oficiales que en aquellos múltiples encuentros quedaron sin soldados, cargó á los franceses por última vez. Pero una gran masa de la caballería con que Anghien había arrollado nuestra ala izquierda vino sobre él, y con facilidad arrolló su escasa gente, obligándole á guarecerse por algún tiempo con muchos Oficiales en uno de los tercios, siempre impertérritos, de la infantería española. Debió volver á salir bien pronto de allí, porque no acompañó á su antiguo tercio en los postreros instantes.

De todos modos, D. Francisco Dávila Orejón, de quien se va en seguida á hablar, y que allí estuvo presente, declara que Alburquerque se portó «con los créditos correspondientes á su esclarecida sangre». Y aunque Juan de Sande [1], historiador holandés contemporáneo, afírmase que el no sustituir á Alburquerque con el conde de Bucquoy fué una de las mayores causas del desastre, ni este mismo autor, ni más versión que la de Favert, citada por el duque de Aumale, puso en duda por entonces la valerosa pertinacia con que mantuvo el campo hasta el período final de la batalla.

No con menos valor, por cierto, que nuestros caudillos de la izquierda había corrido en tanto el conde de Isembourg por el ala derecha, procurando con la espada desnuda rehacer la caballería alemana ó de Alsacia, que después de su rápido triunfo se le había ido, cual queda dicho, de entre las manos, así por el doble acometimiento del enemigo, como por su prisa en el pillaje. Insultando y aun hiriendo por su mano á muchos de sus Capitanes, que no estaban por aquella parte menos desmoralizados que los soldados, corría de un lado á otro Isembourg, rugiendo de cólera, hasta que se encontró circuido por

[1] *Belgicarum historiarum*, epítome.—Utrecht, 1652.

los enemigos con poquísimos de escolta. No por eso perdió aliento; antes bien, peleó por su persona valerosísimamente mientras no fué derribado del caballo en tierra. Murieron á sus pies el trompeta de órdenes que llevaba y otros criados; él mismo recibió dos cuchilladas terribles que le abrieron la cabeza hasta los sesos, y una que le cercenó la nariz hasta la boca; y ni aun desmontado y sin defensa quería rendirse aquel gran soldado. Entonces, con el grueso de una carabina le rompieron el brazo derecho, y cayó, sin poder sustentar más la espada. Tomóle en este estado por prisionero un soldado francés del regimiento de Gassion, y con él cogieron al conde de Beaumont, que no había querido abandonarle en aquel trance supremo. Hubo, en tanto, ocasión de que uno de nuestros caudillos intentase otro estéril esfuerzo. El hermano del conde de Fuensaldaña, D. Juan de Vivero, refugiado momentos hacía dentro de un tercio español, divisó hacia la derecha reunido un golpe de jinetes. Fué allá, y encontró en buen orden un trozo de caballería de Alsacia, que pertenecía á la que desde las cercanías de Rocroy tardó más en llegar al campo de batalla, mandándolo aún el sargento mayor de batalla D. Jacinto de Vera, encargado de impedir el acceso á Rocroy,

con los coroncles Savary y Donquel. Puesto al frente de dicha fuerza, y de muchos Oficiales sueltos que instantáneamente se agregaron, mandó Vivero á Don Jacinto de Vera, cuyo empleo de Sargento Mayor de batalla en la caballería alemana correspondía al de Mariscal de Campo entre los franceses, que cargase á dos batallones de infantería enemiga, que por acaso se hallaban solos y apartados de los caballos. Pero no bien descubrieron los Generales contrarios aquel reducido cuerpo de tropas con que no contaban, lanzaron al trote contra él sus regimientos de caballería, y Vivero y Vera tuvieron que retirarse también, sin disputar más el campo. Detalles interesantes son todos estos, aunque, según se expuso anteriormente, inútiles para el resultado. Beck no pareció por el campo de batalla, y, por su parte, Melo, siempre metido entre los franceses, unas veces prisionero y libre otras, gracias á su propio valor y á la ligereza de su caballo, estaba en una ocasión ya á punto de ser muerto, cuando el sargento mayor Juan Pérez de Peralta, del tercio de D. Baltasar Mercader, antes de Alburquerque, abrió las filas de sus infantes y logró encerrarle dentro del escuadrón en que se hallaban formados, «uniendo

su persona con las banderas». De allí debió salir muy poco después para ponerse también en salvo.

Porque ya en este punto, y después de una especie de tregua empleada por Anghien en disponer sus tropas para el último combate, tregua durante la cual debieron tener lugar muchos de los hechos parciales que acabo de referir, todo el ejército francés, según Vincart dice textualmente, vino á caer sobre la posición que ocupaban los tercios españoles, reducidos á sus solas fuerzas. Faltando las bayonetas, tenía entonces que cubrir sus frentes cada cuadro de infantería con hileras de picas, disparando, tal vez arrodillados por delante, y por detrás de ellas en pie, los arcabuceros y mosqueteros, muchísimo más lentamente, es claro, que ahora, á causa de la imperfección de las armas. No puede, pues, compararse la fuerza y resistencia ordinaria de aquella especie de cuadros con los que ha podido oponer á la caballería la infantería posterior, estando además precedida y apoyada, en el caso de que se trata, la enemiga, por el fuego de sus propios infantes y por su artillería. Pero, ¿estuvo realmente del modo que yo presupongo escuadronada, durante la batalla, y sobre todo en su postrer período, la infan-

tería española? Cuestión es esta preñada de arduas dudas, que trataremos de disipar después. En lo que todos convienen es en que los franceses atacaron por tres costados á cada escuadrón ó *batallón* á un tiempo, y «con batallón de infantería y escuadrón de caballería», como añade Vincart; pero que los infantes españoles, no solamente contuvieron la nueva carga de la caballería francesa con sus picas cerradas y firmes, sino que la maltrataron con el incesante fuego de su mosquetería y arcabucería. La infantería suiza del ejército enemigo, aunque peleaba rabiosamente, tampoco hacía mella alguna en unas torres, como Bossuet dijo, «que tenían la virtud de reparar sus brechas». Ni el valiente Gassion, ni La Fertè-Senecterre, que, á pesar de sus heridas, no se quiso retirar, daban con el modo de asaltar con buen éxito aquella muralla humana, que antes de derruirse llevaba trazas de aplastar toda la caballería francesa. «*At pedites incredibile memoratu est, quanta firmitudine animi, adque virtute adversum omnem victorem exercitum aliquamdiu steterint*»: tal dice el francés Labarde, que, escribiendo la historia de los años transcurridos desde 1643 hasta 1652, debió de oir á muchos testigos de vista de la acción. Pedro Lenet,

criado y confidente antiguo de la Casa de Condé, que manejó todos los papeles y anduvo en las conversaciones y tratos más importantes del vencedor de Rocroy, se expresa asimismo como sigue: «Aquella brava infantería española hizo tan bella y extraordinaria resistencia, que en los siglos por venir parecerá increíble; atacada de todos lados á un tiempo por toda la caballería francesa victoriosa, rechazó uno y otro ataque, haciendo frente con sus picas por todas partes. El Duque, que la admiraba, no habría podido rendirla tan pronto si no hubiera traído dos piezas de artillería para batirla». Y el historiador antiguo del gran Condé añade: «No puede alabarse bastante el valor de la infantería española en este trance. Es casi inaudito que hombres á pie, sin caballería que los abrigue, hayan podido resistir á campo raso, no un ataque solo, sino tres seguidos, sin descomponerse en lo más mínimo. La mayor parte de ellos fueron hallados muertos en la propia fila y en el mismo puesto en que le tocó combatir. Generosamente dió á entender esto uno de los prisioneros, á quien se le preguntó cuántos eran sus compañeros: Contad, respondió, los muertos». Leones los llamó Bossuet en su panegírico inmortal del gran Condé; y no

hay que rebuscar más testimonios franceses, porque son unánimes, honrando tanto la imparcialidad y buen gusto de los vencedores como el valor sin par de los vencidos. Ni es, por de contado, de los que los elogian menos, con su alta competencia y su estilo elegante, el duque de Aumale, en su Historia reciente.

Algunos escritores franceses cuentan que, adelantándose en persona Anghien hacia el último de los cuadros, en que se organizaron nuestros infantes, á fin de proponerles la capitulación, fué recibido á tiros por los defensores, que recelaron ser una estratagema para sorprenderlos; con lo cual, furiosos los franceses, y sobre todo los suizos, los acometieron incontinenti y los rompieron, comenzando á hacer en ellos una carnicería horrible, que á duras penas pudo contener la generosidad del General vencedor. Nada se halla acerca de tal incidente en Vincart ni tampoco en las *Memorias* de Pedro Lenet, que tan auténticas noticias contienen. Otros escritores franceses, como Bruzen de la Martinière, por ejemplo, que tan extensamente escribió la vida de Luis XIV, se equivocan sin duda al pretender que el último escuadrón formado por los infantes españoles estuvo hasta el fin sostenido por su artillería.

Las diez y ocho piezas de que ésta se componía, apenas sirvieron más que en el primer período de la batalla. Su General, D. Álvaro de Melo, no parece que, una vez comenzada, cuidase tanto de ella cuanto de pelear al lado de su hermano como cualquier soldado particular. Sábese, con efecto, por una de las variantes del manuscrito de Vincart enviado á la reina de Francia, que en los momentos más peligrosos de la batalla se le halló con él, lo cual prueba que también era hombre de valor; mas debió antes acordarse de sus deberes de Jefe de la artillería. Colocada ésta entretanto, como en su lugar se dijo, sobre los intervalos de los batallones de infantería, contentóse con disparar algo sobre el centro de los franceses, y no apoyó con su fuego ni poco ni mucho á las alas, manteniéndose como el grueso de la infantería inerte, mientras quedaba nuestra caballería deshecha. Y cuando en el postrer período de la batalla viéronse ya reducidos á un solo batallón ó cuadro nuestros infantes, debió de permanecer por fuera de sus apretadas hileras. Ni sería fácil con tanta caballería encima traerla de acá para allá, ni aquellos pocos hombres de á pie, metidos dentro de un ejército íntegro, podían á cada paso abrir y cerrar sus líneas para dispararla, sin ofrecer

fácil puerta al enemigo, tan osado, tan activo, tan numeroso y lleno de ardor, que sobre ellos estaba, cargándolos á su placer. No consta, por otra parte, el empleo de la artillería en los últimos momentos, ni por la relación de Vincart, ni por la de Dávila Orejón, de que vamos á tratar ya, y aun el duque de Aumale reconoce que á la postre dejó de disparar, explicándolo por la falta de municiones.

No menos que unas dos horas, entre ocho y diez de la mañana, según la cuenta del propio Duque, mantuvieron aquella desigual y vana lucha los españoles. Por fin las repetidas cargas de una caballería que podía renovarse constantemente, y las grandes bajas que el fuego de todos los tiradores enemigos producía, quebrantaron uno de los escuadrones, y otro luego y otro, hasta quedar solo uno firme y cerrado. Pero de aquí adelante hay que oir al veterano é instruido maestre de campo D. Francisco Dávila Orejón y Gastón, testigo y actor en aquella hazaña sublime [1]. Ninguna mayor autoridad para saber con certeza lo que en aquellos momentos pasó, por dentro del último cua-

[1] D. Francisco Dávila Orejón: *Política y Mecánica militar para Sargento Mayor de tercio*: Bruselas, 1684.—Tal es el título de la obra á que repetidamente se ha aludido.

dro español, y al referirlo veinticuatro años más tarde, á mero título de ejemplo para enseñar el uso y la eficacia de las picas, no pudo emplear frases más ingenuas. «Sólo se mantenía», dice, confirmando lo expuesto hasta ahora, «el escuadrón del tercio que había sido del señor duque de Alburquerque, gobernado por su sargento mayor Juan Pérez de Peralta, soldado de muy conocido valor y experiencia, como dice el ejemplo. Y habíanse recogido á este escuadrón, después de haber defendido los suyos más que parecía imposible, los maestres de campo el conde de Garcíes y D. Jorge de Castelví, «*quien á la sazón lo era mío*», y otros muchos oficiales y soldados, á quienes, aunque la fortuna les venció, no les rindió el valor, pues con él haciéndose lugar, llegaron descompuestos á componerse en este peñasco de fortaleza, corta comparación á quienes se supieron merecer inmortal gloria; y en él tomando parte con buena orden, aguardaron como los demás el furor de los vencedores, los cuales, para serlo enteramente de la batalla, sólo les faltaba romper esta gente. Y no habiéndolo podido conseguir con algunos de los suyos de caballería é infantería, obligó á los enemigos á que con el todo de su ejército se les arrimase, como

lo hicieron, buscándole por todas partes alguna flaqueza, que no pudieron hallar, pues haciendo cuatro frentes de las picas y los mosqueteros y arcabuceros, no mostraron flaqueza, ni perdieron tiempo en representar que *el valor y la destreza estaban muy unidos*. Enfrenaron de tal forma á los enemigos, que les obligaron á desviarse y valerse de su artillería, con la cual batieron, como pudieran á una roca, sin que se reconociese desmayo ni descompostura; lo cual visto por los enemigos, con notable admiración, hicieron alto, lastimándose de los que no se dolían de sí mismos». Después de algunas exclamaciones, bien justificadas y excusables en el soldado viejo que en tamaño hecho de armas puso mano, concluye su relato Dávila Orejón en esta forma: «Enviaron los enemigos un trompeta, como pudieran á un castillo, preguntando de parte del príncipe de Condé quién mandaba aquel escuadrón; y habiéndole respondido que el conde de Garcies, D. Jorge Castelvi y su propio Sargento Mayor, mandó replicar que cómo eran tan bárbaros que llegaban á extremos tales, y que en el mundo sólo ellos (como es así) eran el primer ejemplar: que lo mirasen bien, y el poco recurso humano que les quedaba; que él ofrecía cuar-

tel, que es las vidas, y, en suma, la cosa se redujo á capitular como plaza fuerte. Y lo que se les pidió, que no podía ser más, fué que, cediendo las armas, se les conservasen las vidas y todo lo que tuviesen encima; y así lo concedieron y capitularon y cumplieron los franceses, de quienes no pondero los muchos agasajos y favores que á todos hicieron después de rendidos, pues nadie conoce más bien el valor que el vencedor». Gracias á este curioso libro militar, poseemos, según se ve, tan seguro conocimiento del desenlace de la batalla, cual si hubiésemos asistido á ella. Vincart, que pasa muy de ligero por aquello último, sin duda porque no lo presenció ninguno de los que debían de inspirar sus escritos, sólo añade á lo antecedente que Anghien amenazó á nuestros infantes con cargar los cañones con puñados de balas de mosquete, para exterminarlos si no se rendían. Mayores razones que ésta, pues que desde tanto tiempo antes los estaba batiendo la artillería de todos modos, hubieron de moverlos á capitular. Basta con el de que, no socorriéndolos nadie, tarde ó temprano tenían que sucumbir. Pero Gualdo Priorato afirma además, y su razón debía tener para afirmarlo, que las dos descargas postreras las hicieron ya nuestros arca-

buceros y mosqueteros sin balas, por carecer también de ellas. Ocasión es esta de repetir que aquel historiador podía ser acusado de todo menos de parcial hacia los españoles, supuesto que había invertido lo mejor de la vida peleando contra ellos en cuantos campos de batalla le fué posible. Hay que creer, pues, que lo propio que dice de la artillería el duque de Aumale, la arcabucería y mosquetería españolas agotaron sus municiones antes de capitular como plaza fuerte. Quedaban sólo útiles los piqueros, y para probar de lo que esta arma era capaz, bien manejada, trajo Dávila Orejón á cuento precisamente el ejemplo del escuadrón que capituló en Rocroy.

Sin esperar á esto último debió de salir de aquel llano, donde tan poderoso y arrogante entró, D. Francisco de Melo, toda la ropa destrozada y quemadas las guedejas del fuego enemigo, pero sin herida alguna. No mucho más allá de Rocroy, divisaría probablemente las tropas de Beck, apostadas en una colina cercana á la ciudad, donde se irían reuniendo los dispersos. Mientras el desventurado General de España contemplaba el ansiado refuerzo tan á deshora, el duque de Anghien se apresuró á conceder las condiciones dichas á los tercios españoles, ig-

norantes, naturalmente, de cuanto por fuera pasaba, y no tan sólo por generosidad, sino á fin de terminar la capitulación cuanto antes, fijo siempre en Beck su pensamiento. Al mismo tiempo, y con prudencia impropia de sus cortos años, que por singular manera contrastaba con su temerario y afortunado ardor, mandó tocar á retirada y cesar la persecución de los vencidos, á fin de tener sus tropas juntas y pelear con Beck si osaba adelantarse. Pero éste, reducido ya á aquella hora á sus cinco mil hombres organizados, y la confusa turba de los dispersos, no podía intentarlo sobre las diez de la mañana, cuando no lo juzgó ya á las siete conveniente. Se contentó, por tanto, con permanecer algún tiempo sobre sus posiciones, recogiendo un número de fugitivos, que hizo menor que de otra suerte habría sido, la pérdida en hombres. Salvóse de este modo, entre otros, el esforzado Isembourg, que, despedazado y sangriento como estaba, halló todavía alientos para sujetar al soldado que lo traía prisionero y arrastrarlo á un pelotón de los nuestros, que iba retirándose al calor de las vecinas tropas de Beck; «siendo cosa espantosa», como Vincart dice, «que, no obstante sus grandes heridas y la grande pérdida de su sangre, tuviese aún la fortuna y el ánimo

de hacer siete leguas á caballo, hasta Charlemont, donde fué curado». Pequeños detalles son estos que no deben omitirse, por honor á los valientes, y que un español debe callar menos cuando exaltan la gloria de alguno de los extranjeros leales, que prodigaron su sangre un día por nuestra patria. Todo eso que se llama gloria, y que mueve á sacrificios tan horribles y á tan difíciles acciones, suele parar en esto justamente: en que, pasados los años, y aun los siglos, cualquier curioso registre papeles viejos, y reproduzca el ignorado nombre de quien tanto hizo por alcanzarla, poniendo sus hechos en conocimiento de los que saben ó quieren estimarlos. Por eso mismo nunca he escaseado yo los nombres propios en las batallas, cuando los que los llevaban lo merecían. Isembourg, de quien acabo de hablar, era Príncipe y señor soberano en el imperio de Alemania, con Estados extensos, por lo cual hubo que agradecer más su decisión y constancia. De los otros que por medio de la capitulación se salvaron, el sargento mayor Juan Pérez de Peralta merece figurar eternamente en nuestros fastos militares, y tampoco debe olvidarse á Dávila Orejón, por habernos conservado la relación exacta de la gloriosa capitulación, en tres pasajes distintos de

su obra. El conde de Garcíes, que sacó sus armas llenas de balazos, era, según Lenet, que le conoció prisionero, un caballero lleno de bondad y de honor, y, vuelto de Francia, todavía prestó nuevos y notables servicios militares. Fué él quien, por orden del rey Felipe, prendió al duque de Lorena, tan buen soldado como infeliz político, y quien salvó, como Gobernador y Capitán General de aquel territorio, á Cambray en años siguientes. Entre los prisioneros de aquellos *señores soldados* [1], como llamaba todavía en su libro á los infantes españoles Dávila Orejón, refieren las relaciones francesas que se hallaron seiscientos Oficiales reformados y casi otros tantos en activo servicio. Por más que pueda haber exageración en el número de personas de cuenta que se supone, por tal manera, y no de otra, cual ya he explicado, podían formarse aquellos incomparables escuadrones de infantería; es decir, combatiendo á pie, y como soldados rasos, caballeros y hom-

[1] *Señor soldado* llama también Sala y Abarca, en su obra *Después de Dios la primera obligación y glosa de las Órdenes militares* (Nápoles, 1681), al que supone que disputaba acerca de las armas y las letras con un licenciado. Lo propio se halla en otros diversos autores militares; y Cervantes dijo también por su parte, como es sabido, en un soneto famoso:

« Vuacé tiene razón, señor soldado ».

bres de honor dignísimos, antes ó después de haber sentado plaza, de figurar como personajes en las comedias de Lope y Calderón.

XIV

¿Tuvo ó no razón Melo para escribirle ingenuamente al Rey, que en la batalla misma de Honnecourt ó Châtelet, con su triunfo y todo, había comprendido que le faltaba mucho para General? Teníala, y, por desgracia, completa. Aparte de que, como dijo ya el historiador antiguo de Condé, manifestó más valor que prudencia en toda la jornada, dió, además, á conocer que no tenía, con efecto, la serenidad de espíritu ni la pronta y oportuna inspiración que sobre el campo caracteriza á los verdaderos hombres de guerra. La poca experiencia propia, y el escaso saber técnico que en materias militares debía de poseer, de seguro contribuyó también á que se fiase más absolutamente de su Maestre de Campo General, Fontaine, en cuanto al plan de la batalla, que, no obstante cuanto antes se ha expuesto, solían fiar los Generales en Jefe cuando tenían en sí mismos mayor confianza. Bueno era respetar las atribuciones propias de Fontaine y su capacidad generalmente reconocida; pero en las conferencias,

si no ya verdadero consejo, que celebró con sus Generales, pudo hacer triunfar, de haberlo concebido, un plan mejor. Muerto Fontaine, corrió á desempeñar de por sí las funciones de Maestre de Campo General; ¿y tomó tampoco entonces la menor disposición que diera á entender su capacidad militar? Estando aún toda su infantería intacta, y su artillería segura entre la infantería, debió consagrarse, no á disputar la victoria con la sola caballería vencida, sino á reorganizar ésta lo posible al abrigo y con el apoyo de aquellas otras armas. Sin duda que la rapidez de los movimientos de la caballería francesa y el arrojo y habilidad de sus Generales, habrían puesto obstáculos; pero no quedaba otro remedio que intentar á toda costa lo dicho, con tanta mayor razón, cuanto que, manteniéndose en vigorosa defensiva por pocas horas, quizá hubiera osado avanzar Beck con sus tropas frescas y su propia persona, que de tamaña importancia era, y remediarse, si no todo, alguna parte del mal á lo menos. ¿Qué hacía Melo en lugar de eso, corriendo de acá para allá como un oficial de aventuras, riñendo espada en mano, empeñando estériles combates personales contra la caballería vencedora, rehaciendo, en contacto con el enemigo, compañías y trozos,

que se le deshacían inmediatamente, prodigando, en fin, su vida, la de sus Generales y Oficiales, sin tomar ninguna disposición general y eficaz?

Díjole al Rey que, muerto Fontaine *luego*, se quedó sin mando el ejército: ¿y por qué? ¿Desde que se puso ya Isembourg al frente del ala derecha, no quedó él libre para llenar las funciones de General en Jefe, ó siquiera de Maestre de Campo General, que tampoco llenó? La funesta inacción de nuestra numerosa y valiente infantería, que no cesó con su presencia, sino que él mantuvo, fué la que hizo irremediable cuanto había hasta allí acontecido y cuanto aconteció después. Concíbese que, superada su caballería por la contraria, diese la batalla por perdida; pero, ¿no debió pensar todavía en la retirada? No podía ésta ser de todo punto imposible, como no lo fué en Ravena, con una masa tan sólida de picas de á veinte palmos, guarnecida, además, de bocas de fuego, en los momentos en que él se acogió á los tercios de la primera línea, juntos y firmes todavía. Tantas veces recogió trozos de caballería con que volver á cargar, aun hallándose en medio de los enemigos, que todavía parece más fácil que, retirándose á tiempo en la dirección en que esperaba á Beck, al calor de

éste, y á cierta distancia ya del teatro de los sucesos, pudiera reorganizarse la suficiente fuerza de caballos para acudir ambos juntos al socorro de la infantería. Sábese además que hasta muy tarde no abandonaron las cercanías de Rocroy trozos considerables de caballería, malamente consumidos, al acabar la acción, en cargas inútiles. El pronto contacto de cualquier fuerza reorganizada por Melo primero con ésta, y luego con la de Beck, era seguro, pues que el dicho General apareció entre los bosques situados al Norte de Rocroy, es decir, á poco más de ocho kilómetros únicamente del campo de batalla, entre seis y siete de la mañana, cuando no empezó hasta las ocho el último período de la batalla, ó sea el combate de dos horas, que la infantería sostuvo sola. Beck debió de tropezar bien temprano por su parte con muchos de los fugitivos.

No había hecho más que Melo, en tanto, el duque de Anghien su oficio de General en Jefe, porque tampoco ocupó puesto fijo de donde dirigir la batalla, ni en los primeros períodos de ella hizo otra cosa que combatir como el mejor de sus soldados; pero, al cabo, tuvo felices inspiraciones súbitas sobre el campo. Contaba además, aunque en otros conceptos pudiera disculpar esto á

Melo, con lugartenientes muy hábiles el ejército francés, capaces de resolver de por sí cuanto iba conviniendo, sin aguardar las órdenes del joven intrépido que á su cabeza estaba. Nuestro caudillo, hay que reconocerlo, no halló á su lado ni un Gassion, ni un Sirot, y, muerto Fontaine, *él solo no podía con el ejército,* como al Rey le dijo, poniéndolo en boca de franceses. Pero lo peor fué que tampoco hiciese él nada de lo que debió realmente hacer por su lado. Nuestros demás Generales, Alburquerque, Isembourg, D. Álvaro su hermano, siguieron el ejemplo de Melo, reduciéndose todos al papel de capitanes, y aun de simples soldados de caballería. ¿No merecía, en el ínterin, la infantería; no merecían, sobre todo, nuestros heroicos tercios que, una vez muerto Fontaine, alguno de aquellos Generales los hubiese dirigido y acompañado? ¿Qué habían de hacer, entregados á ellos solos, los Maestres de Campo, sino permanecer donde se les había puesto hasta caer impávidos al frente de sus tercios? Imposible, imposible ciertamente es absolver, como General en Jefe, á Melo de las graves culpas militares que contra él resultan de todo lo expuesto.

No está tampoco justificada la conducta de Beck desde el principio, aunque prestase

algún servicio al fin en aquel día aciago. Tomando las distancias y las horas en la *Historia de los Príncipes de Condé*, del duque de Aumale, que de seguro han de ser las más exactas, porque no cabe error en los datos franceses que sobre ello ha tenido á su disposición, púsose Beck en marcha á treinta y seis kilómetros del campo de batalla. Si esperó á que el día despuntase, quiere esto decir que tomaría el camino casi en los momentos mismos de empeñarse la batalla, y marchando con precaución, por sí sólo explicaría eso el retardo. Pero el duque de Aumale afirma, y también debe saberlo con certeza, que marchó toda la noche, aunque de mala gana y sin prisa, por quejas de amor propio que del General en Jefe tenía, el cual le guardaba, no obstante, las mayores consideraciones, por cuanto se vió antes y después. Gran mancha sería en la biografía de Beck que, dándose por exacta esta indicación del duque de Aumale, aquí apareciera como el Grouchy de la vulgar leyenda sobre Waterlóo. Si el disgusto de Beck, el de los italianos de que Gualdo Priorato habló, y el de la caballería de Bucquoy, fuesen ciertos todos, y todos influyeron en el éxito de la batalla, mucho habría que compadecer al pobre General en Jefe y á los es-

pañoles, que con tales auxiliares contaban. Mas, sea lo que quiera de esto último, es lo cierto que desde Rocroy, sin duda, se vieron aparecer las columnas de Beck por entre los bosques situados al Norte de aquella plaza, sobre las seis ó las siete de la mañana, según queda dicho. Supongamos que fuera esta hora última: desde Rocroy, en cuyas vecindades estaba, según el testimonio del propio Duque, no había hasta el campo de batalla sino ocho kilómetros. Prueba esto que, con efecto, gran número de los fugitivos de caballería debieron tropezar con su vanguardia muy temprano, es decir, á aquella propia hora en que llegó cerca de Rocroy, ó algo después; y por poco que sus descubiertas de caballería se adelantasen, pudieron á lo menos oir el fuego de la artillería francesa, que disparó casi hasta el término de la acción. Nadie cuenta que destacase Anghien ningún cuerpo de tropas á contener á Beck; prueba de que no le hizo falta. ¿Cómo no avanzó nuestro General más? ¿Cómo no empeñó su caballería siquiera en un fuerte reconocimiento sobre el campo de batalla? La sola vista de algunas de sus tropas de lejos, habría producido un efecto mágico, facilitando á Melo, Isembourg y Alburquerque la reorganización de buena parte de la caballe-

ría vencida. Para mí, en suma, si Melo debió replegarse á tiempo sobre Beck, éste pudo y debió también haberse adelantado hacia Melo. Las dos horas de resistencia de la infantería sola, de ocho á diez de la mañana, les dieron tiempo para todo. ¡Ah! Digamos, en conclusión, que allí no tuvimos Generales nacionales ni extranjeros; que allí no cumplieron con sus deberes, si no todos ellos como soldados rasos, los Maestres de Campo de los tercios en general, nativos de España ó no, é inútil es repetirlo, los infantes españoles.

Componíase el ejército enemigo de franceses de las distintas provincias de aquella Monarquía, suizos de infantería, escoceses de la guardia á caballo y á pie, alemanes y croatas como tropas ligeras. Contábanse en el nuestro españoles, napolitanos, milaneses, alemanes, walones, flamencos, croatas también. Pocas veces se habrá, pues, invocado á Dios en más distintas lenguas sobre un campo de batalla. Así como el número de los combatientes debió ser casi igual, aunque algo menor probablemente, según ya expuse, el de los españoles, bastante aproximado parece que fué asimismo el número de heridos y muertos. Vincart, cierto secretario de Melo, en una carta del *Memorial histórico*, y Melo mismo en su parte oficial al Rey,

pretenden que el enemigo perdió más gente, sin designar número. Gualdo Priorato calculó con mayor verosimilitud en cuatro mil muertos los de nuestro ejército y en dos mil quinientos los que dejaron los franceses. De la infantería española dice el mismo que capitularon dos mil quinientos, quedando el resto, hasta seis mil que iban, sobre el campo. Pocos en este caso perecieron de las demás gentes; más bien se comprende que tampoco fué mucho lo que pelearon. El duque de Aumale hace subir los muertos de nuestro ejército á ocho mil, y á seis ó siete mil los prisioneros, casi todos heridos, con veinticuatro cañones y ciento setenta banderas, fijando en sólo dos mil hombres la pérdida de los franceses. Las noticias de Gualdo Priorato continúan estando más vecinas de la exactitud. Cuanto á las banderas, parecen á primera vista demasiadas para el número de tropas; pero hay que contar con que llevaba la suya cada compañía. Todo esto importa ya poco, seguramente. Lo que no quiero olvidar es que, según refiere Gualdo Priorato, el mayor Strozzi y algunos oficiales italianos se recogieron á los tercios españoles y siguieron su fortuna, cosa que, como se ha visto en la relación de la batalla, fueron haciendo igualmente todos nuestros infantes

útiles, después de deshechos los cuerpos á que pertenecían. De cualquier modo, los tres mil y quinientos muertos que, al decir de Gualdo Priorato, cayeron en las solas filas de nuestra infantería, bastarían para probar su tesón inaudito. Toda la artillería, todo el bagaje, y hasta los papeles de la cancillería del Gobernador de los Estados de Flandes, pasaron como trofeos á manos del vencedor. Si los prisioneros españoles fueron, según la carta del secretario de Melo, citada antes, unos dos mil entre todos, obligaría esto á creer que aún quedaron reducidos en el combate á menor número que el historiador italiano afirma los bravos infantes españoles. Los muertos los calculó, por otro lado, cierta breve relación española, publicada en el *Memorial histórico*, en cuatro ó cinco mil, como en cinco mil los prisioneros de todas naciones. Entre tal diversidad de números, el lector decidirá. Hay que confesar que, según ya expuse, un sentimiento bien explicable hizo que los españoles disminuyesen por lo común las proporciones de aquella derrota. Eso acontece siempre en casos iguales. «Aunque la pérdida de Rocroy ha dado grande estampido, ha sido mucho menos de lo que se imaginaba», dice una de las ya repetidas relaciones espa-

ñolas. Otra añade: «La rota, en todo caso, fué grande, pero no nunca vista ni representada». Súpose en España, y así lo escribió Pellicer en sus *Avisos*, y púsolo cierto jesuíta en una de las cartas del *Memorial histórico*, que los infantes españoles habían capitulado; mas se dijo que bajo la cláusula de que sanos y salvos se les traería por acá para seguir sirviendo. Lo de la capitulación, sin duda era cierto; mas se exageraban sus honrosas condiciones. Nada se omitió, por último, de buena ó mala fe, para desconocer ó disminuir la verdad, ocultando el mal, como si con no reparar en él dejase de existir. Pero la vista sagaz de nuestros enemigos no se dejó deslumbrar por eso. Pasó desde entonces como axioma entre ellos, y por desgracia era verdad en el fondo, que había acabado en Rocroy la superioridad de nuestras armas, aunque no fuera cierto que el noble espíritu de nuestra infantería desapareciera á la par en Flandes.

Salváronse de la derrota hasta diez mil hombres, que, con otros que no había llevado allí Melo, cinco mil que Beck mandaba, y otros tantos que con el conde de Fuensaldaña quedaron á la guarda del Artois, entre ellos el tercio íntegro de Alonso de Ávila, formaban un ejército de igual número que el

vencido. Con él y las fuerzas que Cantelmo había conservado hacia la frontera de Holanda, hizo luego Melo una admirable campaña defensiva contra los dos ejércitos, francés y holandés, que le embistieron: vencedor y confiado el primero, fresco y sobremanera esperanzado el segundo naturalmente. Parece que Melo, como ha acontecido á otros, y sobre todo al general Blake durante nuestra guerra de la Independencia, mucho mejor supo disponer campañas que dirigir batallas sobre el campo. Todo el fruto de la victoria de Rocroy se redujo, para los enemigos coligados, á la toma de la plaza de Thionville por aquel año. Lo que de allí adelante quedó perdido fué el prestigio militar de Melo. No produjo este efecto su derrota en la corte de España precisamente; antes bien resulta de la sesión del Consejo de Estado, en que se examinaron las ocho cartas que sobre la batalla y sus consecuencias escribió, que ni un instante dejó de tratársele por aquellos señores con gran consideración, aunque censurasen algunos como temeridad la invasión de Francia y el haber expuesto, no obstante las razones alegadas, intereses tan grandes á las contingencias de una batalla campal. El extremo valor de que Melo había hecho alarde, su constan-

cia, quizá la costumbre misma de recibir malas noticias y experimentar sucesos infelices, sellaron sin duda muchos labios. Acaso también el recuerdo de Honnecourt, todavía reciente, predispuso en aquel gran fracaso á la indulgencia. Ello es que en el Consejo apenas se habló más que de confortarle en su angustia y enviarle auxilios y refuerzos. Mas la opinión pública no es tan considerada en casos tales como la de los hombres de gobierno. Á pesar de la hábil y activa campaña posterior de Melo, de su firmeza en la desgracia, y de los escritos publicados para justificar su conducta, cayó en el mayor descrédito en los Estados de Flandes, murmuróse asimismo de él mucho en Madrid, y hubo que sacarle bien pronto de aquel Gobierno, volviendo precedido á España de reclamaciones graves contra su administración, y hasta de rumores y vagas acusaciones de impureza en el manejo de los caudales públicos. Siempre será verdad el *Vae victis esse* de Breno, que nos conservó Tito Livio. Fortuna logró todavía en no tener que demostrar su lealtad al vulgo de las gentes, por la manera que después de Villalar Juan de Padilla, es decir, perdiendo su cabeza en público suplicio, sin lo cual el obispo Sandoval nos dice que habría aquél quedado por traidor á los

ojos de muchos. No cabía temer injusticias tamañas de un hombre de la rectitud y bondad de Felipe IV. Y, ó no hubo de dar crédito á las bajas acusaciones de que fué objeto, ó no debió de pensar, ni aun después de Rocroy, que tuviese mejores hombres de quienes echar mano. Porque ello es que todavía estuvo encargado Melo del mando en Cataluña y Aragón, y, aunque no le faltaron por allí disgustos, tomó larga participación después en las deliberaciones del Consejo de Estado.

XV

Resume el duque de Aumale su relato de Rocroy en términos tan claros, que los lectores españoles tendrán sumo gusto en conocerlos, porque dan idea exacta del conjunto del suceso. Después de referir que las dos contrapuestas líneas de batalla permanecieron separadas durante la noche por una distancia de novecientos metros, por cierto mucho mayor que la que deja Vincart entender, y de consignar que la francesa ofrecía mayor frente, escribe al pie de la letra lo que se verá á continuación. Lícito ha de serme añadir á su resumen algunos comentarios aún, deducidos de los documentos españo-

les, para que fácilmente se echen de ver ahora los puntos en que no hay posible acuerdo.

«Primer momento», dice el Duque. «Al despuntar el día, el ala derecha francesa, capitaneada por Gassion y dirigida por el duque de Anghien, comienza el combate. Quince escuadrones, formando dos escalones en línea de columnas, apoyados por un *batallón* de infantería, derrotan á mil infantes escogidos y deshacen la caballería de Flandes, no poniendo término á su victoriosa carrera sino después de haber rebasado la posición que ocupaba la infantería española.» Comenzaré aquí recordando, que en esto de que al primer empuje quedase definitivamente arrollado Alburquerque, está en total contradicción el Duque con Vincart. Hay además que advertir la divergencia importante que existe sobre el número de infantes escogidos que el insigne historiador supone emboscados en nuestra ala izquierda. Vincart da decisivo valor al hecho de que nos acometiesen los franceses por aquel ala con caballería é infantería interpolada; ¿qué sentido tendría eso si por allí hubiésemos contado con un trozo importante de infantería también? Con ocasión del combate sostenido por D. Jacinto de Vera en la tarde anterior, para impedir el socorro de Rocroy, habló ya Vincart del *abrigo*

que en sus infantes había encontrado la caballería francesa, cosa que á la nuestra le faltaba. Al tratar del encuentro de Alburquerque con Anghien, vuelve á decir que halló aquel ala éste *desabrigada* de infantería. Sus palabras, sobre las consecuencias inmediatas que eso produjo, tampoco caben más expresas. Lo que dió ventaja, dice, á la caballería francesa fué, en primer lugar, «que los escuadrones venían mezclados con los batallones de infantería, y estando un escuadrón de caballería roto, se retiró tras del batallón de infantería que estaba á su lado, y allí se rehizo y volvió á pelear». Nada absolutamente habla en cambio de la derrota previa de los supuestos mil infantes. Todo lo que este texto consiente admitir en pro de la versión del duque de Aumale, y está ya admitido, es que algunos mosqueteros y arcabuceros quedasen la víspera apostados en el bosque vecino de nuestra izquierda, para que no la molestasen desde él los enemigos de noche; y éstos serían los que á la primera luz del alba sorprendieron los franceses. Pero ni llegarían á mil con mucho, cuando tan fácilmente fueron sorprendidos y aniquilados, ni pertenecerían á los tercios españoles, únicos infantes que se podían llamar allí escogidos. Recuérdese,

si no, cual se indicó antes ya, lo que obraron los doscientos arcabuceros de Escobar en la noche que precedió á Nördlingen. Cuando las dos caballerías se encontraron, la nuestra estaba por tanto sola, lo propio en la izquierda que en la derecha.

«El ala izquierda francesa», prosigue el duque de Aumale, «tomó también la ofensiva; pero, por un movimiento falso y el prematuro empleo del galope, los escuadrones de primera línea prestan el flanco á la caballería de Alsacia y son puestos en derrota, arrastrando en su fuga á la segunda línea. La Fertè queda prisionero, L'Hôpital herido, los franceses pierden su artillería, y su infantería, atacada en varios puntos y cañoneada por la enemiga, se repliega, aproximándose á la reserva que mandaba Sirot, mientras la caballería vencedora sigue la persecución en una dirección excéntrica». Prosiguiendo los comentarios, conviéneme recordar ahora que aquí fué donde *venció* Melo en persona, secundado después por Isembourg, según aparece en nuestros textos. No hay, por lo demás, que advertir sino que el duque de Aumale señala en aquel momento una marcha por escalones de nuestra infantería del centro sobre su derecha, para apoyar la victoria de la caballería de aquel lado:

marcha que, si vivía aún Fontaine, debió él ordenar, pero que no halló fundamento alguno en los textos españoles para dar por cierta. Lejos de eso, cuenta Vincart «que la caballería se desalentó echando de ver que la infantería de S. M. no se adelantaba». Muy poco después repite, «que la infantería no se había adelantado por no estar allí Fontaine para mandarla avanzar». Todo esto suena á decisivo en la cuestión. Lo exacto por completo es que hacia las seis de la mañana el ala derecha nuestra ocupaba, como el duque de Aumale expone, posición casi idéntica á la del ala derecha francesa, una vez derrotadas las respectivas izquierdas.

«Segundo momento. Después de recoger sus escuadrones», continúa el Duque, «hace un cambio de frente Anghien; carga inopinadamente á la infantería alemana y walona, y la pone en completo desorden, pasando por detrás de la primera línea (que era donde estaban los tercios españoles), al otro extremo del campo de batalla. Sirot había hecho avanzar, en el ínterin, la reserva, y decidiendo á algunos batallones del centro francés á que hiciesen cara, procura, pero en vano, mantener la línea de combate, de suerte que, al aparecer allí Anghien, nuevamente estaba en retirada su centro». Lo que refiere, por

su lado, Vincart, es que, al revolverse sobre nuestro centro los franceses mandados por Anghien, comenzaron por embestir *á los cinco batallones* españoles de la vanguardia, ó sea la cabeza de la primera línea, siendo rechazado, y quedando los dichos batallones *firmes como muralla;* que viéndolos tan firmes y que *daban tan furiosas cargas* (lo que hoy llamamos descargas), *dejándoles á la mano izquierda,* se echaron sobre la infantería walona y alemana, embistiéndolas por su flanco, descubierto de caballería, con caballería é infantería juntamente. Prosigue contando el Duque, que «la infantería española, al ver su segunda y tercera línea deshechas, ó sea la infantería walona y alemana, suspendió su movimiento ofensivo». No aparece tal hecho en nuestros textos, sino que aquellos batallones estuvieron siempre inmóviles; mas bien pudo acontecer que hacia el frente se desplegaran algunas mangas de arcabuceros, cosa siempre acostumbrada, y que tomasen esto los franceses por un verdadero movimiento ofensivo. La aparición de Anghien sobre su centro en retirada, no debió ser de todos modos infructuosa, y el ala derecha nuestra, que mandaba Isembourg, perdería en aquel punto mismo sus ventajas. Pero una vez logrado esto por el General enemigo,

y dejando probablemente allí á su segundo, Gassion, volvió sobre nuestro centro, atacando de nuevo á los italianos que estaban con los españoles en primera línea. Entonces, al abrigo del inflexible tercio de Velandia, que los sostenía, por lo que el Duque mismo expone, acabaron por retirarse desordenados los italianos. Retiráronse, á la verdad, estos del campo de batalla en aquel instante, pero en orden y sin ser rotos del todo por la caballería francesa, al decir de Gualdo Priorato, que pudiera andar en este caso más en lo cierto. Y fué, á no dudar, en el ínterin cuando aconteció que, atacada á un tiempo la caballería de Isembourg por la reserva de todas armas de Sirot, por los escuadrones de La-Fertè, que, á causa de la importuna desbandada de los nuestros triunfantes, fácilmente lograron reorganizarse á poca distancia, y por una parte de la gente de Gassion, que allí dejara Anghien, quedó deshecha. Aquella caballería hubo de desmoralizarse, además, por el ejemplo de los escuadrones de Alburquerque, ya dispersos por aquí y por allá, y por verse también del todo abandonada de su infantería. En este segundo momento de la batalla, ninguna divergencia hay esencial, sino la que nace de la inmediata aserción del Duque, más bien correspondiente al tercer

período, de que á la cabeza de los tercios españoles, cuando se encontraron en el campo á solas, quedó el conde de Fontaine. Acerca de este punto ha sido altamente honrado el autor de este estudio con observaciones de aquel ilustre Príncipe, que, con sentimiento suyo, no han podido convencerle, por la evidencia con que de los documentos españoles resulta que no vivía Fontaine desde bastante antes que comenzase lo que el historiador de los Condés llama *tercer* momento ó período de la batalla.

El instante, á poco más ó menos, en que murió realmente, ya ha sido aquí fijado. *Luego*, dijo Melo al referir la batalla, por lo cual se quedó su centro sin dirección; y en español, no sólo significa *luego* después, ó tras de otra cosa, sino también pronto, inmediatamente. Por otro lado, en mi obra intitulada *El Solitario y su tiempo*, hice reflexiones que reputo incontrovertibles, fundadas en el relato, que más que en ninguno me parece digno de crédito, de D. Francisco Dávila Orejón [1]. Lo que este testigo cuenta, y perdóneseme repetirlo, es: «que después de haber defendido sus propios tercios más de

[1] Su obra está varias veces citada ya: *Política y Mecánica Militar para Sargento Mayor de Tercio, por el Maestre de Campo*, etc.: Bruselas, 1684, y Madrid, 1669.

lo que parecía posible los Maestres de Campo conde de Garcíes y D. Jorge de Castelví, *que lo era suyo,* con otros muchos oficiales y soldados *(entre ellos el narrador)*, llegaron «descompuestos á componerse en *aquel peñasco de fortaleza*» que todavía formaba el tercio del duque de Alburquerque, que á la sazón gobernaba su sargento mayor Juan Pérez de Peralta. Preguntando el duque de Anghien quién mandaba allí para intimar la rendición, «respondióle que eran Garcíes, Castelví y Peralta». Ni nombra Dávila en aquel lugar donde él estuvo á Fontaine. De aquí que preguntase yo en *El Solitario y su tiempo:* ¿Dónde se hallaba el dicho General á aquella hora postrera? Pues de no figurar entre los fugitivos, que ni siquiera se lo permitían su mal estado de salud y la forma en que iba, por fuerza estaba muerto, sin haber por qué negar que lo fuese á la *primera carga* que sufrió la infantería, como dijo Vincart. Lo cual no amengua su honor seguramente, pero del todo desvanece la leyenda, sin que baste á restablecerla ningún historiador, por justa estimación que merezca su parecer. La sospecha de que Vincart quisiera robar á Fontaine semejante gloria, por ser extranjero, parece muy extraña á los ojos de los que, co-

nociendo bien los libros y documentos españoles de la época, saben que éstos jamás distinguen, ni muestran la menor preferencia entre los que servían al Monarca común, fuese cual fuese la parte del mundo en que nacieran. Pero, ¿y Dávila Orejón? ¿Habió también éste de omitirle, cometiendo una verdadera mentira en su libro, siendo así que debían vivir tantísimos testigos todavía, y cuando Fontaine, que era Maestre de Campo General, gozaba de mucha mayor categoría que los tres Jefes que en realidad quedaron allí durante el postrer período, Garcíes, Castelví y Peralta? ¿Cómo no empezó por decir que al frente de aquella masa de infantería estaba Fontaine, conforme á su deber, y que mandándola, cayó muerto? Nada tengo que añadir, pues, á lo que acerca de este punto especial expuse entonces, sino que el propio D. Alfredo Weil, tan encariñado con Fontaine y tan propuesto á demostrar la tesis del duque de Aumale, vino á darme la razón al fin en la preciosa biografía, después de su fallecimiento dada á luz con el título de *Le Comte de Fontaine* [1]. Éste, no hay duda, cayó muerto de su silla, antes, y bastante antes, del dicho tercer momento de la batalla.

[1] Está ya citada por completo anteriormente dicha obra

¿Pero murió en la forma y en el preciso instante que, á poco más ó menos, queda indicado? Los textos nacionales no permiten marcar con exactitud suficiente sino aquel en que no vivía ya de cierto, es decir, á las ocho de la mañana, que fué cuando, derrotado todo nuestro ejército, menos los tercios españoles, hubo, como el duque de Aumale refiere, una especie de tregua, por los franceses empleada en reorganizar sus diversos cuerpos y disponer el combate final. Peleábase desde las tres de la mañana, según cuentan los propios franceses; por manera que duraba ya la batalla entonces cinco horas; pero la mayor parte de este espacio de tiempo se había gastado en los accidentados encuentros de la caballería de ambas partes. Por el cómputo del Duque, el primer período de la batalla, ó sea aquel en que cada uno de ambos ejércitos tenía un ala vencedora y otra vencida, duró hasta las seis de la mañana. Si después de esto algunas mangas de arcabucería española abandonaron los costados de los tercios, y avanzaron sobre la derecha y el centro francés, admitiendo así la versión del duque de Aumale, nadie pudo disponer tal cosa sino Fontaine. Pero á aquel despliegue, si lo hubo, que hoy se llamaría de guerrillas, no

había de asistir el Maestre de Campo General, que, además de este alto oficio, tenía á su cargo el mando especial del centro de nuestro ejército. El período, pues, en que se encontró por vez primera Fontaine cara á cara con el enemigo, no pudo ser otro que aquel en que, al llegar, cargó Anghien, sin éxito, á los tercios españoles de vanguardia, y poco después, por el flanco y la espalda, á nuestra infantería alemana y walona. Hacia entonces debió caer Fontaine forzosamente, ó bien, como Vincart parece decir, al cargar á los españoles Anghien, ó bien del modo que cuenta, refiriendo la de Rocroy, el autor de *Les batailles memorables des français* [1], que, por lo que aparece de todos sus relatos, bebió en buenas fuentes. «Fué,» dice, «muerto el conde de Fontaine de un pistoletazo en la silla en que le conducían á causa de la gota, después que quedaron deshechos los batallones que tenía alrededor.» En este caso no debió morir delante ni dentro de los tercios españoles, que ya se sabe que se mantenían á la sazón *como murallas*, sino en medio ó cerca de los walones y alemanes derrotados. Mas como Melo dijo, relatando su fin, que *andaba por el campo en una silla*, me he inclinado yo á la opinión

[1] Obra citada ya, tomo II: Amsterdam, 1696, pág. 172.

de que hallaría la muerte entre nuestra infantería y la caballería enemiga, durante cualquiera de aquellas dos cargas, y yendo de una parte para otra. Ninguna dificultad tendría, sin embargo, en aceptar esta última versión, es decir, la de que murió en medio de los destrozados batallones alemanes y walones. Fontaine pudo muy naturalmente acudir allí viéndolos flaquear á la primera embestida, y aun contribuir con su pronta muerte á la fácil derrota de las dos líneas que ocupaban. Aquí es el momento desde el cual reconoce el duque de Aumale que no se movió ya más nuestra infantería nacional: y era natural, no tan sólo por la razón que él apunta, sino porque nadie le mandó otra cosa. Soldados tales no habían de ponerse en retirada sin que se les ordenase, como, sea por lo que quiera, hicieron los italianos. Permanecieron, pues, en el propio terreno que Fontaine les trazó la víspera, sin que Melo, que es lo extraño y hasta lo inconcebible, habiendo andado tanto por allí cerca, que hasta se refugió en sus filas á veces, les ordenase intentar la retirada.

En la narración que el duque de Aumale hace del tercer período de la batalla, todavía hay un punto, y de interés sumo, dor de, de igual modo que los demás historiadores

franceses, se halla en contradicción absoluta con lo que, como testigo, cuenta Dávila Orejón. Tres veces, dice el Duque, que fué rechazado el ejército de Anghien por las picas del último escuadrón ó cuadro, y el fuego nutrido de su arcabucería y mosquetería, pretendiendo también que de sus cañones sobre lo cual tengo ya observaciones hechas. Pero sea lo que quiera de esto, continúa contando que á la cuarta carga los españoles, «abordados por tres lados á un tiempo, rendidos de cansancio y *sin municiones*, *fueron rotos*». En este punto supone que los vencedores, y sobre todo los suizos, comenzaron á hacer horrorosa carnicería en los infantes rendidos, que Anghien contuvo generosamente. Dávila Orejón era, cuando dió á la estampa su libro, Capitán General de Cuba; compúsolo para enseñar el arte militar, y salió á luz á tiempo que lo pudieran todavía leer muchísimos de los que á la batalla sobrevivieron. No es posible, por todo eso junto, que tan descaradamente mintiese, como mentiría, siendo cierto lo que por tal admite el duque de Aumale. El resumen del hecho, que al margen de la hoja en que trata del asunto pone Dávila, dice así: «Un escuadrón de españoles capituló con un ejército vencedor en campaña rasa». Y en el texto se

ha visto ya que se expresa del modo siguiente: «En suma: la cosa se redujo á capitular como plaza fuerte, y lo que se les pidió, que no podía ser más, fué que, cediendo las armas, se les conservasen las vidas y todo lo que tuviesen encima; y así lo *concedieron, y capitularon y cumplieron los franceses,* de quienes no pondero los muchos agasajos y favores que á todos hicieron después de rendidos». Ni una palabra de *carnicería,* ni por supuesto de rompimiento del escuadrón en que él peleaba. Para mí, lo que Dávila cuenta, y hasta tres veces más repite en su libro con encomio, es bastante más honroso para los vencedores que haber roto un ejército entero de todas armas á aquel solo cuadro español. Aunque, por no dar á entender que quedó por rematar la victoria, callaran esto los contemporáneos franceses, el hecho, asimismo referido por Gualdo Priorato, es á mis ojos incontestable. Dávila Orejón lo atribuye, y agradece en último término, á la generosidad del vencedor Anghien; mas pudo igualmente ser cálculo, conforme indiqué en su lugar. Porque eran ya á todo esto las diez de la mañana, admitiendo el cómputo de tiempo de los franceses; y haciendo tres horas ó más que Beck se encontraba á la vista de Rocroy, ó sea á poco más de ocho ki-

lómetros del campo de batalla, ¿no podía temerse, con razón, que Melo y Alburquerque reorganizasen aún bastante caballería para que, unidos con Beck y con la infantería que quedaba firme, pudieran todavía dejarle vencedor á medias? Por eso no quiso Anghien que la persecución misma de los fugitivos se siguiera con empeño, y de aquella justa cautela del precoz gran General para no comprometer su triunfo, es de la que no se supieron precisamente aprovechar, con presteza y audacia, los caudillos españoles para salvar á nuestros tercios infelices de su postrer sacrificio.

XVI

En la narración extensa de la batalla que precede al resumen que acabo de analizar, cuenta el duque de Aumale, cual otros habían contado ya, que antes de intimarles la rendición, Anghien hizo «demoler á cañonazos uno de los ángulos de *la forteresse vivante*», ó sea de la muralla de hombres que nuestros piqueros trazaban. ¿Pero en qué forma estuvo fabricada aquella muralla?, ó, lo que es lo mismo, ¿de qué suerte estuvieron *escuadronados* nuestros tercios hacia el

término de la batalla? Cuestión es esta en que se ofrecen dudas de solución ardua, porque no tenemos más testigo de vista que Dávila Orejón, aunque sea el más abonado que cabe, como maestro teórico y práctico del arte de escuadronar, y ese parece en contradicción total consigo mismo. Hablando del último escuadrón que todas las reliquias de los tercios formaron sobre el núcleo del de Mercader, que Peralta mandaba, dijo, conforme se recordará, que se formó con *cuatro frentes* de *picas, mosqueteros* y *arcabuceros*. Está esto de acuerdo con el dictamen para casos tales del ingeniero Don Andrés Dávila y Heredia, el cual, en su *Tratado de formar escuadrones* [1], impreso bastante tiempo después que el de Dávila Orejón, expuso que, «teniendo el enemigo golpe de caballería para poder acometer, careciéndose de ella, sería necesario usar del escuadrón cuadrado de terreno ó de gente, suponiendo que lo permitiese el sitio, porque, siendo acometido el escuadrón por todas cuatro partes, hallase igual resisten-

[1] *Descripción de las plazas de la Picardía que confinan con los Estados de Flandes*, etc., por D. Andrés Dávila y Heredia, señor de la Garena, Capitán de cavallos y Ingeniero Militar por Su Magestad.—Madrid, 1672.—Va unido á esta obra el *Tratado de formar escuadrones* que en particular se cita en el texto.

cia». Pero, á decir verdad, no se necesitan autoridades para probar que en ocasiones como la de Rocroy era indispensable que la infantería formase escuadrones cuadrados de terreno ó de gente: la mera razón natural dice que aquel orden de combate era indispensable. ¿Cómo es, sin embargo, que, tratando luego especialmente del arte de escuadronar, Dávila Orejón afirme que en treinta y dos años que á S. M. servía, es decir, desde 1635, hecho el cómputo por la fecha de la censura del libro, «en ninguno de sus ejércitos había visto mandar formar ninguno de estos escuadrones (refiriéndose á los llamados *cuadrado de gente*, y de *doble frente que fondo)*, sino sólo los *ordinarios*, sin raíz cuadrada, con el fondo desde nueve á cinco hombres?». Doy por sentado que uno ú otro de estos números tendrían de fondo los escuadrones ó batallones cuando organizó Fontaine la línea de batalla, porque aquél tenía que ser, por su importancia, uno de los ejemplos con que Dávila contase. Según enseña él mismo, «en el estado en que estaba la guerra, los escuadrones no los formaba el Sargento Mayor en cada tercio como le parecía, sino como se lo mandaban sus Generales». Así se explica que diera de por sí *gran frente* Fontaine á nuestra línea de batalla, como Vincart

expuso; orden el más conveniente en día de combate para la infantería española, al decir de Dávila y Heredia[1]. Mas es imposible saber, y no muy interesante además, si aquella formación primera fué de cinco ó de nueve hombres de fondo. Cualquiera de tales números pudo escoger Fontaine, sin contradecir, en este punto, cual se ha visto, las reglas de los maestros del arte. Lo que importa observar es que, ni con uno ni con otro número, los flancos ó extremos de los tercios en línea podían constituir dos de los *cuatro frentes* que dice Dávila tratando del último período de Rocroy. ¿Habría tenido tampoco el escuadrón formado de tal suerte ángulos que á cañonazos fuera forzoso demoler, ni en tan flaca disposición pudiera resistir cuatro ataques de las tropas francesas de todas armas, y sobre todo de la numerosa y triunfante caballería, que una y otra vez lo cargó en vano? Esto es imposible seguramente. Dada, pues, la formal oposición de los dos textos de Dávila, no cabe otro concierto que suponer que en todos sus treinta y dos años, nunca había visto pelear sola á la infantería contra la caballería sino en el caso extremo de Rocroy, y que lo que quiso enseñar fué que en el primer orden de batalla se pres

[1] La misma obra.

cindiese de los macizos escuadrones *cuadrados de terreno ó de gente*, y aun de los de *doble frente que fondo*. Hay que advertir que, siendo la regla que entre hombre y hombre hubiera en el frente una distancia de tres pies y en el fondo siete, todo escuadrón podía llamarse *prolongado*, por lo cual debe acertar el duque de Aumale al suponer que nuestros infantes formaban *un rectangle allongé*, aunque fuese el escuadrón de los dichos *cuadrados de gente*. Por igual motivo los escuadrones llamados en orden de batalla, de *doble frente que fondo*, tenían que llevar mucho más de doble fondo que frente en orden de marcha, pasándose de uno á otro sin alterar la colocación de las hileras, ya sobre la vanguardia, ya sobre la retaguardia, por lo cual se reputaban ambos puestos de igual preferencia. Así se ve que en el primero de los planos de la obra de Lelio Brancaccio, impresa en 1610, los escuadrones de infantería, con estar en batalla el ejército, conservan la formación prolongada, suponiéndoseles dispuestos á marchar sobre el enemigo, ó convertirse para recibirlo en escuadrones de *doble frente* que fondo. Y aunque figurasen los de Rocroy en el orden de batalla entre los que Dávila titula *ordinarios*, lo menos que para defender-

se con buen éxito de tanta caballería pudieron hacer luego, fué constituirse en el orden que intitula Cristóbal Lechuga *escuadrón de trozos con su plaza vacía*, parecidísimo á los cuadros de la moderna táctica. Así debió de ser para que pudieran recogerse al escuadrón Alburquerque y Melo. Tales son, en suma, mis conjeturas respecto á la singular contradicción aparente en que incurrió, como queda demostrado, Dávila Orejón, y al modo y forma con que los infantes españoles resistieron.

Por lo demás, define el duque de Aumale en general muy bien las condiciones tácticas de nuestra infantería, con sus ventajas y sus defectos. «Vigorosa en el ataque, dice, diestra en sacar partido del fuego, con aptitud, sobre todo, para el campo de batalla, carecía de movilidad y de flexibilidad, y exageraba las formas compactas.» Después de haber examinado, á más de los ya referidos, los libros de Bernardino de Escalante [1], Martín de Eguiluz [2] y Cristóbal Lechuga [3], y visto asimismo el *Arte de escuadronar* inédito de mi buen tío D. Serafín Estébanez Calde-

[1] *Diálogos del Arte Militar*: Bruselas, 1595.

[2] *Milicia: Discurso y Regla Militar*: Amberes, 1595.

[3] Discurso en que se trata del Maestre de Campo General: Milán, 1603.

rón, que en alguna de sus conclusiones parecía favorable á las formaciones compactas, pienso que, para censurarlas por su frecuencia ó su exceso, le asiste al historiador francés razón. Sin duda que para conquistar á Berbería sin caballería ninguna, como presuponía Martín de Eguíluz, marchando por tierra llana ante gran número de caballos enemigos, el *cuadro de gente con depósito de picas secas* [1] *y arcabuceros* [2], ó el *fortísimo perfecto de terreno*, debían ser útiles y aun indispensables, como enseñó aquel práctico autor. Mas este supuesto caso era por su naturaleza excepcional, como después ha sido el formar cuadros de infantería con las nuevas armas. Por respeto, sin duda, á las violentas agresiones de la caballería, descuidó en tanto seguir nuestra infantería, tocante á táctica, los progresos de las armas de fuego, parándose demasiado tiempo en los principios del gran duque de Alba, á quien se atribuye la máxima de que un buen escuadrón de picas no podía ser roto por gente de á caballo. Dávila Orejón opinaba esto mismo, á poco más ó menos, fun-

[1] *Picas secas* se llamaban los infantes sin coseletes, por mayor ligereza. Estos escuadrones eran de los de *plaza vacía*.

[2] Del peligro de entrar y salir los arcabuceros trató acertadamente Francesco Patrizi: *Paralleli Militari*: Roma, 1594.

dándose precisamente en el ejemplo de Rocroy, donde la caballería francesa por sí sola nunca hubiera roto nuestros escuadrones, y para que el último capitulase hubo que emplear contra él todo un ejército. Pero en el conjunto de las batallas, y los casos ordinarios de ellas, debía, ante todo, contarse con la oportuna combinación de las tres armas juntas. No tratándose sólo de combates de caballería, sino de verdaderas batallas, la infantería sueca y la francesa llegaron por tal razón á estar en progreso sobre la nuestra, extendiendo antes los frentes, movilizando las unidades, disminuyendo por extremo sus hileras, y guardando entre ellas mayores claros. Todo esto les daba una flexibilidad que tan á nuestra costa experimentamos por el rapidísimo y constante apoyo que la infantería francesa dió en Rocroy á la caballería de sus alas. Tal vez nuestros Maestres de Campo y Capitanes Generales se resistieron cuanto pudieron á alejarse mucho del orden cerrado en principio, por ser aquel en que los tercios habían peleado con tan buen éxito por largo tiempo. Ello es que todavía recomendó Dávila Orejón en su obra, impresa en 1669, á los Sargentos Mayores que tratasen de aprender bien el arte de escuadronar, en Lechuga, Gallo, Moya, Navarro, Be-

del y los demás tratadistas que, por el influjo general del Renacimiento, preferían á todo la imitación de la falange griega, sin fijarse en la ventaja que por aquellos propios tiempos le llevó al fin la flexible infantería romana. Años después Dávila y Heredia puso aún grande esmero en enseñar el arte de constituir escuadrones muy espesos. Mas nada de esto impidió que, antes de mediar el siglo XVII, la táctica ordinaria de los tercios estuviese en la práctica modificada, pues por algo dijo Dávila Orejón, como se ha visto, que en los treinta y dos años que servía al Rey, nunca había visto formar escuadrones cuadrados, ni con doble frente que fondo. Comenzaba á caer ya, por tanto, en tierra la teoría perfecta del escuadrón que resumió D. Serafín Estébanez en los siguientes curiosos términos:

«Trayendo á breve cuadro», decía al terminar su tratado especial sobre la materia, «la doctrina que con extensión razonable, por su importancia, hemos dado del arte de escuadronar, diremos que los escuadrones se formaban por arte menor, y por arte mayor ó raíz cuadrada, por logaritmos, por regla de tres, por la pantómetra ó compás de proporción, y finalmente, sin suposición de números. Añadiremos que los escuadrones eran,

en razón de su figura, de todas estas clases: cuadros de gente, cuadros de terreno, dobletes, de gran frente, cuneos y otros triangulares, en forma sérrea, rombos, de trozos en varias formas, entre ellas la de cruz; flanqueados, pentagonales, octogonales, semilunares, circulares, ovados y en forma de corona ó globo macedónico. No se añade á este número el llamado de naciones, porque tal escuadrón podía hacerse de muchas de las formas antes dichas, ni el *condenado por terreno*, porque éste debía ajustarse en su traza á la del lugar donde fuese forzoso plantearle, no teniendo, por lo tanto, una figura determinada, como atrás queda apuntado. Á propósito de tanta variedad de escuadrones, es del caso advertir que los más de ellos *habían ya caído en desuso á mediados del siglo XVII, época en que prevaleció la doctrina de que el frente de la ordenanza debía superar en mucho al fondo*. Por lo mismo, introdújose un escuadrón de nueva traza, que venía á reemplazar casi todos los conocidos antes, y que por esto recibió el nombre de *moderno*. En este escuadrón, según lo enseña un tratadista de aquella época, Domingo de Moradell [1],

[1] *Compendio de los Preludios del Arte militar*, escritos en lengua catalana y traducidos en castellano por Jacinto Ayom: Barcelona, 1674.

por crecido que fuese el número de gente de que se formaba, nunca debían darse más de *veinte hileras* de fondo, y aún se juzgaba ser bastantes *quince*, de manera que el frente resultaba casi siempre de extremada longitud. Últimamente, este escuadrón moderno se redujo á *cinco* y aun á *tres* de fondo, desapareciendo de esta manera la gran fortaleza de los antiguos escuadrones.»

Como se ve, la grande autoridad de Don Serafín Estébanez confirma cuanto en este asunto acabo de exponer, demostrando que, hacia el tiempo de la batalla de Rocroy, si nuestra infantería no había adquirido aún tanta movilidad y flexibilidad como otras, iba de continuo modificando su táctica en la materia, no sujetándose ya estrictamente, ni mucho menos, al arte antiguo de escuadronar. Y razón era que se prescindiese bastante de un arte, que hasta podría hoy prestarse al ridículo, porque, en verdad, parece más llevado á algunos de sus términos por lucir el ingenio los tratadistas, que con fines realmente prácticos. Lo que hacia la época de que tratamos debía de eso quedar, era, en suma, cierto abuso del orden cerrado en general. Pero, con todo lo dicho, es bien probable que, precisamente lo poco espeso de la formación de los walones y alemanes,

y el no estar organizado en escuadrones cuadrados, ó de doble frente, facilitase su pronta derrota por la caballería de Anghien; que el arte militar es muy complexo, y suele toda doctrina exclusiva perjudicar en la práctica. Con efecto: la formación de nueve á cinco en fondo, única que había visto Dávila Orejón usar, y que, por consiguiente, debió usarse en la primera formación de Rocroy, conforme he supuesto, no era suficiente para que ni de lejos se cumpliera la máxima del duque de Alba sobre la absoluta superioridad de los escuadrones de picas sobre la caballería. Si por carecer los tercios de *naciones* de la *destreza* que Dávila señaló tanto como el valor en sus paisanos de Rocroy, no se supieron escuadronar á tiempo con *doble frente que fondo* siquiera, explícase su derrota facilísimamente. Más tarde vió el propio Dávila Orejón que en la batalla de Lens un escuadrón de infantería, exclusivamente armado de bocas de fuego, quedó asimismo deshecho en un instante, á causa de faltarle picas, por la caballería francesa. Lo cual quiere decir que ni las picas ni las armas de fuego eran bastantes, y que sólo andaban bien armados los tercios que, como los españoles é italianos, las traían mezcladas con arte. Por lo que aparece de los ejemplos que Dávila

Orejón pone en su libro, hacia los días de la batalla de Rocroy y los inmediatamente posteriores, para veintiuna hileras de picas, llevaban dichos tercios catorce de mosquetes, arma, como se sabe, apoyada en horquillas y de más calibre y peso, con otras catorce de arcabuces, más ligeros, ó sea veintiocho bocas de fuego, en todo. Mas hubo, de todas suertes, un período de transición difícil durante el sucesivo progreso del número y la calidad de las armas de fuego, hasta que se inventó la bayoneta; quedando vivo en el entretanto el principio de que para defenderse de la caballería, bien á pie firme como en Rocroy, bien en retirada como en Ravena, las picas eran el fundamento de los escuadrones de infantes.

Volviendo á Fontaine ahora, fuese cualquiera el fondo con que mandase escuadronar los tercios, la acumulación de la infantería en el centro, constituyendo una especie de masa inmóvil, no puede menos de reputarse, como Gualdo Priorato la reputó, una falta enorme. No la cometió menor, como se ha visto, en la organización del socorro ó reserva. Y en resolución, de la leyenda antigua nada queda en pie: ni estuvo, en suma, en el cuadro heroico de Rocroy, ni tomó apenas parte en la batalla, limitándose á dar la

peor disposición posible á las tropas, por su oficio de Maestre de Campo General, *alma* de los ejércitos, como le titulan los tratadistas españoles de aquellos siglos. Larguísimo tiempo ha que en la *Historia de la Decadencia de España*, obra histórica de mi juventud, procuré deshacer la inexplicable equivocación de los muchos historiadores franceses y españoles que habían convertido en uno á este Fontaine y al gran conde de Fuentes de Valdeopero, D. Pedro Enríquez de Acebedo, muerto en 1610, y nada menos que en edad de ochenta y cinco años. Pero el apellido *Fontaine* había sido tan alterado por los distintos historiadores de su época, y hablaban éstos mismos con tan poca conformidad del sitio de su nacimiento, que no parecía fácil averiguar ni su patria ni su nombre con certeza. Pellicer en sus *Avisos*, y Acdo en su *Viaje del Infante-Cardenal D. Fernando de Austria*, le llamaron unas veces conde de Fontané y otras de Fontana: Baños de Velasco, Fontané; Vincart le apellidó también Fontana; Gualdo Priorato, Fontanés y Fontenes, y por lo común los franceses, conde de Fontaines, alterando en solo una letra su apellido verdadero. Hacíanse por entonces estas alteraciones en todo linaje de nombres propios, con el fin de apropiarlos cada Nación

á su lengua, no sin grave confusión de lugares geográficos y apellidos; y los que se aproximaron más á la verdad de todos fueron los franceses, aunque añadiendo al de que se trata una *s*, para que pareciera traducción de *Fuentes* en castellano. Quizá de esta adición, al principio indeliberada é insignificante, vino luego la tergiversación singular de que antes me he hecho cargo. En muchos documentos españoles se dijo que era flamenco Fontaine, algunos le habían supuesto belga, y otros, en fin, lorenés, que es la verdad, como consta por la inscripción de una estampa, perteneciente á la colección de Carderera, que años después de publicada mi *Historia de la Decadencia* dió el Sr. Gayangos á conocer. Á este erudito académico se ha debido, pues, que del todo se desvanezca el error, fijándose el verdadero origen de aquel hombre de guerra, porque yo no conocí, desde el punto mismo en que me fijé en su persona, sino que no era español, ni menos el vencedor de Doullens, aunque fuese esto acaso lo más interesante para deshacer el error de titularle conde de Fuentes. Pero quien nos ha enseñado acerca de las particularidades de su vida y muchas de su origen cuanto hay que saber, es el malogrado D. Alfredo Weil, con

una obra especial, citada más de una vez en el presente estudio. Por mi parte, bien que no pueda tratar tan indulgentemente al Maestre de Campo General de Rocroy como el entusiasta autor de *Un Soldado de España*, y del opúsculo intitulado *Paul de Fontaine*, he hecho suficiente justicia á su carrera, muy honrosa á pesar de todo, desde las primeras ediciones de este trabajo.

Era, con efecto, Fontaine uno de los más antiguos, si no el más antiguo de todos los oficiales del ejército de Flandes. Gualdo Priorato afirma, en su historia de aquellas guerras [1], que cuando en 1643 murió, llevaba cincuenta años de campañas: lo cual daba á entender ya que se trataba de un soldado de fortuna, que había seguido lentamente su carrera, atento que su nombre no figura con importancia notable hasta pocos años antes de Rocroy. Por el difunto Weil conocemos ahora que entró de Coronel al servicio del Imperio, pues ya se sabe que entre los alemanes se improvisaban, como sus propios regimientos, en 1610, y que en 1616 mandó uno walón, depositando mucha confianza en él su general Ambrosio, Spínola. Entre 1635 y 1631 se le halla de Gobernador en Brujas, donde mandaba una guarnición tan numerosa, que

[1] *Dell'Historia.*—Parte terza, obra ya citada.

casi hacía ejército; aunque no parece que tuviera otra categoría aún que la de Maestre de Campo. Desde 1634 en adelante, sus servicios aparecen ya relevantes, rindiendo ó contribuyendo á rendir algunos fuertes de los holandeses, quedando de reserva en los Países Bajos mientras el Cardenal-Infante invadía á Francia, tomando parte por último, aunque no la más alabada, en la derrota del conde Guillermo de Nassau, que, como en su lugar se dijo, desembarcó cerca de Amberes, con el objeto de apoderarse de tan opulenta ciudad durante el gobierno del Cardenal-Infante. Esta es la batalla de Caloó, de que también hablé oportunamente, dada en 1638. Al siguiente año, y mandando ya un cuerpo de seis mil infantes con tres mil caballos, fué atacado Fontaine cerca de la aldea de San Nicolás por el mariscal de la Meilleraye y los generales Gassion y La-Fertè. Arrolladas al principio del combate sus tropas por la *furia francesa*, conservó bastante serenidad para rehacerlas; y, aprovechándose del desorden de sus enemigos entregados al saco, lanzó de repente sobre los vencedores un cuerpo de doscientos aventureros y oficiales reformados, que abrieron camino espada en mano para que, tornando él con el grueso de sus fuerzas, reorganizadas ya, obtuviese

completa victoria. Peleó también Fontaine aforlunadamente en Hulst contra el príncipe de Orange, impidiéndole que se apoderara de aquella fortaleza, y obligándole luego á retirarse, sin provecho ni gloria: hechos celebrados en España en prosa y verso. No fué, en resumen, injusto, ni mucho menos, el título de Conde que Felipe IV le concedió, ni sin razón quedó designado por el Cardenal-Infante, al morir, como uno de los Gobernadores interinos de Flandes. Otros menores servicios de su carrera constan, por de contado, en el opúsculo de Weil. Confirma, por fin, este escritor que militó cincuenta años, ó sea desde 1593, puesto que empezó á servir de diez y siete. De todo resulta, según ya he dicho, que fué, sí, un excelente y leal soldado, y todo un hombre de honor; mas nada de esto justifica sus gravísimos errores en la disposición de la batalla de Rocroy, ni puede convertir en justas las grandes frases que con tal ocasión pronunció en loor suyo Bossuet, partiendo de un supuesto equivocado.

XVII

Diez y seis años todavía después del desastre de Rocroy, sostuvo la guerra contra

Francia la admirable constancia de Felipe IV. No cabe suponer que sus Ministros se la inspiraran, porque, caído y muerto Olivares, nadie tuvo ya en él ascendiente para determinar poco ni mucho su conducta. Por otro lado, las constantes consultas del Consejo de Estado prueban que sobre éste era más bien sobre quien pesaba en las principales deliberaciones la voluntad del Monarca. Durante el año de 1648 experimentó, entre otros pesares, el de que su aliado único y cuñado, el Emperador, le abandonase, concertando sin su conformidad, en Munster, los tratados que se llamaron de Westfalia, en virtud de las ventajas obtenidas con ellos por el protestantismo, considerados después como una de las cardinales bases del orden europeo. No se había conducido así Felipe IV con el propio Emperador durante las largas negociaciones seguidas en Madrid á nombre del cardenal de Richelieu por su agente el barón de Pujol. Pero, en fin, no contando ya sino con sus solas fuerzas, acabó Felipe IV por comprender que, no sólo una tregua, sino una paz definitiva con Holanda, era, ante todo, indispensable. Adhirióse, pues, en este punto al tratado de Munster, reconociendo la independencia de aquella República, tan repugnada hasta allí por él, á pesar de sus ardien-

tes y acertados deseos de renovar la tregua, y ojalá que hubiera cedido con antelación. Mas respecto á esto, la citada negociación con Richelieu evidencia que, bien que reconociesen, del modo más expresivo, lo propio el Rey que Olivares, que la lucha con Holanda y Francia á un tiempo era en los Paises Bajos imposible, por parte de los dos hubo siempre repugnancias tenaces. Y por no entenderse en lo indispensable á tiempo con aquellos *rebeldes*, tuvimos tal vez que pactar á la larga con otros que nos importaban más. No obstante habernos sobrevenido desde los tratos inútiles de 1639 desdichas tamañas, como las sublevaciones de Portugal y de Cataluña, y la pérdida de la batalla de Rocroy, continuó en el ínterin haciéndonos Francia propuestas de paz con cortos intervalos; pero, naturalmente, bajo condiciones favorabilísimas para ella, que consigo llevaban cesiones muy dolorosas de territorios, entre los muchos que por una causa ú otra estaban en su poder. Á Felipe IV le costaba por su lado un amarguísimo sacrificio el resignarse á perder territorios, y de aquí que se le pintara por nuestros vecinos como enemigo de la paz del mundo cristiano [1].

[1] Hay acerca de esto un curioso *Avis aux Flamands*, impreso en 1650, y, á lo que parece, en París, que es un verdadero

Al comenzar, sobre todo, las discordias de la *Fronda*, públicamente insistió la Regente Ana de Austria en que, desde que empuñó las riendas del gobierno, no había cesado de gestionar por ella en vano. La causa de tales demostraciones era que la generalidad de los franceses se la pedían ya con afán, cifrándose no poca parte del descontento que por aquel país reinaba, en los sacrificios también penosos que allí imponía la guerra. Mas una paz muy inmediata á Rocroy y aconsejada por Mazarino, tenía que ser

manifiesto anónimo, de Mazarino, acusando á España ante aquellos habitantes de la continuación de los males de la guerra. En el entretanto, no escaseaban tampoco los franceses otros esfuerzos para ver de sublevar á los católicos belgas contra España, pretendiendo, entre otras cosas, que aquellos Estados pertenecían por derecho hereditario al rey de Francia. Véase por ejemplo, *La Remonstrance aux Peuples de Flandre, avec les droits du Roy sur leurs Provinces*: París, 1642. — El autor de este libro, Ch. Sorel, Consejero de la Corona de Francia, alentado con la rebelión conseguida en Cataluña, volvió á incitar á los flamencos á la separación de España, poniéndoles por delante aquel ejemplo en otro libro intitulado *La Defense des Catalans, avec les droits du Roy sur la Catalogne et le Roussillon*. París, 1652; donde se ve que también hallaba razones jurídicas para que se aprovechase Francia de la sublevación de Cataluña. Pero si en esta provincia se atendió, por fin, á las sugestiones francesas, justo es repetir que, como en el texto se ha dicho, en los Países Bajos no produjeron mella alguna, y que la lealtad de los belgas ó flamencos *españolizados*, como los holandeses los apellidaban, fué siempre incontrastable.

asperísima para Felipe IV y sus Consejeros de Estado; y si hubo entonces nuevas propuestas, fracasaron como las de Richelieu. Tratóse al cabo con más seriedad que hasta allí de la conciliación de ambas Potencias en Munster; y aun después de haber manifestado su oposición España al desventajoso tratado que se le propuso en las conferencias de aquella ciudad, todavía fué el Ministro francés Lionne á Cambray, donde á la sazón estaba el conde de Peñaranda, nuestro embajador en Alemania, para insistir en las gestiones pacíficas, dándole á entender que se oirían por parte de Francia más favorables condiciones. Pero Peñaranda, según sus instrucciones, rechazó esta nueva tentativa terminantemente, y no sin algún fundamento sospechó la corte de Francia que aquella tenacidad belicosa estaba en gran parte sostenida por la esperanza de que los tumultos y rebeliones de la *Fronda* quebrantasen el poderío francés, permitiéndole recobrar á España todo lo perdido. Con que lográramos recobrar el Rosellón después de Cataluña hubiera bastado, en verdad. Sobrábale por lo demás á Felipe IV razón para aprovecharse de las discordias de nuestros enemigos, cuando habían ellos sacado tamaño partido

de las de Cataluña y Portugal. Pero el mal estaba en que, según he dicho en otra parte, no cabía comparación entre los peligros de las rebeliones *particularistas* que desgraciadamente se encendieron en España, y las de los volubles personajes franceses. De todos modos, es indudable que, después que se vió en España con grande escándalo que la Corona de Francia se ponía al lado de vasallos rebeldes, cesaron los escrúpulos que habían impedido hasta allí que el Conde-Duque, y tanto y más Felipe IV, interviniesen en las conjuraciones de los franceses contra sus soberanos. Antes de eso, es claro, tomó Richelieu pretexto para sus crueles persecuciones y venganzas de imaginados tratos de los súbditos de Luis XIII con España; pero hasta Diciembre de 1640 no consta en papeles nuestros, que yo conozca, conspiración ninguna en que tomasen parte Felipe IV ú Olivares. En aquella época, según he indicado en otra ocasión, fué enviado un gentil hombre, criado del duque de la Walette, por varias partes de Francia, para saber cuál era en aquel Reino el sentir de *grandes* y *pequeños* sobre las cosas corrientes, y comunicar secretas instrucciones á cinco confidentes del Duque, á fin de que, cuando fuese tiempo, atrajesen la Nobleza y

el pueblo, ganando alguna plaza en Francia, de modo que tuviese *un freno duro dentro della* el rey de España, que la impidiera seguir hostilizándole con tanto empeño. Tales son las textuales palabras con que se inició aquel asunto, en que personalmente trabajó Felipe IV, cual consta de un decreto de su mano, fechado á 10 de Diciembre de 1640[1]. Como se ve, la rebelión de Portugal, y los conocidos trabajos de Richelieu para promoverla, no le habían dejado escrúpulo alguno en la materia. Apoyóse antes de aquella fecha Richelieu, para hacer verosímiles sus todavía infundadas acusaciones, en los antiguos tratos de Felipe II con la *Liga,* sin ver que ni para aquel Rey, ni para ningún católico de la época, fué soberano legítimo Enrique IV hasta que dejó de ser protestante, y que la Familia Real de España tenía derecho mucho más fundado, después de todo, que los que Luis XIII hizo alegar en ciertos libros sobre los Estados de Flandes, Cataluña y el Rosellón, para pretender la sucesión á la Corona de Francia. Piénsese lo que se piense de la doctrina de que las hembras no estaban legalmente excluídas de aquella Corona[2], el sostenerlo, con apoyo

[1] Archivos Nacionales de París, K, 1,419, núm. 182.

[2] Sobre esta ardua cuestión hay un libro inédito, del famoso

de sumos juristas, no era igual á promover sin sombra de derecho la rebelión de Portugal contra su Rey. Mas no es ocasión de insistir en semejante cuestión. Baste aquí con reconocer que desde antes ya de la *Fronda*, y durante los dos revueltos períodos que tal nombre llevaron, prestó España ayuda á los distintos magnates que alternativamente conspiraron contra la Regente y su ministro Mazarino, aun sin necesidad de ofrecerla en general, porque, unos tras otros, fueron pidiéndosela todos.

Hacia 1649 comenzaron los descontentos franceses á proponer formales tratados de alianza en Bruselas, presentándose allí un mensajero del Parlamento de París, que ofreció que irían dos de sus Presidentes á firmar uno muy ventajoso para España, no bien el ejército de ésta se arrimase á la frontera.

jurisconsulto Antonio Gómez, favorable al mejor derecho á la corona de Francia de la infanta Isabel Clara Eugenia, por su madre Doña Isabel de Valois, fundándose, con efecto, en que la Ley Sálica, que tanto se ha pretendido después que regía en España, ni siquiera regía legalmente en Francia. Tal era, á no dudar, la opinión sincera de Felipe II y la de aquel jurista insigne. El volumen original se encuentra en la biblioteca del autor, y se titula *Libro contra la Ley Sálica de Francia y contra la pretensión de Henrico, intitulado Príncipe de Bearne, á aquel Reino*, por el doctor Antonio Gómez.

[1] *Colección de Documentos inéditos*, tomo LXXV, pág. 551.

París estaba á la sazón sitiado por el vencedor de Rocroy, heredado ya en el título de príncipe de Condé, que por de pronto era ardentísimo amigo de la Regente y Mazarino. Mas al siguiente año habían las cosas cambiado, de suerte que por un brioso arranque de carácter de Ana de Austria, aunque aconsejada por Mazarino, de los que fueron de desear á veces en nuestro D. Felipe, aquel propio Condé, su hermano el de Conti y su cuñado el duque de Longueville, fueron presos, en la Junta de gobierno á que sin recelo asistían, encerrándoseles en Vincennes, y luego en el Havre [1]. Al manifiesto con que dió cuenta la Regente de las razones en que fundaba su determinación, añadió un decreto cuatro meses después, ó sea en 16 de Mayo de 1650, declarando reos de *lesa majestad* á la duquesa de Longueville, al príncipe de Marsillac, al duque de Bouillon y al mariscal de Turena. Trece días antes de esto había por su parte dirigido Turena á la Regente, desde la fortaleza de Stenay, que ocupaba con algunas tropas rebeldes, una carta, en que con toda solemnidad le anunciaba su tratado con España; tratado en que ambas partes se comprometían á no dejar las armas

[1] *Les particularités de la detention des Princes de Condé et de Conty, et du Duc de Longueville* : París, le 25 Janvier, 1650.

de la mano hasta que Condé y sus compañeros fueran puestos en libertad, y se ajustase prontamente una paz que hiciera cesar el miserabilísimo estado á que, según ellos, tenía tan larga guerra reducida á Francia. Sea como quiera, el descontento con que nuestros vecinos soportaban los gastos de ella era indudable, y por otra parte Mazarino no aventajaba, en materia de Hacienda, á los Ministros españoles, pasando además por inmoral en su manejo, y no sin motivos ciertos, lejos de ostentarse tan desinteresado como Olivares ó D. Luis de Haro. Todo esto, y sus intimidades sospechosas con Ana de Austria, alentaron la ambición y la codicia de los Príncipes y magnates franceses, para emprender contra el nuevo Gobierno conjuraciones parecidas á las que logró ahogar en sangre Richelieu otras veces. Vióse á Turena y su cuerpo de ejército intitulado *de la libertad de los Príncipes*, marchar, juntamente entonces con el conde de Fuensaldaña, á conquistar para España plazas de Francia; pero escasos frutos recogió ésta de las campañas de aquel gran General, que fué, sin embargo, derrotado en una batalla por las tropas de la Regente. Puestos al fin en libertad los Príncipes por miedo del propio Mazarino, y emigrado éste volun-

tariamente durante algún tiempo, con él también se entablaron de nuestra parte tratos de paz, que, dada su situación, bien poco podían valer, no obstante el secreto favor que con la Reina mantenía; pero sin prescindir, en tanto, de los que se seguían con Condé, por breve plazo dueño de los destinos de Francia. Por todos caminos, en suma, procuraron aprovecharse de las circunstancias Felipe IV y sus Consejeros para obtener la deseada recuperación de los territorios perdidos. Mas no tardó en indisponerse de nuevo Condé con la Reina Regente, la cual en esta ocasión tuvo de su lado á Turena, por más que tan poco antes hubiese declarado en Stenay que su amistad con aquel Príncipe le imponía la rebelión por deber. Lidiaron ya entonces por vez primera los dos antiguos amigos á las puertas de París; y el resultado de todo fué que volviera Condé á tratar con España, y hasta que se refugiase con sus partidarios en los Países Bajos. No tratando aquí de historia de Francia, los antecedentes pormenores aún parecen sobrados; pero era imposible sin algunas explicaciones previas exponer con claridad los hechos militares que aquí han de hallar hueco todavía [1].

[1] Sobre las acusaciones de Francia á España respecto á la intervención de esta última en estas discordias civiles, pue-

Puesto aparte el precedente asunto, no puedo dejar de hacer tampoco ciertas breves consideraciones sobre el estado de la Milicia española en general, y con más particularidad en Flandes, durante los años que siguieron á la derrota de Rocroy. Todo esto hace á un tiempo falta para hacerse bien cargo de lo que seguirá después. Dejé más que en duda en las primeras ediciones de este estudio, que la infantería española de los últimos años de Felipe IV fuera digna de la de otras veces; pero no traté con la separación que ahora de la de Flandes, examinando sólo su general decaimiento, como el de todas las cosas á la sazón. Desgraciadamente parece verosímil cuanto respecto al desorden de las cosas militares en la Península por los tiempos posteriores á Rocroy, escribió *Van Aarsens de Sommerdyck* [1]. También es verdad,

de tenerse presente, entre otros muchos libros políticos de la época, el titulado *La France politique ou ses deseins exécutés et à exécuter sur le plan des passes projettés en pleine paix contre l'Espagne au Pays-Bas et ailleurs.— A Charleville*, 1672. — No hay en él nada de libelo. Es un tratado razonadísimo, por el cual se ve claro que por lo menos nada tenían que echarnos en cara respecto á aquel punto los franceses.

[1] Léese, bajo el epígrafe *Les Traitans font les levées des Gens de guerre*, lo siguiente: «On y voit entr'autres, quantité de Traitans, pour les levées de soldats, qui y sollicitent leur payement. Quand on veut monter de la Cavalerie, on mene tous

por ejemplo, que los particulares acomodados, con sólo reclutar una compañía buena ó mala en la Península, alcanzaban por acá en aquella época el empleo de capitanes, todavía tan ambicionado en los tercios de Italia y Flandes, lo cual da á entender á la par con qué género de soldados y oficiales se constituían los nuevos ejércitos. Refiere esto último, lamentándolo cuanto pedía el caso, *D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca*, en su obra intitulada *Después de Dios la primera obligación y glosa de órdenes militares*, llena de verídicas y útiles noticias [1]. Y, sin embargo, habíase ordenado de nuevo por entonces que no se

les chevaux a la Grande Place, qui est au devant du Palais et on leur coupe à chacun, une oreille. Par là, ils sont marquez, comme chevaux appartenan au Roy; et si le Cavalier, à qui on donne un de ceux la, le vend, ou qu'autrement, on le trouve entre les mains de quelqu'autre qui ne serve point le Roy, on peut le luy faire saisir et enlever, sans aucune forme de procez: il est vray que le Cavalier luy en coupe encore une autre et que l'ayant rendu parfait constant, il s'en accommode avec son Capitaine, qui, pour quelques *Piastres*, luy fait deposer devant le Commissaire, qu'il est mort, après quoy l'Officier, qui l'a dans son Escurie, le vend: et c'est, en ce temps, l'un des plus grands profits, que font les Capitaines de Cavalerie en Catalogne, à ce que m'en a dit un, qui venoit d'y servir».

(Van Aarsens de Sommerdyck: *Voyage d'Espagne, curieux, historique et politique, fait en l'année 1655.*—S. L. 1666, p. 55.)

[1] Impresa en Nápoles en 1681.

alistase soldado que no fuera voluntario, prohibiendo á los tratantes ó contratistas que los cogiesen al vuelo, y que se les condujera con esposas y grillos á servir sin obligación [1]. Mas, entretanto, lejos de apellidarse *Guzmanes* como en lo antiguo á los simples mosqueteros, por sus bríos y bizarrías, y por haber tanta gente hidalga metida en los tercios, llegaron días en que con este nombre conociese por befa la Corte á los ingeniosos caballeros de industria, pretendientes, mendigos ó vagos, que componían la turba innoble, cuyo único empleo consistía en murmurar por los *mentideros*, ó poblar los *Corrales*, ya aplaudiendo, ya silbando comedias. Debió de dar origen á aquella acepción singular, el que los mosqueteros pasaron siempre por los más murmuradores de los soldados, según se deduce de ciertas observaciones de Dávila Orejón; pero era señal clara de poca estima emplear por apodo, y en gentes tales, nombre tan respetado otras veces. La frase misma de *infantería española* no servía ya tan sólo para designar los tercios armados; antes era injuriosa frase que á los dichos mosqueteros de teatro se aplicaba asimismo en común. No sin deplorar ya todo

[1] *Memorial histórico.*—Cartas de jesuítas, tomo XVII.

esto, desde la primera edición del presente trabajo indiqué, y me he confirmado mucho más después, en que la distancia y dificultad del viaje á Flandes, que tantos inconvenientes ocasionaba, mantenía mejor la disciplina antigua, por lo cual conservaron allí siempre nuestros tercios muy honrosa reputación.

Las más de las reclutas ó banderas, durante el siglo XVI, y aun el primer tercio del siguiente, se dirigían á Italia, como se ve en varias consultas de la época del Consejo de Estado, yendo sólo por Lisboa á Flandes los *bisoños* de Portugal, y por la Coruña algunos de los de España, con no pocos peligros ya. «En los pasajes que se han hecho en tiempo de guerra», decía á 6 de Octubre de 1622 el Consejo [1], «siempre ha habido gran dificultad, como se vió en las que llevaron los generales Pedro de Zubiaurre y Martín de Bretendona, con estar entonces Calais por España». De aquí el que se prefiriesen largo tiempo los transportes por el Mediterráneo, libre de enemigos marítimos, hasta que, con motivo del final rompimiento entre Francia y España, crearon nuestros vecinos

[1] Extracto de Consultas del Consejo de Estado. Manuscrito de letra de D. Eugenio Llaguno y Amirola, que posee el señor Gayangos.

la marina militar, que hasta allí no tuvieron. Antes de esto salían ordinariamente de nuestra costa de Levante los bisoños, desembarcando en el Final, ó cualquier puerto amigo de Italia, y comenzaban por rehenchir los tercios de Nápoles, Sicilia ó Lombardía, hasta que se les destinaba á Alemania y Flandes. Pasaron así en tercios formados, y *viejos*, los primeros que condujo el gran duque de Alba, y luego los que el Cardenal-Infante llevó consigo, atravesando por tierra unos y otros las provincias imperiales católicas, tan seguras y favorables como las nuestras mismas para el caso. Al salir unos, reorganizábanse en Italia otros tercios, para que quedasen allí con sus antiguos nombres de Lombardía, Sicilia ó Nápoles, y éstos eran los que sucesivamente se nutrían con soldados *bisognos* (bisoños, en castellano), bien socorridos desde el principio, y luego bien armados, instruidos y disciplinados. De esta manera, cuando se disponía por acaso de ellos para otras tierras, no eran indignos de figurar entre los mejores. Sábese que Marcos de Isaba, en su *Cuerpo enfermo de la Milicia española*, puso ya, á fines del siglo XVI, ciertas tachas en los tercios de Nápoles y Lombardía, y que de este último no hubo siempre

satisfacción completa durante la guerra de Saboya; mas ello es que de Milán sacó aún Idiáquez el inmortal tercio con que peleó en Nördlingen. El autor de *Estebanillo Gonzalez* [1], que debió de asistir á aquella batalla, por lo que refiere de ella, habló ya por este tiempo de la rapacidad de los capitanes y aun también de los Maestres de Campo, que solían tener muchos menos soldados que el Rey pagaba; y es bien creíble, como lo que Sommerdyck dijo, pues que la Administración española, en ningún tiempo buena, por los días de Felipe IV en todo llegó á ser espantosa. Pero lo peor que ocurrió fué que el camino por Italia y Alemania dejara de ser practicable, no mucho después de comenzada la guerra con Francia,

[1] *Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor*: Amberes, 1646, pág. 130. Pudiera hacer interminable esta obra con las citas que prueban la mala administración del ejército, no sólo en la época á que las presentes páginas se refieren, sino durante los tiempos de nuestra mayor gloria militar. Más que nadie se lamentó ya Marcos de Isaba, según queda dicho, de esta dañosa administración, y en particular de la del tercio *viejo* de Lombardía, que fué el primero que flaqueó algo en la guerra. En especial los llamados *Santelmos*, ó soldados supuestos, fueron desde muy antiguo conocidos en nuestra Milicia, como pienso que en otras, porque en el libro antes citado de Francisco Patrizi, que no trata en particular de la española, se habla de la desigualdad de las formaciones por tal causa.

porque, obligados á evacuar casi del todo el Palatinado y la Alsacia, y desconcertados cada día más los asuntos del Imperio, nuestro aliado, se hicieron extremas las dificultades del paso. Por los años de 1637 á 1640, ni los italianos mismos, en general napolitanos, que para Flandes se reclutaban, podían ya trasladarse allá sino embarcándolos primero con dirección á los Alfaques ó Cartagena, de donde por tierra, y á cortas jornadas, se les traía á la Coruña ú otro puerto del Norte de España, entregándolos sin remedio después al riesgo de tropezar en el Océano con los bajeles de guerra franceses y holandeses. Estos eran, no obstante, los menos temibles, por llevar la afición al tráfico á tal punto, que con facilidad se prestaban sus buques mercantes á contratar la conducción, por el Mediterráneo hasta nuestras costas de Levante, de los reclutas de Italia, no obstante la guerra en que estábamos. Donde no osaban hacer semejante servicio era en el Océano; pero ni siquiera interrumpían, por lo común, la navegación acechando las flotas de América, no recordándose otra empresa de tal índole que una del corsario Pedro Petrín en 1628, la cual nos privó de tamaños caudales, que muchos años después contaba el economista Antonio de Alossa este suceso por una

de las mayores desdichas de la Nación [1]. El motivo de que la marina holandesa no nos molestase con más frecuencia consistió, al decir de Van Aarsens de Sommerdyck principalmente, en que los negociantes de aquella Nación anteponían el libre comercio á todo y solían estar tan interesados en la navegación de Indias como los españoles mismos. No estaban en igual caso los franceses, y, desde que tuvieron marina militar, aquellos reclutas procedentes de nuestra Península ó la de Italia, que en sus constantes viajes de ida y vuelta no bastaban á transportar las armadas de Flandes y del Océano, tenían que ir á su destino en barcos ingleses, costosa, pero no difícilmente fletados, porque ellos navegaban sin obstáculo alguno en ambos mares. Facilitaron este medio de transporte las relaciones de Inglaterra con España, en la última parte del reinado de Carlos I, y hasta el rompimiento de Cromwell, muy cordiales. De todo esto se halla suficiente noticia, entre otras partes, en la colección de cartas del Conde-Duque al Cardenal-Infante, que hay en Toledo [2]; siendo muchos los do-

[1] Exhortación al Estado Eclesiástico para que con voluntario donativo socorra los ejércitos de España: Madrid, 1655.

[2] Está citada ya en muchos lugares diversos. Véase, sobre todo, la carta de 19 de Marzo de 1639.

cumentos que prueban que, hasta la guerra con la República inglesa, ni nuestras comunicaciones por mar con Flandes, ni nuestras flotas de Indias, padecieron interrupciones constantes. La correspondencia que acaba de citarse muestra asimismo que durante el primer período de lucha con Francia, no cesaron de enviarse, á pesar de ella, reclutas á Flandes desde la Coruña, por el celo del Conde-Duque, que no escaseó jamás los hombres que se le pedian, hasta el punto de decir él mismo que los españoles parecían ya alemanes, según el número de los que se enganchaban para soldados. Grande exageración era esto; pero no hay duda que por aquellos años, quizá á causa de la mayor miseria originada por el exceso de los impuestos, y sobre todo del de consumos, lo mismo castellanos que aragoneses, andaluces, y hasta canarios, pasaban con más facilidad que otras veces á aquellas tierras remotas, y con mucha mejor voluntad, según todos los indicios, que á las fronteras vecinas de Portugal y Francia[1].

[1] Véase lo que sobre esto último dice también Van Aarsens de Sommerdyck, bajo la siguiente rúbrica: «*Qu'il est difficile aux espagnols de conserver des troups en Catalogne.*—On a beaucoup de peine, non seulement d'assembler du monde, pour la Catalogne, mais encore de l'y conserver quand on l'y a mené. Comme

Probablemente persistía algo la creencia antigua de que allá lejos se llevaba gran vida y se hacía más fortuna. Una vez allí, se hacía á los Generales cargo, al computar la fuerza con que operaban, del número de españoles principalmente, reputando de mucha menos monta, aunque figurasen en muy superior número, los soldados flamencos y alemanes; cosa que siempre justificó la experiencia. ¿En qué consistía esto, cuando tan menguada andaba la profesión de la milicia en la Península? Pues no pudo consistir sino en lo que se llamaba *disciplina de Flandes*, duro y estrecho molde, nunca muy quebrantado. Los cuadros de aquellos tercios conservaban por tradición un espíritu,

c'est un pays, où les soldats pâtissent beaucoup, deux inconveniens font, qu'ils n'y subsistent guères; l'un, qu'ils y périssent bientôt, et, sur tout, les *valons*, *flamans* et *allemans*; l'autre, qu'ils n'y sont pas, qu'ils se debandent et taschent de se sauver, sur tout, les *castillans* et les *napolitains*: ceux cy, passant par la *France*, se rendent à l'armée, où ils ont encore quelque escu du Général, et retournent en leur pays: ceux là, en font autant, et costoyant les *Pirénées*, le long du *Languedoc*, rentrent dans la *Castille* par la *Navarre* ou par la *Bizcaye*. Si l'on prend de vieux soldats, de quelque nation qu'ils soient, on est asseuré, qu'ils connoissent le pays, et qu'ils joueront le tour: et *si l'on en prend de nouveaux, outre qu'ils ne valent gueres*, ils n'y durent pas long temps, n'estans pas accoustumez au pays».

(*Voyage d'Espagne, curieux, historique et politique, fait en l'année 1655.*—S. L. 1666, pág. 67.)

que aun á los nuevos, si allí se creaban, y con más razón á los bisoños de la Península, incorporados con *gente vieja*, aunque no pasaran por Italia ni se mezclasen antes con la veterana tropa de Nápoles ó Lombardía, los convertía en soldados tan excelentes como los demás. Tal fué, repito, la causa de que no se notase ningún decaimiento en ellos durante tan largo plazo; que si por ventura se advirtió alguno después de Rocroy, y sobre todo en los últimos días de nuestra dominación en los Países Bajos, por lo menos conservaron siempre, tanto como los de cualquiera otra Nación, la honra de sus propias banderas.

En el ínterin, ya está dicho: durante todo el tiempo que permaneció en el Gobierno el Conde-Duque, el hecho fué que ni la rebelión de Portugal ni aun la de Cataluña impidieron remitir reclutas á aquellos tercios en suficiente número. Tampoco faltaron después los indispensables, hasta que, coligados Mazarino y Cromwell, cual se ha expuesto en otro lugar, presentáronse las escuadras inglesas sobre las costas de Flandes para impedir el arribo de los socorros de España. Todavía, por tanto, en los días de la batalla de Lens, que he de describir pronto, debían de estar nuestros tercios completos,

júzgando por la confianza que al archiduque Leopoldo le inspiraron; pero al tiempo de la de las Dunas de Dunquerque, que más tarde referiré asimismo, hallábanse muy en cuadro, porque ya no llegaban reclutas ningunos de la Coruña, ó de San Sebastián, desde donde se procuró también enviarlos [1]. Por entonces, á la par, la falta de pagas y la miseria de nuestros soldados habían llegado al colmo. Casi desnudos y hambrientos [2], demandábanseles todavía mayores pruebas de sufrimiento y resignación que de valor. No obstante lo poco que en achaque de Hacienda entendía Olivares, de lo que el Consejo respectivo dificultó su acción, parece increíble la afortunada constancia con que logró por su parte el Conde-Duque librar pagas y recursos desde 1635 á 1641, según demuestra la correspondencia con el Cardenal-Infante, frecuentemente citada [3]. Pero los incomparables aprietos de la Península después de las sublevaciones de Cataluña y Portugal, y por último el rompimiento con In-

[1] Véase sobre la falta de reclutas y de efectivos en aquellos tercios el nuevo libro intitulado *Cromwell et Mazarin, Deux campagnes de Turenne en Flandre*, por el teniente coronel Jules Bourelly: París, 1886, lib. II, cap. VI.

[2] La propia obra.

[3] No cabe citar para esto cartas especiales: hay que ver la colección entera.

glaterra, que tanto empeció el arribo de las flotas, como nunca empobrecieron el Tesoro Real, reduciendo los tercios de Flandes, por conclusión, á vivir casi exclusivamente á costa de aquellas provincias, muy *españolizadas*, pero que andaban ellas mismas con tantos años de lucha bien exhaustas. Sus hombres de negocios fueron llegando al punto de no poder prestarse, como por larguísimo plazo se prestaron, á anticipar gruesas sumas de dinero sobre los futuros tesoros de las flotas. Ni se vieron, con todo, estas cosas en el irresistible extremo que después, durante el gobierno del archiduque Leopoldo; que todavía hicieron por entonces los pueblos belgas, cada día más católicos, por no caer en manos de los holandeses heréticos ó de sus vecinos de Francia, bastantes donativos y cuantos sacrificios les fué posible humanamente, enviándose también de la Península las pocas ó muchas pagas que sus estrecheces permitieron. Mas en el período en que tuvo los Países Bajos á su cargo el segundo Don Juan de Austria, y una vez realizada la funesta alianza de Inglaterra y Francia contra España, la carencia de dinero llegó al más desesperado punto que imaginar cabe.

En el interin, y aparte de los innumerables sitios, defensas, socorros y reencuen-

tros de que siempre las campañas de Flandes estuvieron llenas, diéronse aún allí, reinando Felipe IV, tres batallas muy sangrientas, la de Lens, la de Valenciennes y la de las Dunas de Dunquerque, que, en demostración de lo que dejo dicho respecto al período último de aquellos tercios, propóngome contar también. Poseo de la primera los partes oficiales que al Rey dieron el archiduque Leopoldo y el conde de Fuensaldaña, D. Luis Pérez de Vivero [1]; una relación española de la colección de *Documentos inéditos,* y otra francesa contemporánea, sin contar con las noticias de Dávila Orejón. De la que se dió para socorrer á Valenciennes, escasos datos poseo, porque no ha llegado á mis manos ningún puntual relato de la época. Mas por lo que hace á la de las Dunas, permítenme hablar con conocimiento bastante, aunque me falten documentos nacionales, primeramente, un libro que publicó no ha mucho en Francia el teniente coronel Jules Bourelly, con curiosos planos, bajo el título de *Dos campañas de Turena en Flandes* [2], en el que inserta como apéndice cierta memoria sobre el suceso, de

[1] Archivo general de Simancas.—Estado.—Legajo 2.068.

[2] *Cromwell et Mazarin, Deux campagnes de Turenne en Flandre:* Paris, 1886.

un testigo, el ingeniero francés M. Clerville; después, las Memorias del duque de York, que con el nombre de Jacobo II fué rey de Inglaterra, y que en persona asistió á la jornada; sirviéndome también algo, por último, la colección intitulada *Les batailles mémorables des françois*. Y harto siento no valerme, por no haber llegado á mi poder aún, de las descripciones, seguramente muy interesantes, de las tres batallas mencionadas, que debe tener ya hechas el duque de Aumale en la continuación de su *Historia de los Príncipes de Condé*.

XVIII

Corriendo el año de 1648, era el archiduque Leopoldo, como venía anunciado ya, quien gobernaba los Países Bajos, el mismo que puso fin á la interinidad de D. Francisco de Melo; desempeñando las funciones que á éste se confirieron primero cerca de su persona el conde de Fuensaldaña. Nuestro único aliado era allí á la sazón el duque de Lorena, que aunque desposeído de sus Estados por Francia muchos años hacía, conservaba aún su ejército, sirviendo con él á quien le traía más cuenta, y costando su alquiler á España

gruesas sumas. Por de contado, que desde el principio dudó de él, como del príncipe Tomás, el buen infante D. Fernando, y con harta razón, porque si ambos eran soldados valientes, sobre todo el de Lorena, ni del uno ni del otro se podía fiar, justificando tales conceptos la deserción final del uno, y el haber tenido que prender por fin al último, encerrándole en el Alcázar de Toledo hasta la conclusión de la paz de los Pirineos. No he de referir aquí los incidentes varios de la campaña de 1648, ya que tampoco he referido los de ninguna otra por entero, limitándome á observar que el Archiduque llevaba muy bien la de aquel año, pues que forzó la ciudad y ciudadela de Courtray, casi á los ojos del antiguo duque de Anghien, príncipe ya de Condé, mientras los franceses que quisieron sorprender á Ostende quedaron derrotados y casi todos prisioneros. La toma de Furnes, casi á su vista también, fué para Condé, brazo derecho aún de la regente Ana de Austria y de su ministro Mazarino, una nueva humillación. Demás de esto, la gran *Fronda*, la de Burdeos y París, la que en la historia personifica el famoso coadjutor Gondi, estaba en sus principios todavía, prometiendo mucho más que dió de sí á los naturales enemigos de Francia.

Alentado con progresos y esperanzas tales, marchó el Archiduque sobre Lents ó Lens, pequeña ciudad del Artois, situada en una eminencia entre Arras y la Bassée, y antes que pudiera socorrerla Condé, ocupó la población y su castillo en la noche del 16 de Agosto del referido año. Llevaba el Archiduque al lado, como capacidades militares, al conde de Fuensaldaña en primer lugar, á Beck y al conde de Bucquoy, todos tres por diversas causas ausentes de Rocroy. Al amanecer del siguiente día llegó Condé, y ambos ejércitos se formaron ya en batalla; pero colocado el del Archiduque en posición tan ventajosa, que el primero resolvió emprender la retirada, sin pelear, después de algún cañoneo. Inicióla, con efecto, el día 20, una hora antes del alba, y la caballería del duque de Lorena, con algunas mangas de arcabuceros, salieron de nuestras líneas tras él, atacando la retaguardia francesa con gran fortuna, porque la deshicieron totalmente, tomándole los estandartes y banderas, y muchos prisioneros. Siguiendo, aunque no estaba presente, los *fantásticos dictámenes* del Duque (como dice Dávila Orejón, que en aquella batalla se halló también), empeñáronse de tal modo en la persecución sus escuadrones, que forzaron al

Archiduque á dejar nuestras posiciones ventajosas, por no abandonarlos, resolviéndose á entrar en formal combate, cosa que el conde de Fuensaldaña, según le dijo al Rey en su parte oficial, contrarió hasta donde pudo. Púsose, pues, precipitadamente en marcha todo el ejército español, y Condé, que, no obstante su descalabro, había así conseguido sacar á los nuestros de sus posiciones, poquísimo tardó en volver cara. Iba por la diestra el ejército del Archiduque y por la izquierda el del duque de Lorena. Al dar frente al enemigo, tomó el mando de nuestra ala derecha el conde de Bucquoy [1], á cuya ausencia en Rocroy se atribuyó por muchos la derrota de la caballería de Flandes; de nuestra izquierda, compuesta de tropas lorenesas, se encargó el conde de Fuensaldaña, por no querer obedecer sus Generales al barón de Beck, á causa, sin duda, de las sabidas cuestiones de categoría [2]; en el centro, ó cuerpo de batalla, asistió el archiduque Leopoldo en persona, con el dicho Beck, que por este mando cambió el que primero se le había señalado. Como siempre, se destinó la

[1] *Batailles memorables des françois*: tomo II, batalla de Lens.

[2] Carta del conde de Fuensaldaña á S. M., con la relación de la batalla que se tuvo junto á Lens.—Archivo de Simancas — Estado.—Legajo 2,068.

caballería á las alas, y toda nuestra infantería se dirigió á ocupar el centro. El comienzo de esta batalla había sido tan desastroso para los franceses, que, según la larga relación publicada en París, que tengo á la vista, Condé, que con su ordinaria bravura se había adelantado al frente de alguna caballería escogida sobre la nuestra, vió súbitamente desbandados á los suyos en derredor, teniendo él mismo, abandonado y atropellado, que ponerse en fuga, porque, como la relación dice, «*ne pût prendre luy mêsme autre party que celuy de la seureté*». Pero, rehaciéndose al abrigo de su infantería y de su reserva, pronto volvió Anghien á embestir de nuevo á los nuestros. Tomó, según costumbre, la dirección de su ala derecha, confió la de su izquierda al mariscal de Grammont, compuestas ambas de solo caballería, y al mando del duque de Châtillon colocó su infantería y artillería sobre el centro, formado en dos líneas. Conforme solía, constituyó también una fuerte reserva bajo el mando del general alemán Erlac, porque en bastante parte se componía su ejército de soldados de aquella Nación, reliquia de la gente de Weimar, comprados ó asalariados por Francia. Antes de dar la señal de ataque, recomendó Condé á sus tropas que guardasen las

distancias y los intervalos, que la caballería se encontrase siempre con la infantería en línea recta, tal como Vincart dice que marcharon en Rocroy, que esta última dejase al enemigo disparar primero, y marchase aquélla al paso; todo esto para que constantemente se apoyasen entre sí las armas diversas. Cuanto le quedó por hacer en Rocroy á Melo, lo hizo, por tanto, en Lens Condé: primero, rehacer su caballería desbandada al abrigo de su infantería del centro y de su reserva; segundo, ordenar sus tropas de modo que ni por un instante dejaran de apoyarse infantería y caballería; tercero, y aun mejor, adelantarse en todo al enemigo.

Porque, entretanto, como el Archiduque había abandonado sus ventajosas posiciones para seguir la retirada del ejército francés, cuando mandó arremeter Condé no estaba aún del todo colocado nuestro ejército en el nuevo orden de batalla. «*Le Prince estoit prest, l'Archiduc ne l'estoit pas*», dice la citada narración francesa[1]. Más explícito toda-

[1] No tiene lugar, ni año de impresión, ni más que este título: «*La bataille de Lens*»; pero su contexto da á entender que fué publicada por persona muy enterada y acaso oficial. El autor fué, casi de seguro, el mismo de *Les particularités de la detention des Princes*, etc.

vía el autor de la relación española, nos dice que logró aquél la ocasión que le ofreciera «el no estar nuestro ejército en batalla, embistiéndole á tiempo que la caballería se abría hacia los dos costados para meter la infantería en el medio». Fácil es hacerse cargo de la peligrosísima situación en que se encontró nuestro ejército desde entonces [1]. Omitiendo esta circunstancia esencial, díjole literalmente al Rey el conde de Fuensaldaña en su carta oficial, que «de nuestra parte se empezó también á pelear, pero con desigual suceso, porque la caballería lorenesa rechazó la del enemigo hasta ponerla en confusión, y la de S. M. (ó sea la de España), menos cuatro ó cinco escuadrones que pelearon, *sin llegar á ver al enemigo se puso toda en huida*, no habiendo sido posible detenerla todos los Cabos, ni la autoridad de S. A., que, con riesgo grande de su persona, se puso delante de ella [2]». Vese, pues, que, callando sus propias faltas, echaban siempre toda la culpa de las derrotas nuestros Generales á la caballería. Aunque fuera verdad que no hubiese mejorado nada ésta desde que la pintó Melo con tan ne-

[1] *Relación de lo sucedido en Flandes desde 1648 hasta 1653.* —*Colección de Documentos inéditos*, tomo LXXV, pág. 551.

[2] Véase la carta oficial anteriormente citada.

gros colores en Rocroy, el cambio de posición fué imprudentísimo delante de un enemigo de la actividad y la audacia de Condé. Apenas se comprende tampoco que, puesto éste en fuga, con lo mejor de su caballería deshecha, y teniendo además que convertir su marcha en retirada en orden de batalla, estuviera pronto antes que el Archiduque para pelear. Fuensaldaña comprendía bien esto, y por lo mismo, sin duda, puso cuidado en advertirle al Rey que había sido de opinión contraria al movimiento. Dávila Orejón nos pinta también al Archiduque arrastrado por el empuje que había tomado ya, persiguiendo al enemigo, la caballería de Lorena, para excusar, por su lado, el desacierto. De todos modos, y pecara quien pecara, mayores no pudieron ser ni el error ni la desdicha. Por lo demás, demostróse allí cuán fácilmente huía la caballería de todos los ejércitos por aquellos años, lo propio la que estaba bien que la que estaba mal organizada, sin ensangrentar mucho los combates. Cuando le tocó desbandarse á la de España en Lens, avanzó la infantería del enemigo por el centro, y «saliendo á recibirla la primera hilera de la nuestra», continúa diciendo en su parte Fuensaldaña, «derrotó á la contraria, ganándole su artillería y volviéndola contra

su campo». Con igual ventaja pelearon aún por nuestra izquierda los loreneses, hasta que, llamada la reserva francesa por Condé, y animada por su voz y su ejemplo, cayó sobre ellos y los arrolló definitivamente, después de haberse rehecho antes dos veces, sin que acertasen á contener su final fuga el conde de Fuensaldaña, que andaba con ellos, ni su propio General, el príncipe de Salm. En el ínterin, Bucquoy, que había empezado más tarde la batalla por nuestra ala derecha, después de pelear con igualdad bastante tiempo, manteniendo dudosa la victoria, fué también vencido por el mariscal de Grammont, que mandaba la izquierda francesa. Volvieron, pues, á quedar solos los tercios españoles, como en Rocroy; pero una parte de ellos se puso en retirada á tiempo y llegó en salvo á Lens, donde hizo alto. La otra parte, circundada de modo idéntico que en Rocroy por todo el ejército enemigo, tuvo que rendirse. Fuensaldaña consiguió todavía reorganizar alguna caballería lorenesa, cubriendo con ella la retirada del Archiduque y de parte del ejército. Beck, que por su lado caminaba hacia Arras, fué alcanzado por una partida enemiga, y defendiéndose con su bien probado valor, quedó herido y preso, muriendo á los pocos días «de

disgusto más que de las heridas», á juicio del conde de Fuensaldaña. «Ha perdido V. M. en él», añadía el Conde, «un gran soldado y un muy buen vasallo, y sus servicios son muy dignos de que V. M. los honre, haciendo merced á su hijo». Donde se ve que no había desmerecido Beck nada á los ojos de los españoles por su tardanza en llegar á Rocroy, ni aun por su inacción después. Con todo: si era hombre para morir de disgusto por una derrota, mejor habría empleado aquella sensibilidad honrosa que en Lens, donde hizo al fin y al cabo cuanto pudo, allá por las vecindades de Rocroy, donde tanto tiempo dejó abandonados á nuestros tercios infelices, sin correr el menor peligro por favorecerlos. Este Beck, desde el humilde oficio de peatón ó postillón, había llegado á ser Maestre de Campo General por sus méritos, y sobre él corre, por cierto, una donosa y bien conocida anécdota. Haciendo marchar aceleradamente á sus tropas un día, oyó que algún prócer que con él servía, murmuraba estas palabras por detrás: «Como quien nos gobierna está hecho á caminar tan de prisa, quiere que así le sigamos todos». Á lo que sin alterarse respondió el Barón: «Tan verdad es eso, señor Duque, como que, á haber sido vos cual yo

correo, continuaríais siéndolo ahora[1]». De cinco mil quinientos infantes del Archiduque y tres mil del duque de Lorena, no se lograron reunir después de la batalla de Lens sino cinco mil, lo cual elevó la pérdida de esta arma, única que peleó de veras, á tres mil quinientos hombres.

Al rendir cuentas el Archiduque al Rey de aquel mal suceso, díjole que cuando empeñó la batalla «tenía por seguro darle el mayor día que en muchos años se había alcanzado, porque la disposición y el valor de la infantería no podía ser mejor[2]». La referida relación francesa, á propósito de esto mismo, añade que «las dos alas victoriosas del Príncipe y del mariscal Grammont se dieron las manos á espaldas de la *batalla* ó centro de nuestro ejército, *que no se componía más que de infantería*, y que después de tomar toda su caballería la fuga, *aquellos pobres infantes abandonados se hallan concentrado* en solo un escuadrón, estrechando sus hileras y sus filas». Todo idéntico á lo que aconteció en Rocroy. Como allí, aguardaron nuestros infantes también la primera carga

[1] *D. Bernardino Fernández de Velasco, duque de Frías.—Deleite de la discreción:* Madrid, 1743.

[2] Esta carta está también en el Legajo de Simancas anteriormente citado.

de los jinetes, que fué rechazada; pero, *rodeados por toda la caballería francesa,* no prolongaron tanto la resistencia inútil, cuanto sus antecesores, y, ó se retiraron, ó se rindieron. De la caballería escribió en cambio Fuensaldaña, por resumen de todo, que «el conocimiento en que se hallaba de lo poco que había que fiar en ella, le había hecho estar siempre más recatado que parecía convenir, según las razones políticas y militares, en poner en semejantes trabajos á aquel ejército». Componíase, por de contado, casi toda de alemanes y walones, aunque la referida relación francesa hable también de fuerzas *de las Órdenes Militares,* lo cual hace suponer que de las compañías que se organizaron con este título para Cataluña tiempo antes, se enviaron algunos trozos á Flandes. Consultado, como de costumbre, el Consejo de Estado sobre lo que había de ordenarse después de la derrota, opinó que «se hiciese un castigo grande, y que fuese ejemplar, en los Capitanes que faltaron á su obligación y en todos cuantos resultasen culpados». No sé, sin embargo, que de todo cuanto ya tenía propuesto sobre la caballería D. Francisco de Melo, se realizase más á la postre que la creación de Maestres de Campo para aquella arma, de igual modo

que los había en la infantería, viéndose por eso aún en las iglesias de Bélgica notables sepulcros de personas revestidas de esta nueva categoría militar.

Dos años después de dicha batalla tuvieron lugar, como se sabe, la prisión de los Príncipes en París, la rebelión de Turena y los tratados del archiduque Leopoldo con aquél y con el gran Condé y sus deudos. De las campañas que, aprovechando tales circunstancias, hizo por entonces Fuensaldaña, aunque hábiles y útiles, porque algo recobramos de lo perdido, no hay que hablar aquí, dado que no aconteció ningún hecho que importe á la historia de los *tercios viejos*. Comenzaré á tratar, por tanto, sin demora, del gobierno de D. Juan de Austria y del pase á nuestro campo del vencedor de Rocroy y Lens, que, si bien no muy grande [1], nos pro-

[1] «Dispara», decía burlescamente Quevedo, «el Rey de Francia por batería todo su linaje con achaque de malcontentos, para que en sueldos, socorros y gastos, los españoles consuman las consignaciones de los ejércitos». Casi lo mismo que esto expuso muy en serio Antonio de Aiossa en su curioso libro citado antes: «Las fugas de personas Reales francesas, ó de su devoción, y el hospedaje tan liberal con que los recibió nuestro Rey Felipe IV, ya en Flandes, ya en España, y los gastos que se hicieron con el Príncipe de Gales, ocasionaron empeños tan grandes, que bastarían hoy á sustentar ejércitos». Se ve, pues, que los servicios de los malcontentos franceses en común eran de los que á muchos les parecían caros.

porcionó siempre alguna ventaja. No sin padecer antes en la mar largos azares, llegó á Flandes D. Juan, y para aconsejarle en el mando militar se destinó al marqués de Caracena, D. Luis de Benavides, yendo el conde de Fuensaldaña á Milán. Dieron los nuevos caudillos, acompañados de Condé, comienzo excelente á sus operaciones. Por Julio de 1656 sitiaban los mariscales de Turena y de La-Fertè la gran plaza de Valenciennes con un ejército de treinta mil hombres y mucha y buena artillería. Defendíala D. Francisco de Meneses, su Gobernador, con singular esfuerzo, por manera que los enemigos no adelantaban un paso. Sin embargo, Don Juan de Austria, con Caracena y Condé, determinaron socorrerla, y lo ejecutaron felicísimamente. Tenían divididos los Mariscales franceses sus cuarteles por lo ancho del río Escalda, que baña la ciudad, ocupando ambas orillas para estrechar el cerco por todos lados. Rompió previamente D. Juan las exclusas de Bouchain, inundándose las dos riberas del río, hasta el punto que no era posible andar por lo más de ellas. En el ínterin, aquél y sus tenientes encaminaron las tropas, por el terreno que quedó en seco, hacia el cuartel del mariscal La-Fertè, y llegados á su vista, después de media noche, lo

embistieron sin vacilar, arrollándolo todo en un instante por tal estilo, que fué total la dispersión de aquel cuerpo enemigo. El marqués de Caracena alcanzó la gloria de ser el primero que plantase la bandera de una de las compañías españolas, que, como siempre, llevaban la vanguardia, sobre las trincheras francesas. No pudo prestar Turena á su compañero ningún socorro, porque de modo alguno consentía la inundación el paso de infantes y caballos de una á otra parte del Escalda, y nada se salvó así del cuerpo de La-Fertè. Quedaron de él siete mil cadáveres en el campo y cuatro mil prisioneros, entre los cuales se contaban el propio Mariscal, con sesenta y siete jefes de menor cuenta, todo el bagaje, artillería y banderas. El mariscal de Turena tuvo que alzar desesperado el cerco y retirarse, aunque en buena ordenanza. Durante el período de rivalidad de él y Condé, fué aquélla la vez única en que se halló el último entre los vencedores.

Con nuevos aliados, como Condé, contamos para la batalla de las Dunas de Dunquerque. Unidos Mazarino y Cromwell al fin, y convenido entre los dos Gobiernos que adquirirían juntos para el segundo la gran plaza marítima de Dunquerque, no mucho

antes reconquistada por los españoles, marchó inopinadamente Turena á sitiarla, secundado por un cuerpo de infantería y una escuadra de Inglaterra. El pretendiente á su corona, Carlos II, que había hasta allí fluctuado entre Francia y España, púsose naturalmente entonces de nuestra parte con todos cuantos le quedaban fieles, concertando con D. Juan, en Bruselas, que el duque de York, que fué luego Jacobo II, y el de Glocester, sus hermanos, se incorporarían á nuestro campo con los regimientos realistas británicos. Al saber el embestimiento de Dunquerque, tan por sorpresa ejecutado, no se pensó más, por D. Juan, Caracena, Condé y Yorck, que en acudir apresuradamente al socorro de tan importante plaza, socorro en que miraban empeñados los varios intereses y el honor de todos. Enfrente, cual se ha dicho, teníamos al mariscal de Turena con sus veteranos regimientos, el corto pero excelente cuerpo de tropas inglesas, y los poderosos bajeles de la propia Nación. Ninguna batalla tan singular se ha dado nunca: franceses contra franceses; ingleses contra ingleses; alemanes, como siempre, contra alemanes: de suerte que tan sólo la infantería española, con su compañera italiana y walona, pelearon con enemigos naturales.

Á D. Juan de Austria lo acompañaba el marqués de Caracena, como era de rigor, llevando, por otra parte, de Maestre de Campo General á D. Esteban de Gamarra, nacido en los Países Bajos, aunque de apellido español, hombre de largos servicios en paz y guerra. El príncipe de Condé tuvo á su lado momentáneamente al mariscal de Hocquincourt, herido de muerte en un reconocimiento, la misma víspera de la batalla. Á 13 de Junio de 1658 ocupó el ejército de socorro una serie de dunas ó colinas de arena poco lejanas de Dunquerque, con ánimo de atacar á los franceses dentro de sus líneas de circunvalación. Pero Turena, aleccionado con el ejemplo de Valenciennes, no quiso esperar, prefiriendo combatir á campo raso, donde no embarazasen los movimientos sus propios trabajos de sitio, fuera de los accidentes de un terreno que no le convenía para el caso. Marchó, pues, resueltamente, al amanecer del siguiente día, sobre nuestras líneas, llevando consigo algunos cañones de campaña, y apoyando hacia el mar su izquierda en las fragatas de la escuadra inglesa. No contando D. Juan, Caracena ni Gamarra con determinación tan rápida, dejaron salir á forrajear tranquilamente aquella mañana su caballería, cosa de

que los culpó más tarde el duque de York; pero la verdad es que cualquiera de los Generales de tropas extranjeras poseía bastante autoridad propia para haber mantenido sus propios jinetes á mano, recelando el ataque, y que no parece que ninguno los retuviera. Sea como quiera, el disparate se cometió, y, llegado el instante de la acción, de ocho mil caballos con que contaba aquel ejército, se hallaron cuatro mil entre todos, perdiéndose así la gran superioridad que en dicha arma alcanzábamos.

La posición del ejército de socorro distaba también de ser buena, como al principio sus Generales juzgaron. Aunque las colinas ó dunas ocupadas fueran bastante altas, hasta el punto de elevarse ciento cincuenta pies la que les tocó defender á los españoles, y con dos lados inaccesibles (todo ateniéndonos á las noticias de Clerville en su ya citada *Memoria*), lo cierto es que resultaba de flanqueo muy fácil por la vecina playa, dominando á ésta la escuadra enemiga, y careciendo, como carecían los nuestros, de cañones. Á esto hay que añadir que ni el terreno que constituía allí el frente de batalla, ni el que por delante se extendía, eran á propósito para grandes masas de caballos, comenzando por ser tan estrecho, que la ma-

yor parte de los nuestros, con haber quedado reducidos en tanto grado, hubo que colocarla á espaldas de los infantes. De todo lo cual se infiere que apenas cabía en conjunto posición peor, aunque las relaciones de la época suelan darla por excelente. Del libro de M. Bourelly, titulado *Deux Campagnes de Turenne* [1], que se dilata mucho en la narración de este suceso, lo que aprovecha sin duda más, es el plano que publica de ella, reproducido de uno antiguo, muy semejante en su ejecución al que poseo yo original de la de Honnecourt. Por el dicho plano se comprende bien el terreno, aunque los distintos cuerpos no estén precisamente colocados en él, como cuenta el duque de York, que parece á primera vista que debió saberlo mejor que nadie.

Bien se ve allí, no obstante, que las fragatas de la escuadra inglesa cañonean el terreno donde se levantaba la más alta de las dunas, que á la cabeza de nuestra línea de batalla coronaron los tercios españoles. Ven-se también, ahora junto á la escuadra, ahora cerrando el paso á la ciudad por la playa, chalupas armadas, que no hay que dudar que contribuirían con las fragatas á batir muy cerca de tierra nuestro flanco derecho.

[1] Citado en una nota anterior.

Ocupaban la más alta y extensa de las dunas los tercios de D. Diego Gómez, que mandó aquel día su sargento mayor D. Antonio de Córdoba, y de D. Gaspar de Bonifaz, á quien conocemos ya, y que por su mayor graduación los regiría á los dos. Por la izquierda del tercio de Bonifaz se hallaban establecidos el del marqués de Cerralvo y el de Don Francisco de Meneses, que tan valerosamente defendió á Valenciennes, uno y otro á la mira, según parece, de que nuestra línea no fuese envuelta por la playa. Seguían á los españoles los regimientos ingleses de los duques de York y de Glocester, tres escuadrones en primera línea y dos en reserva, formando tras ellos los escuadrones walones y los alemanes, que el plano de M. Bourelly supone irlandeses. Terminaba la línea la infantería que trajo consigo Condé. Hacia una y otra ala estaba, según costumbre, situada la caballería: á la derecha la de España, y la del príncipe francés á la izquierda. Por de contado, que en el propio plano de que hablo se observa que era, con efecto, tal la estrechez del terreno en que estaban ambas, que tenían que maniobrar mal sus escuadrones. El plano, que fácilmente pudo estar equivocado en la enumeración de los cuerpos y la disposición peculiar de

nuestro ejército, no es verosímil que, publicado en París por aquellos días, errase en lo que toca á los franceses y sus aliados. Pues bien: no sólo señala dicho plano, cual dejo expuesto, el fuego de la escuadra inglesa, que no había de tirar al aire, sino que pone en la leyenda correspondiente: «Fragatas Inglesas que cañonean á los españoles, obligándoles á retirarse detrás de las dunas». No hay duda, pues, que mientras recibía de frente la infantería española el ataque á que asistió el duque de York, estuvo cañoneada desde el mar. Corrían, en fin, todavía las primeras horas del día 14 de Junio de 1658 cuando llegó Turena, desde sus líneas de Dunquerque, sobre el ejército de D. Juan de Austria, en la disposición y con las ventajas que descritas quedan.

Viendo dirigirse al coronel Lockhart, Embajador y Jefe á un tiempo de la división británica, con el mayor general Morgan, y cuatro batallones ingleses de Cromwell, sobre nuestra extrema derecha, rogó D. Juan al duque de York que fuese á estar á la mira de aquel ataque, y el Duque, con una compañía de sus guardias y cien hombres escogidos, al mando de dos Capitanes, fué á reforzar, en efecto, los tercios de Córdoba y Bonifaz. Prefiero sobre otros puntos las indi-

caciones del plano, y aun la relación de Clerville, que escribió más cerca de los sucesos; pero habiendo estado con ellos, tengo yo para mí que nadie cual York pudo saber lo que aquel día ejecutaron los españoles. Por de pronto, refiere también aquel Príncipe en sus *Memorias* «que muchas pequeñas fragatas inglesas, á favor de la marea, tiraban sobre cuantos españoles divisaban sobre las dunas»; cosa que, aunque demostrada ya por el plano, conviene consignar de nuevo tratándose de un testigo de vista, y tan autorizado. El referido plano, de Bourelly, señala á mayor abundamiento una batería que por el frente cañoneaba la desartillada posición de los españoles. Protegida de tantas y tan eficaces maneras, adelantóse la infantería de Lockhart por la derecha, precedida de sus mosqueteros y ostentando sus rojos uniformes, hasta llegar al pie de la gran duna que los españoles guardaban; y, á pesar de la resbaladiza y movible arena que hacía la subida difícil, como se experimentó por los españoles mismos en las alturas de igual índole de Newport, montaron hasta la cima animosamente, sufriendo el nutrido fuego de la arcabucería y mosquetería española, que costó desde luego la vida al Teniente Coronel que regía la vanguardia. Los españo-

les, en tanto, bien que se les cañonease por el frente desde tierra, y desde el mar por un flanco, y que vieran llegar á los ingleses sobre ellos, mantuviéronse firmes. Cruzáronse las picas al cabo, que era lo que por alarde se llamaba en Flandes *la pólvora de España*, á causa de preferir este linaje de lucha nuestros soldados; y tan encarnizado fué el encuentro, que, al decir del propio duque de York que lo presenció, de once capitanes que nuestros infantes traían, siete cayeron en sus puestos, y además los dos ingleses realistas que aquel Príncipe llevó consigo, quedando la posición por fin en poder de los republicanos ingleses. Clerville supone que no necesitaron éstos llegar á la cumbre, porque, mientras iban subiendo, la caballería francesa rompió á la que de nuestro lado disputaba por la playa el paso, entre la gran duna y el mar, que bien poca pudo ser, si se mantuvo allí con efecto alguna, bajo el inmediato fuego de las fragatas y chalupas inglesas; con lo cual los infantes españoles, viendo envuelto su flanco derecho, cedieron el campo sin resistir más. Que después de despejado el paso de la playa por la artillería de la marina inglesa, envolviese, con ó sin combate, la caballería francesa la posición de Bonifaz y Córdoba por el

flanco y por la espalda, nada tiene de extraño, y aun parece que así debió acontecer en realidad. Bastaba asimismo aquella operación feliz y fácil de los enemigos para que antes ó después tuviese que abandonar nuestra infantería la alta duna; y nadie niega que el haber quedado tan descubierto el flanco derecho del ejército de D. Juan, por no poner en defensa la playa, fué la causa primordial de la derrota. Estando Caracena encargado de toda el ala derecha, como Condé de la izquierda, era aquél un hombre de guerra sobrado experto para cometer error semejante sin alguna causa. Debió esta de ser que nadie contó con que una marea anormal, aprovechada por los marinos ingleses, aproximase tanto á la playa el fuego de sus barcos. Pero, de todas suertes, con tan grandes masas de caballería como á la espalda de las dunas hubo, sin duda pudo hacerse mucho más que se hizo para que no quedasen como del todo quedaron y con tamaña facilidad envueltos nuestros tercios. Fuera de esto, y por lo que hace al punto interesante de si los ingleses tuvieron ó no que emplear las picas para desalojar á nuestra infantería de su posición, no obstante las desventajas enormes que van señaladas, sin remedio hay que atenerse á la versión del duque de York, que

estuvo allí, y presenció la gloriosa muerte que cuenta de tantos capitanes y soldados. Al descender luego triunfante de la duna la infantería de Cromwell, cargóla precisamente el Duque con la compañía de su guardia personal y la de D. Juan, que se la prestó para ello, siendo tan sangriento el choque, que cayeron al suelo los más de los jinetes de que se componía ésta última, quedando un solo oficial vivo, el conde de Colmenar, que la mandaba. No desconcertado por eso el duque de York, fué á buscar la gente de Bonifaz, que se retiraba en bastante desorden ya, juntamente con los restos de la poca tropa inglesa que la había auxiliado, y con su presencia hicieron todos alto, reorganizándose rápidamente, y disponiéndose con nuevo ardor á continuar la batalla. Para ello bastó, según el mismo York refiere, que delante de los ingleses, que naturalmente se habían agrupado los primeros á su alrededor para recibir órdenes, dijese á un Sargento Mayor de tercio que allí venía, «que no era propio de españoles retirarse de un lugar donde otros se mantenían firmes». Repitió el Sargento Mayor tales palabras, y, corriendo entre nuestros soldados, sin demora acudieron á formarse en orden junto al Príncipe inglés, que espada en mano se

puso á su cabeza. Marchando nuevamente de este modo por una duna arriba, tropezaron otra vez con la infantería inglesa de Cromwell. York mandó entonces que el Sargento Mayor le saliese de frente al encuentro, y él la cargó de flanco tan vigorosamente, que la rompió, rechazándola hasta otra duna más vecina del mar. En aquella carga, ó la anterior, murió el jefe de las dos valientes compañías de guardias, D. Francisco Romero.

Pero ya desde la altura reconquistada pudieron observar los españoles, y los poquísimos ingleses que con ellos iban, que todo el resto del ejército andaba en total derrota, y nadie pensó más desde el instante aquel sino en ponerse á salvo. No es muy completa la relación del Rey futuro de Inglaterra, que se conoce que no vió bien sino lo que tenía inmediato; pero su opinión acerca de la conducta de nuestra infantería, con la cual se halló en toda la jornada, hay que reputarla incontrovertible, y la resume en estas palabras literales: «De los naturales de España se salvaron pocos, porque se condujeron como hombres de honor[1]». No había hecho otro tanto, por cierto, el mayor número de los demás. El duque de York y su hermano el de

[1] *Mémoires de Jacques II*: Paris, 1627, pág. 504.

Glocester pelearon valientemente, y D. Juan de Austria acudió asimismo con grande ánimo á todas partes, siendo de los postreros que abandonaron el campo. Caracena se libró, por su parte, de quedar prisionero, con un acto de singular energía, que fué aturdir de un golpe del bastón de mando en la cabeza á un soldado de caballería que le cogió las riendas del caballo, dando así una prueba más del indomable valor que tan demostrado tenía en Italia, donde en poco tiempo recibió dos heridas, y una mortal, á la cabeza de la caballería de Milán. No parece, en suma, que por su personal conducta hubo que censurar entre los Generales sino al maestre de campo general D. Esteban de Gamarra, natural y soldado viejo de Flandes, pero más diplomático que soldado, el cual fué, á creer á York, de los primeros en desertar del campo de batalla. Condé peleó, por de contado, bizarramente; pero, en cambio, sus infantes se desbandaron antes que nadie, y su caballería no debió empeñarse demasiado, porque experimentó cortísima pérdida. Huida la infantería de Condé, sin aguardar siquiera el ataque de los suizos que sobre ella iban, tomaron la fuga en pos inmediatamente los alemanes y walones y un regimiento de irlandeses que

figuraba entre los del duque de York. En resolución ; que, fuera de los españoles, tan sólo el regimiento inglés, intitulado del Rey, se condujo bien, según cuenta su Príncipe, porque permaneció ordenado hasta el fin de la batalla, capitulando, cuando le dejó aislado la desbandada, honrosamente. Mas, aunque aquel regimiento sería valiente como inglés y veterano, y lo mostró ya sosteniéndose firme en la general derrota, como estaba situado entre los españoles y el resto de la infantería que no llegó á combatir, ignórase si llegó ó no á ser atacado.

Diríase, por lo demás, ateniéndose al texto del duque de York, que sólo contaban con el tercio viejo de Bonifaz los españoles, porque, aunque al tratar de la conducta que en la batalla observaron, alabó por igual á todos los naturales de España, no volvió á nombrar desde antes que empezase, ni para bien ni para mal, á los otros tercios de Córdoba, el marqués de Cerralvo y Meneses. ¿Qué explicación tiene esto? Según Clerville y el plano publicado por Bourelly, los tercios de Bonifaz y de Córdoba estaban juntos sobre la duna extrema; y como debió aquél mandarlos ambos, parece probable que al referir el ataque de la infantería inglesa, trate York, sin distinción, de los dos. Tocan-

te á ellos hay que advertir que, lo propio en la Memoria de Clerville que en el plano de Bourelly, el nombre del que mandaba Córdoba *(Cordoue,* literalmente traducido al francés) aparece desfigurado, en *Gogué* ó *Gogua;* pero el error se conoce á la legua. Lo más raro es que no hable nada el duque de York, tratando tanto como de sus soldados trata, de lo que obró en el combate el maestre de campo Bonifaz, que era veterano y valeroso militar, según se sabe; por lo cual hay que sospechar que desde el principio de la acción quedaría de algún modo inutilizado. Cuanto al Sargento Mayor de que el Duque habla, por más que lo nombre entre el tercio de Bonifaz, lo mismo pudo ser el de éste, que Córdoba, jefe accidental del otro, que estuvo también á vanguardia. Por su parte, los de Cerralvo y Meneses constituían, según Clerville, un batallón solo, tal vez por su mínimo efectivo, y aun por eso no los tomaría quizá York en cuenta. Debieron, no obstante, los pocos ó muchos soldados de estos tercios, pelear bien, como sus camaradas, pues que no excluye el príncipe inglés de su alabanza á ningún cuerpo de naturales de España. Si estaban á la mira de la playa, como se supone, serían tal vez arrollados en la fácil derrota de nuestra ca-

ballería, que peleó tan poco por aquél y por todos lados, con exclusión de la guardia española de D. Juan, que á las inmediatas órdenes del duque de York se sacrificó heroicamente. Aunque justo este Príncipe hacia los españoles, y por más que sin piedad embistiese á los que debía mirar como súbditos rebeldes á su padre y su hermano primogénito, no pudo en sus *Memorias* refrenar del todo los impulsos de su corazón inglés al referir el asalto de las *casacas rojas* de Cromwell. De cierto lo harían esforzadamente, porque siempre han combatido así los de dicha Nación, y aquellos regimientos auxiliares de los franceses estaban reclutados entre los veteranos de la reciente guerra civil; pero además de las decisivas ventajas señaladas antes, por fuerza tenían que ser mucho más numerosos que los dos tercios españoles con quienes lidiaron [1]. Porque, partiendo de que toda la infantería de D. Juan y Condé no pasaba de seis mil hombres, y descontando de la de España los alemanes, walones é irlandeses, mucho más fácilmente reclutables ya á la sazón que los nativos de la Península, de seguro no le tocaría la tercera parte de aquel número á nuestros tercios en junto. Y aunque Bonifaz y

[1] Véase sobre esto el citado libro de Bourelly, cap. I.

Córdoba contasen con más de la mitad del tal número, hay que tener en cuenta que eran tres mil los veteranos ingleses, y la mayor parte de ellos, con mucho, siguió á Lockart en el ataque de la Gran Duna.

Por conclusión: el juicio general de aquella batalla está hecho, sin apelación posible, por el mayor de los críticos militares, Napoleón I, juzgando las campañas de Turena en general: «Con tres ventajas», dice, «contaba aquel Mariscal allí; la primera, la superioridad del número, quince mil hombres contra catorce mil, nueve mil infantes contra seis mil, y en terreno impropio para la caballería, que inutilizaba la mayor fuerza de los enemigos en esta arma; la segunda, que llevaba artillería, y su enemigo no; *la tercera, que los buques ingleses anclados en la rada cañonearon el flanco derecho de los españoles y barrieron la playa, con tanto más efecto, cuanto que D. Juan carecía de cañones con que alejar á las chalupas enemigas.* Fué, pues, Francia vencedora, porque debió serlo». Estas chalupas de que Napoleón habla también, se ven, como queda dicho, en el plano, aunque no en línea de combate; y ya he supuesto yo que contribuirían á hacer más eficaz, como él afirma, el auxilio de la marina inglesa contra

la infantería y la caballería española, que apoyaban sus cabezas de columna en ó sobre la playa. Pero, ¿cómo pudo incurrir en la falta de no defender á toda costa las faldas de la Gran Duna un hombre como el marqués de Caracena? Aquel General de la caballería de Flandes tenía, entre otros lauros, el de haber salvado mediante una inspiracion súbita, y contra el parecer de todos los demás caudillos, al ejército de Lombardía en la retirada de Tortona, mereciendo allí unánimes aplausos por haber acertado á escoger un camino seguro, cuando estaba ya dispuesto el seguir otro peligrosísimo, que hubiera conducido á una derrota total. Era hombre, pues, de notable reputación militar; pero en Flandes primero, y en Portugal después, no estuvo á la altura de sus antecedentes.

XIX

Un año después de este desdichado suceso (7 de Noviembre de 1659), se resignó Felipe IV por fin á la conclusión del tratado de los Pirineos, después de otro viaje estéril hecho *de incógnito*, y á Madrid esta vez, por el Ministro francés Lionne, á raíz de nuestra

victoria de Valenciennes. Para entonces había ya luchado por mantener la posición europea de España muy cerca de veinticinco años. Punto por punto se habían cumplido, mientras tanto, las profundas previsiones de su Consejo de Estado en 1632, cuando nos empujaba mucho el Emperador á tomar la iniciativa de aquella gran guerra. «El rompimiento con Francia», decía el Consejo en un *Aviso al Rey*, «ha de ser la mayor ruina que jamás se ha conocido en la cristiandad, y, *si una vez se rompe, no hay género de esperanzas de volver á rehacer las amistades en muchos años.* Que el poder de V. M. es grande, la *muchedumbre* de Francia también, y, en rompiendo, ó ha de procurar V. M. destruir á Francia *de manera que en tiempo alguno vuelva á su antiguo ser*, ó ha de procurar Francia que pierda V. M. lo que tiene fuera de España, y uno y otro es muy difícil. De otra manera todo será guerras, y pérdidas, y *maldiciones de los vasallos contra quien fué causa, ó no previó estos daños.* Porque todo puede ser, el Consejo va deteniendo *los ímpetus y furias de todos* [1]». Gran dictamen, pero inútil. Ni el sesudo Consejo de Estado

[1] Biblioteca Nacional de París. Sección de Manuscritos. Español, 156; año 1632.

español, ni el primer ministro Olivares, ni el rey Felipe IV, podian impedir aquel duelo á muerte entre las dos Naciones rivales, que no estaba en las personas, sino en las cosas. Casi á punto de empezar se miraba ya cuando Enrique IV murió, como todo el mundo sabe, y no tardó más en ser emprendido por Luis XIII y Richelieu, que el tiempo preciso para que Francia se apercibiese y pudiera luchar con ventaja.

Por nuestra parte, ni lo provocamos, ni es disputable tampoco que, así durante las estériles negociaciones de Pujol en Madrid, como en las que después celebraron los plenipotenciarios recíprocos en Munster, únicamente aspiró España á una razonable paz. Prueba aquí sin réplica esto último, ya que lo primero en otra ocasión se demostró, el que, á pesar de los disturbios que se esperaban en Francia, y de las inteligencias iniciadas con algunos de sus principales magnates, estaban en 1651 muy lejos de ser inmoderadas las pretensiones de España, según resulta de un documento interesante que se da por Apéndice. El estado tristísimo de nuestra Hacienda, que iba á peor cada día, naturalmente ahuyentó todo espíritu de soberbia de los consejeros de Felipe IV. Ni ¿cómo había de estar la Hacienda después de los largos años

que duraba la guerra, cuando en Septiembre de 1575 declaró ya Felipe II *que no quedaba de qué echar mano, por estar todo gastado y consumido,* hasta el crédito?[1] Felipe IV, según expuso al principio de su reinado Olivares, lo halló ya también todo empeñado y deshecho, y no es de extrañar que en 1651 faltasen los recursos casi por completo. Por de contado, que ya para entonces aquella condición absoluta del tiempo de Olivares de no ceder tierras ni almenas se había puesto á un lado, y estaba reconocida en Madrid la necesidad de concesiones dolorosas, quedando reducida la inflexibilidad á sólo tres puntos concretos. Véase en demostración de esto lo que la Junta de Estado, reunida á 23 de Abril del referido año, expuso en substancia por medio del documento referido al Rey: «Se ha dicho y se ha dado á entender á los medianeros que V. M., no sólo no vendrá en la paz, pero ni en el Congreso, sin que antecedentemente tenga una moral certitud de que franceses entrarán llanos sobre tres puntos, á saber: restitución del Principado de Cataluña, del Estado de Lorena, y de abandonar al Tirano de Portugal. *Aun-*

[1] Carta de Felipe II á D. Juan de Zúñiga, nuestro Embajador en Roma, fechada en Madrid á 8 de Septiembre de 1575. (De la colección Zabalburu.)

que es verdad que restan los condados de Rosellón y de Cerdeña, unidos al Principado de Cataluña de centenares de años á esta parte, porción y llave de los Reynos de España, de tanta consecuencia y reputación como es notorio; todavía, estando V. M. con la misma recta intención que ha tenido siempre en cuanto á desear la paz, permite á S. A. (el archiduque Leopoldo), con mucha confianza, que asentados, como va dicho, los tres puntos capitales con la insinuación antecedente, que es necesario, S. A. trate y concluya la paz [1]». Por donde se ve que estaba desde entonces resuelto Felipe IV á capitular ya con la mala fortuna. Lo singular es que, aun reconociendo cuánto el Rosellón importaba, prefiriera á su restitución el que se conservase la soberanía del duque de Lorena. Si lo primero pudo lograrse de algún modo, con razón debe condenar España un error, hijo de la quijotesca hidalguía de Felipe IV. Llegó ésta á punto luego, que en las negociaciones de los Pirineos, los menores intereses del príncipe de Condé, y hasta sus susceptibilidades más nimias, se disputaron con mayor empeño por nuestra parte que las buenas plazas de guerra. El últi-

[1] Archivo general de Simancas.—Secretaría de Estado.—Legajo 2.075.

mo día estuvo aún para comprometerse la ejecución de aquella paz tan necesaria, por una verdadera cuestión de amor propio de dicho Príncipe [1]. Con el duque de Lorena se siguió conducta igual hasta el fin, no obstante sus grandes faltas, por el empeño personal de Felipe IV de cumplir ante todo como bueno con sus aliados [2].

Pero á lo menos se conservó Cataluña sin necesidad de mantener la condición *sine qua non* de que la restituyesen los franceses. Lérida y sus campos presenciaron todavía, durante la guerra con franceses y rebeldes, memorables acciones de nuestros ejércitos. Tres batallas se dieron á la vista de sus castillos, y de todas tres, en sólo una quedó la victoria indecisa, que fué la del Llano de las Horcas, entre el mariscal de La Motte y el marqués de Leganés. Probó este General en

[1] *Lettre de M. le cardinal Mazarin à M. de Lionne, de Saint-Jean de Lux, le 10 Novembre de 1659.*—Biblioteca del autor.—Mss.—Referíase la cuestión de que se trata á la propiedad de Chantilly, de que el Rey quería privar á Condé, y éste pretendía cederle, pero voluntariamente. Esa rica propiedad es la cedida poco hace por el duque de Aumale á la Academia Francesa.

[2] Según Van Aarsens de Sommerdyck, la propuesta de prender al Duque emanó del Emperador; y sus tropas se conservaron siempre, bajo el mando de su hermano Francisco, al servicio de España.—*Voyage d'Espagne*, 1666, pág. 171.

aquella batalla, como en la que sostuvo luego victoriosamente contra el conde de Harcourt, que vivía en él aún el glorioso Maestre de Campo General de Nördlingen, y aquel que con tanto brío asaltó á Tornavento, aunque en vano. Perdió, en cambio, por su parsimonia en Italia la ocasión de hacer prisionero al ejército franco-saboyardo en Cheri, y dejó por ella forzar su campo delante de Cazale, no obstante la resistencia heroica de dos tercios españoles, que al fin lograron retirarse ilesos de la batalla. Por lo de Cheri, sin duda, lo calificó tan rudamente de apático el Conde-Duque, que, sin embargo, le profesaba especial estimación. Pero de las accidentadas campañas de Italia [1] contra saboyardos y franceses, á la sazón coligados, tan sólo de paso cabe aquí hablar, porque tendría en otro caso que dilatarse con exceso esta obra. Volviendo, pues, á la batalla del llano de Las Horcas, no es ocioso advertir que el historiador Feliu de la Peña y Farell, bien poco imparcial [2], hizo consistir la ventaja única de los franceses aquel

[1] El pormenor de todo esto se encuentra puntualizado, mejor que en parte alguna, en la grande obra de Pietro Giovanni Capriata, *Dell' Historia*, parte II, Génova.

[2] D. Narciso Feliu de la Peña y Farell: *Anales de Cataluña*: Barcelona, 1709.

día en que tras ocho horas de combate, y llegada la noche, se retiró con toda tranquilidad Leganés, sin empeñar la batalla de nuevo al siguiente. En los otros dos triunfos no pudo caber duda, á la verdad. El 15 de Mayo de 1644 derrotó D. Felipe de Silva, sitiador de Lérida, al propio La Motte, ganándole toda su artillería y hasta mil prisioneros, gracias principalmente al ímpetu con que su caballería arrolló á la enemiga. Recobrada, por tanto, Lérida, y atraída con generoso perdón á Felipe IV, de nuevo quiso apoderarse de ella el conde de Harcourt; mas á 21 de Noviembre de 1646 cayó de repente el marqués de Leganés sobre él, y púsolo en completa fuga, dejando en el campo seis mil hombres y veinticuatro cañones. Coronó así aquel gran soldado su carrera, muy honrosa en resumen, por más que durante ella no le faltaran tropiezos, críticas y hasta persecuciones [1]. Y de este magnate de España

[1] Mucho perjudicaron, con efecto, á Leganés en su reputación las campañas de Italia, y, sobre todo, su poca ventura sobre Cazal, en tanto grado, que una sátira del tiempo, que el autor halló mucho tiempo hace entre papeles del famoso Macanaz, y cito ya en otra ocasión, se burlaba de él cuando vino á mandar en Cataluña de esta suerte: «Al marqués de Leganés se dé título de marqués de Tarragona y conde de Barcelona, que, siendo cosa suya, está seguro que no la pierda, y siendo ajena, la conquistará sin sangre: con sólo la de su primo

no pudo decirse, por cierto, que se metiera á mandar ejércitos sin estudios, porque fué hombre cultísimo en artes y ciencias [1]. Por su parte, el esforzado portugués D. Gregorio

el Conde-Duque ». ¡Siempre la misma injusticia con los hombres de guerra que no son infaliblemente afortunados!

[1] Véase lo que dice Vicente Carduchi de la Casa del marqués de Leganés, que visitó en Madrid antes de 1633, cuando aquel era General de la artillería: «La vista y el entendimiento se deleitó en ver (demás de la muchedumbre de ricos escritorios y bufetes, relojes trasordinarios, espejos singulares) tantas y tan buenas pinturas antiguas y modernas: admiré ver puesto todo con tanto cuerdo y orden, con tanta variedad, que bien pudiera servir de acertado y sabio estudio, como lo son en la misma casa las cuadras, adonde, como en Atenas, en las escuelas de Arquímides, sobre espaciosas mesas se veían globos, esferas, cuerpos regulares y otros instrumentos matemáticos y geométricos, con los cuales, como otro Euclides, el docto Julio César Ferrufino, catedrático de S. M. de aquellas ciencias, leía y enseñaba las Matemáticas y artillería, y otras cosas tocantes á aquella materia, de que tiene compuestos algunos libros de mucho servicio á S. M. para las cosas de mar y tierra, con grandes secretos de fuegos artificiales y máquinas de guerra, algunos ya impresos y otros que presto saldrán á la estampa. De esta escuela tan importante salen cada día lucidos discípulos, que, favorecidos y ocupados de S. M., harán mucho fruto en la geografía, cosmografía y astronomía, y serán de grandísima importancia para la navegación y para todo género de guerra. Y es uno de ellos Luis Carduchi. Vímosle en un patio entre culebrinas y cañones de todos géneros, que con algunos artilleros y fundidores reconocía sus metales, cureñas, armones, encavalgamentos, balas, cucharas, y los demás pertrechos, con los calibres y pesos que acostumbran».

Brito sostuvo dos sitios reñidísimos: el primero contra Harcourt, y el segundo contra el gran Condé, acosándole con sus victoriosas salidas de tal suerte, que le obligó á abandonar el sitio, no sin dejar en parte marchitos sus recientes lauros de Rocroy. Tales hazañas, como las posteriores de D. Juan de Austria, Mortara y Alburquerque, derramaron aún cierto brillo sobre nuestras armas por aquella región de la Península; y, juntamente con esto, las tiranías verdaderas que los franceses comenzaron á cometer de un lado, y de otro la generosa política de Felipe IV, abrieron pronto la puerta á la recuperación de Cataluña.

En cuanto á Portugal, una interesantísima carta del cardenal Mazarino que en el primer volumen va por *Apéndice*, prueba que Felipe IV persistió siempre en poner por condición absoluta de la paz de los Pirineos el abandono del duque de Braganza por parte del Monarca francés. Ni podía ser de otra suerte, porque, según advirtió después uno de sus mayores confidentes, si convino al fin en la paz *desconveniente* de los Pirineos, no fué á causa de sus apuros económicos, con ser tan grandes, por la varia fortuna de sus mermados ejércitos contra Francia, sino por quedar libre para volver todas las fuerzas

que le restaban [1] contra Portugal. Fuerza es recordar aquí ahora sucesos de los que prueban la poca fe que se debe poner en las amistades extranjeras que el propio interés no sostiene. Restablecidos los Estuardos en el trono de Inglaterra, corriendo el año de 1660, es decir, casi al tiempo mismo que se consumó la paz de los Pirineos, para nada tuvieron en cuenta los estrechos lazos que acababan de unirlos á España, sellados con sangre de sus fieles vasallos y de los vasallos de Felipe IV sobre las Dunas de Dunquerque. Queda en otra parte expuesto que ni Felipe IV ni sus consejeros observaron precisamente una conducta sentimental con el Pretendiente inglés, mientras hubo la menor esperanza de entenderse con Cromwell, y no fuera justo culpar á aquél de haberse también rendido al punto á las exigencias de la *razón de Estado*, sin atender á otras consideraciones que el interés de su Nación. Pero, dado el crecimiento amenazador de la Potencia francesa en aquellos años, que podía disputar y disputó de allí á poco á Inglaterra la superioridad marítima, era más que dudoso que le conviniera más á

[1] Véase el voto particular del conde-duque de San Lúcar, duque de Medina de las Torres, último documento del *Apéndice*.

aquella Nación ayudar á la ruina de España entonces, que disfrutar y aumentar las valiosas relaciones comerciales que sostenía con nuestros puertos [1]. Un matrimonio concertado á principios de 1661, en que, al parecer, medió eficazmente Luis XIV, con Doña Catalina de Braganza, hija de D. Juan, valióle á Portugal con Carlos II una alianza idéntica á la que gozó en tiempo de Cromwell; alianza tanto más útil para seguir defendiendo ventajosamente su independencia, cuanto que, por virtud de la paz de los Pirineos y el deudo contraído entre los Monarcas de España y Francia, parecía que de veras iba á perder la poderosísima de esta última Nación. Algo perdió realmente en esto; pero poco, porque, después de todo, no le faltó á Portugal la alianza francesa sino en la apariencia externa. El postrer documento aquí citado muestra que el nuevo matrimonio entre las dos familias soberanas de aquende y allende el Pirineo no aprovechó por el momento casi nada, y, muerto Felipe IV, sirvió únicamente para dar pretextos incesantes de guerras contra España á Luis XIV. Ni el

[1] Hume, Goldsmith y otros historiadores ingleses, dicen que Carlos II, siempre sediento de oro, se dejó vencer por la rica dote ofrecida á Doña Catalina, que el primero supone, sin duda con exageración, de quinientas mil libras esterlinas.

parentesco, ni la pretendida comunidad de origen, ni los intereses de la llamada hoy *raza latina*, impidieron que Luis XIV se aprovechase de las desgracias de España al morir Felipe IV, tanto y más que de las de Francia, en los dias de Francisco I, se aprovechó Carlos V. Ley dura, pero inevitable, de la historia, de que es pueril, ó hipócrita, lamentarse.

Del estado psicológico de ánimo de Felipe IV durante los años que inmediatamente precedieron y siguieron á los penosos sacrificios de aquella paz de los Pirineos, tan neciamente conmemorada por España aún en el islote de los Faisanes, da cumplidísima razón, en tanto, la correspondencia que él propio mantuvo con Sor María de Ágreda por entonces, y que hoy se disfruta ya íntegra, gracias á la inteligente y celosa persona que la ha coleccionado. Las desventuras de sus ejércitos en Portugal, del todo rindieron ya su ánimo. Fué, en el ínterin, la de las Dunas de Dunquerque en Flandes, la batalla última donde desempeñaron primero y honroso papel los tercios viejos, y la postrera acción de guerra, por lo mismo, de que aquí he de hablar. Reducidos de día en día, hasta parar su fuerza en insignificante, nadie ha recogido después sus hechos particulares. Si continua-

ron ya siempre mal pagados, hubo en esto la ventaja triste de que tampoco pudieran imponer más, por medio de motines, el remedio de su miseria, porque no pesaban bastante en la balanza para lograrlo. Las menciones ligeras que de aquella famosa infantería de Flandes hallamos en las escasísimas relaciones que quedan de las campañas del reinado de Carlos II y aun de la guerra de Sucesión por aquellas provincias, no alcanzan importancia suficiente para que sus postreros hechos de guerra figuren en el vasto cuadro de glorias y desdichas que se acaba de trazar. No hemos vuelto más á ser temidos por aquellas regiones vecinas al Rhin, donde durante más de siglo y medio lo fuimos tanto: «Temidos», como en su *Guerra de los Treinta años* dijo Schiller, «después de haber dejado de ser temibles: aborrecidos, no pudiendo ya hacer nada para merecerlo». Cuando hubo que evacuar del todo los Países Bajos por consecuencia del tratado de Utrecht, no existían ya *tercios*, sino regimientos, ni tal nombre les hubiera venido bien de allí adelante á los cuerpos de infantería, porque no llevaban tres armas distintas, pica, arcabuz y mosquete, sino sólo una, que era el fusil con bayoneta. Pero, con todo, al formarse los nuevos regimientos de Felipe V, los cuadros de

los *tercios viejos* no olvidaron sus antecedentes de Flandes acá en la Península, y aun por eso se vanagloriaban en aquel tiempo de descender, el de *Galicia*, del que mandó en Rocroy el conde de Garcíes; el de *Soria*, del otro á cuya cabeza murió el conde de Villalba en la propia ocasión, y que, por su gran encarnizamiento en el combate, se llamó de la *Sangre*; y el de *Zamora*, en fin, del que, á las órdenes de Juan Pérez de Peralta, capituló como plaza fuerte [1].

¡Puedan los regimientos mencionados y todos los actuales, así como el soldado español en general, parecer eternamente dignos de aquellos de sus antepasados cuya historia queda bosquejada! ¡Pueda España entera tomar avisos de los hechos faustos y adversos que el presente estudio comprende, para agenciar y obtener en futuros días cuanto le faltó en otro tiempo, y todo lo que además necesite para conseguir de nuevo, y perpetuamente esta vez, un lugar señalado entre las Naciones!

[1] D. Juan Antonio Samaniego: *Disertación sobre la antigüedad de los Regimientos de Infantería, Caballería y Dragones de España*: Madrid, I. N., 1738.

APÉNDICES

APÉNDICE AL ESTUDIO

SOBRE LA

BATALLA DE ROCROY

Y EL PRINCIPIO Y FIN QUE TUVO LA SUPERIORIDAD MILITAR

DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

TAMBIÉN son muy numerosos los documentos y datos que encierra este *Apéndice*, y por su naturaleza forman, como el anterior, distintas series. Á la primera pertenecen las noticias y documentos inéditos que confirman y comprueban las aserciones del precedente estudio respecto al carácter y condiciones buenas ó malas del infante de los *tercios viejos*, en quien, sobre todo, consistió la superioridad militar de España. Aunque el autor del presente volumen no siempre esté de acuerdo

con las opiniones del conde de Clonard en su *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*[1], conviene tomar en cuenta, para ampliar algunas noticias de las que aquí se exponen, los tomos desde el II al V de aquella importante obra. Debe esto hacerse con tanto más motivo, cuanto que, según ya se sabe, no se trata en las antecedentes páginas con cierta extensión sino de los asuntos próximamente relacionados con el reinado de Felipe IV, que son por cierto los que dejó más á obscuras Clonard. En cambio, habla con bastante particularidad este autor de los orígenes de nuestro ejército permanente, desde el famoso alistamiento del cardenal Cisneros en adelante, hechos que no cumplía aquí tratar sino de paso y en general. Con gran fruto pueden consultarse asimismo muchos artículos del excelente Diccionario militar del mariscal de campo D. José Almirante.

Por ser antecedente, bastante inmediato ya á la época de Felipe IV, insértase aquí un extracto de las mejores doctrinas militares del tiempo del duque de Alba, sacadas casi todas del famoso Discurso de Sancho de Londoño, citado en el fondo de la obra. Dicho extracto, que el autor supone inédito, pinta

[1] Madrid, 1851 y siguientes.

el carácter de nuestra infantería, cuando quedó ya definitivamente organizada, con suma claridad y exactitud, por lo cual sirve de comentario utilísimo á cuanto anteriormente se ha expuesto. La infantería del duque de Alba, tal como aparece en el Discurso de Londoño, era, en punto á organización, casi idéntica á la de Rocroy. Fiábase ya lo principal á las largas picas de veintiseis palmos, que otros preferían aún de veintisiete, condenando las de veinte, y con mayor razón las más cortas. Al propio tiempo se pretendía que una tercera parte, por lo menos, de los tercios, se compusiera de *arcabuceros*, contándose en las otras dos á los mosqueteros con menor número, y con mucho mayor á los piqueros. Bien lejos, por tanto, estaban los tercios del duque de Alba, como los posteriores, de la primitiva reforma que Gonzalo de Ayora logró introducir, no sin grandes contrariedades, en la infantería del ejército del Rosellón, corriendo el año de 1503. En un escuadrón de seiscientos peones, según se apellidaba á los infantes, tan bien compuesto, á juicio de aquél, *como si puramente fueren suizos*, había por junto hasta nueve bocas de fuego, ó sea *espingardas*, arma sobremanera inferior al arcabuz, y aun á la intermedia *escopeta*, doscientos ballesteros, y

el resto de lanceros [1]. Todavía en la guerra de las Alpujarras hubo infantería nuestra armada de ballestas. Quedó, pues, constituido en los *tercios viejos*, que de Italia pasaron á Flandes, y que sin duda se tuvieron presentes para las reglas militares que se publican por *Apéndice*, el superior tipo orgánico de nuestra antigua y celebrada *infantería*.

No se piense, sin embargo, que aquella organización dejara de merecer á personas competentes, en el propio siglo XVI, censuras acerbas. Dignísimas son de reparo las de Francisco Patrizi, en su obra intitulada *Paralleli Militari* (Roma, 1594) [2]. Fundado éste en las experiencias hechas por Italia desde que Carlos VIII llevó allá los apretados escuadrones de largas picas *á la suiza*, negábales eficacia, y aun los tenía por perjudiciales en los casos ordinarios de guerra; doctrina teóricamente apoyada en la dificultad de sus maniobras so-

[1] Cartas de Gonzalo Ayora: Madrid, 1794; págs. 20 y 21.

[2] Hubo dos Francisco Patrizi que escribieron en aquel siglo. Aquel á quien me refiero ahora (junior) estudió sobremanera el arte de la guerra. Además de los *Paralelli Militari*, dió á luz un tratado sobre *La Milicia Romana de Polibio, Tito Livio è Dionigio Alicarnasseo*, obra traducida al latín. Su homónimo, y quizá deudo, el obispo de Gaeta, fué el autor del tratado político trasladado al castellano con este título: *De Reyno y de la institucion del que ha de reynar*: Madrid, 1591.

bre terrenos desiguales, en servir de fácil, y con sólo picas, de indefenso blanco á los proyectiles de todo linaje, en que los más de sus hombres aglomerados no herían jamás, y otras razones certísimas, aunque exageradas, y no compartidas entonces por los hombres de guerra de profesión. Pero Patrizi demostró de sobra que era persona de gran entendimiento y saber, y su crítica merecía ser más atendida que fué, no sólo respecto á los escuadrones de meras picas, sino aun por lo tocante á los mixtos de arcabuceros, mosqueteros y piqueros, como eran los españoles. Para defenderse de lejos iban guarnecidos éstos por ambos costados de arcabuceros, los cuales, cuando se venía la caballería ú otro cuerpo de infantería encima, tenían que recogerse, por los cuatro frentes, *so las picas,* como Sancho de Londoño enseña. Mas á eso oponía Patrizi que les estorbaban así mucho los arcabuceros el ejercicio de las *picas* á las filas que quedaban detrás, incluso la primera, y que si, para evitarlo, se intercalaban entre ellas, las desordenaban en el momento crítico, cosa aún más agravada cuando en escuadrones de interior vacío tenían alternativamente que salir ó entrar. Patrizi pensaba que no se había aprovechado bastante el ejemplo dado por los españoles en Ravena

contra el apretadísimo escuadrón alemán de largas picas, que destruyeron al cabo con sus armas cortas, prefiriendo con mucho, por este y otros ejemplos, á la formación en uso, la de las móviles y flexibles cohortes romanas. Parécele al autor del presente libro que debió tenerse aún más en cuenta que el excepcional de Ravena, el ejemplo de los arcabuceros sueltos de Pavía, para utilizar mejor los fuegos crecientes de este arma, no sólo á la defensiva, sino en la ofensiva, ya contra caballería, ya contra picas. Pero, como en el fondo de la obra queda expuesto, todo se sacrificó por aquellos tiempos al propósito de que resultara la infantería invulnerable á las cargas de la caballería. Para comprender que, á pesar de lo dicho, no estaban, sin embargo, destituidos de razón de ser los escuadrones de picas contra caballos, conviene que el que intente profundizar bien este asunto, estudie algún tratado sobre el uso de las armas de fuego, entre los siglos XVI y XVII, como, por ejemplo, el que se intitula *Maniement d'Armes d'Arquebuses, Mousquetz et Piques,* por Jaques de Gherin. (Amsterdam, 1608.) Tiene este libro gran copia de láminas representativas que por extremo aclaran el texto, y mereció especial privilegio del Emperador, del rey de Francia

y de las Provincias Unidas de Holanda. Pues bien: cuarenta y tres voces de mando y posturas distintas requería entonces el completo manejo del arcabuz; cuarenta y cuatro el de mosquete; ¿no da esto á entender de por sí la lentitud con que había aún que manejar ambas armas? No era por eso posible que los mosqueteros y arcabuceros peleasen en campo raso á solas contra pelotones de á caballo, sino cerca de otra caballería, y cual meros aunque excelentes auxiliares, que fué, después de todo, como prestaron su señalado servicio en Pavía. Necesitábase entretanto una destreza prodigiosa para que, no obstante las exactas observaciones de Patrizi, arcabuceros y mosqueteros pudieran disparar ante los escuadrones con eficacia, cubrirse so las picas á tiempo, y no estorbar el juego de éstas ni desordenar sus filas; hacer, en suma, todo lo que hicieron los nuestros en Rocroy. Cuanto á las picas, muchos eran asimismo los tiempos, y muchas las voces de mando á que tenía el soldado que atender; y aun después de estudiar bien su ejercicio en el clásico tratado que se acaba de citar, compréndese apenas cómo podía dejar de ser inútil la mayoría inmensa de ellas en un escuadrón durante el combate, según Francisco Patrizi advirtió tam-

bién. Pero, aunque estas indicaciones no sean, por cierto, ociosas, el dilatarlas más sería ya ajeno sin duda á la especial índole de la obra.

Juntamente con los enunciados hasta ahora, publícanse otros textos, por donde se demuestra la deficiencia que en todo nuestro sistema militar, aun de los buenos tiempos, originaba la corta afición de la principal Nobleza española, así á los estudios indispensables como á la nueva práctica de la guerra. Más bien que á servir personalmente, dotando de Generales propios á su patria, prestábanse nuestros magnates á contribuir á la guerra con cuerpos organizados á su costa, como allá, por ejemplo, en las críticas circunstancias del levantamiento de Cataluña. De una lista publicada por entonces en París de los que compusieron el desdichado ejército del marqués de los Vélez, que, después del infructuoso ataque de Monjuich, y á las órdenes ya de Federico Colona, condestable de Nápoles y príncipe de Butera, se concentró en Tarragona, resulta que, además de la famosa Coronelía del Conde-Duque, figuraban en él los tercios de aquel Marqués, del conde de Oropesa, del marqués de Morata, del duque de Medinaceli, del Gran Prior de Castilla, del du-

que de Pastrana y del duque del Infantado, con algún que otro levantado por el Rey, y tres extranjeros, de walones, alemanes é irlandeses. La caballería de las Órdenes Militares, compuesta de gente hidalga, sumaba allí, según la propia lista, transmitida sin duda por los catalanes, hasta quinientos hombres [1]. Así fué cómo el Conde-Duque pudo tan pronto reunir contra Barcelona un ejército de cerca de quince mil infantes y dos mil quinientos caballos, en medio de las dificultades enormes que le rodeaban. Pero, sobre que estos tercios de los Grandes, sin duda pecaban de sobrado bisoños, y sucumbieron á las privaciones, enfermedades y deserciones en pocos meses, sin hacer casi nada de provecho en la campaña, tampoco era posible que los que tamaño consumo de caudal habrían hecho para crearlos, fácilmente repitieran su esfuerzo después. Y en el interin, ni uno solo de tales tercios llevó á su frente al magnate que lo había levan-

[1] La lista de que se trata, y que en todas sus partes parece exacta, se publicó adjunta á un papel sobre el bloqueo de Tarragona, intitulado: *Relation du miserable estat de l'armée espagnole dans Tarragone, depuis le secours qui y est entré. Paris. En l'isle du Palais, 1641.* Por supuesto, que aunque la diminución y casi disolución de aquel ejército fuera cierta, no por eso dejaron los franco-catalanes de ser obligados por causa del dicho socorro á desistir de su bloqueo.

tado, hecho notable, cuya causa queda bastantemente explicada, así en el estudio que precede, como en el siguiente *Apéndice*. El breve examen que éste contiene también sobre el alto oficio de Maestre de Campo General, en sus relaciones con el Capitán General ó General en Jefe, puede igualmente ilustrar muchos puntos de historia, y, sobre todo, la respectiva responsabilidad de D. Francisco de Melo y del conde de Fontaine en la batalla de Rocroy. Ni importa menos para aquel caso y otros de parecida índole, la particular relación que en el propio *Apéndice* se hace, de las desdichadas diferencias ó etiquetas sobre los puestos de preferencia en los escuadrones de infantes, que, desde antes de acabar el siglo XVI, hubo entre españoles é italianos, súbditos á la par de nuestros Monarcas.

Una observación conviene hacer respecto á los documentos y noticias de esta primera serie en general. Pertenecen, como indican sus fechas, á períodos diversos del que se puede llamar *siglo de oro* de nuestras armas, por lo cual no todo ha de aplicarse, en igual modo y forma, á la época entera de que aquí se trata. Por ejemplo: la afición de la Nobleza española á la guerra fué bastante mayor bajo Carlos V que bajo Felipe IV, por-

que estaban más cercanos los tiempos en que todo rico-hombre y todo hidalgo se consideraba soldado desde la adolescencia, por deber feudal y con ocasión de las continuas guerras de moros y cristianos, ó de las civiles que á fines de la Edad Media ensangrentaron la Nación. La decadencia del común espíritu aventurero y militar, de día en día fué asimismo más visible en la generalidad del país desde Carlos V hacia adelante, sintiéndose á compás que los peligros continuos y las heroicas hazañas ofrecían menos ventajas materiales en ambos mundos á los que en ellos y ellas tomaban parte. En cambio, los desórdenes de aquellos conquistadores y dominadores, tan originales en sus defectos cuanto en sus virtudes, lentamente fueron disminuyéndose ó remediándose. Con efecto: la costumbre de llevar consigo tanta cantidad de malas mujeres detrás de los ejércitos, de que hablara Branthôme, y que, entre otros, confirmó Lelio Brancaccio, debía ya de haber desaparecido al tiempo de las batallas de Rocroy y de Lens, porque ninguna mención se hace en las relaciones de ellas de *impedimenta* tamaña, y diera mucho que hablar, en otro caso, su suerte, dadas las derrotas que en ambas ocasiones padecieron nuestros tercios. Seme-

jante *impedimenta* era tan solo posible con ejércitos seguros de vencer, y que, además, se trasladasen de una parte á otra por largo tiempo. Atendiendo á la rapidez relativa de las operaciones que durante la gran guerra con Francia se realizaron, es hasta inconcebible, por otra parte, que detrás de las tropas de combate caminase aún el ejército de cortesanas descrito por Branthôme. Tampoco el bagaje excesivo, de que más particularmente trata Lelio Brancaccio, un bagaje que en línea de marcha ocupase, como él supone, veinticuatro millas de Italia, pudo continuar entorpeciendo á nuestros ejércitos en el siglo décimoséptimo, sobre todo durante las campañas de Honnecourt y Rocroy, pues que tan activamente obraron en aquellas especiales ocasiones, que ha sido su movilidad encarecida por los mejores jueces. Consta expresamente, además, que con frecuencia dejaban ya el bagaje á cierta distancia del teatro de las operaciones nuestros ejércitos. Todo demuestra así, á la par, que la infantería española de las citadas campañas, sin ceder en vigor á ninguna de nuestro *siglo de oro militar*, no sólo era ya mucho más modesta en sus trajes, sino menos arrogante, menos dada á llevar consigo exagerado número de personas inútiles y de bagajes,

y menos *amotinable* también, que, aunque por lo común estuvieran los soldados mejor atendidos que otras veces, tampoco les faltaron ocasiones de escasez increíble en que cupiesen los actos de indisciplina de anteriores tiempos. No hay duda, en fin, que el espíritu era el mismo entre los soldados de Ravena ó Pavía, y los de Honnecourt ó Rocroy, pero muy diferente su conducta, porque tampoco dieron lugar estos últimos á las quejas, exageradas ó no, que los primeros provocaron frecuentemente en los países que ocupaban. Lo cual no quiere decir, por cierto, que en época alguna se portaran los soldados españoles peor que sus iguales de las demás Naciones, declarándose más que contra otros contra ellos aquella antipatía general de Europa, que reconocen nuestros tratadistas militares, tan sólo porque durante largo espacio fueron á modo de vencedores y dominadores de profesión. En último término, cuantos excesos lamentaron los catalanes, principalmente, á la verdad, por parte de los tercios de fuera de España, encargados de defender sus fronteras, pero que sirvieron de pretexto á su rebelión, llevaban muchísimo tiempo de padecerlos, y en harto mayor grado, Italia, Flandes y Alemania, incurriendo por igual manera en ellos los ejérci-

tos de todas las Naciones que, bajo uno ú otro Príncipe soberano, recorrían sus territorios. Aún pudiéramos añadir que de seguro no han sido menores los que en cercanos días han experimentado aquellos habitantes de la Península durante la guerra de la independencia y las últimas civiles. La guerra nunca ha sido ni es cosa mansa y cómoda para los pueblos, como demuestran hoy las altas quejas de los franceses con motivo de la reciente invasión de los alemanes.

Forman la segunda serie de este *Apéndice* los partes oficiales y relaciones contemporáneas, todas menos una inéditas, de las más célebres batallas sostenidas por España, y en particular por su infantería, durante el siglo XVII. Pudieran haberse excusado algunos de tales documentos, porque repiten casi de igual suerte no pocos hechos; pero siempre constituirán una colección utilísima para conocer en todos sus detalles la historia militar de la época, con tan poca formalidad investigada hasta ahora. Con decir que fuímos muy grandes y valerosos hasta cierta fecha, y muy míseros y degenerados después ha solido contentarse sobre uno y otro estado de cosas nuestra titulada historia nacional. Se han hecho, sin duda, esfuerzos loables de algún tiempo acá para explicar mejor

ambas situaciones patrias, mereciendo singular mención los tres volúmenes de Don Felipe Picatoste que se intitulan *Estudios sobre la Grandeza y Decadencia de España*, y sobre todo el primero de ellos, que se refiere en especial á Italia. Pero ni los combates felices, ni los adversos de aquel extenso período de nuestra historia, habían sido poco ni mucho examinados con datos fehacientes, hasta que D. Serafín Estébanez Calderón compuso la *Historia de la conquista y pérdida de Portugal*, por el autor de estos volúmenes dada á luz, y se escribió, por vez primera, este propio estudio sobre Rocroy. El ancho hueco que en el punto dicho queda, llénalo ahora en alguna parte, que no en todo, este volumen, que forma parte, cual queda expuesto ya, de una serie de trabajos sueltos, mediante los cuales se irá considerando la grandeza y la decadencia de España en conjunto, bajo puntos de vista diversos que han tomado los escritores precedentes, por lo general, y no pocos de los de nuestros días. Mas acerca de esto, y de la nueva edición de la obra sintética que ha de coronar tales trabajos parciales, dijo ya cuanto convenía el autor en el Prólogo que antecede al primer volumen, y no hace falta insistir.

En la tercera serie se dan á conocer tres documentos que principal y sucesivamente explican la penuria económica con que comenzó ya á reinar y luchar en defensa de nuestra posición europea Felipe IV, y el estado de impotencia en que nos vimos antes de sucumbir á los combinados é implacables esfuerzos extranjeros; impotencia tan sólo comparable á la que durante el presente siglo ha solido España ofrecer por causa de sus estériles revoluciones. Comprenderáse así del todo que no era humanamente posible resistir más, cuando aquel constantísimo Monarca se resignó á que quedase de derecho desmembrada, con la cesión del Rosellón á Francia, la integridad del territorio de la Península, y al borde mismo del sepulcro perdió sin duda la esperanza postrera de su desgarrado corazón, que fué la de recuperar á Portugal. Por el segundo de los documentos de esta serie se verá, no obstante, que el abandono de la Cataluña transpirenaica, imposible de defender á tiempo por el levantamiento de los vecinos del lado de acá de la provincia, estuvo, en principio, consentido desde mucho antes de ajustarse la paz de los Pirineos, prefiriéndose otras reivindicaciones, con indisculpable error de nuestro Gobierno, si no es

ya que fuera, que pudo bien ser, exigencia *sine qua non* de los franceses para todo tratado. Por lo que á Portugal toca, los documentos que bastan á probar la repugnancia extrema con que, aun después de muerto Felipe IV, accedió España á la paz y reconocimiento de la independencia de aquel país, quedan, según se ha visto, impresos en el *Apéndice* al primer volumen. Pero las decisivas razones que por fin obligaron á tamaño sacrificio, mucho mejor que en aquéllos se hallan expuestas en otro documento, de que no he querido prescindir, aun á trueque de alargar con exceso el *Apéndice*, porque traza en conjunto y de maestra mano, aunque despiadada, la situación militar, económica y diplomática á que España se miraba reducida cuando murió Felipe IV. Por esta particular razón, mucho más que por lo que de Portugal refiere, cosa que aquí ya pudiera reputarse innecesaria, figura el aludido documento al fin del volumen. Escribióse meses después del fallecimiento de aquel Rey; y aunque su especial asunto fuese inquirir la conveniencia ó inconveniencia de que la Reina Gobernadora continuase la guerra con los portugueses, no se limita á hablar de esto solo, sino que constituye, en suma, un completo tratado sobre la situación

general de nuestras cosas entonces. No cabe poner término con más tristes páginas, ni tan ricas en toda laya de verdades, al sucesivo examen de nuestra grandeza y decaimiento como Potencia europea. La ocasión con que el tal documento se redactó fué la siguiente. Después del dictamen del Consejo de 8 de Abril de 1666, publicado en el *Apéndice* del primer volumen, proponiendo aún que, acudiéndose á las más extremas medidas, continuase la guerra, aunque sin dejar de procurar tregua ó paz bajo mejores condiciones que Portugal exigía, de la protesta elocuente del duque de Alba y de muchos otros pareceres, pidió la Reina Gobernadora á los Consejeros de Estado, por Real orden de 29 de Julio de 1666, que le diese cada cual su opinión aparte sobre el caso. De estos votos, unos, que fueron los del conde de Peñaranda, duque de Alba, duque de Montalto, conde de Ayala y el Padre confesor, se leyeron el 12 de Agosto de 1666 en la reunión que celebró el propio Consejo; y otros directamente se elevaron á manos de S. M., que sobre estas consultas individuales decretó lo que sigue: «He visto estos votos y los demás de todos los Ministros del Consejo, que vuelven aquí, y quedo enterada de su contenido, y con particular satisfacción del

celo y prudencia con que discurren en materia de tal calidad y importancia, en que he tomado la resolución *que el Consejo tiene entendido*». La tal resolución, por de contado, era someterse al reconocimiento de la independencia de Portugal. Todavía hubo un voto de mucho peso, el del General en Jefe del ejército, marqués de Caracena, que, á pesar de su reciente derrota y de ver más de cerca que nadie que á aquella postrera hora no se encontraban ya soldados ni recursos de ninguna especie, lo dió en pro de la prosecución de la guerra. Pero de todos los votos antedichos, el más razonado, con mucho, fué el documento de que he hecho antes tan especial mención.

Redactólo el yerno del conde-duque de Olivares, D. Ramiro Núñez Felípez de Guzmán, á quien aquél hizo Grande de España y duque de Medina de las Torres, llegando á tomarle tan gran cariño, que, después de muerta su hija Doña María sin sucesión, en cabeza de él fundó, con licencia del Rey, un gran mayorazgo, con perjuicio de su sobrino carnal D. Luis de Haro. De esta suerte le dejó en propiedad al primero nada menos que los títulos de duque de San Lúcar y de Medina de las Torres, que conjuntamente debía llevar, con lo cual quedó, como Rivarola dice, *en el mis-*

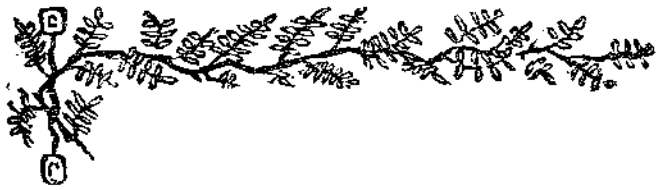
mo ser y favor que antes de ser viudo [1]. Casado luego en terceras nupcias el D. Ramiro con la condesa de Oñate, Doña Catalina de Guevara, figuraba á la muerte de Felipe IV en el Consejo de Estado como duque de San Lúcar, y solía titularse *El Duque, Duque, conde de Oñate;* todo lo cual se advierte por la confusión que de ello nace en sus acciones. Fué muy criticado este magnate durante la privanza del Conde-Duque, por ser su deudo, cosa que á los de los Ministros de toda Era les suele acontecer, y además por su rápido y extremado encumbramiento, pues poco más que un honrado hidalgo de Valladolid era cuando, por pertenecer, en su concepto, á la más preclara rama de los Guzmanes, lo eligió el poderoso Ministro para marido de su hija única. La verdad es, no obstante, que, según refiere el bien informado Domenico Antonio Parrino, en su *Teatro eroico e politico de Governi de Vicere del Regno di Napoli* (tomo II) [2], desde los principios mostró ser *hombre de grandi-*

[1] D. Juan Féiix Francisco de Rivarola y Pineda: *Monarquía española y blasón de su nobleza:* Madrid, 1736, tomo I, folio 132.

[2] Domenico Antonio Parrino: *Teatro eroico e politico de Governi de Vicere del Regno di Napoli, dal tempo del Re Ferdinando il Cattolico, fino al presente:* Nápoles, 1692-94, tomo II, pág. 97.

simo espíritu y no vulgares talentos. En el ataque marítimo de los franceses á Nápoles, siendo él Virrey de aquel Reino, personalmente acudió á los mayores riesgos, andando, según aquel historiador, *a guisa d' un fulmine*, y además inmortalizó su administración con insignes obras públicas en la capital y aun todo el país. Caído el Conde-Duque, su suegro y casi verdadero padre, halló pésima acogida en la Corte, al volver de Nápoles; pero Felipe IV, que le estimaba en alto grado, le defendió de todos sus enemigos, y probablemente del propio D. Luis de Haro, que ninguna razón tenía para amarle, dándole la Presidencia del Consejo de Italia, donde sirvió largo tiempo. Fué este gran señor una de las personas á quien oyó y trató con más intimidad aquel Monarca en sus últimos días, y, á juzgar por el documento en cuestión, sin yerro, porque indudablemente era todo un hombre de Estado, aunque le tocase serlo en tiempos de ruina y de impotencia, que es el más melancólico oficio que cabe tener. Los cuadros que de la milicia española ofrece, al fallecer Felipe IV, son idénticos á los que en el primer volumen quedan bosquejados. Su examen del estado de la Real Hacienda durante los años que próximamente precedieron á la paz de los Pirineos, y

de los últimos días de la guerra de Portugal, es compendioso, pero también clarísimo y decisivo. Con aquella Hacienda no había más remedio que sucumbir, aunque todas las demás causas de perdición faltasen. El estado permanente de *déficit* fué á la postre para España mil y mil veces más funesto que la Inquisición. La descripción que hace, por otra parte, el autor del voto de la Europa de los postreros días de Felipe IV y los primeros de su hijo, cuando casi toda andaba acechando como banda de buitres la agonía de nuestra grandeza política, para devorar de por sí cada Nación los miembros que prefería su gusto en el festín siniestro, no puede ser más exacta, más colorida, ni sentida con más intensidad, aunque parezca inexorablemente realista. La gran tragedia, en fin, de la Monarquía de Carlos V y Felipe II no hubiera sido traída mejor á la escena por el genio de Sakespeare que por el talento analítico y la consumada experiencia de aquel anciano hombre político, que, al borde de su tumba propia, tanto cuidaba de que no se abriese á la par también la de su patria. No murió ésta, sin embargo, porque las Naciones mueren difícilmente.



CATÁLOGO

DE LOS NOMBRES PROPIOS CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

Aarsens de Sommerdyck (Van): páginas 31, 32, 290, 291, 295, 297, 298 y 340.
Acdo (D. Diego de): 71, 72, 84 y 275.
Africa: 20 y 519.
Agreda (Sor María de): 347.
Alagón (D. Enrique de): Véase *Fuenclara* (conde de).
Alamos Barrientos: 116, 117 y 119.
Alarcón (D. Francisco Antonio de): 400.
Alava y Viamont (D. Diego de): 403.
Alba (Duque de): 17, 49 y 370.
Alba (El gran duque de): 114, 115, 116, 121, 268, 273, 294, 354, 355, 377, 378, 380, 381, 382 y 404.
Alba (Pedro): 487.
Alberstad (El Obispo de): 62, 63, 65, 66, 401, 414, 416 y 418.
Albert (Eugenio): 29.
Alberto (El Archiduque): 59 y 542.
Albuch (Monte): 73, 77, 78, 80, 81 y 82.
Alburquerque (Duque de): 121, 127, 128, 130, 153, 155, 156, 157, 159, 164, 173, 182, 184, 186, 189, 190, 191, 192, 195, 196, 204, 205, 206, 208, 217, 218, 220, 227, 238, 240, 248, 249, 253, 255, 262, 267, 344, 396, 397, 398, 448, 449, 461, 464, 477, 478 y 480.
Alcalá de Henares: 56.
Alcañices (Marqués de): 205.
Aldobrandini (El Prior): 428 y 436.
Alemania: 19, 21, 24, 51, 53, 54, 62, 69, 70, 71, 72, 86, 106, 109, 112, 150, 193, 201, 209, 232, 283, 294, 295, 365, 383, 415, 429, 437, 452, 461, 519 y 534.
Alfaques (Los): 296.
Alicarnaso (Dionisio de): 356.
Almeida (D. Jerónimo de): 213.

Almunia: 25.
Almirante (D. José): 354.
Alonso (Pedro): 487.
Alossa (Antonio de): 296 y 316.
Alpes: 67 y 151.
Alpujarras: 356.
Alsacia: 111, 113, 158, 175, 183, 187, 188, 218, 219, 250, 296, 416 y 526.
Altamira (Francisco): 487.
Altuna (Andrés de): 211.
Alvarez de Toledo (D. Fernando): Véase *Alba* (el gran duque de).
Aller (Jacinto de): 484.
Amberes: 40, 43, 51, 52, 71, 138, 267, 278, 295, 381, 382, 409 y 491.
América: 20, 21, 36, 38, 119 y 296.
Amiens: 160 y 162.
Amour (Conde de): 448.
Amsterdam: 68, 105, 258 y 358.
Ana de Austria: 145, 147, 148, 149, 168, 282, 287, 288 y 305.
Ancre (El Mariscal de): 148 y 505.
Andalucía: 478.
Andrada (D. Fernando de): 46.
Andrade (Juan de): 487.
André (El Barón de): 217.
Angers: 32.
Anghien (Duque de): 160, 161, 163, 165, 167, 175, 177, 179, 180, 182, 186, 187, 190, 191, 192, 195, 197, 198, 199, 207, 209, 210, 211, 217, 221, 224, 229, 230, 237, 240, 248, 249, 251, 252, 253, 255, 258, 260, 261, 262, 273, 305, 308, 480 y 486.
Aragón: 116 y 247.
Aragón (Casa de): 55.
Aragón (D. Martín): 68.
Aragón (D. Pedro de): 468.
Arce (D. Pedro de): 467.
Ardennes: 163 y 412.
Arias (D. Pedro): 441.
Arias Montano: 381 y 382.
Arnsberg (Cordillera de): 74.
Arquímedes: 343.
Arras: 306, 312, 492 y 494.
Arriaga (Coronel): 48.
Artieda (Coronel): 48.
Artois: 157, 159, 244 y 306.
Asia: 38.
Assumar (Conde de): Véase *Melo* (D. Francisco).
Atenar: 55.
Atenas: 343.
Atocha (Nuestra Señora de): 134.
Aulnoy (Mad. d'): 32.
Aumale (Duque de): 134, 135, 152, 153, 154, 160, 161, 165, 170, 176, 177, 179, 180, 181, 182, 185, 187, 189, 191, 194, 199, 205, 207, 212, 218, 224, 226, 230, 239, 242, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 256, 257, 259, 260, 262, 266, 267, 304 y 340.
Austria (Ana de): Véase *Ana*.
Austria (Casa de): 33, 36, 89, 118, 523 y 532.
Austria (D. Juan de): 116.
Austria (El segundo D. Juan de): 120, 202, 316, 317, 319, 320, 324, 327, 328, 330, 333, 334, 344, 384, 406 y 408.

Austria (La Reina Gobernadora Doña Mariana de): 408.
Avalos (D. Tomás): 442.
Avein: 89, 95, 122, 208 y 215.
Ávila (Alonso de): 27, 128, 129, 130, 157 y 244.
Ávila y Zúñiga (D. Luis de): 51.
Ayala (Conde de): 370.
Ayala (D. Bernardino de): 209.
Ayom (Jacinto): 271.
Ayora (Gonzalo de): 47, 355 y 356.
Ayre: 123 y 124.
Aytona (Marqués de): 93, 95 y 102.
Badoero (Federico): 27, 30 y 31.
Baeza: 375.
Balbases (Marqués de los): 78, 421 y 425.
Baltasar (Príncipe D.): 134, 136 y 443.
Báltico (Mar): 68.
Baños de Velasco (N.): 275.
Barcelona (Conde de): 342 y 380.
Barcelona: 25, 66, 71, 121, 271, 341 y 361.
Bar-le-Duc: 105.
Barleta: 46.
Barraquin (D. Antonio): 216.
Barre (General La): 189.
Bassée (La): 125, 126, 159, 167 y 306.
Bautista (Pedro): 487.
Baviera: 437 y 461.
Baviera (Duque de): 534.
Beaumont (El Conde de): 219.
Beck (El Barón de): 120, 122, 127, 128, 129, 159, 161, 166, 170, 176, 177, 179, 184, 214, 215, 220, 230, 231, 235, 236, 237, 239, 240, 241, 244, 261, 262, 306, 307, 312, 313, 448, 449, 462, 468, 473, 476, 493 y 494.
Bedel (D. N.): 269.
Bedmar (Marqués de): 62, 411 y 415.
Bélgica: 71, 99, 100, 136, 137, 143, 193, 218, 316 y 488.
Benavides (D. Luis de): 317.
Benavides (Doña María de): 356.
Bentivoglio (El Cardenal): 409.
Bentivoglio (Marqués de): 216.
Berbería: 268.
Berghar: 418.
Bernabé (Miguel): 487.
Bernar (D. Pedro): 488.
Bernard (Gregorio): 487.
Beuvron (M. de): 484.
Birago (Juan Bautista): 105.
Blake (El General): 245.
Blanco (Juan): 487.
Bohemia: 23 y 24.
Bolonia: 32 y 118.
Bonifaz (D. Gaspar): 129, 193, 323, 324, 326, 328, 331, 332 y 333.
Boquín (D. Jerónimo): 66.
Borbón (El Condestable de): 44, 115, 376 y 377.
Borbón (Luis de): Véase *Anghien* (Duque de).
Borgoña: 140, 143, 151, 448, 455, 462, 466, 473, 525, 534 y 539.
Borgoña (Duque de): 540.
Borja (Cardenal de): 397, 398 y 400.

Borja (D. Juan de): 129, 193, 195, 216, 452 y 453.
Bossu: 162.
Bossuet (Jacques B.): 12, 53, 222, 223 y 279.
Botiguera (Pedro): 487.
Bouchain: 317.
Bouillon (Duque de): 287.
Bourdeilles (Pedro): Véase *Branthôme* (Señor de): 42.
Boureily (Jules): 303, 322, 323, 325, 331, 332 y 333.
Boussont: 453.
Brabante: 63, 137, 412, 416 y 533.
Bracamonte (D. Diego de): 484.
Braganza (Casa de): 104, 105, 111, 112, 113 y 529.
Braganza (Doña Catalina de): 346.
Braganza (D. Constantino de): 104.
Braganza (D. Juan de): 346.
Braganza (D. Teodosio de): 104.
Braganza (Duque de): 112, 125, 344, 514, 532, 533, 538 y 541.
Brancaccio (Fra Lelio): 185, 266, 363, 364, 402, 406 y 442.
Brandano (Alejandro): 112.
Brandemburgo: 534 y 542.
Branthôme (Pedro Bourdeilles, Señor de): 42, 363, 364, 377, 379, 380 y 382.
Breda: 93 y 416.
Bremen: 526.
Breno: 246.
Bretendona (Martín de): 293.
Brito (D. Gregorio): 343.
Brujas: 138 y 277.
Brujera: 417.
Brunswik (Cristián de): Véase Alberstad (El Obispo de).
Bruselas: 26, 61, 62, 63, 87, 92, 109, 113, 136, 138, 144, 146, 150, 158, 226, 254, 267, 286, 319, 384, 403, 415 y 424.
Bruzen de la Martinière (M. Antonio Agustín): 224.
Buckle (Henry Thomas): 33.
Bucquoy (Conde de): 90, 122, 158, 159, 188, 218, 239, 306, 307, 312 y 448.
Buonafede Vanti (P. Gian Lorenzo): 32.
Burdeos: 305.
Burgos: 27 y 49.
Buscayolo (Marqués de): 408.
Butrán (D. Antonio de): 195.
Butrón (Francisco): 487.
Cabo (Nicolás de): 487.
Calais: 293.
Calatayud: 25.
Calderón de la Barca (Don Pedro): 234.
Caloó (Batalla de): 91, 92, 93, 122 y 278.
Calle (Nicolás de la): 487.
Camassa (P. Jesuita): 78.
Cambray: 233, 283 y 450.
Camino (Alonso): 487.
Cantelmo (D. Andrea): 92, 120, 122, 155, 245, 448, 462, 463 y 476.
Cañedo (D. Diego): 488.
Cañedo (Juan de): 486.
Capela: Véase *Chapelle*.
Capmany (D. Antonio): 33.
Capriata (Pietro Giovanni): 341.
Caracena (Marqués de): 120, 317, 318, 319, 320, 327, 330, 335 y 371.
Carbón (José): 487.

Carderera (D. Valentín): 276.
Cardinael (G.): 145 y 148.
Carduchi (Vicente): 343.
Carlos I de Inglaterra: 297.
Carlos II: 10, 29, 32 y 348.
Carlos II de Inglaterra: 319 y 346.
Carlos V: 18, 21, 26, 30, 32, 42, 50, 51, 58, 85, 115, 121, 347, 362, 363, 374, 375, 376, 532 y 539.
Carlos VIII: 356.
Carnero (Antonio): 61.
Carrafa (Diomedes): 442.
Carrillo (El Capitán): 217.
Cartagena: 296.
Carvajal (Luis): 487.
Carvín: 159.
Casabollón: 394.
Casal: 535.
Casanova (Juan de): 487.
Castañeda (Marqués de): 95, 207, 454 y 470.
Castelvi (D. Jorge de): 127, 129, 157, 173, 227, 228, 255, 256, 486 y 487.
Casteil (Capitán): 66.
Castellar (Conde de): 91.
Castel-Rodrigo (Batalla de): 14.
Castilla: 21, 23, 26, 29, 36, 38, 39, 105, 112, 135 y 299.
Castrillo (Conde de): 207, 454 y 458.
Castrofuerte (Marqués de): 207, 454 y 459.
Cataluña: 87, 118, 121, 139, 140, 151, 247, 281, 282, 283, 284, 285, 298, 300, 301, 315, 338, 339, 340, 341, 342, 344, 360, 368, 408, 454, 458, 466, 467, 506, 507, 508, 509, 514, 516, 519 y 526.
Cazale: 341 y 342.
Cebrián (D. Diego): 484.
Centorio (Ascanio): 403.
Cerdaña: 339, 509, 512 y 525.
Cerralvo (Marqués de): 323, 331 y 332.
Cervantes (Miguel de): 16, 31 y 233.
Cervellón (El Conde Juan): 78, 85, 426, 429 y 439.
Céspedes (Alonso de): 151.
Céspedes de Meneses (Don Gonzalo): 10 y 66.
Champagne: 62, 163 y 411.
Chantilly: 340.
Chapelle: 63, 91, 159, 412 y 416.
Chapin Víteli (Marqués): 381 y 382.
Charlemont: 232.
Charleville: 190.
Chartres: 35.
Charveriat (E.): 75 y 78.
Chateau-Renaud: 159 y 161.
Châtelet (Batalla de): Véase *Honnecourt*.
Chatillon (Mariscal de): 89 y 308.
Cheri: 341.
Chinchón (Conde de): 206, 454 y 455.
Cintron: 418.
Cisneros (El Cardenal): 354.
Clerville (M.): 304, 321, 325, 326, 331 y 332.
Clonard (Conde de): 49, 50, 354 y 380.
Coligny (El Almirante): 44.
Colmenar (Conde de): 328.
Colón (Cristóbal): 36.
Coloma (E. Carlos): 144.
Colona (Federico): 360.
Colonia: 32, 62, 109, 117, 164, 178 y 409.

Compiègne: 487.
Condé (Príncipes de): 134, 152, 154, 164, 168, 169, 175, 178, 183, 191, 223, 228, 234, 239, 254, 287, 288, 289, 304, 306, 307, 308, 309, 311, 312, 316, 317, 318, 320, 327, 330, 333, 339, 340, 344, 456, 464, 469, 485, 491, 492, 503, 505 y 527.
Constantinopla: 55.
Conty (Príncipe de): 168 y 287.
Corbie: 91.
Córdoba (D. Antonio de): 323, 324, 326, 331, 332 y 334.
Cornille (Regimiento de): 428.
Correa (Luis): 17.
Cortreyh: 492.
Cotington (M.): 538.
Cousin (Víctor): 13 y 57.
Coruña: 293, 286, 298 y 301.
Courtray: 305.
Cratz (Coronel): 428, 434 y 441.
Cromwell (Oliverio): 297, 300, 301, 303, 318, 324, 328, 329, 333, 345, 346 y 538.
Cuba (Isla de): 260.
Cuenca: 444 y 447.
Cueva (Capitán Juan de la): 426.
Cueva (D. Francisco de la): Véase *Alburquerque* (Duque de).
Cueva (D. Juan de la): 424.
Danubio: 419 y 428.
Dávila y Heredia (D. Andrés): 263, 265 y 270.
Dávila Orejón (D. Francisco): 14, 156, 208, 218, 226, 228, 230, 232, 233, 254, 255, 256, 260, 261, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 273, 274, 292, 303, 306, 311, 404 y 486.
Delfinado: 67.
Dentici (Paolo): 441.
Díaz (Diego): 487.
Dinamarca: 535 y 542.
Domenech (Alonso): 486.
Domínguez (Francisco): 487.
Domínguez (Juan): 487.
Donavert: 73, 420 y 435.
Doncel (Baltasar): 487.
Donquel (El Coronel): 220.
Doria (Arzobispo de Sicilia): 110.
Douay: 159 y 494.
Doullens (Batalla de): 67, 92, 141 y 276.
Druy (Guillermo): 19.
Duarte (D., hermano del Duque de Braganza): 111, 112 y 113.
Dunas de Dunquerque (Batalla de): 14, 193, 301, 303, 318 y 347.
Dunquerque: 139, 318, 320, 324 y 345.
Eguiluz (Martín de): 43, 267, 268, 377 y 382.
Elvas (Batalla de): 14.
Enrique IV de Francia: 26, 116, 286, 337, 380, 537 y 542.
Enriquez de Acevedo (D. Pedro): Véase *Fuentes de Valdeopero* (Conde de).
Erlac (General): 308.
Escalante (Bernardino de): 267 y 403.
Escalda (Río): 126, 128, 317 y 318.
Escobar (El Sargento Mayor

Francisco): 74, 75, 77, 84, 208, 250, 421, 424 y 429.
Esdin: 416 y 417.
España: 12, 17, 18, 20, 22, 23, 24, 26, 27, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 38, 39, 47, 48, 53, 54, 55, 56, 58, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 73, 79, 85, 86, 94, 95, 96, 97, 101, 102, 103, 105, 106, 107, 112, 113, 114, 115, 118, 131, 133, 136, 137, 138, 147, 148, 149, 150, 152, 153, 154, 164, 166, 176, 179, 189, 193, 205, 206, 208, 230, 241, 244, 245, 246, 275, 277, 279, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 291, 293, 296, 297, 299, 300, 302, 304, 310, 311, 316, 319, 323, 326, 329, 331, 332, 333, 336, 337, 339, 342, 345, 346, 347, 349, 353, 365, 366, 367, 368, 369, 374, 375, 379, 395, 398, 399, 406, 435, 439, 442, 446, 450, 453, 457, 458, 460, 462, 469, 478, 484, 497, 503, 509, 517, 518, 519, 523, 525.
Espenan (General): 180, 193 y 196.
Estados Unidos: 53.
Estébanez (D. Santo): 485.
Estébanez Calderón (D. Serafín): 267, 270, 272 y 367.
Estrada (D. Diego de): 484.
Estrada (Duque de): 210.
Eterre: 492.
Euclides: 343.
Evora: 111.
Extremadura: 516.
Extremoz (Batalla de): 14.
Fabié (D. Antonio María): 24.
Faisanes (Isla de los): 347.
Falsburg (Princesa de): 458.
Farnesio (Alejandro): 116, 121 y 407.
Faushard (D. Ricardo): 530 y 545.
Favert (Mr.): 218.
Feira (Conde de): 91.
Felipe el Bello: 26.
Felipe I el Hermoso: 26 y 32.
Felipe II: 18, 29, 37, 44, 50, 97, 115, 118, 121, 285, 286, 238, 374, 526 y 542.
Felipe III: 10, 32, 34, 50, 59, 116, 118 y 404.
Felipe IV: 5, 10, 14, 16, 31, 32, 34, 37, 38, 42, 53, 61, 62, 66, 70, 71, 72, 84, 85, 87, 91, 94, 99, 100, 104, 105, 106, 107, 111, 113, 114, 121, 142, 143, 145, 149, 150, 151, 233, 247, 279, 280, 281, 283, 284, 285, 287, 289, 290, 295, 203, 316, 335, 337, 338, 339, 340, 342, 344, 345, 346, 347, 354, 362, 368, 369, 372, 373, 374, 407, 408 y 499.
Felipe V: 348.
Feliu de la Peña y Farell (N.): 241.
Feria (Duque de): 68.
Fernández (Bartolomé): 487.
Fernández (Domingo): 487.
Fernández (Gonzalo): 487.
Fernández (Juan): 487.
Fernández (Pedro): 487.
Fernández de Córdoba (Gonzalo): 17, 45, 46, 48, 49, 56, 61, 63, 65, 115, 411,

412, 413, 415, 416, 417 y 418.
Fernández Duro (D. Cesáreo): 153 y 205.
Fernández San Román (Don Eduardo): 145.
Fernando (El Cardenal-Infante Don): 50, 71, 74, 77, 78, 79, 84, 85, 87, 88, 91, 93, 94, 95, 99, 101, 106, 107, 114, 120, 122, 123, 124, 146, 149, 158, 275, 278, 279, 294 y 297.
Fernando II de Alemania: 106.
Fernando III de Alemania: 106.
Fernando III el Santo: 400.
Fernando V el Católico: 38, 48, 58, 372 y 532.
Fernando, rey de Hungría: 70, 82 y 86.
Ferrara: 45.
Ferté-Seneterre (General La): 180, 187, 188, 222, 250, 253, 278, 317, 318 y 481.
Ferrufino (Julio César): 343.
Final: 294.
Finisterre: 118.
Flandes: 13, 17, 21, 36, 37, 40, 44, 50, 52, 53, 54, 56, 61, 62, 72, 88, 92, 95, 101, 102, 116, 120, 122, 123, 135, 137, 140, 141, 143, 144, 150, 151, 156, 157, 168, 182, 183, 185, 193, 203, 205, 209, 243, 244, 246, 248, 263, 277, 279, 282, 285, 290, 291, 293, 294, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 307, 310, 315, 316, 317, 326, 330, 335, 347, 348, 349, 356, 365, 377, 380, 381, 382, 383, 398, 407, 408, 409, 410, 443, 445, 446, 448, 453, 457, 463, 475, 477, 478, 479, 484, 485, 491, 492, 496, 497, 507, 508, 512, 513, 516, 519, 526, 531, 535, 537 y 543.
Fleurus: 63, 70, 208, 411, 416 y 417.
Florencia: 27, 29, 47, 107 y 535.
Fontaine (Paulo Bernard de): 92, 103, 120, 122, 152, 154, 155, 159, 162, 164, 169, 170, 171, 174, 180, 182, 183, 184, 185, 186, 189, 190, 194, 197, 198, 199, 203, 204, 208, 234, 235, 236, 238, 251, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 264, 265, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 406, 447, 448, 449, 461, 476, 477 y 480.
Fornos: 491 y 492.
Francia: 19, 23, 24, 29, 34, 40, 45, 47, 53, 62, 63, 69, 88, 91, 94, 96, 97, 99, 100, 106, 123, 131, 133, 139, 141, 145, 148, 149, 151, 160, 194, 225, 233, 245, 278, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 288, 289, 290, 293, 295, 298, 299, 302, 303, 374, 305, 308, 316, 319, 334, 336, 337, 344, 346, 347, 358, 364, 368, 375, 403, 411, 412, 414, 415, 416, 455, 457, 458, 460, 462, 463, 464, 468, 469, 471, 472, 473, 475, 480, 484, 491, 492, 503, 504, 505, 506, 514, 515, 520, 523, 525, 526, 528, 530, 531, 532, 533,

536, 537, 540, 542, 543 y 544.
Francisco (Pedro): 487.
Francisco I: 51, 58, 347, 375 y 539.
Frankenthal: 69.
Frías (Duque de): 314.
Fronda (La): 282, 283, 286 y 305.
Fuenclara (Maestre de Campo Conde de): 74, 83, 85, 92, 429 y 432.
Fuensaldaña (Conde de): 120, 121, 155, 159, 170, 219, 244, 288, 303, 304, 306, 307, 310, 311, 312, 313, 315, 316, 317, 448, 450, 491, 495, 496, 497, 507, 509 y 511.
Fuenterrabía: 92, 156, 163, 398 y 538.
Fuentes de Valdeopero (Conde de): 67, 92, 114, 116, 275 y 276.
Furnes: 305.
Fussen: 72.
Gachard (M.): 26 y 71.
Gago (Sebastián): 487.
Galaco (Matías): 426.
Galas (General): 86.
Galaso (El Conde): 419, 436 y 439.
Gales (El Príncipe de): 316.
Galicia: 29, 32, 118 349 y 478.
Gallo (D. N.): 269.
Gambacorta (Jerardo): 78, 81, 85, 426, 429, 433, 436, 439, 440 y 442.
Gamarra (D. Esteban): 320 y 350.
García (Alonso): 487.
García (D. Carlos): 34 y 35.
García (Juan): 487.
Garcíes (Conde de): 157, 173, 227, 228, 233, 255, 256, 349, 459, 461, 486 y 487.
Garellano: 46.
Garena (Señor de la): Véase *Dávila y Heredia* (D. Andrés).
Gassion (El Mariscal): 178, 179, 180, 183, 186, 187, 191, 219, 222, 238, 248, 253 y 278.
Gauchier (Mr.): 412, 413 y 414.
Gayangos (D. Pascual): 24, 142, 276 y 443.
Génova: 105, 341 y 535.
Gherin (Jacques de): 358.
Giset: 417.
Girón (D. Pedro): 442.
Glocester (Duque de): 319, 323 y 330.
Godínez (D. Cristóbal): 484.
Goldsmith (Oliverio): 346.
Gómez (Antonio): 286.
Gómez (Antonio): 487.
Gómez (D. Diego): 323.
Gómez Arteche (D. José): 486.
Gómez (Pedro): 487.
Gómez Çatico de Argote: (D. N.): 375.
Gondi (El Coadjutor): 305.
González (Domingo): 487.
González (Estebanillo): 295.
González (Francisco): 487.
González (Pedro): 487.
González Dávila (Gil): 10.
Grammont (Mariscal de): 308, 312 y 314.
Gran Capitán (El): Véase *Fernández de Córdoba* (Gonzalo).
Granada: 46.
Granges (Maestre de Campo de): 158.
Gravelingues: 141.

Grouchy (Marqués de): 239.
Guadalajara: 25.
Guadarrama (Sierra de): 23.
Gualdo Priorato (Galeazo): 106, 108, 123, 173, 174, 181, 183, 184, 185, 212, 214, 229, 239, 242, 243, 253, 261, 274, 277 y 408.
Gualtieri (Gualtiero de): 441.
Guasco (D. Carlos): 81, 122, 129, 425, 431, 433, 440 y 442.
Guerra (D. José): 488.
Guevara (D. Antonio de): 16.
Guevara (Doña Catalina de): Véase *Oñate* (Condesa de).
Guicciardini (Francisco): 27, 28, 30, 31, 39 y 47.
Guiche (Conde de): 126, 130 y 131.
Guise (El Mariscal de): 162 y 476.
Gustavo Adolfo: 68, 69, 70, 72, 106, 122 y 178.
Gutiérrez (Santiago): 487.
Gutiérrez Arias (Alonso): 400.
Habree (Duque de): 490.
Haiax (Sargento Mayor): 442.
Hainaut: 63, 137, 158, 412, 415, 416, 417 y 448.
Halbertad: Véase *Alberstad*.
Ham: 66.
Harcourt (Conde de): 126, 341 y 344.
Haro (D. Luis de): 288, 371, 373, 503, 507 y 538.
Havre: 287.
Henrard (El Coronel): 143.
Heredia (D. Fernando): 442.
Herlaque (General): 492.
Hernán Tello de Portocarrero: 380.
Hernández (Pedro): 487.
Heros (D. Martín de los): 52.
Hesselberg (Monte): 73, 74, 75, 77 y 83.
Hidalgo (Francisco): 487.
Hocquincourt (El Mariscal de): 320.
Holanda: 61, 94, 100, 136, 137, 151, 155, 205, 245, 281, 359, 448, 462, 520, 527, 528, 530, 531, 534, 537, 538, 542 y 545.
Honnecourt (Batalla de): 14, 125, 126, 128, 130, 132, 133, 139, 141, 152, 156, 167, 193, 196, 207, 209, 234, 246, 322, 364, 365 y 443.
Hopital (Mariscal de l.'): 167, 175, 176, 180, 183, 187, 188, 189, 194, 195, 199, 250 y 481.
Horn (Gustavo): 72, 75, 76, 77, 80, 81, 82, 83, 84, 86, 108, 433, 436, 438, 439, 440 y 441.
Hortembourg (Conde de): 418.
Hulst (Batalla de): 279.
Hume (Mr.): 346.
Humene (Duque de): 380.
Hungría: 70, 74, 77, 82, 86, 420, 425, 426, 430, 435, 438, 439 y 534.
Ibarra (D. Francisco de): 64, 65, 413 y 418.
Ibois: 418.
Idiáquez (D. Martín): 79, 81, 83, 85, 86, 87, 121, 295, 426, 430 y 440.
Indias: 30.
Infantado (Duque de): 361, 380, 396 y 398.
Inglaterra: 24, 33, 34, 297, 302, 319, 329, 345, 514, 515, 528, 529, 530, 531,

532, 534, 535, 536, 538, 539, 540 y 542.
Ipre: 492.
Isaba (Marcos de): 18, 31, 59, 117, 119, 122, 294, 295 y 393.
Isabel Clara Eugenia (Infanta Doña): 40, 59, 62, 71, 93, 102 y 286.
Isembourg (Conde de): 120, 122, 158, 159, 164, 178, 179, 187, 188, 189, 190, 193, 194, 195, 199, 204, 218, 231, 232, 236, 238, 240, 252, 448, 462 y 480.
Italia: 18, 36, 37, 45, 47, 48, 49, 50, 54, 56, 107, 120, 122, 147, 150, 151, 155, 193, 293, 294, 295, 297, 300, 330, 341, 342, 356, 365, 373, 383, 393, 398, 407, 437, 448, 460, 463, 506, 516, 519, 524 y 543.
Jacobo II: 304, 319 y 329.
Jalón: 25.
Jeannin (El Presidente): 542.
Juan I de Castilla: 527.
Juan IV de Portugal: 104 y 113.
Julio II: 45.
Kratz (General): 84.
Labardeus (Joanne): 193, 206 y 222.
Ladrón de Guevara (D. Alonso): 89 y 90.
Laffi (Domenico.): 32 y 118.
Lalaing (Antonio de): 26.
Landie (Monte): 73, 74 y 77.
Landriano (D. Carlos de): 214.
Languedoc: 299.
Lanoy (Carlos de): 51, 115, 196 y 359.
Lasso (D. Juan): 484.
Lech: 72.
Lechuga (Cristóbal): 267, 269, 403 y 404.
Lede (Marqués de): 92.
Leganés (Marqués de): 74, 77, 78, 79, 80, 83, 109, 110, 120, 340, 342, 343, 421, 422, 425, 426, 434, 435, 439 y 440.
Leiva (D. Pablo de): 485.
Lenet (Pedro): 222, 224 y 233.
Lens (Batalla de): 14, 125, 273, 300, 303, 306, 307, 309, 311, 312, 313, 314, 316, 363, 488, 491, 492, 494 y 496.
León Villaroel (D. Pedro de): 425 y 426.
Leopoldo (Archiduque): 135, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 309, 311, 312, 314, 316, 359, 446, 447, 488, 496, 498, 507, 509, 510 y 511.
Lepanto (Batalla de): 16.
Lérida: 25, 340 y 342.
Lerma (Duque de): 95, 102 y 399.
Lesdiguière (Mariscal de): 67.
Letouf (Claudio de): 194.
Leyva (Antonio de): 115 y 116.
Lieja: 66, 412, 414 y 418.
Ligne (Príncipe de): 158.
Ligny (Conde de): 495 y 498.
Lila: 139 y 159.
Limbourg: 533.
Linde (Juan de la): 487.
Lionne (El Ministro francés Mr.): 283, 335, 340 y 544.
Liponti (D. Juan): 158.
Lisboa: 104, 113 y 293.

Liske (Javier): 26.
Lissa: 491 y 492.
Locart (M.): 538.
Lockhart (El Coronel): 324, 325 y 334.
Lombardía: 36, 59, 68, 109, 113, 294, 295, 300, 335 y 375.
Londoño (Sancho de): 49, 354, 355, 357 y 384.
Londres: 32.
Longueville (Duque de): 168 y 287.
Lope de Vega: 134.
López (Agustín de): 487.
López (Juan): 487.
Lorena: 338, 377, 416 y 509.
Lorena (Duque de): 71, 83, 85, 233, 304, 305, 306, 307, 311, 314, 339, 340, 439, 489, 493, 495 y 496.
Luca: 107.
Luis XIII: 96, 97, 106, 147, 167, 284, 285, 337 y 505.
Luis XIV: 53, 54 57, 147, 224, 346, 347 y 409.
Luna (Conde de): 116 y 117.
Luna y Mora (D. Diego de): 89.
Lutzen: 178.
Luxemburgo: 412, 416, 417, 448 y 462.
Lyon: 32.
Llaguno y Amírola (D. Eugenio): 293.
Llano de las Horcas (Batalla del): 340 y 341.
Macanaz (D. M.): 342.
Machiavello (Nicolo): 46 y 47.
Madrazo (D. Pedro): 118.
Madrid: 19, 25, 26, 32, 44, 52, 86, 99, 101, 104, 107, 111, 118, 125, 129, 145, 150, 153, 156, 157, 162, 209, 246, 254, 280, 297, 335, 337, 338, 343, 349, 354, 356, 372, 396, 398, 399, 403, 408, 444, 460, 467, 496, 498, 503, 539 y 545.
Madrigalejo: 25.
Maguncia: 69.
Málaga: 17 y 55.
Malinas: 415.
Manríquez (D. Diego): 442.
Mansfeld (Conde de): 62, 63, 66, 108, 411, 412, 413, 414, 416 y 419.
Manso (Antonio): 487.
Mantua (Casa de): 535.
Maqueda (Duque de): 207 y 454.
María (Infanta Doña, hermana de Felipe IV): 71.
Mariembourg: 158.
Marín (D. Juan): 488.
Marino (Juan B.): 147.
Mariño (Juan): 487.
Marqués (Octavio): 442.
Marsillac (Príncipe de): 287.
Marsy (Conde de): 487.
Martín (N.): 486.
Martín (Alonso): 487.
Martín (Domingo): 486.
Martín (D. Esteban): 488.
Martín (Francisco): 487.
Martín (Gabriel): 487.
Martín (Lázaro): 487.
Martín (Pedro): 486.
Martínez de Leyva (D. Sancho, Maestre de Campo): 44.
Marty (Domingo): 486.
Mascarenha (D. Juan de): 195.
Maestrique: 418.
Mathey (M.): 489 y 497.

Mauriño (Lázaro): 487.
Maximiliano I: 527.
Mayol (Matías): 487.
Maza (D. Felipe de la): 422.
Mazarino (El Cardenal): 168, 282, 286, 287, 288, 300, 301, 303, 305, 318, 340 y 344.
Medellín: 25.
Medina del Campo: 24, 27 y 32.
Medinaceli (Duque de): 360.
Medina de las Torres (Duque de): 371, 372 y 463.
Mediterráneo: 293 y 296.
Meilleraye (Mariscal de la): 278.
Melo (D. Alvaro de): 122, 155, 164, 225, 238, 448 y 477.
Melo (D. Francisco de): 50, 56, 102, 103, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 120, 121, 122, 124, 125, 127, 128, 132, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 142, 149, 152, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 168, 169, 170, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 183, 184, 185, 188, 189, 190, 193, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 209, 210, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 220, 230, 234, 235, 237, 238, 240, 241, 243, 244, 245, 246, 247, 250, 254, 258, 259, 262, 267, 304, 309, 310, 315, 362, 406, 443, 444, 445, 446, 449, 453, 454, 455, 456, 457, 458, 459, 461, 462, 463, 464, 465, 467, 469, 472, 475, 476, 477, 478, 479 y 480.
Melo (D. Francisco Manuel de): 104.
Mendoza (D. Bernardino de): 17, 52, 144, 403 y 404.
Meneses (D. Francisco de): 317, 323, 331 y 332.
Mercader (D. Baltasar): 128, 130, 157, 173, 196, 207, 220 y 265.
Mérida: 24.
Merusa (Gabino): 484.
Mesa (Sebastián de): 486.
Mesina: 111.
Messia (D. Agustín): 380 y 381.
Mexía de Guzmán (D. Diego): Véase *Leganés* (Marqués de).
Miguel (D. Jorge): 488.
Milán: 72, 105, 109, 110, 111, 113, 124, 150, 156, 267, 295, 317, 330, 399, 403, 463, 478, 507 y 525.
Milanesado: 21, 45 y 67.
Mirabel (Marqués de): 146, 207, 399, 454 y 456.
Módena: 107.
Módena (Casa de): 535.
Moncada (D. Francisco de): Véase *Aytona* (Marqués de).
Mondragón (Cristóbal de): 51.
Monjuich (Castillo de): 360.
Monroy (D. Jerónimo): 60.
Monroy (D. Sancho de): Véase *Castañeda* (Marqués de).
Monroy (Santiago), 487.
Mons: 189.
Montalbo (Duque de): 370.
Montealchino: 393.
Monterrey (Conde de): 399, 400, 453, 455, 458, 459, 467, 475 y 479.

Moradeli (Domingo de): 271
Morata (Marqués de): 360.
Moravia: 434.
Morel Fatio (Alfredo): 34.
Morgán (El General): 324.
Morghen (Rafael): 95.
Morón (D. Francisco): 216.
Mortara (Marqués de): 120 y 344.
Mosa: 140, 158, 159 y 163.
Moscovia: 534.
Motte (El Mariscal de la): 340 y 342.
Mousson: 412 y 416.
Moya (Escritor de milicia): 269.
Mulhberg (Batalla de): 51 y 53.
Munster: 280, 283, 337 y 540.
Murcia: 29.
Nájera (Duque de): 206.
Namur: 89, 137 y 448.
Napoleón I: 55, 334 y 309.
Napoleón III: 133.
Nápoles: 17, 18, 21, 36, 42, 45, 46, 51, 56, 59, 233, 291, 294, 300, 360, 372, 373, 378, 394, 404 y 525.
Nassau (Federico Enrique de): Véase *Orange* (Príncipe de).
Nassau (Guillermo de): 278.
Nassau (Juan de): 95.
Nassau (Mauricio de): 59 y 108.
Navagero (Bernardo): 27.
Navarra: 17 299 y 540.
Navarro (D. N.): 269.
Navarro (Pedro): 115.
Negro (D. Tomás): 488.
Neuilly (Señor de): 483.
Nevers (Duque de): 62, 411, 412 y 415.
Newport (Dunas de): 40, 52, 59, 60, 61, 70, 139, 325, 471 y 474.
Nochera (Duque de): 425.
Nogarol (D. Alonso): 441.
Nördlingen (Batalla de): 14, 53, 70, 72, 73, 74, 78, 88, 101, 122, 129, 150, 158, 182, 186, 208, 250, 295, 341, 419, 427, 428, 435, 437, 442 y 473.
Normandía: 484.
Novoa (Matías de); 151.
Núñez Felipez de Guzmán (D. Ramiro): Véase *Medina de las Torres* (Duque de).
Nuremberg: 23 y 24.
O'Donnell (D. Leopoldo): Véase *Tetuán* (Duque de).
Olivares (Conde-Duque de): 21, 38, 39, 40, 87, 88, 94, 95, 96, 99, 100, 101, 104, 108, 109, 111, 114, 118, 119, 120, 121, 123, 125, 135, 145, 146, 147, 149, 151, 152, 280, 281, 284, 288, 298, 300, 301, 337, 338, 341, 343, 345, 360, 361, 372, 373, 396, 397, 399, 446, 499 y 503.
Olmutz: 24.
Oñate (Conde de): 107, 206, 454, 455, 456, 458, 459, 460, 467, 479 y 545.
Oñate (Condesa de): 372 y 497.
Oppenhein (Castillo de): 69.
Orange (Príncipe de): 93, 115, 279, 416 y 417.
Orleans (La Duquesa de): 457, 469, 503 y 505
Oropesa (Conde de): 360.
Orsini (D. Virgilio): 195 y 216.
Ostende: 138, 305 y 470.
Ostia: 52.
Otaiza (General de artillería): 64.

Oxenstierna (Canciller sueco): 73.
Oznaya (Juan de): 375.
Padilla (D. Carlos): 129.
Padilla (D. Juan de): 246.
Países Bajos: 26, 59, 61, 63, 71, 72, 92, 93, 114, 135, 136, 143, 278, 281, 282, 289, 290, 300, 302, 304, 320, 348, 377, 408 y 519.
Palafox (D. Juan de): 93.
Palatinado del Rhin (El): 61, 68 y 296.
Palos: 36.
Panfilio (Cardenal): 433.
Paniguerola (Conde de): 81, 425, 431, 433, 440 y 441.
Pardo (El): 143 y 145.
París: 32, 42, 44, 62, 75, 91, 92, 93, 96, 137, 145, 146, 147, 167, 168, 193, 281, 282, 285, 286, 287, 289, 303, 305, 308, 316, 324, 336, 360, 361, 380, 419, 456, 482, 503, 504, 509 y 533.
Parma (Casa de): 535.
Parma (Duque de): 380 y 527.
Parrino (Domenico Antonio): 372.
Pasa (D. Alonso de la): 488.
Pastrana (Duque de): 361 y 380.
Patrizi (Francisco): 268, 295, 356, 357 y 359.
Paulowiski (Estanislao): 24.
Pavía (Batalla de): 16, 50, 85, 196, 358, 359, 365 y 375.
Pécora (Lago de): 376.
Pellicer (D. Juan Antonio): 104, 142, 244 y 275.
Peñaranda (Conde de): 283, 370, 490 y 497.
Peral (N. de): 487.
Peralta (El Sargento Mayor Juan Pérez de): 213, 220, 227, 232, 255, 256, 263 y 349.
Pérez (Antonio): 487.
Pérez (Domingo): 487.
Pérez (Pedro): 487.
Pérez de Peralta (Juan): Véase *Peralta*.
Pérez de Vivero (Luis): 159 y 303.
Perpiñán: 30.
Perusa: 394.
Pescara (Marqués de): 50, 51, 115, 375 y 380.
Petrin (Pedro): 296.
Philippeville: 158.
Picardía: 123 y 192.
Picatoste (D. Felipe): 367.
Piccolomini (Fr. Octavio): 433.
Piccolomini (General): 75, 76, 81, 86, 423, 426, 431, 439, 441 y 462.
Piccolomini (Silvio): 433.
Pie (Antonio): 487.
Pimentel (D. Manuel): Véase *Feira* (Conde de).
Pino (Juan): 487.
Pirineos: 299, 305, 335, 339, 344, 345, 346, 347, 368, 373, 508, 509, 510, 512, 528, 537 y 543.
Polibio: 356.
Polonia: 534, 535 y 540.
Pomerania: 526.
Pont-de-l'Arche: 485.
Pont de Lu: 417.
Popielovo (Nicolás de): 26.
Portoalegre (Conde de): 542.
Portugal: 14, 18, 23, 24, 26, 38, 50, 102, 105, 111, 112, 125, 135, 151, 281, 284 285, 286, 293, 298, 300,

301, 335, 338, 344, 345, 346, 347, 367, 368, 369, 370, 371, 374, 380, 383, 408, 409, 446, 447, 454, 456, 466, 483, 507, 508, 509, 512, 514, 515, 519, 523, 527, 528, 529, 530, 531, 533, 534, 535, 537, 538, 539, 543, 544 y 545.
Pozas ó Porras (D. Pedro): 213.
Prada (Andrés de): 384.
Praga: 24.
Provenza: 107.
Puffendorf (Mr. de): 52.
Pujol (Barón de): 146, 280 y 337.
Puteano (Ervcio): 409.
Quesada (El Capitán): 50.
Quevedo (D. Antonio de): 213.
Quevedo y Villegas (D. Francisco): 316.
Quiñones (D. Alvaro de): 433, 441 y 442.
Quirino (Vicenzo): 27 y 29.
Ratisbona: 112.
Ratisbona (Dieta de): 111, 113 y 534.
Ravena (Batalla de): 47, 48, 50, 85, 121, 236, 274, 357, 358 y 365.
Ravestein (Maestre de Campo General): 403.
Requesens (El Comendador): 116.
Roux (Conde Carlos): 213.
Rey (Gaspar): 487.
Rey de Artieda (Andrés): 51.
Reyes Católicos: 37, 41, 115 y 150.
Rezembach (Río): 74 y 77.
Rhin: 62, 68, 151, 348 y 534.
Rhingrave (Conde): 65.
Ribancourt (Maestre de Campo): 158.
Richelieu (Cardenal de): 84, 88, 89, 96, 97, 98, 130, 145, 146, 280, 281, 283, 284, 285, 288, 337 y 476.
Ringrane (Conde de): 418.
Ríos (N. de): 487.
Ríos (Alonso): 487.
Rivarola y Pineda (D. Juan Félix Francisco de): 371 y 372.
Rivas (D. Martín): 484.
Rivas (Señor de): Véase *Saavedra* (D. José).
Rivero (D. Juan de): 450.
Robillard de Beaurepaire (M. Carlos de): 483, 485 y 486.
Roca (D. Rodrigo de): 484.
Rocafull (D. Juan de): 484.
Rochela: 98.
Rocroy (Batalla y sitio de): 5, 9, 13, 14, 53, 56, 67, 70, 79, 92, 102, 127, 136, 140, 141, 143, 145, 148, 152, 159, 160, 162, 163, 167, 168, 169, 179, 180, 182, 187, 190, 196, 206, 207, 209, 219, 223, 230, 237, 240, 243, 244, 245, 247, 248, 258, 261, 264, 265, 266, 269, 272, 273, 274, 277, 279, 281, 282, 287, 290, 300, 306, 307, 309, 311, 312, 313, 314, 316, 344, 349, 353, 355, 359, 362, 363, 364, 365, 367, 406, 408, 409, 410, 447, 453, 454, 455, 475, 479, 483, 485 y 487.
Rodríguez (Antonio): 486.
Rodríguez (Francisco): 487.
Rodríguez (Gaspar): 487.
Rodríguez (D. Gaspar): 488.

Rodríguez (Tomás): 487.
Rodríguez Villa (D. Antonio): 134, 153, 154 y 205.
Rojas (D. Antonio de): 195.
Roldán (D. Gabriel): 488.
Roma: 43, 44, 49, 52, 268, 338, 356, 376 y 535.
Romea (Andrés): 487.
Romero (D. Francisco): 329.
Roose (Pedro): 96.
Rossellón: 282, 283, 285, 339, 355, 368, 512 y 525.
Rouen: 483, 484, 485 y 486.
Roux (Nicolás de): 484.
Rozanski (Félix): 26.
Rozas (Andrés de): 444 y 447.
Rozmithal (Barón León de): 23 y 24.
Rua (Sargento Mayor, D. Antonio de la): 90.
Ruiz Díaz de Pineda (Francisco): 400.
Rumigni: 162.
Saavedra (D. Antonio): 88, 89 y 90.
Saavedra (D. Diego de): 465.
Saavedra (D. José de): 91.
Saboya: 67, 68, 105, 295 y 535.
Saboya (Duque de): 534.
Saboya (Filiberto de): 407.
Saboya (Príncipe Tomás de): 89, 90 y 95.
Sajonia: 535.
Sajonia Weimar (Duque de): 65, 413, 414, 418, 421, 423, 431, 432, 435, 436, 437 y 438.
Sakespeare: 374.
Sala y Abarca (D. Francisco Ventura de la): 170, 233, 291, 380, 404 y 405.
Salamanca: 23 y 479.
Salgado (D. Francisco): 488.
Salm (Príncipe de): 312.
Salm (General, Conde de): 77, 80, 429, 433 y 494.
Salma (Coronel, Conde de): 424, 425, 436, 439 y 441.
Salvatierra (Conde de): 401.
Samaniego (D. Juan Antonio): 44 y 349.
Sambra (El): 158 y 159.
Sánchez de Guevara (Don Manuel): 424, 425, 426 y 427.
Sande (Juan de): 218.
Sandoval (Fr. Prudencio de): 246 y 375.
San Honorato (Isla de): 107.
San Juan de Luz: 340.
San Lúcar (Duque de): 513.
San Martín (Marqués de): 428 y 436.
San Nicolás: 278.
San Quintín (Batalla de): 30, 44, 52 y 141.
San Sebastián: 301 y 381.
San Severo (Príncipe de): 430.
Santa Cruz (Marqués de): 114, 206, 454, 467 y 478.
Santa Margarita (Isla de): 107.
Santander (D. Baltasar de): 65 y 413.
Santiago: 26, 32, 118 y 134.
Santiago de Galicia: 444.
Santiago (Gregorio): 487.
Santos (Juan): 487.
Sanz (Francisco): 487.
Sanz (Juan): 487.
Sardina (Pedro): 487.
Sarmiento (D. Vicente): 484.
Sástago (Conde de): 448 y 450.
Sauvaire (H.): 32.
Savary (El Coronel): 220.
Saventhen (Barón de): 214.

Schaschek (N.): 24.
Schiller: 86 y 348.
Sedán: 410, 412 y 414.
Segovia: 23.
Sena Inferior: 483.
Serrano (Santiago): 487.
Sesa (Duque de): 62.
Sevilla: 32 y 400.
Sevillano (Diego): 487.
Sfrondato (Marqués de): 448, 452, 491, 492 y 495.
Shenek (Fuerte del): 93.
Sicilia: 21, 55, 110, 113, 124, 294 y 525.
Silva (Domingo de): 483.
Silva (D. Felipe de): 65, 66, 68, 69, 72, 120, 342, 413, 466 y 46.
Simancas: 135, 206, 303, 307, 314, 339, 400, 447, 479, 498 y 545.
Simón (Carlos): 487.
Sirot (Barón de): 180, 194, 195, 199, 250, 251, 253 y 481.
Siruela (Conde de): 478.
Solier (Bartolomé): 487.
Solier (José): 487.
Sorel (Ch.): 282.
Soria: 349.
Soto (Juan de): 487.
Sousa (Francisco de): 113.
Spinola (Ambrosio de): 93, 277, 417, 436, 439, 441 y 542.
Stenay (Fortaleza de): 287 y 289.
Strasburgo: 62.
Strozzi (D. Alonso): 158 y 242.
Struzzi (Alberto): 118.
Stuttgardt: 24.
Suárez (Diego): 104 y 165.
Suárez (El Coronel): 175.
Suecia: 528, 534, 535 y 540.
Suevia: 420.
Sully (El Ministro francés): 35 y 97.
Talavera: 25.
Tannemberg (Monte): 73, 74 y 77.
Tardo (Mauricio): 487.
Tarragona (Marqués de): 342, 360 y 361.
Tarsia (Alonso): 487.
Tetuán (Duque de): 7.
Tetzel (Gabriel): 23 y 24.
Thionville: 245.
Tirol: 72.
Tito Livio: 246 y 356.
Toledo: 17, 71, 297 y 305.
Toledo (D. Gabriel): 503.
Tomás (Príncipe):
Toralto (D. César): 193, 195 y 216.
Toralto (D. Gaspar de): 78, 425, 430, 436, 440 y 462.
Tordelaguna (Marqués de): Véase *Melo* (D. Francisco).
Tornavento: 109, 141 y 341.
Torrecusa (El Marqués de): 120 y 462.
Torremuzza (Príncipe de): 111.
Tortona: 335.
Tortosa: 400 y 478.
Tournay: 490.
Tréveris: 84 y 89.
Tréveris (Elector de): 89.
Turena (Mariscal de): 287, 288, 289, 301, 303, 316, 317, 318, 319, 320, 324 y 334.
Turín: 106 y 107.
Ulloa (D. Antonio de): 195.
Urbano VII: 527.
Utrecht: 218 y 348.
Valdés (D. Alberto): 484.
Valdetoro: 109.
Valdivia (Pedro): 486.

Valencia : 29.
Valenciennes: 159, 303, 317, 320, 323 y 336.
Valladolid : 27, 32 y 372.
Vallín (Juan) : 487.
Valois (Doña Isabel de) : 286.
Vallière (El Mariscal de la) : 194 y 196.
Valtelina : 67.
Vandenesse (Juan de) : 26.
Vandyk : 95.
Vargas (D. Jerónimo de) : 401.
Vasconcellos (Miguel de) : 104.
Vasto (Marqués del) : 115 y 380.
Veillane (Batalla de) : 67.
Velada (Marqués de) : 92, 121, 128, 129 y 196.
Velandia (D. Antonio de) : 127, 129, 130, 157, 173, 199, 209, 212, 253, 461, 462 y 467.
Velázquez (Juan) : 486.
Vélez (Marqués de los) : 118 y 360.
Venecia : 47, 69, 106, 112, 173, 503, 510, 511 y 535.
Venegas de León (D. Pedro) : 401.
Vera (D. Jacinto de) : 175, 178, 219, 220 y 248.
Vergas : 492.
Vervins (Paz de) : 537.
Viena : 109.
Vigloa (Pietro) : 441.
Villacona (Alfonso de) : 487.
Villahermosa (Duque de) : 207, 396, 397, 398, 400, 454 y 458.
Villalar (Batalla de) : 246.
Villalva (Conde de) : 127, 129, 130, 157, 173, 199, 209, 214, 349, 459, 461, 462 y 467.
Villamor (D. Pedro) : 79, 186, 192, 195, 217, 452, 453 y 457.
Villar (D. Luis del) : 60.
Villarreal (D. N. de) : 483.
Villars (Marqués de) : 32.
Villaviciosa (Batalla de) : 14.
Villeroy (El Secretario) : 542.
Villy (General) : 433.
Vinaroz : 478.
Vincart (D. Juan Antonio) : 139, 143, 144, 145, 148, 154, 161, 163, 166, 169, 171, 172, 174, 177, 178, 180, 181, 183, 184, 187, 189, 190, 191, 192, 196, 197, 198, 199, 200, 204, 211, 217, 221, 222, 224, 225, 226, 229, 231, 241, 247, 248, 251, 252, 255, 258, 264, 275 y 309.
Vincennes : 287.
Visconti (El Caballero) : 212 y 214.
Visconti (Marqués de) : 158.
Vitzbruch : 434.
Vivar (Pedro de) : 487.
Vivero (D. Juan de) : 128, 186, 192, 195, 217, 219, 220, 452 y 478.
Vizcaya : 229.
Walette (Duque de la) : 284.
Wallenstein (General) : 70 y 108.
Waterlóo (Batalla de) : 239.
Watson (Historiador inglés) : 61.
Weil (D. Alfredo) : 103, 107, 154, 256, 276, 277 y 279.
Weimar (Bernardo) : 72, 74, 75, 76, 77, 81, 82, 83, 84, 108 y 308.
Wert (Juan de) : 83, 182 y 186.

Westfalia : 535.
Westfalia (Paz de) : 280.
Witemberg : 420 y 438.
Wormeser (Coronel) : 4, 24, 426, 429, 430, 433, 439 y 441.
Würmser (General) : 77, 79 y 80.
York (Duque de) : 304, 319, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332 y 333.
Zabalburu (D. Mariano) : 338.
Zambra (Río de la) : 416.
Zamora : 349.
Zamudio (Coronel) : 48.
Zapena (D. Gaspar) : 60.
Zaragoza : 25.
Zayas (El secretario) : 381.
Zervellone : Véase *Cervellòn* (El Conde Juan).
Zubiaurre (Pedro de) : 293.
Zuyderzée : 52.

INDICE

Págs.

ANTECEDENTES Y RELACIÓN CRÍTICA DE LA BATALLA DE ROCROY, CON EL PRINCIPIO Y FIN QUE TUVO LA SUPERIORIDAD MILITAR DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA..... 9

APÉNDICE AL ESTUDIO SOBRE LA BATALLA DE ROCROY, Y EL PRINCIPIO Y FIN QUE TUVO LA SUPERIORIDAD MILITAR DE LOS ESPAÑOLES EN EUROPA.—Advertencia preliminar.. 353

PRIMERA SERIE.

Noticias y documentos respecto á la milicia española en los tiempos de su mayor preponderancia, y en los de su decadencia.

I.—Noticias sueltas acerca de los soldados españoles en general, y en particular de los infantes..... 375

II.—Reglas de la Milicia española, y en especial de la infantería, que apoyan también lo antes expuesto, principalmente extractadas de *El Discurso* sobre las formas de reducir la disciplina militar á mejor y antiguo estado, por D. Sancho de Londoño: Bruselas, 1598. Están, al parecer, escritas de mano del secretario de D. Juan de Austria, Andrés de Prada, y se han copiado de

una colección de papeles, sin duda pertenecientes á aquel Príncipe, que posee el autor..... 384
III.—Trozo interesante del libro de Marcos Isaba, intitulado *Cuerpo enfermo de la Milicia española*, que se refiere al abandono en que siempre tuvo la Nobleza española los estudios militares..... 393
IV.—Consulta original del Consejo de Estado, fecha en Madrid á 9 de Marzo de 1640, sobre la necesidad de que se emplease la Nobleza en el ejercicio de las armas..... 396
V.—Fragmentos de un acuerdo del Cabildo de Sevilla de no ir á hueste..... 400
VI.—Noticias sobre los deberes respectivos de los Generales en Jefe y los Maestres de Campo Generales..... 402
VII.—Datos referentes á las disputas de los españoles é italianos sobre los puntos que les tocaban, así en el orden de marcha como en el de batalla..... 406

SEGUNDA SERIE.

Relaciones de batallas, y consultas con ocasión de ellas del Consejo de Estado.

I.—Carta del marqués de Bedmar á S. M. sobre la batalla de Fleurus..... 411
II.—Relación anónima y contemporánea de la misma batalla de Fleurus..... 416
III.—Fragmento de un diario del sitio de Nördlingen. 419
IV.—Relación de lo que ha sucedido en persona al sargento mayor Francisco de Escobar = en cinco de Septiembre de mil y seiscientos y treinta y cuatro, el día antes de la batalla de Nördlingen..... 421
V.—Relación de las órdenes que S. A. dió el día de la batalla, miércoles 6 de Septiembre, á los ca-

pitanes D. Manuel Sánchez de Guevara y Juan de la Cueva..... 424
VI.—Relación con carácter oficial de la batalla de Nördlingen..... 427
VII.—Relación italiana de la batalla de Nördlingen, hecha por un testigo presencial..... 435
VIII.—Cartas del príncipe D. Baltasar, del Rey y de la Reina á D. Francisco de Melo, después de la batalla de Honnecourt..... 443
IX.—Copia del parte de la batalla de Rocroy y de la consulta del Consejo de Guerra sobre este suceso..... 447
X.—Documento del propio expediente anterior.—Consulta del Consejo de Estado sobre las consecuencias de la batalla de Rocroy..... 453
XI.—Copia del Voto particular del conde de Oñate, al que se refiere la consulta precedente..... 460
XII.—Fragmentos de votos sobre la misma materia.. 468
XIII.—Relación portuguesa de la batalla de Rocroy, sin duda traducida del francés, y existente en un tomo de varios de la Biblioteca de Salamanca. 479
XIV.—Extracto de una comunicación dirigida por M. Carlos de Robillard de Beaurepaire, correspondiente del Instituto y Archivero del Departamento, á la Comisión de Antigüedades del Sena Inferior en la sesión de 17 de Marzo de 1886. 483
XV.—Copia de carta del señor archiduque Leopoldo á S. M., con relación del infeliz suceso que á los 20 de Agosto *(Batalla de Lens)* tuvieron las armas de S. M., etc.—Fecha en Bruselas á 28 de Agosto de 1648..... 488
XVI.—Carta original del conde de Fuensaldaña á S. M., con relación de la batalla que se tuvo junto á Lens, y de los esfuerzos que se hacían para oponerse á los enemigos..... 491

XVII.—Párrafos de una consulta del Consejo de Estado sobre el suceso que las armas de S. M. tuvieron en la batalla del 20 del pasado (batalla de Lens).—Madrid 24 de Septiembre de 1648... 496

TERCERA SERIE.

Sobre la falta de recursos pecuniarios para la guerra durante el reinado de Felipe IV.

I.—Fragmentos de una consulta de Olivares en materia de Hacienda cuando entró en el Gobierno. 497

II.—Consulta de la Junta de Estado en Madrid á 23 de Abril de 1651, sobre los disturbios de Francia, las ventajas que podían obtenerse de ellos, *la carencia de recursos y medios en que se hallaba ya España para continuar la guerra,* y las concesiones que era forzoso hacer para conseguir la paz..... 503

III.—Trozos principales del voto original del duque de San Lúcar, fecha en Madrid á 11 de Agosto de 1666..... 513

CATÁLOGO de los nombres propios contenidos en este volumen..... 547